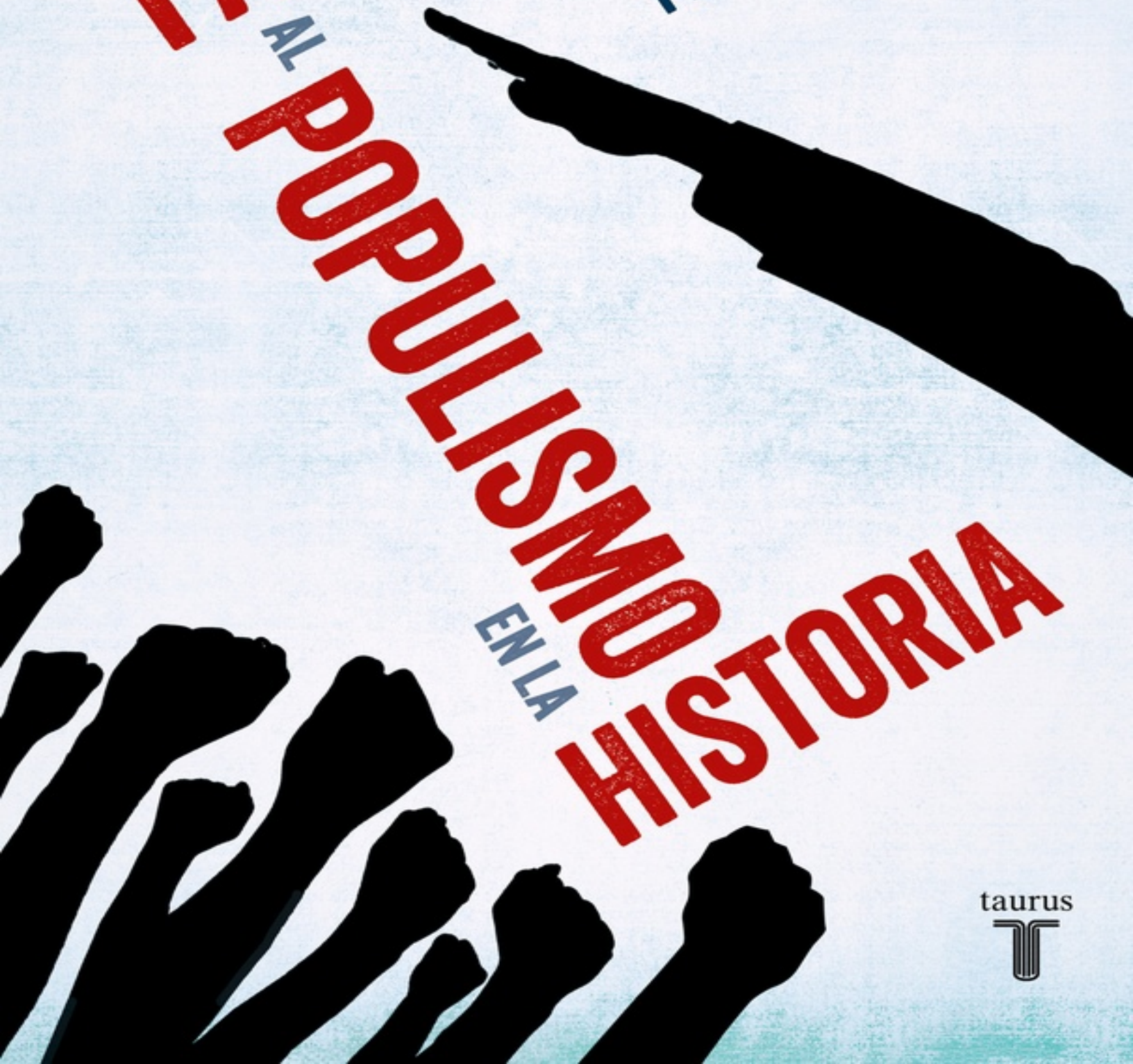


DEL
FASCISMO

FEDERICO
FINCHELSTEIN

AL
POPULISMO
EN LA

HISTORIA



taurus

Federico Finchelstein

Del fascismo al populismo en la historia

Traducción de Alan Pauls

Taurus

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Gabi, Luli y Laura

PRÓLOGO

*Es sabido que la identidad personal reside
en la memoria y que la anulación de esa
facultad comporta la idiotez.*

JORGE LUIS BORGES,
Historia de la eternidad (1936)

Unos meses antes de que Donald Trump llegara a ser presidente de Estados Unidos, me encontré en Dresde rodeado por una mezcla de manifestantes alemanes neonazis y populistas xenófobos. Había viajado a la ciudad con mi familia para dirigir un seminario sobre fascismo y populismo en la universidad local. Como por obra del destino, llegamos un lunes, día en que los Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente (Pegida) realizan su manifestación semanal. Estábamos rodeados de banderas racistas y rostros furiosos. Literalmente, uno de los ejemplos más extremos de populismo actual se interponía entre el hotel y nosotros. En ese momento, mi hija mayor, que entonces tenía ocho años, preguntó: «¿Ésos son los nazis que mataron a Anna Frank?». El año anterior habíamos visitado el Museo de Anna Frank en Ámsterdam, y la historia la había afectado bastante. No, le contesté, no son los que la asesinaron, pero estos neonazis están contentos de que la mataran. La identificación de los neofascistas y populistas de extrema derecha con ciertos movimientos del

pasado ha reformulado el legado dictatorial del fascismo en distintas épocas democráticas y es central para la comprensión de las conexiones entre el pasado y el presente. Con serenidad, y en español, les aseguré a mis hijas Gabriela y Lucía que no nos pasaría nada, porque en una democracia lo que puede hacer un adepto violento tiene límites. Yo confiaba en que esos xenófobos no se atreverían a pasar de la demonización retórica populista a la agresión física del fascismo. Pero, como lo demuestra la historia del populismo, aun así socavarían la tolerancia y, eventualmente, la fuerza de la democracia. Mis hijas habían nacido en Nueva York, y también allí las cosas no pasarían a mayores. Pero ¿estaba en lo cierto? A su edad yo había vivido en la Argentina bajo una dictadura militar, y recuerdo que entonces habría sido muy peligroso hacerles a mis padres ese tipo de preguntas en público. Y en medio de una manifestación de militares profascistas, mi familia y yo sin duda no habríamos podido caminar y hablar libremente. De niño yo me había interesado por el Holocausto y la persecución de Hitler contra los judíos, pero la conexión entre la gente que estaba en el poder y el fascismo no era un tópico del que un chico de una familia judía de clase media pudiera hablar abiertamente en la Argentina¹. Había «desaparecido» demasiada gente. Pero, como muchos otros ciudadanos, hago esas preguntas ahora, cuando los populistas ocupan el escenario global.

El primer régimen populista moderno nació en la Argentina, no en Estados Unidos, pero últimamente es la primera potencia del mundo la que enarbola su poderío populista ante el resto del planeta. Es algo que muchos norteamericanos, la mayoría de los académicos de las ciencias sociales incluidos, habían creído hasta entonces imposible. Yo vivía en Estados Unidos desde 2001, y había oído decir a menudo que ni el populismo ni el fascismo pondrían jamás un pie al norte del Río Grande. Sin embargo, en especial ahora que el populismo se ha apoderado de Estados Unidos, la

historia global del fascismo y el populismo brinda lecciones clave que deberíamos tener presente mientras entramos en una nueva era de populismo en América del Norte y otros lugares del mundo.

Si remitimos el populismo a su historia global, puede que entendamos mejor lo aparentemente inesperado. Este libro estudia las conexiones históricas entre el fascismo y los que están en el poder en el contexto de las democracias populistas.

Como otros historiadores que dedicaron sus vidas académicas a estudiar el fascismo y el populismo, siempre he pensado que estudiar el pasado podría echar luz sobre el presente, y en las últimas dos décadas he trabajado mirando hacia atrás para comprender las relaciones problemáticas entre fascismo, populismo, violencia y política. Ahora es claro que la cuestión del fascismo y el poder forma parte del presente.

Nuestro nuevo siglo se caracteriza por la crisis, la xenofobia y el populismo. Pero estos rasgos no son nuevos, ni son simples reencarnaciones que tienen lugar en nuestro presente. Comprender el evidente renacimiento del populismo es, en realidad, entender la historia de su adopción y sus reformulaciones a lo largo del tiempo. Esa historia empieza con el fascismo y continúa con el populismo en el poder. Si este siglo no ha dejado atrás la historia de violencia, fascismo y genocidio que tan central fue en el siglo xx, las dictaduras, en especial las dictaduras fascistas, sin embargo, han perdido cada vez más legitimidad como formas de gobierno. Descartadas las desorbitadas metáforas de Múnich y Weimar, el fascismo a cuyo retorno estamos asistiendo no es el que alguna vez existió. El pasado nunca es el presente. Pero las expresiones actuales de neofascismo y populismo tienen historias importantes detrás, y el pasaje del fascismo al populismo a lo largo del tiempo ha moldeado nuestro presente. Este libro no sólo sostiene que los contextos públicos y políticos de los usos del fascismo y el populismo son

decisivos para entenderlos sino también que estudiando cómo se concibieron e interpretaron sus historias refrescaremos nuestros conocimientos y mejoraremos nuestra comprensión de las amenazas políticas que hoy pesan sobre la democracia y la igualdad. Contextos y conceptos son cruciales.

Este libro contradice la idea de que las experiencias fascistas y populistas del pasado y el presente pueden reducirse a condiciones nacionales o regionales particulares. Debate con las perspectivas norteamericanas y eurocéntricas dominantes. Especialmente a la luz del punto de inflexión histórico de la victoria populista de Trump, el cuento del excepcionalismo democrático norteamericano por fin ha terminado. Esta nueva era de populismo prueba a las claras que Estados Unidos es como el resto del mundo. Lo mismo se puede decir de la cultura democrática francesa o alemana. Ya no hay excusas para que el narcisismo geopolítico obstaculice la interpretación histórica, especialmente a la hora de analizar ideologías que cruzan fronteras y océanos y hasta se influyen unas a otras.

Postulo una mirada histórica sobre el populismo y el fascismo, pero también propongo una perspectiva desde el sur. En otras palabras, me pregunto qué sucede con el centro cuando lo pensamos desde los márgenes². Ni el populismo ni el fascismo son exclusivamente europeos, norteamericanos o latinoamericanos. El populismo es tan norteamericano como argentino. Por eso mismo el fascismo también se dio tanto en Alemania como en India. Hay demasiados investigadores de Estados Unidos y Europa que explican el pasado y presente del fascismo y el populismo subrayando las dimensiones norteamericana o europea de lo que en realidad es un fenómeno global y transnacional. Descentrar la historia del fascismo y el populismo no significa adoptar una explicación alternativa única de sus orígenes. Todos los antecedentes son importantes.

¿Qué es el *fascismo* y qué es el *populismo*? Los primeros que se hicieron esas preguntas fueron algunos fascistas, antifascistas, populistas y antipopulistas que buscaban convalidar, criticar o distanciarse de lo que se percibía como rasgos comunes asociados con esos términos. Desde entonces las han repetido sus partidarios y algunos de sus críticos más acérrimos³. Tanto entonces como ahora, actores e intérpretes han coincidido en que ambos términos se contraponen al liberalismo, ambos implican una condena moral del orden de cosas de la democracia liberal y ambos representan una reacción masiva que líderes fuertes promueven en nombre del pueblo contra élites y políticos tradicionales. Pero, más allá de esas afinidades, y dejando de lado los tipos ideales y los límites de las interpretaciones genéricas, ¿cómo se han conectado histórica y teóricamente el fascismo y el populismo, y cómo deberíamos abordar sus significativas diferencias? Este libro brinda respuestas históricas a esas preguntas. Aunque el fascismo y el populismo ocupen el centro de las discusiones políticas y aparezcan a menudo mezclados, en realidad representan trayectorias políticas e históricas diferentes. Al mismo tiempo, fascismo y populismo están genealógicamente conectados. Forman parte de la misma historia.

El populismo moderno nació del fascismo. Así como la política de masas fascista llevó las luchas populares más allá de ciertas formas de populismo agrarias democráticas premodernas como la *Narodnik* rusa o el *People's Party* (Partido del Pueblo) americano, y se distinguió también radicalmente de formaciones protopopulistas como el yrigoyenismo argentino o el battlismo uruguayo, los primeros regímenes populistas latinoamericanos de posguerra se apartaron del fascismo al mismo tiempo que conservaban rasgos antidemocráticos decisivos, no tan predominantes en los

movimientos prepopulistas y protopopulistas previos a la Segunda Guerra Mundial.

Con la derrota del fascismo nació una nueva modernidad populista. Tras la guerra, el populismo reformuló el legado del «antiiluminismo» durante la Guerra Fría y por primera vez en la historia se completó, es decir, accedió al poder⁴. Hacia 1945, el populismo había llegado a representar una continuación del fascismo, pero también una renuncia a ciertos aspectos dictatoriales determinantes. El fascismo postulaba un orden totalitario que produjo formas radicales de violencia política y genocidio. En cambio, y como resultado de la derrota del fascismo, el populismo intentaba reformar y modular el legado fascista en clave democrática. Tras la guerra, el populismo era un resultado del efecto civilizacional del fascismo. El ascenso y caída de los fascismos afectó no sólo a quienes habían sido fascistas, como el general Juan Perón en la Argentina, sino también a muchos compañeros de ruta autoritarios como Getúlio Vargas en Brasil, o muchos miembros de la derecha populista norteamericana que en un primer momento no habían experimentado o coincidido plenamente con el fascismo. Para acceder al poder, el populismo de posguerra renunció a sus fundamentos prodictatoriales de entreguerras pero no dejó el fascismo del todo atrás. Ocupó su lugar mientras se convertía en una nueva «tercera vía» entre el liberalismo y el comunismo. Sin embargo, a diferencia de los partidarios del fascismo, sus simpatizantes querían que el populismo fuera una opción democrática. Esta intención populista de crear una tradición política nueva que pudiera gobernar la nación pero se diferenciara del fascismo, sumada al éxito que finalmente la coronó, explican la compleja naturaleza histórica del populismo de posguerra como un conjunto variado de experimentos autoritarios con la democracia. Sin duda el populismo moderno incorporó elementos de otras tradiciones, pero los orígenes y

efectos fascistas del populismo tras la derrota de Hitler y Mussolini moldearon su tensión posfascista constitutiva entre la democracia y la dictadura.

En términos históricos, el populismo puede ser una fuerza reaccionaria que empuja a la sociedad a una modalidad más autoritaria, pero en sus variantes progresistas también puede iniciar o promover un proceso de democratización en una situación de desigualdad, socavando al mismo tiempo los derechos o la legitimidad de las minorías políticas ubicadas a su derecha o a su izquierda. Con respecto a la izquierda, y en particular a la pretensión de la izquierda populista a representar a la izquierda toda, no conviene mezclar la participación cívica masiva y los reclamos populares por la igualdad social y política con una situación de populismo. Ahistóricos, los expertos suelen confundir democracia social, política progresista y populismo. Uno de los objetivos de este libro es ubicar claramente al populismo en la historia y subrayar también la necesidad de distinguirlo de otras formas emancipatorias y democráticas que con demasiada frecuencia son rechazadas por populistas. Si el populismo usa la xenofobia para que la sociedad se vuelva retrógrada, como suele suceder en sus versiones de derecha, el populismo de izquierda hace posible que la sociedad se preocupe por las condiciones de desigualdad social y económica. Últimamente, esto ha llevado a poner en tela de juicio el dogmatismo de las medidas de austeridad neoliberales y la supuesta neutralidad de las soluciones de orientación mercado-tecnocrática.

En todos los casos, el populismo habla en nombre de un solo pueblo, y también lo hace en nombre de la democracia. Pero una democracia definida en términos restringidos: como la expresión de los deseos de los líderes populistas. No se puede definir al populismo simplemente por su pretensión de representar en exclusividad al pueblo entero contra las élites. No se trata

sólo de que los populistas quieren actuar en nombre de todo el pueblo; también creen que su líder es el pueblo, y que debería reemplazar a los ciudadanos en la toma de todas las decisiones. Los historiales globales del populismo muestran que su comienzo constitutivo suele coincidir con el momento en que el líder se convierte en el pueblo. Pero aunque el líder en teoría personifica al pueblo, en la práctica sólo representa a sus seguidores (y votantes), a quienes los populistas conciben como la expresión de todo un pueblo. El líder reemplaza al pueblo y pasa a ser su voz. En otras palabras, la voz del pueblo sólo puede expresarse por boca del líder. Es en la persona del líder donde la nación y el pueblo pueden finalmente reconocerse a sí mismos y tener una participación política. En realidad, sin un concepto de líder carismático y mesiánico, el populismo es una forma histórica incompleta. Es difícil entender el populismo prescindiendo de su idea autoritaria de liderazgo y su propósito de acceder al poder por vías electorales. Estas afirmaciones absolutas sobre pueblo y liderazgo sintetizan no sólo la idea populista de cómo los populistas en modo oposición o en modo campaña deberían cuestionar seriamente el estado de una democracia, sino también cómo habrá que gobernar la democracia una vez que los populistas accedan al poder. En última instancia, y en la práctica, el populismo sustituye la representación con la transferencia de autoridad hacia el líder. De izquierda a derecha, esto es lo que constituye la ideología del populismo: la necesidad de una forma de democracia más directa y autoritaria. En otras palabras, cuando un populista se gana la voluntad de una mayoría electoral circunstancial, esa voluntad se funde con los deseos del líder, que actúa en nombre del pueblo «real».

Como explica Andrew Arato, un destacado investigador en teoría social y política, en el populismo la parte pasa a ser el todo. Es decir: se inventa un pueblo unido de ficción para que encarne en, y lo conduzcan, líderes

autoritarios. «El pueblo», en realidad, es un concepto que da cuenta de los muchos pueblos distintos que viven en una nación. Su traducción a un pueblo único y unido encarnado en un líder es una recurrencia histórica decisiva del populismo. Este proceso histórico por el cual el pueblo, creado a partir de un sector de los ciudadanos, se vuelve primero Uno, luego es reapropiado por un movimiento y por fin encarna en el liderazgo autoritario de un sujeto construido (el pueblo unido e indiferenciado) que no existe en la realidad, tiene efectos antidemocráticos claros. Pero para los populistas es el enemigo el que está contra la democracia, no ellos⁵. Del populismo de izquierda argentino a los populistas de las extremas derechas francesa y alemana, los populistas sostienen que defienden al pueblo de la tiranía y la dictadura. Para los populistas, la dictadura no es tanto una forma de gobierno superada como una metáfora para describir al enemigo en el presente. Eso les permite igualar democracia y populismo y al mismo tiempo asociar a su contrario (la tiranía o la dictadura) con su rival político, ya sea el antiperonismo en la Argentina, el imperialismo en Venezuela o la Unión Europea en Francia y Alemania. Sin duda todos estos actores tienen o han tenido dimensiones autoritarias, pero no forman parte de la caricaturización populista del enemigo político. Los populistas no se preocupan demasiado por las sutilezas de la observación empírica; más bien se dedican a retrabajar la realidad, incluso a reinventarla, en función de sus variados imperativos ideológicos. Viviendo en el interior de la burbuja populista, los líderes, regímenes y seguidores pueden presentar todo aquello que les desagrade como una mentira de los medios y una conspiración interna o externa contra el pueblo, el líder y la nación. En este punto, el populismo se liga directamente con la clásica negativa fascista a determinar la verdad empíricamente⁶.

Una diferencia entre populismo y liberalismo, así como entre populismo y socialismo, es que el liberalismo y el socialismo deben enfrentar sus fracasos empíricamente, cosa que suelen hacer, aunque no siempre. Los populistas piensan de otro modo. Cualquiera que se les oponga es convertido en una entidad tiránica. En ese contexto, democracia y dictadura son sólo denominaciones para el yo y el otro. Se vuelven imágenes de la visión populista y dejan de ser categorías de análisis político. Esta transformación de conceptos en imágenes es una dimensión clave de la versión populista de un rasgo fascista similar, largo tiempo atrás observada por Walter Benjamin: concretamente, la estetización de la política. Ese énfasis en la política como espectáculo acompaña al populismo siempre que pasa de movimiento de oposición a régimen.

Aunque entre los populismos de izquierda y de derecha hay diferencias múltiples e importantes, incluso esenciales, el populismo cambia por completo cuando abandona la oposición para asumir el papel muy distinto de régimen. Inversamente, el populismo aparece como un movimiento de protesta y revela con claridad los límites que las élites gubernamentales tienen para representar a segmentos importantes de la sociedad, pero también reivindica la representación de la sociedad como un todo. En tanto régimen, el populismo no tiene límites a la hora de reivindicar la soberanía popular, identificando los votos de las mayorías electorales que apoyan al régimen con los deseos estructurales y trascendentales del pueblo y la nación. Como oposición, el populismo suele contribuir a la comprensión de las frustraciones pero también a desnudar los persistentes prejuicios de grandes sectores de la población. Como régimen, el populismo se arroga la representación absoluta de un pueblo entero, cosa que a menudo traduce delegando todo el poder en el líder. En este contexto, el líder dice saber lo que el pueblo realmente quiere mejor que el pueblo mismo.

A diferencia de los fascistas, los populistas juegan el juego democrático casi siempre y terminan por ceder el poder cuando pierden una elección. Eso se debe a que el populismo, aunque parecido al fascismo en el hecho de que se funde con la nación y el pueblo, conecta esas pretensiones totalizadoras de representación nacional popular con decisiones electorales. En otras palabras, el populismo transmite una concepción plebiscitaria de la política y rechaza la forma fascista de la dictadura.

El populismo es una forma autoritaria de democracia. Definida históricamente, prospera en contextos de crisis política real o imaginaria donde se presenta como la antipolítica. Afirma que desarrolla actividades políticas manteniéndose al margen del proceso político. En este sentido, la democracia aumenta la participación política de las mayorías reales o imaginarias al mismo tiempo que excluye a, y limita los derechos de, las minorías políticas, sexuales, étnicas y religiosas. Tal como se observó anteriormente, el populismo concibe al pueblo como Uno, es decir como una entidad única compuesta de líderes, seguidores y nación. Esta trinidad de soberanía popular tiene sus raíces en el fascismo, pero está confirmada por los votos. El populismo se opone al liberalismo, pero está a favor de la política electoral. De ahí que podamos entender mejor el populismo si lo pensamos como una original reformulación histórica del fascismo que accedió al poder por primera vez después de 1945. La homogeneizadora visión del pueblo del populismo concibe a los adversarios políticos como el antipueblo. Los adversarios se vuelven enemigos: némesis que consciente o inconscientemente representan a las élites oligárquicas y a una variedad de intrusos ilegítimos. El populismo defiende a un líder nacionalista iluminado que habla y decide por el pueblo. Minimiza la separación de poderes, la independencia y legitimidad de la prensa libre y el imperio de la ley. En el populismo la democracia es cuestionada pero no destruida.

Mientras termino este libro, un nuevo populismo ha tomado las riendas del mundo. Una vez más, el triunfo electoral de un líder narcisista viene acompañado de la ofensa y el menosprecio del valor de los demás. La intolerancia y la discriminación han abierto el camino para una definición de pueblo basada simultáneamente en la inclusión y la exclusión. Como sucedió en el pasado, este populismo nuevo, recargado, pone en tela de juicio la democracia desde adentro, pero la historia nos enseña que las instituciones democráticas y una sociedad civil fuerte pueden enfrentar con energía al populismo en el poder. En suma, podemos aprender de las instancias históricas de resistencia.

Cuando surgió el populismo moderno, el escritor argentino Jorge Luis Borges afirmó que el fascismo, expulsado de Berlín, había emigrado a Buenos Aires. Los regímenes de Alemania y Argentina fomentaron la opresión, la servidumbre y la crueldad, pero «más abominable es el hecho de que fomentan la idiotez». Aunque mezclara problemáticamente el fascismo (una dictadura) con el populismo (una forma de democracia electoral autoritaria), Borges revelaba con agudeza por qué y cómo ambos respaldaban la estupidez y la falta de pensamiento histórico. Ignoraban las experiencias vividas y reafirmaban mitologías groseras. Aunque su elitismo le impedía reconocer que el nuevo populismo era una opción inclusiva para gente que se sentía no representada, Borges advertía con claridad su «triste» y determinante monotonía. La diversidad había sido reemplazada por imperativos y por símbolos. En su temprano análisis del populismo en la historia, Borges enfatizaba el modo en que sus líderes transformaban la política en mentira. La realidad se convertía en melodrama. Lo distorsionaban todo con ficciones «que no podían ser creídas y eran creídas». Como Borges, debemos recordar que hay que enfrentar el fascismo y el populismo con verdades empíricas o, como lo dice él, que hay

que distinguir entre «leyenda y realidad». En tiempos como éstos, el pasado nos recuerda que el fascismo y el populismo también están sujetos a las fuerzas de la historia⁷.

Nueva York, 2 de mayo de 2017

INTRODUCCIÓN

Pensando el fascismo y el populismo en función del pasado

Indagación histórica de cómo y por qué el fascismo se transformó en el populismo en la historia, este libro describe las genealogías dictatoriales del populismo moderno. Subraya también las diferencias significativas entre el populismo como forma de democracia y el fascismo como forma de dictadura. Vuelve a pensar las experiencias conceptuales e históricas del fascismo y el populismo, evaluando sus afinidades ideológicas electivas y sus diferencias políticas sustanciales en el plano histórico y teórico. Un abordaje histórico no implica subordinar las experiencias vividas a modelos o tipos ideales, sino más bien subrayar cómo los actores se vieron a sí mismos en contextos a la vez nacionales y transnacionales. Implica subrayar contingencias diversas y fuentes múltiples. La historia combina evidencia con interpretación. Los tipos ideales ignoran la cronología y la centralidad de los procesos históricos. El conocimiento histórico requiere dar cuenta de cómo el pasado se experimenta y explica a través de relatos de continuidades y cambios a lo largo del tiempo.

Contra la idea de que el populismo es un fenómeno exclusivamente europeo o norteamericano, propongo una lectura global de sus trayectorias históricas. Al debatir con definiciones teóricas genéricas que reducen el

populismo a una sola frase, insisto en la necesidad de restituir el populismo a la historia. Las formas de populismo de izquierda y de derecha que se entrecruzan en el mundo son diversas y hasta opuestas, y coincido con historiadores como Eric Hobsbawm en que las formas de populismo de izquierda y las de derecha no pueden confundirse por la simple razón de que a menudo son antitéticas¹. Mientras los populistas de izquierda presentan a quienes se oponen a sus opiniones políticas como enemigos del pueblo, los de derecha conectan esa intolerancia populista hacia las opiniones políticas distintas con una concepción del pueblo basada en la etnicidad y el país de origen. En pocas palabras, los populistas de derecha son xenófobos.

Al enfatizar el estilo populista antes que sus contenidos, la mayoría de los historiadores han rechazado las dimensiones más genéricas y transhistóricas de las numerosas teorías del populismo que minimizan las diferencias históricas e ideológicas. Cuestionando las definiciones que hacen del populismo algo exclusivamente de izquierda o de derecha, pongo el acento en el rango de posibilidades históricas que presenta el populismo, de Hugo Chávez a Donald Trump, conservando distinciones sociales y políticas esenciales entre la izquierda y la derecha pero sin perder sus propiedades antiliberales decisivas en sus diversas manifestaciones históricas. Y contra la idea estereotipada de que el populismo es una experiencia política nueva, sin una historia profunda —concretamente, una formación nueva nacida con el cambio de siglo y la caída del comunismo—, propongo un análisis histórico según el cual el populismo arraiga por igual en los otros tres momentos globales del siglo pasado: las dos guerras mundiales y la Guerra Fría².

De la derecha europea a los Estados Unidos, el populismo, la xenofobia, el racismo, los líderes narcisistas, el nacionalismo y la antipolítica ocupan el

centro de la política. ¿Debemos prepararnos para una tormenta ideológica similar a la que desencadenó el fascismo cuando apareció, hace poco menos de cien años? Eso piensan algunos actores y analistas de política mundial, y el surgimiento reciente de políticas populistas racistas en Estados Unidos, Austria, Francia, Alemania y tantos otros lugares del planeta parece confirmarlo. Pero pocos coinciden en una misma definición de fascismo y populismo, y los estudiosos del fascismo y del populismo suelen mostrarse reticentes a debatir en público los usos de esos términos. Al retirarse del debate público han permitido que los usos del fascismo y el populismo carezcan básicamente de una interpretación histórica. En un momento en que el fascismo y el populismo parecen estar en todas partes, muchos actores e intérpretes actuales desconocen sus verdaderas historias.

LOS USOS DEL FASCISMO Y EL POPULISMO

El fascismo, como el populismo, suele servir para designar el mal absoluto, el desgobierno, los liderazgos autoritarios y el racismo. Pero esa función despoja a los términos de sus sentidos históricos. La creencia problemática de que la historia no hace sino repetirse a sí misma ha viajado del norte global al sur global, de Moscú a Washington y de Ankara a Caracas. En 2014, tras la anexión rusa de Crimea y la crisis ucraniana, las autoridades rusas decían que el gobierno de Ucrania era el resultado de un golpe fascista. Hillary Clinton, por entonces secretaria de estado, comparaba el accionar del presidente ruso Vladimir Putin en relación con Ucrania con «lo que Hitler hizo en los años 30». Ese mismo año, lejos del Mar Negro, el presidente de Venezuela Nicolás Maduro recurrió a la amenaza del fascismo para justificar el encarcelamiento de un líder de la oposición. El mismo tipo de afirmaciones problemáticas hacían y hacen quienes se oponen a los

experimentos latinoamericanos con el populismo. Epítetos similares suelen circular a propósito de Oriente Medio y África. En 2017, el presidente turco Recep Tayyip Erdogan describía a Europa como «fascista y cruel». Caracterizaciones casi idénticas, según las cuales tanto el gobierno como la oposición son fascistas, recorren el sur y el norte global, de la Argentina a Estados Unidos, donde Donald Trump debió enfrentar ese tipo de acusaciones durante su exitosa campaña presidencial de 2015-2016; él mismo, ya como presidente electo, acusó a las agencias de inteligencia de haber incurrido en prácticas nazis en su contra. Sintomáticamente, Trump se preguntaba: «¿Acaso vivimos en la Alemania nazi?»³.

Como el término *fascismo*, el término populismo también es objeto de una mala interpretación cuando se lo define como una condensación de extremos de derecha e izquierda. Se lo ha exagerado o mezclado con cualquier cosa que se oponga a la democracia liberal. Por ejemplo, políticos como el presidente mexicano Enrique Peña Nieto o el ex primer ministro británico Tony Blair (en particular tras el Brexit de 2016) denunciaban que el populismo se oponía al *statu quo* liberal del que ellos eran representantes apasionados. En realidad, esta tendencia a pintar el populismo como una visión negativa de la democracia revela una identificación simplista, a menudo interesada, de la democracia con el neoliberalismo. Esas posiciones reproducen las concepciones totalizantes del populismo del tipo «nosotros versus ellos». Más aún, vacían a la democracia de cualquier potencial emancipatorio. En ese contexto, enfrentados con sus enemigos neoliberales, los sectores de la sociedad (de izquierda o derecha) que se sienten marginados por las élites tecnocráticas se ven aún más atraídos por el populismo. Se puede pensar que populismo y neoliberalismo socavan por igual la diversidad e igualdad democráticas, pero ninguno de los dos es una forma de fascismo.

Ni el populismo ni el neoliberalismo permiten que la ciudadanía tome decisiones políticas significativas. Pero ambos son parte del espectro democrático y, a partir de 1989 especialmente, han estado causalmente conectados entre sí y a menudo se han sucedido uno al otro. A escala global, el populismo no es una patología de la democracia sino una forma política que prospera en democracias particularmente desiguales, es decir, en lugares donde la brecha de ingresos crece y la legitimidad de la representación democrática decrece. El populismo puede reaccionar socavando la democracia aun sin destruirla, y si y cuando llega a acabar con ella, deja de ser populismo y se convierte en otra cosa: una dictadura.

Históricamente, el populismo ha respondido a estos contextos (de derecha o izquierda) de manera diversa, y aunque esas respuestas se encuadren en culturas políticas y situaciones nacionales distintas, por lo general tienden al autoritarismo. Esto se debe principalmente a que el populismo, como anteriormente el fascismo, interpreta que su propia posición es la única y verdadera forma de legitimidad política. La única verdad del populismo es que el líder y la nación forman un todo. Para el populismo, la voluntad singular de la mayoría no puede aceptar otros puntos de vista. Aquí el populismo se parece al fascismo en el hecho de que es una reacción al modo en que liberalismo y socialismo explican lo político. Y, como el fascismo, una vez más, el populismo no le reconoce un lugar político legítimo a una oposición a la que acusa de actuar contra los deseos del pueblo y de ser tiránica, conspirativa y antidemocrática. Pero esta negativa a reconocerle legitimidad a la oposición no suele ir más allá de la lógica de una demonización discursiva. Se convierte a los adversarios en enemigos públicos, pero sólo en el plano retórico. Si el populismo pasa de esa enemistad retórica a poner en práctica la identificación y persecución de enemigos, podríamos decir que se ha transformado en fascismo o en

algún otro tipo de represión dictatorial. Es algo que ya ha sucedido antes, por ejemplo, en el caso de la Triple A peronista a principios de la «Guerra Sucia» argentina de los años 70, y sin duda podría volver a suceder en el futuro. El populismo siempre puede convertirse en fascismo, pero es una posibilidad muy poco común, y cuando sucede, y el populismo se vuelve totalmente antidemocrático, deja de ser populismo. El fascismo celebra la dictadura; el populismo nunca. El fascismo idealiza y pone en práctica formas crudas de violencia política que el populismo rechaza en teoría y, por lo general, también en la práctica. De modo que es problemático hablar de populismo y fascismo como si fueran lo mismo, en la medida en que ambos son significativamente distintos. El populismo es una forma de democracia autoritaria, mientras que el fascismo es una dictadura ultraviolenta. Los términos están conectados genealógicamente, pero por lo general no conceptual ni contextualmente. Historizado de modo correcto, el populismo no es el fascismo.

¿Por qué, pues, se habla de populismo y de fascismo sin hacer referencia a sus respectivas historias? ¿Es verdad que asistimos al retorno del fascismo, el ismo que marcó a sangre y acero la primera mitad del siglo xx? Por lo general se toma el fascismo no como una experiencia histórica específica, con resultados traumáticos, sino más bien como un insulto. Así, líderes y partidos populistas que representan concepciones autoritarias de la democracia pero no se oponen a ella son erróneamente equiparados con formaciones dictatoriales fascistas. A partir de 1945, por primera vez en su historia, el populismo pasó por fin de ser una ideología y un tipo de movimiento de protesta a un régimen de poder. Fue un punto de inflexión en su trayectoria conceptual y práctica cuya relevancia histórica no puede dejar de subrayarse. Del mismo modo, el fascismo sólo se volvió realmente influyente cuando pasó de ideología y movimiento a régimen. En este

sentido, en su calidad de primer líder populista en el poder, Perón desempeñó un papel similar al que encarnaron los líderes fascistas Mussolini y Hitler. Al convertirse en un régimen, el populismo terminó cristalizando una forma política nueva, eficaz, de gobernar la nación. Así fue como el populismo reformuló al fascismo, y en esa medida, como en el célebre caso del peronismo argentino, se convirtió en un ismo totalmente diferenciado: uno que echó y echa sus raíces en la democracia electoral, al tiempo que despliega una tendencia a rechazar la diversidad democrática.

EL FASCISMO REGRESA

Fascismo es un término que tiene la inquietante capacidad de absorber cualquier acontecimiento nuevo y oscurecer su sentido y su historia. No está lejos la época en que el presidente de Estados Unidos George W. Bush describía a Al-Qaeda como una entidad islamo-fascista. El fascismo forma parte de nuestro vocabulario político, pero ¿es cierto que ha regresado de su tumba de 1945? ¿Acaso regresó como populismo? Hay diferencias significativas entre las evocaciones discursivas del fascismo y sus continuidades en el presente, más bifurcadas. El fascismo como régimen nunca regresó luego del final de la Segunda Guerra Mundial; de hecho, la ausencia de regímenes fascistas es lo que define a la segunda mitad del siglo pasado. El liberalismo y el comunismo se unieron para derrotar al otro ismo de la política moderna, y una vez que derrotaron al fascismo lucharon y compitieron a menudo entre sí, creando la Guerra Fría. Éste fue el nuevo contexto en el que surgió el populismo moderno que hoy conocemos. Muchos historiadores coinciden en que la Guerra Fría fue bastante caliente en el sur global (de Vietnam e Indonesia al genocidio guatemalteco y el terrorismo de estado en la Argentina), pero nunca alcanzó los récords de

«calor» globales de la violencia fascista que llevó al Holocausto y la Segunda Guerra. De todas formas, luego de 1945, la mayoría de los actores creían que el fascismo había sido derrotado para siempre. A partir de allí, pocos políticos antidemocráticos, de Juan Perón a Marine Le Pen y Donald Trump, aceptaron que los asociaran con el término *fascismo*, pero eso no significa que en la teoría y la práctica no tuvieran vínculos con él. *Populismo* es el término clave para entender cómo resuena el fascismo en los acontecimientos y estrategias políticas que reformularon sus legados en los nuevos tiempos democráticos.

El fascismo perpetuó su legado en diversas combinaciones de populismo y neofascismo, formas posfascistas de democracia antiliberal. Lo cierto es que, pese al predominio del populismo, sigue habiendo muchos grupos neofascistas. Se dan en Europa movimientos neofascistas que, a diferencia de los populistas, pretenden invocar y reproducir sin matices el legado fascista. Países como Grecia, con su movimiento de extrema derecha Amanecer Dorado, o Noruega, donde un terrorista fascista, alimentado de lecturas fascistas transnacionales, masacró en 2011, él solo, a setenta y siete personas, proporcionaron a esas sociedades dosis medidas de violencia política fascista y de muerte que ilustran cuál es la posición del neofascismo. A veces los neofascistas son compañeros de ruta del populismo. Los populistas difieren de los neofascistas en su deseo de remodelar la democracia al estilo autoritario sin por ello destruirla, pero, igual que los neofascistas, los europopulistas de derecha identifican al «pueblo» con una comunidad nacional definida en términos étnicos. La Alternativa por Alemania (AFD) y, especialmente, el movimiento Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente (Pegida) cabalgan sobre el autoritarismo populista de derecha y el legado neonazi del fascismo alemán. Estos populismos reducen la democracia al predominio de un grupo étnico

mayoritario y alegan que este tipo de democracia es objeto de un ataque foráneo. Del mismo modo, los movimientos populistas de Francia y los Países Bajos están parcialmente fundados en la recuperación xenofóbica de un pasado fascista que al mismo tiempo rechazan⁴. En Ucrania, las protestas callejeras de 2014 estaban abarrotadas de derechistas ucranianos radicales, pero esto no significa que Ucrania tenga un gobierno fascista o que Francia o Alemania corran peligro de asistir a un resurgimiento del fascismo. El mismo patrón rige al populismo europeo de derecha y extrema derecha en su totalidad, así como al populismo norteamericano.

EL TRUMPISMO EN LA HISTORIA

Durante la campaña presidencial de 2015-2016, Donald Trump y sectores importantes de la derecha norteamericana pusieron de manifiesto como piezas decisivas de sus programas algunas formas de racismo populistas, en particular con los inmigrantes mexicanos, y actitudes discriminatorias para con minorías religiosas. Esas formas de populismo recibieron el apoyo de grupos neofascistas como el Ku Klux Klan y otros, pero eso no quiere decir que el trumpismo fuera una forma de fascismo. Como sucede en Europa, los compañeros de ruta neofascistas daban su apoyo a lo que en realidad era una constelación de populismos de derecha que definía la campaña trumpista⁵. Esas concepciones cobraron una legitimidad nueva como resultado del predominio de los momentos xenófobos durante la campaña, lo que incluía algunas situaciones de violencia contra críticos y manifestantes. En su célebre «Manifiesto por el 60 por ciento: La coalición populista nacionalista de centroderecha», difundido en Breitbart, el sitio web de la supremacía blanca *alt-right* (derecha alternativa), la extrema derecha del trumpismo sostenía que las políticas del populismo se

interponían entre la salvación nacional y una nueva guerra civil. Sólo un «liderazgo fuerte y con visión de futuro» podía salvar a Norteamérica de una guerra interna. Las decisiones electorales formaban parte de esa fórmula populista, pero ya antes de votar estaban ligadas a la idea de que Trump representaba lo que el pueblo quería. Como sostenían los populistas norteamericanos: «Populismo, en dos palabras, es eso: tomar partido por el pueblo contra las élites del poder que no tienen en cuenta nuestros intereses». Alegaban que el «populismo resurgía en Norteamérica y en crecientes y significativos bolsones europeos porque ponía al pueblo en primer lugar, PRIMERO. Por eso está ganando. Por eso las élites lo odian tanto y por eso, en última instancia odian a Donald Trump». El ex CEO de Breitbart Steve Bannon, que fue también uno de los asesores más cercanos de Trump y el CEO de su campaña, destacó en particular el carácter populista de la aparición de Trump en la historia norteamericana. Sus simpatizantes de la supremacía blanca *alt-right* decían que Trump pertenecía a la tradición del populismo norteamericano, a la que distinguían del fascismo⁶.

Desde una perspectiva histórica, Trump sonaba claramente como un fascista: sorteaba la brecha que separaba lo que él representaba —concretamente, una candidatura del populismo extremista radical— de aquello que el fascismo ha defendido siempre. Pero aun así se inscribía mejor en los modos autoritarios del populismo de posguerra que en la política fascista «clásica». Como muchos otros líderes populistas, de Juan Perón en la Argentina a Silvio Berlusconi en Italia, Trump declaró repetidas veces que actuaba en nombre del pueblo, al tiempo que forzaba los límites de la democracia. Aunque se presentaba como el candidato de «la ley y el orden», puso en tela de juicio el respeto del imperio de la ley y la separación de poderes. Trump fue particularmente antidemocrático al

intentar desmerecer la autonomía del sistema judicial. Usó la raza como instrumento político para atacar al sector judicial, acusando a un juez norteamericano de actuar en su contra por su ascendencia mexicana. Durante la campaña, Paul Ryan, republicano y presidente de la Cámara de Representantes y por entonces el segundo político republicano más poderoso, caracterizó los dichos de Trump sobre el juez como «la definición de manual» del racismo. Trump, a su vez, recurrió al manual de populismo y declaró que su candidatura era la expresión tácita de lo que «la gente» quería: «La gente está cansada de la corrección política, cansada de oír que las cosas están perfectamente bien»⁷. Trump creía ser la voz incontenible de los deseos de la gente. A su vez, veía a su adversaria, Hillary Clinton, como alguien que «atenta contra el pueblo norteamericano y todos los votantes norteamericanos». Trump creía que representaba a la gente de todo el país y que Clinton era la antítesis del pueblo norteamericano y la nación. Su mensaje autoritario abundaba en visiones conspirativas de tono fascista. Dijo que Clinton se había reunido «en secreto con los bancos internacionales para planear la destrucción de la soberanía de los Estados Unidos». Una vez que ganó las primarias de su propio partido, Trump interpretó que el «mandato de la gente» que había recibido justificaba su estilo de antagonismo populista, pero se mantuvo lejos de los modales dictatoriales del fascismo⁸.

Las ideas expuestas en la campaña de Trump tenían claros acentos fascistas y racistas. Como dijo Robert Paxton, el renombrado historiador del fascismo, hay diferencias importantes entre el contexto de entreguerras que hizo surgir al fascismo y la actualidad, pero aun así resonaban «ecos del fascismo» en los temas de Trump de 2015 y 2016, especialmente en la preocupación del candidato por la regeneración nacional y su temor a la decadencia, así como en su «estilo y su técnica». Su conclusión, sin

embargo, era que Trump no era fascista. Paxton mencionaba las propuestas xenófobas de Trump, que vinculaban claramente al candidato con Hitler y Mussolini, e identificaba a Trump como un protofascista en ciernes, representante de «una especie de cuasifascismo populista» que todavía no se había convertido en fascismo⁹. Mientras el historiador Paxton interpretaba el populismo como una fase prefascista para analizar históricamente las resonancias fascistas del trumpismo, otros intérpretes del fascismo y el populismo se negaron a analizar a Trump con la lente del fascismo. Stanley Payne, un famoso historiador conservador del fascismo, destacaba que Trump no era fascista sino reaccionario. No había en él violencia ni tendencias nacionalistas revolucionarias; Trump formaba parte de «un movimiento populista de derecha». De manera similar, para Roger Griffin, un reputado historiador de los estudios fascistas, «se puede ser un asqueroso macho chauvinista racista xenófobo y aun así no ser fascista». Griffin no veía en Trump el fascismo que su propia teoría del fascismo identifica como tal, que implica «el anhelo de un orden y una nación nuevos, no sólo una vieja nación reformada». Para Griffin, Trump no era aún fascista: «Mientras Trump no abogue por abolir las instituciones democráticas norteamericanas y reemplazarlas por algún tipo de orden posliberal nuevo, técnicamente no será fascista»¹⁰.

Estos investigadores no señalaban los lazos históricos entre fascismo y populismo¹¹. Mayormente absortos en Occidente, tampoco tenían en cuenta las dimensiones transnacionales del fenómeno. En otras palabras, su visión euronorteamericana del fascismo y el populismo les impedía ubicar a Trump en un contexto global, más allá de Estados Unidos y Europa. Los ejemplos globales, a lo sumo, funcionaban como meros agregados a lo que para ellos era y es, básicamente, una historia noratlántica. Aquello que sonaba como un eco del pasado formaba parte de la explicación histórica

del presente. En contraste con estos argumentos, yo diría que el fascismo y el populismo, aunque históricamente ligados entre sí, responden a contextos distintos y se convirtieron en experiencias históricas globales muy diferentes. Son capítulos distintos de una misma historia transnacional, la de la resistencia antiliberal a la democracia constitucional moderna. El trumpismo forma parte de esa tradición. Del fascismo al populismo, muchas cosas han cambiado en el mundo, incluido el hecho de que los regímenes fascistas quedaron en el camino con la divisoria de aguas representada por la victoria aliada de 1945 y la subsiguiente Guerra Fría. Los regímenes fascistas ya eran parte del pasado, pero los regímenes populistas prosperaron tras la derrota del fascismo. Aunque los lazos entre fascismo y populismo son importantes, una experiencia histórica no puede subsumirse en la otra. Hitler y Mussolini eran muy distintos de Perón y Trump, pero hay conexiones históricas significativas entre el peronismo, el populismo norteamericano y el fascismo.

En definitiva, la mayoría de estas personas y movimientos populistas tomaron sus distancias del fascismo clásico, pero aun así fueron etiquetados de tales. La mayoría de los historiadores, y me incluyo, son alérgicos a estas generalizaciones. Hay que combatir estas interpretaciones públicas del fascismo y el populismo, no sólo negarlas o ridiculizarlas. Hoy los expertos y los políticos usan el fascismo para describir a la ligera no sólo el populismo sino también los regímenes autoritarios, el terrorismo internacional o las posturas represivas estatales, o incluso las protestas callejeras de la oposición. Se trata de una negligencia históricamente problemática, dado que esas interpretaciones desprolijas del fascismo demonizan al populismo pero no dan cuenta de sus causas históricas. Fusionar fascismo y populismo suele llevar a proponer que el *statu quo* es la única alternativa a las opciones populistas.

En América Latina, por ejemplo, esas interpretaciones ahistóricas del populismo y el fascismo suelen mezclar a líderes populistas (tanto en el gobierno como en la oposición) que implementaron políticas de masas tajantes con los líderes dictatoriales que se valieron de medios violentos para eliminarlos. Echan por tierra distinciones esenciales entre el populismo de izquierda y el de derecha, cuando en realidad el populismo puede ser característicamente izquierdista, derechista o una amalgama de ambas cosas. Confunden también regímenes democráticamente elegidos o ciudadanos democráticamente comprometidos con dictaduras militares que destruyen la democracia. En términos conceptuales, el uso de los adjetivos fascista y populista es un problema serio. Dado el uso y abuso sufridos por los términos fascismo y populismo, ya es hora de ubicarlos a ambos en sus contextos históricos. Sólo así podemos evaluar los movimientos y situaciones que se dan actualmente en Latinoamérica, Europa, África, Estados Unidos y otros lugares. No se puede entender el presente aislado de sus múltiples genealogías, y el fascismo y el racismo forman claramente parte de ellas. El fascismo no es sólo un fantasma borroso del pasado, sino también una ideología histórica alguna vez derrotada que tiene claras repercusiones populistas y neofascistas en la actualidad.

En líneas generales, este libro aporta una lectura contextual de fuentes primarias, historiografía y teoría política que está muy atenta a cómo y por qué el fascismo suele convertirse en populismo. Propone una crítica histórica de los caminos que van de los regímenes, movimientos e ideologías fascistas a los populistas. Apartándose de las interpretaciones públicas de estos términos, este libro investiga cómo y por qué surgieron el fascismo y el populismo en la historia.

EL FASCISMO Y EL POPULISMO EN LA HISTORIA

Luego de que Mussolini y los fascistas italianos adoptaran el nombre fascismo para su revolución antidemocrática, y especialmente en 1922, cuando el fascismo pasó a ser un régimen de poder, la palabra *fascismo* se convirtió en el indicador global de una renovada tradición antidemocrática y antiiluminista. Superando los contextos nacionales y las limitadas teorías eurocéntricas, lo que propongo es una concepción histórica que hace del fascismo un universo político ambulante y viajero, un nacionalismo radical afectado y hasta cierto punto constituido por patrones transnacionales¹².

Históricamente, el fascismo fue una ideología política que incluyó fenómenos como el totalitarismo, el terrorismo de estado, el imperialismo, el racismo y, en el caso de Alemania, el genocidio más radical del siglo pasado: el Holocausto. En sus muchas formas, el fascismo no vaciló en asesinar a sus propios ciudadanos, así como a sus súbditos coloniales, en su búsqueda de dominación política e ideológica. Millones de civiles perecieron en el mundo durante el apogeo de las ideologías fascistas en Europa y más allá.

En términos históricos, el fascismo puede definirse como una ideología global con movimientos y regímenes nacionales. Fue un fenómeno transnacional tanto dentro como fuera de Europa. Formación contrarrevolucionaria moderna, fue ultranacionalista, antiliberal y antimarxista. El fascismo, en suma, no fue meramente una posición reaccionaria. Su propósito principal era destruir la democracia desde adentro para crear una dictadura moderna desde arriba. Fue el producto de una crisis económica del capitalismo y una crisis simultánea de la representación democrática. Los fascistas transnacionales proponían un estado totalitario donde se amordazaría la pluralidad y la sociedad civil y cada vez habría menos diferencias entre lo público y lo privado, el estado y

sus ciudadanos. Los regímenes fascistas suprimían la prensa y destruían por completo el imperio de la ley. El fascismo defendía un tipo de liderazgo divino, mesiánico y carismático que concebía al líder orgánicamente ligado al pueblo y a la nación. Consideraba que la soberanía popular debía delegarse por entero en el dictador, que actuaba en nombre de la comunidad del pueblo y sabía mejor que ella lo que realmente quería. Los fascistas sustituían la historia y las nociones de verdad basadas en la demostración empírica por el mito político. Tenían una idea extrema del enemigo, al que veían como una amenaza existencial para la nación y el pueblo, y al que había que perseguir, primero, y luego deportar o eliminar. Se proponían crear un orden mundial nuevo, epocal, a través de una escalada progresiva de guerras y violencia política extrema¹³.

En mi propio trabajo propongo analizar el fascismo como una ideología transnacional con importantes variaciones nacionales. Ideología global, el fascismo se reformuló a sí mismo una y otra vez en distintos contextos nacionales y experimentó constantes permutaciones nacionales.

El fascismo nació en Italia en 1919, pero la forma política que representa apareció simultáneamente en todo el mundo. De Japón a Brasil y Alemania, de la Argentina a India y Francia, la revolución de derecha antidemocrática, violenta y racista que encarnó fue adoptada con distintos nombres en distintos países: *nazismo* en Alemania, *nacionalismo* en la Argentina, *integralismo* en Brasil, y así sucesivamente. El fascismo ya era transnacional antes de que Mussolini usara la palabra *fascismo*, pero en 1922, cuando se convirtió en el régimen de Italia, el término atrajo la atención del mundo y adquirió distintos sentidos según los contextos locales. Esto no quiere decir que las influencias italianas (o francesas, o más tarde alemanas) no fueran importantes para los fascistas transnacionales. Pero hubo pocos imitadores. Los fascistas transnacionales moldearon la

ideología fascista de modo que encajara en sus tradiciones políticas y nacionales particulares. Como decía el fascista brasileño Miguel Reale: «El fascismo es la doctrina universal del siglo», y como tal trascendió la versión italiana de Mussolini, dado que desde el principio «la criatura era más grande que su creador». La conclusión de Reale era que el fascismo de Brasil era superior al europeo. De manera similar, los fascistas argentinos sostenían que el suyo era mejor precisamente porque no estaba limitado por los problemas europeos¹⁴.

Los fascistas de todo el mundo concebían la violencia política como la fuente del poder político. Contra la idea liberal y comunista de que el poder era el resultado del monopolio estatal de la violencia, los fascistas equipararon el poder con el ejercicio de la violencia política, no con su supresión. Creían que desatando la violencia creaban e incrementaban su poder. Veían en la violencia la fuente de una nueva sociedad autoritaria que podría integrar el nacionalismo, el racismo y el capitalismo (de planificación centralizada). Los fascistas consideraban que la restricción estatal de la violencia se oponía al poder político. También pensaban que la libertad de prensa y una esfera pública abierta conspiraban contra sus intereses. No había lugar para la sociedad civil en los regímenes fascistas. El disenso estaba prohibido. El fascismo identificaba la pacificación de los espacios internacionales y nacionales con la debilidad política. Al mismo tiempo, los fascistas consideraban que su propia violencia era «sagrada», y que los mitos nacionalistas la inspiraban y legitimaban como una dimensión clave de la religión política fascista. Según la ideología fascista, esos mitos precedían y trascendían el tiempo histórico. En el centro de esta concepción estaba el líder mesiánico, el guerrero que embarcaría al pueblo en una serie de batallas sagradas contra enemigos internos y externos. La fuerza bruta era fundamental para oponerse a quienes eran considerados contrarios a la

trinidad fascista pueblo, nación y líder. A escala global, esta brutalización fascista de la política creó y legitimó las condiciones necesarias para formas extremas de represión política, guerra y genocidio. El fascismo postulaba un enemigo existencial al que posteriormente habría de identificar y reprimir. Recapitulando, el fascismo proponía la dictadura, una idea mítica de líder, una versión socialnacionalista del capitalismo y una idea radical de enemigo como fundamentos de la política moderna.

Estos rasgos históricos del fascismo, en especial el énfasis en el líder mítico del pueblo y su papel autoritario, la tercera vía entre liberalismo y socialismo y la idea de un enemigo que debe ser enfrentado con la guerra total, muestran continuidades claras con las formas derechistas de prepopulismo que precedieron al fascismo. Como las formas anteriores de racismo, xenofobia e imperialismo, ese costado prepopulista del fascismo no puede ser ignorado. A su vez, las ideas fascistas de comunidad popular, líder y nación fueron elementos fundacionales del populismo moderno desde la Segunda Guerra Mundial, pero el populismo a menudo los reformuló o incluso rechazó, especialmente los rasgos relacionados con la violencia política extrema del fascismo y su subversión totalitaria de la democracia.

El fascismo venía en distintos colores y tenía distintos sentidos. Como observa el historiador del fascismo japonés Reto Hofmann, el fascismo «lucía un arcoíris de camisas» —gris acero en Siria, verde en Egipto, azul en China, naranja en Sudáfrica, dorado en México—, y esas variaciones decían mucho acerca de las distintas adaptaciones nacionales de lo que claramente era una ideología global¹⁵. A esa relación entre ideología y moda podríamos agregar el ahora clásico marrón en Alemania y, por supuesto, el negro en Italia, el azul en Portugal e Irlanda y el verde en Brasil. En tanto rechazo global de los valores democráticos universales, el

fascismo desplegaba una paleta ideológica claramente ubicada en el extremo derecho del espectro político. El populismo, en cambio, no tenía camisa. Encarnada en el peronismo argentino, primer régimen populista de la historia y, por lo tanto, uno de los casos más importantes de populismo moderno de posguerra, la falta de camisas de los simpatizantes (los *descamisados*) rechazaba explícitamente el fascismo y definía al populismo como posfascismo¹⁶. Este ejemplo histórico de falta de coloración del populismo también funciona como una metáfora de sus cruces ideológicos y explica por qué el populismo, a diferencia del fascismo, no constituía un frente unido contra el liberalismo. Uniendo una vez más nacionalismo extremo, inquietudes sociales e intolerancia popular, el populismo moderno no se circunscribió a la derecha política. Esto le permitió expandir su alcance, pero impidió que sus valores antiiluministas contaran con un consenso ideológico transnacional, como sucedió con el fascismo global. El populismo impugnó al liberalismo y al fascismo a la vez en diversas experiencias históricas de posguerra en las que incluso el rechazo de las formas de democracia liberal tenía una forma democrática. La existencia de un régimen fascista previo no fue una precondition necesaria para el surgimiento del populismo de posguerra. En países como Brasil, Estados Unidos, Perú o Venezuela hubo movimientos y regímenes populistas que surgieron sin interludios fascistas nacionales, pero un principio central de esos nuevos populismos era que el fascismo ya no era una alternativa para el autoritarismo global. Entre esas filas estaba, en Estados Unidos, el populismo post 1945 del senador Joseph McCarthy, que era muy distinto del fascismo de entreguerras apoyado por un compañero de ruta como el padre Charles Coughlin. Y el autoritarismo de Getúlio Vargas en Brasil cambió con el final de su dictadura, en 1945. Cuando Vargas fue elegido presidente, en 1951, había sufrido una transformación populista. Más

importante que el impacto global del peronismo luego de 1945, o del varguismo más tarde, fue el modo en que ambos demostraron que democracia y autoritarismo podían coexistir. Esos y otros autoritarios globales encontraban en el populismo el ejemplo exitoso de un nuevo camino electoral para acceder al poder. Luego del fascismo y sus constelaciones de *coups* al estilo fascista, las dictaduras anticomunistas ya no eran alternativas políticas viables en la mayor parte del mundo. En este nuevo contexto, y especialmente en América Latina, los populistas se comprometieron con el mundo de la democracia constitucional, polucionando sus fundamentos sin demolerlos. Batallando con el pasado fascista y el pasado liberal, el populismo adoptó elementos de ambos y los mezcló con otras tradiciones populares de izquierda y de derecha.

El hecho de que este nuevo populismo moderno accediera al poder luego de la Segunda Guerra Mundial fue un resultado accidental del fascismo. En una nueva era de liberalismo, el populismo ocupaba el lugar del fascismo y se convertía, después del comunismo, en el retador más importante de la democracia liberal. Como el fascismo, el populismo era y es difícil de definir. En mayor medida que el fascismo, el populismo de posguerra formó coaliciones que transgredían los límites tradicionales del espectro político, incorporando sectores que hasta entonces se oponían entre sí. La historia explica por qué las categorías y esquemas convencionales no logran explicar sus distintas fisonomías. ¿Es de derecha? ¿Es de izquierda?

Evocando el título del gran libro sobre el fascismo del historiador Zeev Sternhell, *Neither Right nor Left* [Ni derecha ni izquierda], me parece que el populismo, en términos conceptuales, no es ni una cosa ni la otra¹⁷. Pero diría que históricamente, en tanto concepción intolerante de una democracia que permite el disenso pero lo despoja de toda legitimidad, ha sido las dos cosas. Por lo general, los populismos se han diferenciado enormemente

entre sí según los modos de promover y combinar formas de participación y exclusión. De hecho, una característica distintiva del populismo moderno es la fluidez con que se desplaza de derecha a izquierda y viceversa.

El populismo es un péndulo ideológico, pero algunos rasgos centrales se mantienen constantes: una visión de la política extremadamente sacralizadora; una teología política que considera que sólo los seguidores de un líder iluminado son miembros verdaderos del pueblo; la idea de un líder que esencialmente se opone a las élites; la idea de que los antagonistas políticos son enemigos del pueblo, traidores potenciales (o consumados) de la nación, pero no todavía objeto de represión violenta; el concepto de un líder carismático que encarna las voces y deseos del pueblo y la nación en su totalidad; un brazo ejecutivo fuerte combinado con el desdén discursivo, y a menudo práctico, de los brazos legislativo y judicial del gobierno; los esfuerzos constantes por intimidar al periodismo independiente; un nacionalismo radical y un énfasis en la cultura popular o incluso la cultura de la fama contrapuestos con formas de expresión distintas, que no representan el «pensamiento nacional»; y, finalmente, un apego a una forma autoritaria de democracia electoral antiliberal que sin embargo, al menos en la práctica, rechaza las formas de gobierno dictatoriales¹⁸.

Pese a las recurrentes referencias académicas a la volatilidad del concepto y la experiencia del populismo, el populismo no será un misterio para aquellos historiadores que lean las fuentes. Diría, de hecho, que el problema no es la falta de claridad para definir el término, sino más bien que a nuestras teorías del populismo les falta historia. Inútil decir que lo contrario también es cierto. Los historiadores suelen soslayar la contribución de los abordajes teóricos del populismo. El resultado es una falta de comprensión entre historia y teoría.

Una nueva interpretación del populismo debe abordar el contexto democrático de posguerra en el que surgieron los primeros regímenes populistas de la historia: concretamente, el hecho de que el populismo se constituyera en 1945 como una reacción posfascista contra el liberalismo y la izquierda. Pero no representó un corte radical con el pasado; el populismo no se engendró fuera de un continuo histórico. Entre el final del siglo XIX y los años de entreguerras, pre y protoformas de populismo surgieron en lugares tan remotos entre sí como Estados Unidos, Rusia, México, Argentina, Brasil y Francia. Estos movimientos y líderes hablaban en nombre de un pueblo que era una sola entidad. Desde la izquierda y la derecha se oponían a las oligarquías y las élites, pero por lo general no impugnaban la democracia liberal *tout court*.

La impugnación de la democracia sobrevino después de la Primera Guerra Mundial, cuando el fascismo fusionó tendencias prepopulistas de izquierda y derecha con una ideología radical antiliberal y anticomunista que llevó incluso a algunos historiadores reconocidos a hablar de dictaduras fascistopulistas. Luego de 1945, en un contexto radicalmente distinto, el populismo moderno volvió a sus raíces prefascistas pero sin olvidar las lecciones que había aprendido del fascismo. Para los historiadores esa historicidad está clara, pero fuera de la disciplina el populismo suele ser visto como un fenómeno transhistórico. En otras palabras, se lo ve como si sucediera sin contexto histórico. En tanto posfascismo, el populismo surgió como una forma de democracia autoritaria para el mundo de la Guerra Fría: una democracia capaz de adaptar la versión totalitaria de la política a la hegemonía de la representación democrática de posguerra. Esta transformación predominó primero en América Latina tras la caída global del fascismo, y mucho más tarde, tras la caída del socialismo real, se extendió por Europa.

El populismo empezó con el reconocimiento de que el fascismo pertenecía más al pasado que al presente. Para el general Perón, líder del primer régimen populista moderno de la historia, el fascismo era «un fenómeno irreplicable, un estilo clásico para definir una época precisa y determinada». Por mucho que lamentara la pérdida del Mussolini y su fascismo, Perón no quería imitar ese pasado derrotado. Quería liberar al peronismo de la carga del fascismo, y el resultado fue una versión posfascista, autoritaria y antiliberal de la democracia¹⁹. Muchos años más tarde, los neofascistas italianos llegaron a una conclusión similar. En 1993, Gianfranco Fini, líder italiano del neofascista Movimento Sociale Italiano, intentaba transformarlo en una formación populista y decía que el fascismo estaba irreversiblemente confinado en el pasado: «Como todos los italianos, no somos neofascistas sino posfascistas»²⁰.

Ejemplos similares de este reconocimiento se dieron primero en América Latina en los años 40 y 50 y mucho después en contextos europeos, donde en los años 80, por ejemplo, el lepenismo iniciaba su ambivalente transición del neofascismo al populismo. Mientras los populistas bolivianos y ecuatorianos renunciaron a sus vínculos con el fascismo a comienzos de la Guerra Fría, los neofascistas austríacos prácticamente lo hicieron en 2000, cuando integraron una coalición gubernamental. La situación generó indignación y repudio en Europa, pero los posfascistas italianos se habían anticipado a los austríacos al formar su primera coalición de gobierno con Silvio Berlusconi en 1994. En las coaliciones subsiguientes de Berlusconi, Fini, el posfascista, llegó a ser primer ministro interino, canciller y más tarde presidente de la cámara de diputados italiana. En un espectacular giro en U, Fini llegó a decir en 2003 que la participación de Mussolini en el Holocausto evidenciaba que «el fascismo formaba parte del mal absoluto»²¹.

Como caso y concepto contemporáneo, el populismo tiene una historia moderna específica. En otras palabras, no es un concepto exterior a la historia. La visión no histórica del populismo lo reduce a ser una metáfora transhistórica de otra cosa, ya sean los problemas constitutivos de la democracia representativa, los espacios vacíos o llenos de lo político, la tecnocracia o la política como tal. En fuerte contraste con esas perspectivas, mi propuesta es considerar el populismo como resultado de un proceso histórico moderno; en otras palabras, como parte de una historia en curso en la que las limitaciones y los problemas intrínsecos de la democracia formal se cruzan con las impugnaciones internas y externas sufridas por la democracia de entreguerras y de posguerra. Este libro destaca el papel del fascismo y su legado en el nacimiento del populismo moderno.

Al explorar los lazos históricos y teóricos íntimos entre las experiencias fascista y populista, este trabajo analiza el carácter central de las prácticas, estilos y conceptos globales y de los recuerdos de posguerra de la violencia política para definir bien esas conexiones. El fascismo y el populismo son formas de nacionalismo, pero también tienen vínculos y características comunes supranacionales.

Como parte de una nueva tendencia transnacional de estudios del fascismo y populismo, este libro expande el conocimiento de ambos analizando sus repercusiones transatlánticas y globales durante el período de posguerra, en especial el rechazo populista de la violencia fascista. La violencia, su concepción y, lo que es más importante, sus prácticas, dividen las aguas entre fascismo y populismo. La violencia, y su legado de represión y exterminio, definen las experiencias globales contrastadas del fascismo y el populismo en tanto ideologías, movimientos y regímenes, así como sus ulteriores reformulaciones en nuestro nuevo siglo.

Concentrarse en el legado de la violencia fascista permite que comprendamos mejor las consecuencias históricas globales del fascismo posteriores a 1945. Quisiera superar la oposición entre los abordajes antiteóricos del fascismo y el populismo y aquellos que se limitan a las dimensiones teóricas de los fenómenos fascista y populista. Hacer hincapié en la violencia fascista en una escala comparativa y transnacional sorteja la dicotomía entre historia y teoría. Mi tesis principal es que el énfasis fascista en la violencia política, la represión y el genocidio sigue representando una dimensión significativa del lugar que ocupa en los recuerdos de fascistas y antifascistas, y de populistas y antipopulistas, posteriores a 1945. Ese traumático recuerdo de violencia también engendró movimientos neofascistas y formas de populismo posfascistas. Así, la perspectiva de este libro integra los campos de la historia conceptual y la teoría política, especialmente en relación con la historia europea y latinoamericana, pero también con los casos de fascismo y populismo en África, Asia y otros lugares. Las historias interconectadas del fascismo global, el populismo y la violencia política proporcionan ejemplos significativos para el análisis de las interacciones entre ideología, antidemocracia y política.

MAPEANDO EL FASCISMO Y EL POPULISMO

En líneas generales, lo importante, aquí, son las dimensiones nacionales y transnacionales de la experiencia histórica en el centro y la periferia, pero también es primordial pensar en términos comparativos la ideología y la política de las prácticas antidemocráticas modernas en distintos contextos, más allá de lugares comunes teóricos e históricos. Fascismo y populismo son dos formaciones históricas contextualmente conectadas, y por eso es sorprendente que historiadores y teóricos no las analicen juntas. Esta

introducción, así como el libro en su totalidad, reconecta y analiza las trayectorias y teorías del fascismo y el populismo. El capítulo 1 ofrece una hipótesis de explicación conceptual e histórica del fascismo y subraya el papel central que la violencia y el genocidio juegan en la ideología y la práctica del fascismo, especialmente en sus dimensiones globales. Pone a dialogar a distintas interpretaciones históricas que suelen evitar hablar entre sí. En este contexto, insisto en la necesidad de analizar la historia del fascismo como una forma de violencia política que contrasta fuertemente con el populismo, de modo de contextualizar las diferencias cruciales que los separan. El capítulo aborda también las maneras en que los historiadores han interpretado el fascismo, desde un enfoque inicial centrado en sus variantes nacionales hasta aquellos que ponen el acento en las teorías genéricas del fascismo, que subestiman las diferencias nacionales. Veo esas historiografías con una mirada crítica, especialmente su rechazo a estudiar el fascismo fuera de Europa. Contra una visión eurocéntrica del fascismo, destaco las contribuciones del nuevo giro transnacional en su historia. En líneas generales, el capítulo promueve leer el fascismo como un tema crítico de la historia global (de Europa a América Latina, a Asia y otras regiones), y al mismo tiempo aborda la materialización última y más extrema del fascismo: el Holocausto.

La mayoría de los historiadores del Holocausto han rechazado la idea de que el fascismo sea una explicación causal de sus orígenes. Al mismo tiempo, muchos historiadores del fascismo presentan el Holocausto como un acontecimiento particular, que no es decisivo para la historiografía fascista. El capítulo 1 destaca cómo la Shoah, considerada en un contexto global antes que nacional, plantea un desafío significativo a la historia transnacional de la ideología y la política. Por fin, este capítulo aborda las dimensiones «populistas» del fascismo en la historia y la teoría. Los

capítulos siguientes analizan cómo esos aspectos afectaron la novedosa experiencia del populismo en el poder de la posguerra, precisamente por su rechazo ambivalentemente democrático del legado fascista, genocida y dictatorial.

El capítulo 2 aborda el nacimiento y desarrollo del populismo moderno. Las versiones eurocéntricas y norteamericanocéntricas son las que suelen prevalecer en el análisis del fenómeno populista. Contra esas tendencias etnocéntricas de la historia y la teoría, y los cuestionamientos que plantean a las teorías que describen el populismo como una suerte de forma pura de democracia, prefiero promover una lectura del populismo más global, que adopta una posición crítica ante las interpretaciones contemporáneas que sólo usan la historia para ilustrar la teoría. Propongo una hipótesis de definición del populismo en la historia y pongo en evidencia lo que ganan los historiadores y teóricos si piensan el populismo en relación con el fascismo. En pocas palabras, el capítulo explica qué es el populismo en términos históricos, desde los primeros populismos de Rusia y Estados Unidos a los protopopulismos de México, Argentina y Brasil. Mientras los primeros fueron populismos incompletos, en el sentido en que fueron movimientos de oposición y no regímenes, los segundos accedieron al poder pero sin adoptar del todo la fusión populista de antiliberalismo y democracia electoral. El capítulo explora también las aventuras del populismo, desde los populistas «clásicos» de posguerra en el poder hasta las formas de populismo neofascista o neoliberal y de izquierda o popular-nacionalista, especialmente en América Latina y Europa pero también en Estados Unidos, África y Asia.

El populismo se opone claramente a la versión fascista del poder dictatorial que precedió a la Guerra Fría, la descolonización y las diversas transiciones a la democracia a escala mundial. En otras palabras, el

populismo era una forma de democracia antiliberal que reproducía, pero con frecuencia también reformulaba, y a veces incluso rechazaba, las antinomias políticas del fascismo. El populismo se definía y se define por su rechazo, nacido en el contexto de posguerra, de la dictadura fascista y la violencia extrema, aun cuando siga reproduciendo algunas premisas ideológicas del fascismo.

La dictadura es uno de los fundamentos históricos del populismo moderno. Pero populismo no es dictadura. De hecho, en el contexto de los comienzos de la Guerra Fría, el populismo moderno representaba una renuncia democrática a la dictadura. En ese contexto, el capítulo 3 sostiene que «la dictadura de masas» es central en la genealogía del populismo. La experiencia dictatorial fascista, más específicamente, fue una de las razones del surgimiento de los primeros movimientos y regímenes populistas, pero también contribuyó a definirlos en oposición a sus orígenes dictatoriales. Más tarde, y en otros contextos, especialmente en sus variantes de izquierda europeas, africanas y latinoamericanas, el populismo asumió formas de nacionalismo que rechazaban explícitamente el fascismo, el imperialismo, el colonialismo, el racismo y el poder dictatorial. Históricamente, este rechazo ha sido más ambiguo en los casos del populismo de derecha y extrema derecha, que a veces adoptaban formas neoliberales.

En diálogo con, pero también diferenciándome de, una literatura que establece una distinción binaria entre fascismo y populismo, insisto en la necesidad de entender la naturaleza ambivalente, democrática, de la experiencia populista autoritaria, incluidos los tópicos más recientes del nuevo paisaje mediático, el «machopopulismo» y el «populismo islámico».

Nacido de la derrota dictatorial del fascismo, el populismo de posguerra se convirtió en términos históricos en una forma de democracia autoritaria. Sin embargo, nada impide que en el futuro recaiga en sus antiguos

fundamentos fascistas. Los casos históricos en que el populismo recayó en la violencia fascista, pocos pero significativos, van del peronismo neofascista de los años 70 al Amanecer Dorado de Grecia y otros movimientos europeos de extrema derecha. Aunque no renuncie a los métodos electorales democráticos, el movimiento populista se convierte en neofascismo cuando pasa de una concepción homogeneizadora del pueblo a otra que postula su identificación étnica con la comunidad nacional, a la vez que reemplaza la retórica más o menos genérica de un enemigo no identificado (las élites, los traidores, los extranjeros, etc.) por la articulación de un adversario racial o religioso identificable al que enfrenta con la violencia política. Del mismo modo, el régimen populista se convierte en una dictadura (fascista, neofascista o no fascista) cuando anula su relación con las características democráticas que lo definían. Dicho de otro modo, cuando las elecciones se prohíben o dejan de ser libres, cuando la intimidación de la prensa independiente lleva a su supresión, cuando el disenso no sólo es considerado ilegítimo por quienes están en el poder sino también prohibido y castigado, cuando el debilitamiento de la división de poderes se transforma en su unificación al mando del líder y, último en orden pero no en importancia, cuando la lógica de polarización populista se traduce en persecución política real, el populismo pierde sus elementos históricos y deja en muchos aspectos de ser populista. En esos casos, la tendencia populista a corromper la democracia constitucional conduce a su eliminación. Si el populismo vuelve a fondo a sus raíces clásicas, dictatoriales y antirracionales, deja de ser populismo —una resolución de la ambivalencia populista entre dictadura y democracia que siempre existe como posibilidad, aunque históricamente no haya sido el caso más común. En términos más generales, en tanto reacción democrática antiliberal a la política moderna, el populismo está entre esos dos polos opuestos. Esta

tensión histórica fundacional del populismo surgió a principios de la Guerra Fría y se reforzó luego de la caída de la Cortina de Hierro y la aparición de los nacionalismos del siglo XXI. En 1919, 1945 y los primeros años de nuestro nuevo siglo, los contextos eran muy diferentes. El fascismo nació en 1919 de la crisis del liberalismo de entreguerras, y se fortaleció luego gracias a la profunda crisis económica de los años 30; el populismo moderno emergió en 1945 de la crisis y la derrota del fascismo. Apareció en el contexto de la recuperación económica de los poderes mundiales. El brote de populismo xenófobo contemporáneo se da en un contexto más similar al de los años 20 y 30, período que asistió al surgimiento del fascismo. En el nuevo siglo, en el contexto de la Gran Recesión, la democracia enfrenta desafíos similares a los que enfrentó durante la Gran Depresión²². Asistimos a una nueva depresión global y una nueva crisis de representación en la que las fuerzas populistas, una vez más, ponen a prueba la democracia.

La historia no se repite, pero las genealogías son importantes para entender el presente. El nuevo populismo de derecha es muy distinto del que aceptó la antorcha de los fascistas luego de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, está directamente relacionado con la afirmación del neoliberalismo en Europa y el resto del mundo luego de 1989. Una vez consolidado el neoliberalismo, Europa, tanto en el oeste como en el este, vio surgir nacionalismos fortalecidos que a menudo veían en el pasado autoritario de entreguerras un antecedente del triunfo liberal sobre el comunismo. El nacionalismo funcionaba en tándem con el neoliberalismo. Para oponerse a la idea de que los nuevos populismos de derecha y extrema derecha son productos unidimensionales de 1989, y por lo tanto carecen de lazos significativos con el pasado, es importante conectarlos con sus genealogías autoritarias tanto dentro como fuera de Europa. El populismo y

el neoliberalismo forman parte de un mismo proceso de desfiguración de la democracia, según sugiere la destacada teórica política del populismo Nadia Urbinati²³. En muchos aspectos, este nuevo populismo norteamericano y europeo es menos defensivo respecto de su nacionalismo y su racismo. Sigue cerca del pasado de entreguerras, ofreciendo viejas soluciones no democráticas a problemas nuevos.

Globalmente, el populismo resulta particularmente atractivo para sectores que se ven a sí mismos excluidos del sistema político, y no representados por las instituciones democráticas existentes. Los líderes populistas equiparan sus deseos con las necesidades de todo un pueblo y de la nación entera. Defienden una sociedad homogénea que nunca existió. Los populistas promueven propuestas nacionalistas destinadas a excluir al otro y sumar simpatizantes, y toda diferencia les resulta profundamente sospechosa.

Como ya sucedió en el pasado, el populismo contemporáneo ofrece respuestas autoritarias a la crisis de la representación democrática. El populismo cambia todo el tiempo, pero los fundamentos permanecen. Desde su ascenso al poder, durante la posguerra, el populismo ha reivindicado una tercera vía democrática entre el liberalismo y el socialismo. Ése fue el contexto, el momento histórico, en que el fascismo se convirtió en el populismo en la historia.

1

¿QUÉ ES EL FASCISMO EN LA HISTORIA?

La palabra *fascismo* deriva de la palabra italiana *fascio* y designa a un grupo político (como el que lideraba Giuseppe Garibaldi en tiempos de la unificación italiana). Visual e históricamente, el fascismo también alude a un símbolo imperial romano de autoridad. Como movimiento político moderno nació en el norte de Italia en 1919, y su fundador fue Benito Mussolini. De modo que *fascismo* es un término y un movimiento político originados en la península italiana. Sus orígenes ideológicos, sin embargo, son anteriores a su nombre. Dado que sus realidades antidemocráticas eran globales y existían bajo distintos nombres nacionales, sus efectos fueron a la vez nacionales y transnacionales. Para comprender el fascismo es decisivo saber que, antes de surgir explícitamente como un movimiento, el fascismo nació como una impugnación ideológica global del orden liberal previo a la Primera Guerra Mundial. La ideología de nacionalismo radical que lo hizo posible formaba parte de una reacción contra el Iluminismo más amplia¹, una tradición que era a la vez europea y «no europea». En términos ideológicos, el fascismo era concebido como una reacción contra las revoluciones progresistas del largo siglo XIX (de la revolución francesa de 1789 a las revoluciones norteamericana y latinoamericana de 1776 y 1810 respectivamente, a la Comuna de París de 1871 y la guerra de independencia cubana, que comenzó en 1895). El fascismo representaba un

ataque contrarrevolucionario a las libertades políticas, sociales y económicas, a la tolerancia y a la igualdad.

Arraigado en la ideología del antiiluminismo, el fascismo no era sólo una reacción contra la política liberal y un rechazo de la democracia. No se oponía a la economía de mercado, por ejemplo, y solía fomentar una organización corporativa destinada a promover la acumulación de capital. En el mismo nivel de importancia, el fascismo era una filosofía de la acción política que atribuía un valor absoluto a la violencia en el campo político. Esa atribución había sido alentada por el afianzamiento de un producto radical del Iluminismo: el comunismo soviético. El triunfo del bolchevismo en 1917 despertó oposición y emulación a escala mundial. Al presentarse como lo contrario de los comunistas, los fascistas aprovechaban ese difundido rechazo y temor suscitado por la revolución social a la vez que incorporaban algunas de sus dimensiones.

Pero fue una nueva era de guerra total, más que el experimento soviético, lo que proporcionó al fascismo su contexto. De hecho, la ideología fascista surgió por primera vez en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Como sostiene el historiador italiano Angelo Ventrone, la guerra proveyó a la ideología fascista de una reserva². Ese ideal de la guerra, y su concepto correlativo de militarización de la política, trascendió las fronteras europeas y circuló en lugares como India, Irak y Perú. Adolf Hitler y Benito Mussolini decían abiertamente que la guerra constituía su experiencia personal más importante, y tras la Primera Guerra Mundial los dos ex soldados consideraron la violencia y la guerra como elementos políticos de primer orden. Tal como lo conocemos hoy, el fascismo terminó de cristalizar cuando esa ideología de la violencia se fusionó con el nacionalismo de extrema derecha, el imperialismo y las tendencias de

izquierda antiparlamentarias y no marxistas del sindicalismo revolucionario.

El momento de cristalización fascista no fue exclusivamente italiano o europeo. En la Argentina, intelectuales como Leopoldo Lugones, que habían sido socialistas, comprendieron pronto las consecuencias políticas de esa fusión. El fascismo cambiaba según los distintos contextos nacionales. Como decía el general Eoin O'Duffy, líder de los camisas azules irlandeses, la historia reciente del fascismo italiano tenía un «sorprendente parecido» con la situación irlandesa, aunque «eso no quiere decir que sólo el fascismo pueda rescatar a Irlanda, pero seríamos necios si cerráramos los ojos ante el hecho de que detrás del fascismo en Italia, y como responsable de su éxito fenomenal, está el mismo espíritu que hoy hace del movimiento de los camisas azules el mayor movimiento político que haya conocido Irlanda»³. Los fascistas argentinos admiraban a los camisas azules irlandeses, pero los veían como parte de la familia, no como modelos a copiar. Compartir el mismo espíritu no quería decir imitar; como sostenía el fascista portugués João Ameal, el fascismo italiano tal como existía en Italia no podía reproducirse fuera del país. El fascismo portugués no podía ser una «copia estéril». El fascismo echaba raíces en cada nación, pero se vinculaba transnacionalmente de maneras revolucionarias: «No se trata de reproducción. Se trata de equivalencia. Los italianos hicieron su revolución del orden. Nosotros estamos empezando la nuestra»⁴.

Como Lugones y Ameal, el fascista brasileño Miguel Reale veía el fascismo como una ideología transnacional universal de extrema derecha: «Luego de la Gran Guerra, en Brasil como en China, en India como en Francia, no hay lugar para un nacionalismo sin socialismo. En otras palabras, no hay lugar para un nacionalismo que carezca de los elementos de una revolución social profunda». Como sus socios transnacionales, los

fascistas brasileños creían que representaban «una poderosa renovación» de las prácticas de «vida individual y colectiva». Reale decía que «la revolución» ya no se hacía en nombre de una clase: «La revolución es el derecho sagrado de la nación, de la totalidad de sus fuerzas productivas». Del mismo modo, los fascistas españoles pensaban que había movimientos fascistas en países tan distantes entre sí como China, Chile, Japón, Argentina o Alemania porque el fascismo era una aglomeración de movimientos «nacionalistas» de derecha. El conglomerado fascista «salvaría» a cada país constituyendo «una nueva y verdadera internacional de la civilización contra la barbarie». El fascismo representaba una nueva fundación del mundo, «una civilización de la unidad, la universalidad y la autoridad»⁵.

Al final de la guerra, el joven Adolf Hitler, un héroe de guerra marginado, empezó a dar expresión política a sus tendencias violentas básicas. Y lo hizo en las nuevas trincheras de la política de masas moderna⁶. Hitler adoptó primero, y modeló después, la ideología de un pequeño partido alemán de extrema derecha que pronto se llamaría Nacional Socialismo. Desde temprano reconoció su deuda con el pensamiento y la práctica de Mussolini, pero ambos líderes compartían la creencia más extendida de que el mundo tal como lo conocían estaba en crisis. Por sobre todas las cosas, Hitler se sentía iluminado por el camino de Mussolini hacia el poder. No hay manera de subrayar lo suficiente la dimensión epocal del hecho de que el fascismo se convirtiera en un régimen. Como sostiene Richard Evans, prominente historiador del nazismo: «Hitler admiraba a Mussolini como un ejemplo a seguir»⁷. Hitler y Mussolini compartían posturas ferozmente anticomunistas y antiliberales que estaban ampliamente diseminadas entre los contrarrevolucionarios

globales de la época. Ese modernismo antidemocrático combinaba política moderna con innovación tecnológica, ideas estéticas y un discurso belicista.

La modernidad del fascismo ha preocupado a pensadores importantes durante el siglo pasado. Mientras Sigmund Freud veía el fascismo como un retorno de lo reprimido —concretamente, la reformulación mítica de la muerte y la violencia como fuente de poder político—, Theodor Adorno y Max Horkheimer, en su *Dialéctica de la Ilustración*, describían al fascismo como el peor producto posible de la modernidad⁸. Aunque coincido en líneas generales con sus argumentos, ellos se circunscriben a los acontecimientos europeos. Comprender las dimensiones globales y transnacionales del fascismo requiere comprender su historia, primero tal como se articula en el nivel nacional, y segundo, en función del modo en que esa manifestación del fascismo se vincula con intercambios intelectuales que cruzan el océano Atlántico y van más allá.

Como el marxismo y el liberalismo, el fascismo fue un fenómeno global que adoptó muchas variantes e interpretaciones políticas nacionales. También como aquéllos, el fascismo nunca tuvo un sistema ideológico cerrado. Sus ideas cambiaban con el tiempo y sólo ahora, retrospectivamente, podemos concebir sus patrones ideológicos principales. La mayoría de los fascistas percibían el fascismo como una ideología política nueva, en gestación, que se oponía radicalmente a la política democrática tradicional, eso que llamaban con desdén «electoralismo»⁹ occidental. Su creador, Benito Mussolini, decía que sólo las ideologías decadentes y pasadas de moda tenían un cuerpo de ideas cerrado. Para Mussolini, las ideas eran útiles cuando tenían un valor práctico, es decir, cuando confirmaban sus confusas intuiciones sobre la regeneración social y el renacimiento de las naciones, el papel de conducción que hombres como él debían desempeñar para guiar al pueblo, la política como arte y, en

términos más generales, su célebre antihumanitarismo. Para el creador del fascismo, en suma, las ideas eran útiles cuando legitimaban objetivos políticos de corto plazo¹⁰.

Mussolini era un estratega que creía que las necesidades políticas debían determinar las construcciones teóricas. Muchos historiadores concluyen que esa creencia convertía a Mussolini en una especie de antiteórico, y que la teoría fascista no era importante para el movimiento. Para esos historiadores, la teoría fascista simplemente tiene poca importancia¹¹. Sin duda Mussolini tuvo inclinaciones antiteóricas en algunos momentos de su carrera, pero todas las necesidades políticas que moldearon su visión estratégica del fascismo estaban fundadas en un conjunto de ideas y objetivos inarticulados. Sus ideas sobre el poder, la violencia, el enemigo interno y el imperio, y sus propias expectativas de convertirse en el líder viril, mesiánico, de su pueblo, guiaron la práctica política de Mussolini a lo largo de los años. Eran ideas lo suficientemente abstractas para fundar sus prioridades políticas, y lo suficientemente prácticas para ser tomadas en cuenta por los políticos fascistas transnacionales, que con frecuencia querían evitarse complicaciones conceptuales. Antonio Gramsci, un astuto observador y teórico italiano antifascista, prefería subrayar el «concretismo» de Mussolini como una característica definitoria del líder fascista y, tal vez, de la ideología fascista en general¹². El concretismo de Mussolini estaba ligado a la idea de la primacía de la política sobre las «fórmulas dogmáticas rígidas». Quizá como una expresión de deseos, el mismo Mussolini sostenía que las discusiones «teológicas» o «metafísicas» eran ajenas a su movimiento. El fascismo no era un dogma sino una «mentalidad especial». En términos típicamente antiintelectuales, Mussolini solía combinar su concretismo —en particular la predilección fascista por la «acción inmediata» violenta— con una comprensión simplista de la

realidad. Defendió desde temprano el carácter «reaccionario», «aristocrático» y aun así «antitradicional» del fascismo, yuxtaponiéndolo con la «orgía de la revolución de las palabras»¹³.

El fascismo fue esencialmente moderno. Pero fue una forma «reaccionaria» de modernismo¹⁴. Oponiéndose a la emancipación para crear una nueva modernidad totalitaria, el fascismo se veía a sí mismo como un joven hijo del presente e incluso como una dimensión «primitiva» del futuro. Las causas del pasado, las construcciones teóricas del pasado, incluso las experiencias del pasado no eran tan importantes para Mussolini como la «acción» política del presente. Sin embargo, las estrategias del presente sólo eran para él representaciones de un todo significativo, un conjunto de formaciones plenas de sentido que constituían la base de la cual podrían surgir estrategias políticas.

La búsqueda de una simbiosis entre este suelo común del que emanaban las prácticas fascistas y las diversas justificaciones teóricas de esas estrategias constituyó el elemento más dinámico de la ideología fascista, y también reveló los límites más obvios que la separaban de la canonización plena. En última instancia, la creación de un corpus canónico fascista fue para los fascistas una tarea interminable. Trataron de combinar varias estrategias de corto plazo con un preconcepto básico del mundo de larga duración. La síntesis fascista se basaba en esa transición imposible entre la política de la vida cotidiana y el dogma. Los intérpretes fascistas de todo el mundo tuvieron que articular la relación con frecuencia tensa entre la práctica fascista (estrategia) y el ideal (teoría). Esas ideas sobre lo divino, la raza, el pueblo, el imperio y un pasado mítico debían adaptarse constantemente a las particularidades de las muy distintas realidades de Asia oriental y el sudeste asiático, Europa, Medio Oriente y América Latina. En India y Medio Oriente, las ideas fascistas sirvieron para repensar

una variante autoritaria de poscolonialismo, mientras que en Japón se la usó para repensar la modernidad del imperio. En la América Latina republicana y poscolonial, el fascismo solía presentarse como una continuidad del imperio español, pero también como una manera primaria de promover una forma de antiimperialismo republicana autoritaria. En todos esos lugares, como también ocurre en otras partes con el fascismo, la estética era una dimensión clave de su política.

Pero la teoría fascista no tenía que ver sólo con la estética. En este sentido, aunque me parece importante tener en cuenta las concepciones antifascistas del fascismo, no hago tanto hincapié en la noción estética de fascismo de Walter Benjamin. Para Benjamin, «el resultado lógico del fascismo es la introducción de la estética en la vida política»¹⁵. Como dice el historiador Robert Paxton, Benjamin vio con claridad que la guerra era la experiencia estética más extrema del fascismo. El líder fascista quería elevar al pueblo a «un campo político más alto que pudiera experimentar de manera sensual». Esa sustitución del «debate razonado» por la intimidad de las experiencias sensoriales compartidas alteró sustancialmente la política contemporánea¹⁶. La estética fascista sin duda jugó un papel central en el modo en que el fascismo se presentó ante el mundo, pero el fascismo como ideología política no puede ser abarcado exclusivamente por la estética. El fascismo necesitaba equilibrar su ideal estático de un mundo perfecto con una articulación más profunda de sus ideas políticas que pudiera dar cuenta de, y justificar, una estrategia constantemente cambiante. Básicamente, la práctica fascista no estaba ligada a la política mundana del día a día, o a la estética, sino que se centraba en un conjunto de rituales y espectáculos políticos destinados a objetivar la teoría fascista y fundarla en experiencias vividas. Esas prácticas presentaban al fascismo como algo que podía ser

visto, algo que implicaba una participación activa, un contacto con los demás, y que hacía realidad las ideas¹⁷.

La teoría fascista nunca llegó a ser un sistema de creencias articulado. Siempre fue un conjunto cambiante de figuras e ideas. En este sentido, Mussolini consideraba que el fascismo era único «en el bosque de los “ismos”». A él personalmente no le gustaban los sistemas de creencias: los consideraba disfuncionales por definición. Si la economía o el arte eran elementos que el Duce juzgaba irrelevantes para alguien de su estatura, el dictador pensaba que la ideología o la teoría fascistas debían subordinarse a la práctica y ser capaces por lo tanto de adaptarse en todo el mundo. Pero detrás o por sobre la adaptación había algo más grandioso: la definición del fascismo como un punto de inflexión epocal, una revolución mítica y sagrada de la nación, el líder y el pueblo. En efecto, a pesar de su desprecio por la teoría, Mussolini creía en la existencia de la alta teoría —el relato maestro que representaba las intuiciones inmediatas sobre el mundo: concretamente, creía en la primacía del sentido básico fascista sobre el mundo exterior. Así, un sentido violento, autoafirmativo e intencional era el atributo duro de la ideología fascista.

El fascismo proponía ante todo una forma radical de subjetividad política. El sentido interno fascista representaba la matriz fascista, su sagrada dimensión fundante. Esta concepción de una intuición inconsciente, prerracional, expresaba la supuesta pureza del ideal fascista, el «sentimiento fascista» que mantenía unidos los universos del pueblo y las ideas fascistas¹⁸. Es revelador que ya en 1919 Mussolini dijera que los distintos grupos que formaban el fascismo compartían una misma y «única alma». El fascismo, sostenía, puede ser «distinto en la forma, pero en sustancia está fundido y confundido»¹⁹. Para usar una metáfora saussureana, el fascismo debía ser entendido como un código específico, un lenguaje de

interpretación y acción políticas que tenía un conjunto cambiante de significantes ligados a un significado menos maleable. Mussolini llamaba «fondo commune» o «denominador común» a este aspecto rígido del fascismo. Era el núcleo significativo, el corazón contenido en el interior de un conjunto de máximas cambiantes, menos coherentes, o de significantes fascistas. El denominador común era un cursor maestro, un punto de orientación. Era, en suma, el núcleo fascista que contenía las premisas básicas del fascismo lo que se mantenía relativamente constante en la ideología fascista, en contraposición a las formas variables de expresión fascista. El «fondo commune», el concepto primal fascista del mundo, era más importante que sus prácticas contextuales o sus presentaciones estratégicas. Éstas eran las manifestaciones externalizadas del fascismo en contextos particulares, los ejemplos estratégicos de una «sustancia del fascismo» más estable. Como dice Mussolini en un momento inquietante de plena revelación, «cada uno de nosotros tiene su propio temperamento, cada uno tiene su propia susceptibilidad, cada uno tiene su propia psicología individual, pero hay un denominador común a través del cual se ecualiza el todo»²⁰.

Para el Duce, ese todo ecualizado, la matriz fascista, era el nivel más básico o el núcleo de las concepciones fascistas de la política y el mundo. Era un conjunto de figuras maestras, valores distorsionados y sentimientos sobre la violencia, la guerra, la trinidad de líder, pueblo y nación, el mito, lo sagrado y lo abyecto. A algunos intérpretes actuales puede resultarles difícil entender la auténtica carga de irracionalidad y fuerza instintiva que encarnaba el fascismo, eso que Antonio Gramsci había presentado antes como la fusión fascista de lo «misterioso» con una «psicología de guerra»²¹. Aunque los fascistas del pasado a menudo entendieran esa psicología en términos místicos o incluso esotéricos, como imbuida de un

sentido oculto, insignificable o irrepresentable, quizá los historiadores actuales estén en mejores condiciones de definir sus componentes principales.

La matriz fascista se componía de binarismos tradicionales como «nosotros versus ellos» o «civilización versus barbarie» y el pueblo contra sus enemigos, entre otros. Pero la importación fascista de esa idea del otro como enemigo existencial total le dio una dimensión central a su ideología. Así, el fascismo también tenía una dimensión de victimización central, es decir, de impulsos negativos que representaban aquello a lo que se enfrentaba como opuesto a aquello que defendía. Mi hipótesis de definición histórica del fascismo como ideología mítica global con diferentes movimientos nacionales subraya las conexiones entre esos binarismos y los rasgos modernos, contrarrevolucionarios, ultranacionalistas, antiliberales y antisocialistas del fascismo que tomaron forma en la tormenta perfecta de los años de entreguerras: la doble crisis del capitalismo y el liberalismo. En este escenario, el objetivo primario del fascismo era destruir la democracia desde adentro y crear una dictadura totalitaria. Destruir la democracia significaba a su vez destruir la sociedad civil, la tolerancia política y el pluralismo. La nueva legitimidad del orden fascista descansaba en el poder del líder, el pueblo y la nación. El fascismo se formulaba a partir de una idea moderna de soberanía popular, en la que se eliminaba la representación política y el poder se delegaba por entero en el dictador, que actuaba en nombre del pueblo.

Esta dictadura del pueblo, con su voluntad de crear un hombre nuevo y un nuevo orden mundial, dependía de su otro dialéctico, los enemigos existenciales, el antipueblo. Esos vínculos entre enemigo, dictadura y pueblo eran centrales para los fascistas de todo el mundo. Los métodos fascistas contra el enemigo eran la persecución y la eliminación. Como

decían los fascistas argentinos, «el día del juicio final está cerca, haremos desaparecer a todo lo que sea indigno del bien de la Patria»²². En su famoso discurso «profético» de enero de 1939, Hitler, apenas unos meses antes de iniciar él mismo la Segunda Guerra Mundial, se dirigía al mundo de manera similar, tan explícitamente como los argentinos:

A lo largo de mi vida he sido profeta a menudo, y por lo general me han ridiculizado por ello. En la época de mi lucha por el poder, fue en primer lugar la raza judía la que recibió mis profecías con risas cuando decía que algún día me apoderaría del liderazgo del estado, y con él el de la nación entera, y que entonces resolvería, entre muchas otras cosas, el problema judío. Reían ruidosamente, pero creo que desde hace algún tiempo los que ríen son otros. Hoy, una vez más, seré profeta: si los financistas internacionales judíos de dentro y fuera de Europa logran hundir a las naciones en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra, y por lo tanto la victoria de la judería, sino ¡la aniquilación de la raza judía en Europa!²³

Para Hitler, el sacrificio y la violencia funcionaban en tándem con las mentiras creídas y las acciones imaginadas del enemigo del pueblo. La idea del ejercicio de una violencia sacrificial en nombre del líder profético y el pueblo no se aplicaba sólo al enemigo sino también al mismo fascista, como lo repetía Mussolini a menudo y como Hitler lo encarnó en persona con su suicidio en 1945. El racismo y el antisemitismo fascista fueron las consecuencias de la búsqueda continua del enemigo público ideal, que de 1919 en adelante fue deshumanizándose cada vez más²⁴. Sin embargo, el fascismo no estaba hecho sólo de dimensiones «anti» o negativas. Los elementos más «positivos» de la definición de fascismo incluían una «concepción religiosa» mesiánica²⁵ que destacaba el carácter central de una dictadura encarnada en la persona de Mussolini, para quien violencia, guerra y acumulación del poder eran las premisas categóricas de un punto de inflexión deseado en la historia nacional y mundial: el imperio fascista. En la ideología fascista, la violencia y la agresión eran consideradas las

mejores expresiones del poder encarnado en la masculinidad «normal» y la «raza» del pueblo. El resultado evidente de esta dimensión extremadamente *masculinista* y antifeminista del fascismo fue, como sugiere el historiador Richard Evans, «un estado en el que los hombres gobernaban y las mujeres se veían reducidas principalmente a las funciones de maternidad y crianza»²⁶.

El fascismo representaba una concepción particular del estado y su monopolio de la violencia: concretamente, el totalitarismo²⁷. Mientras los antifascistas italianos que en 1920 acuñaron el término *totalitarismo* buscaban designar con él una forma moderna de tiranía, con el fascismo como una versión contemporánea del absolutismo, Mussolini tenía otro concepto del totalitarismo. Se apropió del término, transformándolo de un adjetivo político negativo a un concepto autoafirmativo, y lo reformuló de modo que abarcara todos los imperativos ideológicos fascistas (violencia, guerra, imperialismo y una idea particular de lo abyecto) relativos al estado, la nación y el pueblo:

El estado fascista no es un vigilante nocturno, atento sólo a la seguridad personal de los ciudadanos; tampoco está organizado exclusivamente con el propósito de garantizar un cierto grado de prosperidad material y condiciones de vida relativamente apacibles, cosa de la que también podría encargarse un consejo de directores... El estado, tal como lo concibe y realiza el fascismo, es una entidad espiritual y ética encargada de asegurar la organización política, jurídica y económica de la nación, una organización que en su origen y su desarrollo es una manifestación del espíritu. El estado garantiza la seguridad interna y externa del país, pero también salvaguarda y transmite el espíritu del pueblo, elaborado a través de los tiempos en su lenguaje, sus costumbre, su fe. El estado no es sólo el presente; también es el pasado y sobre todo el futuro. Trascendiendo la breve magia de la vida individual, el estado representa la conciencia immanente de la nación. Cambian las formas en que se expresa, pero su necesidad permanece²⁸.

Planteado como algo que estaba por encima y más allá de cualquier otra cosa, ese estado no era cualquier estado sino un estado fascista

personificado en el líder del pueblo de la nación y sus imperativos ideológicos. Era el estado que el fascismo había conquistado y dominado previamente. Este estado eliminaba la distinción entre lo público y lo privado. Más aún, el estado fascista deglutía a la sociedad civil y terminaba por destruirla²⁹. Como lo advertían muchos antifascistas de la época, el fascismo usaba la democracia, incluso las alianzas democráticas, para destruir la democracia³⁰.

Se suponía que la revolución fascista encarnada por el estado exterminaría el orden burgués de una vez y para siempre. El fascismo se publicitaba como la antítesis del gradualismo, el «antipartido», la «anti Europa», aquello que empujaría a Europa y al mundo hacia el futuro.

El fascismo era esencialmente revolucionario porque creaba un orden político nuevo, pero era menos revolucionario en su relación con el capitalismo. De hecho, nunca lo amenazó. Los fascistas querían reformar el capitalismo en función de un nacionalismo que le arrebatara la reforma social a la izquierda. Proponían gobernar la sociedad con el apoyo de las masas populares, pero sin poner seriamente en cuestión «los privilegios sociales y económicos conservadores y la dominación política»³¹.

Sin embargo, aunque el capitalismo quedara intacto, no se debe confundir el modo en que la mayoría de los fascistas veían el capitalismo con los métodos liberales o neoliberales. En el período de entreguerras, el fascismo transnacional promovía el corporativismo como solución económica y social, y desde el punto de vista económico no estaba muy lejos de otros experimentos de capitalismo reformista como el New Deal en los Estados Unidos³². Por el contrario, era en el plano político donde el fascismo difería esencialmente del liberalismo. En términos políticos, el fascismo era claramente totalitario.

Como la Rusia soviética, el fascismo eliminaba la discusión política, la tolerancia y la pluralidad. Como el «socialismo real», desdibujaba la distinción entre el uso del poder legítimo del estado y el uso ilegal de la violencia. En el totalitarismo, en suma, el estado pasaba a ser un criminal que aborrecía la normatividad ilustrada. Sin embargo, aunque en la práctica era totalitario, Stalin nunca rechazó el legado iluminista desde un punto de vista teórico. Ésa era, por supuesto, la falla ética de la ideología comunista³³. El hecho de que los nazis gozaran escuchando a Beethoven en pleno Auschwitz contrasta con la incapacidad de Lenin de escuchar al compositor alemán en medio del terror comunista. Lenin creía que escuchar a Beethoven lo ablandaría a la hora de ocuparse de reprimir a sus opositores políticos. Como cuenta la película alemana *La vida de los otros* (2006), para Lenin la música de Beethoven representaba la razón, concretamente el legado del Iluminismo. Era la señal de que Lenin reconocía que no se podía escuchar a la razón mientras se actuaba contra ella³⁴.

Para los nazis, en cambio, el compositor alemán representaba la belleza desnuda y la violencia. Recordemos, en este sentido, *La naranja mecánica* (1971)³⁵, la recreación del líder pandillero urbano posfascista Alex DeLarge del director Stanley Kubrick. DeLarge compartía gustos musicales con nazis como Hitler, Goebbels y Mengele. A diferencia de la Rusia soviética, el totalitarismo fascista no hacía correr el miedo, la violencia y la muerte con el único objetivo de silenciar el disenso real e imaginario. En el fascismo, la violencia deja de ser exclusivamente un medio para realizar objetivos políticos y se convierte en un fin político en sí mismo. Es precisamente la primacía de la violencia en el fascismo y su ausencia en el populismo lo que, como veremos, marca el contraste más fuerte entre fascistas y populistas. Pero primero debemos revisar cómo interpretaron el fascismo los historiadores, luego analizar el Holocausto y, de manera más

general, la primacía de la violencia en nombre del pueblo a modo de ejemplos decisivos de la lógica que moldeó al fascismo en la historia.

EL FASCISMO Y LOS HISTORIADORES

En tanto forma globalizada de ideología política que tuvo seguidores en el mundo entero, como el marxismo y el liberalismo, el fascismo siempre ha sido un objeto de estudio global. Últimamente, sin embargo, el resurgimiento de un binarismo que tradicionalmente opone el campo de estudio de la historia al de la teoría parece estar operando en tándem con una división del trabajo clásica entre los historiadores. En virtud de esta situación, muchos «trabajadores de la historia» [*«working» historians*] se dedican a testear las hipótesis desarrolladas por grupos de teóricos históricos, los intérpretes «genéricos» del fascismo. Hoy, en consecuencia, las consideraciones nacionales del fascismo en la historia aparecen moldeadas por nociones altamente teóricas adoptadas de manera apriorística, al mismo tiempo que el fascismo histórico como fenómeno transnacional es desplazado, oscurecido o simplemente ignorado. En su lugar hay una definición genérica que homogeneiza lo que es el fascismo y desatiende diferencias nacionales importantes. Esta visión del fascismo como fenómeno genérico no es nueva. Desde su nacimiento, el «nazifascismo» fue teorizado en términos políticos y globales fáciles de entender y útiles para combatirlo. Esa simplicidad contribuyó a derrotarlo, pero tuvo el efecto involuntario de oscurecer su compleja naturaleza histórica. Esas primeras lecturas antiliberales, anticomunistas o de ambas clases destacan el papel sustitutivo del fascismo como títere global del capitalismo o, alternativamente, como réplica ilimitada y sin fronteras del comunismo. Sin embargo, en los años 60 y 70, nuevos trabajos de historia

comparativa reconocían que los distintos fascismos tenían rasgos estructurales en común, aunque también subrayaban las particularidades de cada encarnación nacional³⁶. Estas nuevas tendencias ratificaban el carácter central de contextos y procesos, pero dejaban escapar sus efectos transnacionales. Ésta fue hasta los años 90 la tendencia predominante entre los historiadores, que principalmente trabajaban sobre ejemplos nacionales. El fascismo formaba parte de distintas historias nacionales. El ejemplo más representativo de este enfoque es el historiador italiano Renzo De Felice.

De Felice fue un historiador fundacional de los estudios del fascismo en Italia. Delineó la idea de que el fascismo era un fenómeno unitario, fruto de un movimiento dialéctico entre muchas fuerzas de derecha e izquierda. Como componente principal de esa compleja interacción, Mussolini condicionó muchas veces esas fuerzas, pero en muchas otras ocasiones fue condicionado por ellas. Ya en 1965, en la introducción del primer tomo de su extensa biografía de Mussolini, De Felice se identificaba con la famosa frase de Angelo Tasca: «*Per noi definire il fascismo è anzitutto scriverne la storia*» [«Para nosotros, definir el fascismo es ante todo escribir su historia»]. De Felice la interpretaba a la luz de la necesidad de una nueva historización del fascismo. Fomentaba una línea historiográfica nueva, claramente opuesta a Benedetto Croce y la historiografía italiana dominante, que sostenía que los fascistas eran un paréntesis, una aberración histórica, y no un producto verdaderamente causal de la historia italiana³⁷.

Contar la historia del fascismo implicaba reconocer las dificultades que presentaba caracterizarlo (o definirlo) a partir de tipologías teóricas, dado que, para De Felice, el fascismo no era un fenómeno de características inmutables, bien definidas, sino una realidad en constante transformación. De Felice sin duda nunca sugirió que la tarea de una caracterización genérica fuera imposible. En realidad, al tiempo que minimizaba la

necesidad de una comprensión transnacional del fascismo, adoptaba el concepto comparativo de totalitarismo. En ese contexto, el relato de De Felice asumía una posición ferozmente anticomunista que se vio reforzada por el enfoque del totalitarismo de principios de la Guerra Fría, que equiparaba fascismo y comunismo³⁸. Este enfoque confluía con el de historiadores como Ernst Nolte, François Furet, Stéphane Courtois y, más recientemente, Timothy Snyder, en la idea de propagar un nuevo paradigma histórico tendiente a mezclar las formas de violencia y represión fascista y comunista, lo que implica reformular la teoría del totalitarismo en términos similares a los de los eslóganes de principios de la Guerra Fría³⁹. Como dice el historiador israelí Zeev Sternhell, «la teoría de que fascismo y comunismo son gemelos, cómplices y enemigos al mismo tiempo, y de que el nazismo fue una imitación del estalinismo, una reacción comprensible y hasta natural al peligro bolchevique y un simple producto de la Primera Guerra Mundial, es no sólo una banalización del fascismo y el nazismo sino ante todo una distorsión de la verdadera naturaleza del desastre europeo de nuestro siglo»⁴⁰.

Inspirada en los trabajos de los años 70 y 80 de historiadores como George Mosse, Stanley Payne y también el historiador alemán Ernst Nolte, una nueva tendencia genérica surgió en los años 90 y principios de 2000. Desde entonces, el estudio histórico del fascismo se ha consolidado como un campo de conocimiento global específico, cuyos fundamentos deben ser establecidos por consenso⁴¹. Y aun así el abordaje consensual no fue del todo aceptado por todos los investigadores. Según Payne, la crítica del consenso solía adoptar una perspectiva nominalista. El historiador Gilbert Allardyce aparecía como el defensor emblemático de esa posición⁴². Allardyce no veía utilidad alguna en el término *fascismo*, que proponía descartar como categoría de análisis histórico⁴³. La mayoría de los

historiadores, en cambio, promueven la necesidad de entender el fascismo más allá de las fronteras nacionales.

Entre las definiciones de fascismo más convincentes está la de Emilio Gentile, para quien el fascismo tenía la típica organización de un partido militarista apegado a una concepción totalitaria de la política estatal, una ideología de acción, antiteórica, y un interés por la virilidad y los fundamentos míticos antihedonistas. Un rasgo determinante del fascismo era su carácter de religión secular, que afirma la primacía de la nación entendida como una comunidad orgánica y étnicamente homogénea. Más aún, esa nación debía organizarse jerárquicamente en un estado corporativo con vocación de potencia, belicismo y expansión nacional⁴⁴.

De manera similar, Paxton ampliaba nuestro conocimiento del fascismo proporcionando una teoría de sus fases de desarrollo, desde la creación de los movimientos fascistas y su presencia en los sistemas políticos hasta el golpe fascista y su ejercicio del poder. La última fase es el momento en que el fascismo está en el poder y se dirige a la autodestrucción a través de la guerra y la radicalización, o bien sigue el camino de la entropía y la desfascistización. Paxton dejaba en claro que «la mayoría de los fascismos se frenaban en seco, algunos retrocedían, y a veces había características de fases distintas que seguían simultáneamente operativas. La mayoría de las sociedades modernas engendraron movimientos fascistas en el siglo xx, pero apenas unas pocas tuvieron regímenes fascistas. Sólo en la Alemania nazi un régimen fascista se acercó al horizonte último de la radicalización». Paxton relativizaba el carácter central de la ideología fascista y se centraba en su práctica. Privilegiaba por lo tanto el comportamiento y la función antes que las ideas y las lógicas fascistas. Paxton definía el fascismo «como una forma de comportamiento político marcado por una preocupación obsesiva por la declinación comunitaria, la humillación o la victimización y

por los cultos compensatorios de la unidad, la energía y la pureza, en la que un partido de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una incómoda pero efectiva colaboración con las élites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin restricciones éticas o legales objetivos de limpieza interna y expansión externa»⁴⁵.

Otro influyente autor de teorías actuales sobre el fascismo es el historiador alemán Ernst Nolte, que entre los historiadores también es famoso, o más bien infame, por haber generado el *Historikerstreit*, es decir, el debate entre historiadores y teóricos críticos alemanes del oeste sobre el carácter alemán del Holocausto. Nolte subrayaba la naturaleza genética común del fascismo y el marxismo, posición que lo llevó, primero, a minimizar el fascismo como un acontecimiento nacido no de las tradiciones de derecha sino del marxismo, y, segundo, a minimizar las políticas de exterminio nazi contra la población judía europea⁴⁶.

Nolte empezaba su enfoque del fascismo con una definición que tuvo gran influencia en los historiadores genéricos posteriores⁴⁷. El fascismo era esencialmente una reacción dialéctica contra el liberalismo y, lo que era más importante, contra el marxismo. Lo segundo es para Nolte la culminación consecuente de lo primero. Si el fascismo, en tanto antimarxismo, busca «exterminar a su oponente, es imposible que se satisfaga con la mera derrota política de un partido reconocible: debe exponer también las “raíces espirituales” e incluirlas en su condena». Según la visión de Nolte, los nazis se parecían a los soviéticos incluso en su impulso exterminador. Stalin, pues, inspiró a Hitler. El fascismo, en pocas palabras, era una reacción revolucionaria contra el marxismo que buscaba cambiar el mundo circundante⁴⁸. El nazismo era la forma sintética del fascismo, algo próximo a su materialización última. Nolte definía al nazismo como «los dolores

mortales del grupo soberano, marcial, internamente antagonista; era la resistencia práctica y violenta contra la trascendencia». *Trascendencia* es un término que Nolte, sondeando las «estructuras ocultas del fascismo», vincula con lo histórico, lo transhistórico e incluso lo metafísico⁴⁹.

Mientras para Nolte el fascismo era básicamente un antimarxismo (según su punto de vista, una combinación de Marx y Nietzsche), Sternhell, un historiador intelectual que rechaza la mayoría de las definiciones genéricas, es mucho más sugestivo en su abordaje del fascismo. Subraya la naturaleza antiliberal del fascismo y sus propuestas para el futuro, y sostiene que el fascismo no puede definirse sólo por aquello a lo que se oponía: el liberalismo, el marxismo y la democracia. Señala que también el marxismo y el liberalismo empezaron poniendo en cuestión las ideas existentes y las fuerzas políticas: «Antes de ofrecer su propia visión del mundo, el marxismo empezó oponiéndose al liberalismo, que un siglo antes se había alzado contra el absolutismo. Lo mismo era válido para el fascismo, que entró en conflicto con el liberalismo y el marxismo y luego estuvo en condiciones de proporcionar todos los elementos de un sistema político, moral e intelectual alternativo⁵⁰.

A diferencia de Nolte y otros investigadores que eligen un enfoque genérico, Sternhell estudia un fenómeno cultural e ideológico: la rebelión contra el Iluminismo que se desarrolló sincrónicamente con él y más tarde se consolidó como consecuencia de la revolución francesa⁵¹. Así, para él, hay que buscar la prehistoria del fascismo en el antiiluminismo. Sin embargo, Sternhell sugiere que fue mucho más tarde, hacia fines del siglo XIX, cuando esa rebelión se radicalizó en un fenómeno político masivo como lo fue durante el caso Dreyfus. Pero Sternhell opina que esos dos acontecimientos fueron catalizadores, no motores primeros⁵². Sostiene que pensadores como Maurice Barrès y otros miembros de la generación de

1890 tradujeron cierto rechazo aristocrático del Iluminismo en términos verdaderamente populares y revolucionarios. Barrès y compañía radicalizaron el legado de pensadores como Edmund Burke, J. G. Herder, Friedrich Nietzsche, Ernest Renan e Hippolyte Taine, lanzando una revuelta contra «la modernidad ideológica, contra el “materialismo” del liberalismo y el marxismo. Así, el fascismo fue una tercera opción revolucionaria entre el liberalismo y el marxismo capaz de ofrecer su propia visión del mundo y crear una cultura política nueva»⁵³.

Sternhell piensa que la última parte del siglo XIX y el período previo a la Primera Guerra Mundial fueron el laboratorio del pensamiento fascista⁵⁴. En este período, la crisis de la democracia liberal era el síntoma de una crisis intelectual más amplia, centrada críticamente en los valores democráticos. El fascismo tiene dos componentes esenciales: 1) un tipo de nacionalismo tribal antiliberal y antiburgués basado en el darwinismo social y, con frecuencia, en el determinismo biológico; y 2) una revisión izquierdista, antimaterialista y radical del marxismo⁵⁵. El trabajo de Sternhell localiza los orígenes del fascismo en el contexto anterior a la Primera Guerra Mundial. La Gran Guerra fue importante en la medida en que creó condiciones favorables para que el fascismo se convirtiera en un movimiento político con una amplia masa de votantes. Pero Sternhell, provocativamente, sugiere que la guerra no fue tan importante en la genealogía del fascismo. En su opinión, «quien vea el fascismo sólo como un derivado de la Gran Guerra, una mera reacción defensiva burguesa ante la crisis de posguerra, será incapaz de entender este importante fenómeno del siglo pasado. Por definición, el fascismo representa un rechazo a la cultura política predominante de principios de siglo. Es difícil encontrar en el fascismo del período de entreguerras, en el régimen de Mussolini o en

todos los demás movimientos europeos, una idea importante que no haya florecido gradualmente en el cuarto de siglo anterior a agosto de 1914»⁵⁶.

Del mismo modo, Mosse, y más tarde Gentile, ha recalcado que los orígenes de preguerra del fascismo están en ciertas ideas nacionalistas radicales de nación, de su historia y del pueblo, así como en rituales y culturas políticas y en la estética moderna. Según Mosse, un fenómeno político y cultural como el fascismo no puede categorizarse fácilmente dentro de los cánones tradicionales de la teoría política. Para Mosse, este tipo de fenómenos no tenía la lógica de un sistema coherente que los filósofos pudieran comprender mediante un análisis racional. El fascismo, para él, es un objeto prioritario de la historia cultural⁵⁷. Mosse piensa el fascismo como un fenómeno complejo que en sus distintas variantes nacionales se presenta como una revolución espiritual conformada por movimientos de masas jerárquicos. De esa forma podía recurrir al pasado para encontrar formas de relacionarse con una mística nacional. Ligada a la *romanidad* en Italia y a la «raza» en Alemania, y desprovista de un programa político o económico concreto, la esencia del fascismo, que expresaba la disposición general del movimiento y la nación, residía en una estética fascista específica y se objetivaba en sus mitologías, sus ritos y sus símbolos particulares⁵⁸.

Para Mosse era necesario analizar el fascismo a través del modo en que se veía a sí mismo. Los factores sociales y económicos eran importantes, pero no tanto como los aspectos culturales. El fascismo era una religión cívica y un sistema de creencias. Combinaba nacionalismo extremo, ideas de regeneración y sacrificio, una mentalidad mítica, un líder supremo, un impulso expansionista, racismo y violencia extrema, ideales estéticos de guerra y masculinidad y ritos y símbolos revolucionarios⁵⁹.

Como sostiene el historiador Enzo Traverso, «a pesar de sus diferencias, Mosse, Sternhell y Gentile coinciden en subestimar una característica principal del fascismo: su anticomunismo»⁶⁰. Traverso tiene razón cuando insiste en los aspectos anticomunistas del fascismo. Pero ¿por qué tantos historiadores han ocluido esa dimensión? Un motivo importante de la omisión es el exceso de énfasis que pusieron en esa idea historiadores conservadores como Ernst Nolte, el máximo campeón de la idea del fascismo como anticomunismo. Pero mientras los enfoques de Sternhell o Mosse-Gentile fueron realmente influyentes para los historiadores transnacionales del fascismo, la metodología de Nolte fue de máxima importancia para los historiadores genéricos, que de ese modo pasaron a dominar las discusiones recientes sobre el fascismo histórico. Para ellos, el fascismo funciona como la ilustración de una teoría previamente explicada. Así, en la mayoría de los enfoques genéricos, las explicaciones taxonómicas tienden a reemplazar a las investigaciones históricas de base más empírica.

DEL «CONSENSO GENÉRICO» AL GIRO TRANSNACIONAL

Los historiadores genéricos proponen una explicación europea del fascismo. Enfrentados con el fascismo no europeo de tradiciones reaccionarias modernizadoras, suelen recurrir a la tautología: los fascistas de fuera de Europa no pueden ser verdaderos fascistas porque no son europeos. Esta objeción europea no se deduce de manera evidente de las fuentes fascistas y, como otras definiciones simplistas, no impide que la realidad del fascismo en la historia cambie según se desarrolle en suelo europeo y no europeo⁶¹.

Para estos historiadores, el fascismo como objeto de estudio genérico sólo se convierte en un tema cuando se lo constituye como un «tipo

ideal»⁶². Sin duda hay ejemplos diversos, y a veces hasta opuestos, de este rápido y paradigmático cambio de agencia, que pasa de cómo los fascistas se veían a sí mismos a cómo los definen en términos genéricos los teóricos históricos. Para Payne, el fascismo es un tipo de ultranacionalismo revolucionario radicalmente antagonístico, dotado de una filosofía vitalista y concepciones autoritarias de liderazgo, guerra, violencia y movilización masiva. Roger Griffin, en cambio, considera que el fascismo genérico está esencialmente centrado en el renacimiento nacional —algo que él llama, sugestivamente, el «mito palingenético»— como una forma de resistencia histórica, modernista, al liberalismo⁶³.

Por lo general, los historiadores genéricos tienden a oscurecer la peculiar interconexión histórica entre la teoría y la práctica fascistas. Sin embargo, esta conexión radical entre acción y teoría moldeó la forma en que los mismos fascistas concebían la experiencia de la violencia política como ideología. Aunque esta conexión no fuera específica del fascismo, fue con el fascismo como se radicalizó en una formación política extremadamente novedosa, según la cual la primacía de la violencia se explicaba en términos globales y se ponía en práctica a través del prisma del mito político. Creo que esa ideología experiencial mítica es uno de los aspectos más significativos del fascismo transnacional, en la medida en que da cuenta de cómo y por qué los fascistas ponían en acción constructos ideológicos a través de formas de violencia extremas. La violencia se convirtió en la forma última de la teoría, y es precisamente el carácter central de la violencia lo que esos historiadores tienden a ubicar fuera de los contextos nacionales y transnacionales.

La mayoría de los historiadores genéricos del fascismo consideran que su tarea es encontrar el «mínimo fascista», una suerte de Santo Grial de la historiografía del fascismo⁶⁴. Irónicamente, esta visión coincide con la

creencia de Mussolini en un núcleo esencial del fascismo que trascendería sus connotaciones más nacionales y políticas. Sin embargo, los investigadores genéricos no muestran mayor interés en la concepción fascista que postula la existencia de un enemigo transnacional del pueblo en el plano político. Tienden a reificar aspectos importantes del fascismo como las ideas de renacimiento nacional, modernismo y biopolítica, al tiempo que omiten el análisis de los procesos fascistas de circulación, adaptación y reformulación globales.

En su importante crítica a la historiografía genérica, Benjamin Zachariah yuxtapone el «mínimo fascista» de los historiadores genéricos con su propuesta de un «repertorio fascista» extraído de su propia investigación sobre el fascismo en la India: «Tal vez sea más fácil reconocer la importancia de ese elemento si dejamos de pensar que el fascismo es una importación específica de Europa que llega ya hecha, formada con relativa claridad». Según Zachariah, «el repertorio tiende a incluir un nacionalismo orgánico, primordial, que implica un estatismo de control que disciplina a los miembros de la nación orgánica para que actúen como, para y dentro de la nación orgánica (o *völkisch*) que debe ser purificada y preservada. La tendencia paramilitar a la disciplina nacional está al servicio de la preservación de esa nación orgánica. La coherencia del repertorio se mantiene provocando una sensación de crisis y alarma constante ante la posibilidad de que la nación orgánica entre en decadencia si no se preservan la disciplina y la pureza⁶⁵. Zachariah sostiene con lucidez la necesidad de repensar las conexiones transnacionales fascistas como procesos de evolución y reconocimiento mutuo convergentes, antes que como marcos eurocéntricos «difusionistas» verticales. Esta idea representa una nueva tendencia en los estudios transnacionales que reformula el fascismo como

un grupo variado de formaciones nacionales dotado de un conjunto de ideas y prácticas políticas distintas pero convergentes.

En resumen, importantes historiadores genéricos del fascismo como Paxton, Griffin y Payne proponen un modelo de fascismo eurocéntrico que hace hincapié en la imitación y la falta de agencia de los actores no europeos. Lo mismo se puede decir de los pocos que adoptan la posición nominalista predominante en las discusiones anteriores del campo. Volviendo al énfasis de De Felice en la singularidad nacional, al historicismo de Nolte a propósito de una época del fascismo sin vínculos claros con su pasado y su futuro y al nominalismo antiteórico de Allardyce, estos historiadores neopositivistas niegan la posibilidad de que haya fascismo fuera de Europa y se muestran hostiles e irritados con la relación entre historia y teoría y con la idea de que analizar el fascismo en términos globales se oponga a —es decir: no sea lo mismo que— limitarse a contar su historia. Estos historiadores descreen de que los fascistas argentinos, japoneses o indios sean fascistas porque ponen el acento en líneas disciplinarias epocales, nacionales y especializadas. Según esta visión, profundamente conservadora y antiintelectual, el fascismo no es digno de análisis y su naturaleza efímera no justifica interpretación sustancial alguna. De manera problemática, la historia del fascismo se convierte en una variante del anticuarianismo, de la pasión por las antigüedades⁶⁶.

A diferencia de los neopositivistas, la mayoría de los historiadores genéricos transforman el fascismo en una teoría siempre lista cuando hace falta catalogarlo según sus diferentes expresiones nacionales. Es indudable que los teóricos genéricos lo enfocan como una entidad universal y esperan que todas las historiografías nacionales sigan sus modelos. Sin embargo, la mayoría de los historiadores de, por ejemplo, el fascismo italiano en Italia, o del fascismo latinoamericano, japonés o alemán, no se han plegado al

consenso genérico o incluso desconocen su éxito entre los lectores en lengua inglesa interesados en el fascismo.

Muchos análisis del fascismo se limitan a abordar los aspectos interconectados del fascismo en una escala global. Como observa Constantin Iordachi, los historiadores del fascismo «caen demasiado a menudo en la trampa de reificar las etiquetas geográficas en tipos históricos». Y, como advierte Zachariah, «en gran parte del (escaso) material sobre el fascismo “global” de “fuera de Europa” se sigue considerando que Europa es la tierra natal natural del fascismo; y no queda claro por qué»⁶⁷. Como resultado del uso de esta lente eurocéntrica, el fascismo extra europeo es visto como un tema sin peso propio, o que ha sido reemplazado por estereotipos tales como «islamofascismo» en el mundo árabe, o el imperio del «caudillo» en América Latina. Es curioso que los investigadores en historia europea estén dispuestos a estudiar la circulación global del liberalismo y el marxismo, pero ante la participación europea en los intercambios fascistas globales prefieran hacer hincapié en una visión más eurocéntrica. Zachariah lo plantea sin rodeos: «El estudio del fascismo tiende a ignorar los trabajos extra europeos por razones de incomodidad, de especialización disciplinaria o de (in)competencia, o porque se los considera una parte secundaria de la historia de las ideas fascistas»⁶⁸. Enfrentados con estas posturas ante el fascismo, muchos historiadores de India, Japón, Siria, Brasil y otros lugares se limitan a aceptarlas, para luego abordar el fascismo como una categoría esencialmente externa a sus historias nacionales. En algunos casos hay incluso un trasfondo de nacionalismo en estas posiciones históricas. A menudo no reconocido, este enfoque nacionalista subraya la singularidad de la historia nacional y niega que, por ejemplo, un país como la Argentina pueda haber sido contaminado por una ideología «europea» tan

problemática. El resultado de este enfoque es una idea esencialista sobre dos naciones: una, auténticamente nacional, y la otra, una ideología europea que primero se exportó y luego fue adoptada por ciudadanos con falsa conciencia o algo peor. Esas lecturas que coinciden en negarle al fascismo toda dimensión nacional carecen de implicaciones contextuales, pero paradójicamente aparecieron primero en muchas fuentes antifascistas contemporáneas que se oponían al fascismo desde una posición de nacionalismo progresista. Según ellas, el fascismo simplemente no tenía relación alguna con tradiciones nacionales más inclusivas. Esos críticos antifascistas proponían un concepto idealizado de nación en el que no había lugar para el fascismo. Sin embargo, las explicaciones históricas aún tienen que resolver el problema de por qué el fascismo fue una experiencia protagonizada por actores de extrema derecha en tantas de esas tradiciones nacionales, al mismo tiempo que circulaba y experimentaba reformulaciones constantes en todo el planeta⁶⁹.

FASCISMO TRANSNACIONAL

Considerado globalmente, en función de sus especificidades nacionales pero también de las transferencias ideológicas y los intercambios sociales, culturales y económicos, el fascismo ya no está tan centrado en Europa. A diferencia de lo que el destacado historiador de la historia global Sebastian Conrad acierta en criticar como una mentalidad de «contenedor nacional» y un «nacionalismo metodológico», las movilidades globales, la circulación y las transferencias son en realidad elementos cruciales de la historia nacional⁷⁰. En tanto enfoque histórico centrado en los lazos externos que también moldean a las naciones, la perspectiva transnacional ayuda a

mejorar la comprensión del funcionamiento nacional y supranacional de los espacios geopolíticos.

La historia de lo transnacional no tiene que ver sólo con transferencias sino también con aquellas cosas que nunca fueron transferidas, o no pudieron exportarse con éxito por la especificidad de las historias nacionales. Como sugiere Rebekka Habermas, transferencia y no transferencia «son dos caras de la misma moneda, y por lo tanto siempre deben ser consideradas juntas». Sostiene que es importante fijarse no sólo en «lo que fue transferido o no transferido sino también en los efectos a menudo involuntarios que produjo la interacción de la transferencia». Los procesos de transferencia van «siempre acompañados de la sombra de una no transferencia, sea ésta resultado de una ignorancia real o de una decisión consciente tomada para no plantear un problema»⁷¹. Al analizar los aspectos claros y oscuros de los intercambios, las transferencias y no transferencias fascistas, el enfoque transnacional del fascismo se aleja considerablemente de las formas ideales y las definiciones «mínimas». El fascismo fue una experiencia vivida y, como el liberalismo y el marxismo, terminó convirtiéndose en una ideología política global significativamente distinta según los contextos nacionales.

El fascismo cruzó el Atlántico y adoptó fisonomías cléricofascistas que no eran tan comunes en Europa. Mientras éste fue el caso de países como la Argentina, el fascismo japonés, por su parte, promovió la noción imperial distintiva de «restauración» del pasado. Pero, igual que en la Argentina y otros lugares, el fascismo japonés estaba preocupado por modernizar ciertas formas previas de soberanía nacional. Reto Hofmann, historiador del fascismo japonés, observa: «Las ambigüedades del fascismo de Japón son características del propio fascismo: reflejan su papel de mediador entre revolución y restauración, así como su naturaleza híbrida de producto de la

historia global y nacional»⁷². En tanto impugnación global de la democracia liberal y el socialismo, el fascismo ratificaba el nacionalismo, a la vez que lanzaba un desafío a primera vista paradójico a las formas de universalismo liberal y socialista.

La relación entre fascismo y nación siempre fue ambivalente, dado que el fascismo era a la vez una ideología global y una forma extrema de nacionalismo. La mayoría de los fascistas defendían una forma fascista de internacionalismo. Para los Leopardos, los fascistas colombianos, «no había enemigos a la derecha», lo que significaba que tanto nacional como internacionalmente el fascismo representaba una solución dictatorial para estados de emergencia nacionales. Los fascistas colombianos decían que «defendían una doctrina coherente, organizada y lógica que tiene una solución propia para todos los problemas del universo». Los Leopardos destacaban especialmente que las formas latinoamericanas de la extrema derecha debían tener un doble arraigo en el antiimperialismo y en los ideales bolivarianos. Los latinoamericanos tenían que unirse para defenderse de las «ambiciones» de las razas anglosajonas, que estaban arrebatándoles la soberanía nacional. Pero si el racismo era una solución legítima para un país cosmopolita como la Argentina, los Leopardos querían defender la homogeneidad interna de Colombia como si hubiera nacido del «simple mestizaje de los españoles y los indios»⁷³. Asimismo, José Vasconcelos, un importante intelectual mexicano que abrazó el fascismo, decía que su país, y América Latina toda, vivía en condiciones coloniales. En su opinión, México tenía que defender su mestizaje y su legado hispánico imperial contra los poderes del norte y el «programa mundial» de los «judíos»⁷⁴.

Mientras en Brasil algunos fascistas proponían una sociedad totalitaria multirracial y multirreligiosa, los fascistas de México solían asociar el

fascismo con una idealización tanto del catolicismo como del pasado indígena mexicano⁷⁵. Si en Alemania los fascistas estaban obsesionados con el judaísmo, enemigo principal de su comunidad del pueblo, en los Andes los camisas negras peruanos apuntaban su animosidad totalitaria contra los inmigrantes asiáticos, en especial los japoneses. En el territorio que finalmente se convertiría en India y Pakistán, el fascismo adoptaba tonos hindúes o musulmanes, mientras que en la Argentina los fascistas postulaban el «fascismo cristiano». Considerados desde una perspectiva transnacional, los cruces fascistas ponen en cuestión las historias nacionales estándar. Ni siquiera en Europa el fascismo accedió siempre al poder a partir de una crisis interna como la de los ejemplos «clásicos» de Alemania o Italia. Es cierto que Mussolini y Hitler fueron «elegidos», pero también que accedieron al poder como miembros de coaliciones partidarias a las que terminaron controlando y, más tarde, destruyendo. Si en Alemania e Italia el fascismo destruyó la democracia desde adentro, convirtiéndose en una dictadura, en países como España el fascismo accedió al poder a través de un *coup d'état*. Los anhelos de una guerra civil librada en nombre de la comunidad nacional del pueblo prevalecieron en ambos lados del Atlántico. Los fascistas peruanos, por ejemplo, se hacían llamar «hijos del pueblo», pero en una clave más adulta sostenían también que libraban una «cruzada santa» como «guerrillas» del fascismo. Pese a todas esas declaraciones, los casos históricos de guerra civil fueron pocos: España entre 1936 y 1939 e Italia entre 1943 y 1945⁷⁶. El fascismo prosperaba en el mundo no sólo con la decadencia de los poderes conservadores y autoritarios (Italia, Alemania, España y Argentina), sino también cuando recibía la ayuda de otros poderes fascistas. Las causas del fascismo eran internas y externas. En países como Rumania, Noruega, Francia y Hungría, el fascismo tuvo «éxito» luego de la guerra de ocupación fascista alemana. El poder y la política transnacional

fueron igualmente importantes durante la Guerra Civil española, que los fascistas españoles ganaron gracias al sustancial apoyo fascista nazi e italiano. Lo mismo puede decirse del movimiento Ustasha de Croacia. Cuando ése no era el caso, los fascistas eran impugnados o menoscabados por gobiernos autoritarios o poderes imperiales: en Hungría antes de la ocupación nazi; en Brasil, Colombia, Portugal, Uruguay y México en los 20, los 30 y los 40; en la India británica y la Sudáfrica británica; en el Japón imperial.

El fascismo impugnaba al liberalismo y el socialismo en todo el mundo, pero también se enfrentaba a escala global con formas más moderadas de la derecha conservadora. La mayoría de los fascistas apoyaban ciertas formas de corporativismo, pero discrepaban en cuanto a sus aplicaciones últimas y prácticas. El fascismo brutalizó la política y militarizó la sociedad. Magnificó el uso político de la violencia⁷⁷. Las dos guerras mundiales afectaron a todos los territorios del mundo, pero de maneras muy distintas y con resultados muy diferentes. Países como Argentina, México, Portugal y España nunca enfrentaron una guerra externa en ese período, pero sus políticas, fascismo incluido, se vieron sustancialmente afectadas por los conflictos internacionales. Inglaterra y Estados Unidos, por otro lado, experimentaron la guerra como combatientes, pero no enfrentaron amenazas fascistas internas de importancia. Lo contrario ocurrió en lo que hoy es Ucrania y los países bálticos, Medio Oriente, China, Japón y la India, donde el fascismo tuvo sus momentos de gloria. Otra derivación fue el surgimiento posterior del populismo en el sur global, que se convirtió en una reacción a los acontecimientos militares y la violencia genocida que se habían desarrollado primero en el norte, con el fascismo.

Bajo la forma de la represión interna y externa o de la guerra, la violencia política siempre estuvo en el centro del fascismo transnacional. El fascismo

fue un modelo político que primero tomó el poder en Italia, pero luego asumió inflexiones regionales e interregionales. Había importantes puntos de convergencia mediterráneos entre los fascismos del sur, y lo mismo puede decirse del fascismo transatlántico, los fascismos centroeuropeos y las variantes de fascismo asiático o del Medio Oriente⁷⁸.

En contextos de deterioro político y períodos de regresión económica u ocupación imperial, el fascismo proponía una alternativa a la notoria crisis de la democracia liberal de los años de la guerra y de entreguerras. Promovía la violencia política, el racismo y la dictadura como soluciones trascendentes para problemas epocales. El fascismo quería redefinir la relación entre la sociedad y el estado, pero los esfuerzos que hizo en esa dirección dieron como resultado permutaciones nacionales muy diferentes. Hubo momentos en que distintos fascismos (especialmente el nazismo y el fascismo italiano, pero no sólo ellos) competían entre sí, y los intercambios transnacionales fascistas solían ser conflictivos. Incluso el análisis de la Alemania nazi necesita más enfoques transnacionales⁷⁹.

En definitiva, sería engañoso que los historiadores estudiaran casos específicos de fascismo sin considerar otros. Como dice Zachariah, el fascismo era

una familia de ideas con raíces, fundamentos intelectuales, estilos y organizaciones de movimientos comunes —aunque a menudo negados—, y a veces incluso con una fuerte superposición de personal. El fenómeno del fascismo en India no ha sido explorado de manera adecuada, en parte por el prejuicio de que los fascismos en general son estrictamente un fenómeno europeo y de que los no europeos sólo produjeron imitaciones mal entendidas. Cuando se lo estudia, si es que se lo estudia, el fascismo en India suele atribuirse (correctamente) a la derecha hindú, conocida colectivamente como *Sangh Parivar*, pero suele atribuirse (incorrectamente) sólo a la derecha hindú; sin embargo, su historia en India es mucho más larga y amplia⁸⁰.

Como en la mayoría de los lugares, muchos hindúes en India reconocían al fascismo como un fenómeno a la vez global y local, mientras que musulmanes como el intelectual fascista Inayatullah Kahn al Mashriqi no sólo sostenían que habían inspirado el propio programa de Hitler sino que consideraban que su propio «fascismo musulmán» era la mejor versión del fascismo. Si al Mashriqi sostenía que el fascismo debía seguir «la luminosa guía del Santo Corán», los fascistas argentinos sostenían que su versión clericofascista era superior a las versiones europeas, más seculares. En la Argentina había un «fascismo cristianizado»⁸¹. Estas concepciones del fascismo latinoamericano también eran influyentes en Europa. Un prominente fascista español llegó a decir que los fascistas europeos tenían que aprender de los latinoamericanos:

Así se da el caso de que los procesos de reacción americana siguen un camino inverso a los europeos. Aquí [en Europa] es la conciencia nacionalista e imperialista la que los inicia, y luego [los fascistas europeos] buscan un acomodo con los principios católicos y con la Iglesia. Allí [en Latinoamérica], son los grupos católicos que los inician, buscando luego la colaboración de los instrumentos y estilos fascistas. Aquí es la fuerza y la violencia la que llama luego, para decorarse, a los principios. Allí son los principios los que llaman para defenderse a la fuerza⁸².

A diferencia de esta visión sobre lo sagrado en el fascismo, que era latinoamericana y por momentos europea y del sudeste asiático, los fascistas japoneses admiraban más la terrenalidad del fascismo que sus rasgos divinos⁸³.

Los fascismos eran distintos, y aun incompatibles, según los distintos lugares. Sus causas y efectos cambiaban en función de historias nacionales más amplias, así como de contextos internacionales cambiantes, de la Gran Guerra a la Guerra Fría y más allá. Yo he analizado en mi propio trabajo cómo en la Argentina el clericofascismo de los años 30 y 40 fue central en el período de la posguerra a través del peronismo, su reformulación

populista, y más tarde en los orígenes ideológicos de la Guerra Sucia de los años 70⁸⁴.

Estas secuelas del fascismo suelen estar ausentes en la literatura eurocéntrica, que minimiza las conexiones transnacionales y luego transcontextuales del fascismo. En Japón, por ejemplo, como en Argentina y el mundo árabe, la compleja relación entre poderes europeos y fascismo fue un elemento clave en los intentos locales posteriores a 1945 de dejar atrás el fascismo. En Argentina y Japón, las conexiones fascistas del pasado pasaron a ser verdades inconvenientes en la nueva Guerra Fría contra el comunismo⁸⁵. Luego de 1945, el fascismo experimentó una cierta desnacionalización de su ideología con el desarrollo creciente de formas paneuropeas en Europa y, a menudo, de formas antieuropeas en América Latina o Asia. Como dice Andrea Mammone, el historiador más prominente del neofascismo transnacional: «Incluso lo que generalmente se percibe como nacionalismo restringido puede adquirir una dimensión no nacional y reorganizarse en un nivel supranacional o internacional (aunque el principal sentimiento de camaradería de los camisas negras siempre se proyectara hacia sus compañeros de derecha y sus proyectos políticos e ideológicos)»⁸⁶. En Francia e Italia, los neofascistas se influenciaban unos a otros y hasta leían sus propios contextos nacionales en los términos de los de los otros. Los compromisos neofascistas transatlánticos eran constantes y solían reformularse entre Chile, Argentina y España y entre Brasil y Portugal. Como lo demuestra Luis Herrán Ávila, historiador mexicano del neofascismo latinoamericano, las ideas fascistas transnacionales iban y venían en América, de ciudad de México y Miami a Buenos Aires y Taipei⁸⁷. Primero en América Latina y Medio Oriente y más tarde en Europa, muchos de estos neofascistas se volcarían al populismo para obtener un consenso antiliberal más amplio.

Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, los recuerdos de la violencia fascista, especialmente el del Holocausto, motivaron el rechazo populista del pasado. Nuevas formas de populismo posfascista crearon una versión autoritaria de la democracia, influenciada pero también firmemente enraizada en el rechazo explícito de la violencia genocida fascista.

El populismo moderno también impuso una noción de soberanía popular, pero ésta estaba anclada, y se suponía que así fuera en una democracia electoral antiliberal, y no en la forma de la dictadura fascista. El fascismo y el populismo se distinguían claramente por sus usos y concepciones de la violencia política. Si el fascismo entendía que el poder estaba firmemente fundado en la violencia, el populismo, más tarde, prefirió compartir con el liberalismo una noción de violencia más weberiana y restringida. De hecho, las formas de violencia fascistas volvieron en los años 70, cuando en países como la Argentina la dictadura reemplazó a las formas de democracia populistas. En estos casos, el fascismo volvía del pasado bajo la forma de los recuerdos de los perpetradores, a menudo silenciados pero a veces bastante activos. En este proceso, las ideas fascistas de una subjetividad violenta retornaban luego de haber sido reprimidas. Esta nueva perspectiva sobre los recuerdos de la violencia de los perpetradores renovó la ideología fascista en los contextos posfascistas y neofascistas de las guerras sucias latinoamericanas, pero también en otros contextos de guerra «calientes» de la Guerra Fría Global, de Medio Oriente a África y el sudeste asiático. Muchas de esas dictaduras radicales representaban un tipo de ideología antipopulista en la que la violencia era la suprema reina. El populismo, en cambio, promovía una versión autoritaria de la democracia a caballo entre la democracia y la dictadura. Al dejar atrás el Holocausto y otros recuerdos de la violencia fascista, los populistas trataban de cerrar el libro de recetas liberales para la nación. El posfascismo populista negaba el carácter central

de la violencia extrema en las democracias autoritarias que construía a principios del período de posguerra. Si muchos regímenes populistas se instauraban inicialmente para despegarse del pasado fascista, los populistas ignoraban hasta qué punto eran un efecto de esa violencia radical del pasado encarnada por el caso alemán. Puesto que está en el centro de la reformulación populista del fascismo, el Holocausto sigue representando un desafío para los historiadores del fascismo y el populismo.

FASCISMO Y HOLOCAUSTO

El Holocausto es una experiencia paradigmática de genocidio transnacional fascista, y por eso sigue planteando, y sintomatiza, problemas y perspectivas abiertos por una historia global crítica del fascismo. Hacia el final del Holocausto, el escritor argentino Jorge Luis Borges pensó la ideología nazi como una teoría de la violencia. Y en 1945, Borges consideraba que la violencia era literalmente la ideología fascista. Borges también advertía que las víctimas de ese tipo radical de violencia política — el otro judío, en el caso del Holocausto— eran convertidas en objetos sacrificiales. Para el personaje nazi del relato «Deutsches Requiem», el comandante de campo zur Linde, por ejemplo, el cuerpo fascista y el organismo nacional también son objetos sacrificiales. Más aún, para zur Linde, el sacrificio del fascista mismo es, en un sentido, una fuente más significativa de autodeterminación ideológica a través de la violencia. Momentos antes de su inminente ejecución a manos de los aliados, zur Linde declara que los recuerdos de la violencia fascista permanecerán luego de la derrota del fascismo: «Se cierne ahora sobre el mundo una época implacable. Nosotros la forjamos, nosotros, que ya somos su víctima. ¿Qué importa que Inglaterra sea el martillo y nosotros el yunque? Lo importante

es que rija la violencia, no las serviles timideces cristianas. Si la victoria y la injusticia y la felicidad no son para Alemania, que sean para otras naciones. Que el cielo exista, aunque nuestro lugar sea el infierno. Miro mi cara en el espejo para saber quién soy, para saber cómo me portaré dentro de unas horas, cuando me enfrente con el fin. Mi carne puede tener miedo; yo, no»⁸⁸.

Para Borges, la idea nazi del sacrificio de los judíos implicaba para los seguidores de Hitler un fin en sí mismo; concretamente: la violencia física desnuda⁸⁹. Para un fascismo que trascendía las fronteras y culturas nacionales, el judío representaba la oscuridad absoluta. Esta violencia aparece como una forma innata y desnuda de autenticidad, pero en la interpretación de Borges provoca una vorágine de destrucción y autodestrucción que va más allá de los regímenes fascistas.

El fascismo termina cuando consume su imperativo de violencia ideológicamente sagrado. Termina con el sacrificio, con la destrucción del mismo fascista. Esto quedó claramente ejemplificado con las decisiones que tomó Hitler cuando sus ejércitos empezaron a sufrir derrotas en el frente oriental. Sacrificó sus tropas sin tener en cuenta la lógica militar. El fascismo es absolutamente entrópico. Más que cualquier otra ideología, está condenado a una declinación inevitable y a perjudicar su propia viabilidad política. La entropía lleva a la destrucción de la razón tal como la encarna la división entre la carne y el ego en el cuerpo y la memoria de zur Linde. El asesinato del ego es el resultado de la sobredeterminación de las fuerzas del deseo en la política, la equiparación de la autenticidad con la victimización, el sacrificio y la violencia. Para Borges, el internacionalismo fascista que se propone imponer la violencia a través de la victimización como única política es un tipo de universalismo equivocado.

Unos años antes, Sigmund Freud consideraba que la victimización nazi era un elemento central de la ideología fascista global, especialmente por su énfasis en el mito y el inconsciente y su rechazo de la razón⁹⁰. Tanto el argentino Borges como el austríaco Freud consideraban que la victimización nazi de los judíos era un elemento esencial de la ideología fascista. La suya era una visión sin duda más sofisticada que la idea simplista que compartían la mayoría de sus compañeros antifascistas, para quienes el fascismo no era más que una aberración malvada, salvaje pero estúpida, de la política normativa. El fascismo no tenía ideología, era incluso un sucedáneo de otras ideologías y fuerzas económicas⁹¹. Borges y Freud postulaban la visión opuesta. El fascismo era ante todo un acontecimiento ideológico radical que amenazaba la civilización ilustrada. La particularidad de esta perspectiva en el contexto del antifascismo tenía que ver sobre todo con el énfasis borgeano y freudiano en el antisemitismo como fuente central de realización ideológica de la ideología nazi, así como con el hecho de incluir a esta última dentro de una concepción mítica fascista más amplia del papel primordial desempeñado por el inconsciente en la política. Más tarde, con la derrota del fascismo, las dimensiones más violentas de esa concepción mítica del mundo quedarían reprimidas, pero, como señalaba Borges, su legado más estancado persistiría para futuros perpetradores como un recuerdo de la abrumadora violencia de la victimización fascista.

Fue en los campos donde se experimentaron, primero, y se interpretaron, después, estas violentísimas consecuencias míticas de la ideología fascista. Jean Améry, antifascista y miembro de la resistencia contra el nazismo, hablaría de «fascismo real y nazismo singular»⁹².

Muchas otras víctimas sintieron lo mismo. En la época del Holocausto, especialmente entre las víctimas, había una fuerte tendencia a identificar el

fascismo con el nazismo. En el gueto de Varsovia, por ejemplo, Chaim Kaplan la usaba para explicar acertadamente los intentos nazifascistas de crear un nuevo orden mundial⁹³. Para Kaplan, este orden mundial proponía claramente la victimización como ideología de conquista y persecución. Para los historiadores del Holocausto, en cambio, los límites de las nociones historiográficas de fascismo y nazismo explicaban la necesidad de excluir el fascismo como herramienta analítica para comprender el Holocausto. En consecuencia, muchos historiadores pasaban por alto las conexiones ideológicas reales entre la historia transnacional del fascismo y las condiciones históricas del Holocausto.

Primo Levi, que participó de un grupo juvenil fascista en 1924, cuando sólo tenía cinco años, llegó a comprender las consecuencias victimizadoras de la variante italiana del fascismo. Vio y experimentó la sujeción del fascismo desde la «zona gris» de una serie de posiciones subjetivas distintas, a saber: la juventud fascista semiobligatoria, el espectador, el antifascista y la víctima judía. Para Levi, la «exaltación de la violencia» abría el camino para el ataque ideológico fascista contra la razón. Levi, que concebía el nazismo como la «versión alemana del fascismo», veía al primero como una versión radical de la ideología fascista. Los campos eran el modelo del «Nuevo Orden» fascista⁹⁴.

Levi reflexionó sobre los aspectos sacrificiales de la violencia fascista. La violencia fascista tenía por objetivo último destruir la humanidad del yo. Levi trazaba el continuo de la violencia fascista de los escuadrones fascistas italianos de 1922 hasta el mundo de Auschwitz: «Los camisas negras no sólo habían asesinado a los sindicalistas, comunistas y socialistas de Turín. Primero les habían hecho beber medio litro de aceite de ricino. Así es como se reduce un hombre a jirones y deja de ser humano (...) Hay una conexión directa entre las masacres de Turín [de 1922] y la ceremonia de entrada a

los campos, donde te desnudaban, destruían tus fotos personales, te afeitaban la cabeza y te tatuaban el brazo». Levi concluía: «Era la demolición del hombre; eso es el fascismo»⁹⁵.

Los fascistas del mundo estaban de acuerdo en considerar sus acciones como un ataque total contra sus enemigos, aunque no en sus consecuencias ético-políticas decisivas. Para los fascistas, la victimización del enemigo era otro ejemplo del carácter central y la deseabilidad de la violencia en la ideología fascista. Para Mussolini y los fascistas argentinos, japoneses, brasileños, colombianos, peruanos y rumanos, era el personaje del enemigo el que definía la idea del propio ser⁹⁶. En pocas palabras, los judíos y demás enemigos definían lo que los fascistas no eran y, por oposición, lo que eran en realidad.

No todas las ideologías fascistas fueron tan radicales como el nazismo a la hora de victimizar al supuesto enemigo del pueblo. Asimismo, hubo formas de fascismo no tan extremas en cuanto al deseo, la «voluntad» de poner en práctica sus fantasías de violencia y demonización. Para la mayoría de las «fuentes» que vivieron durante el fascismo (1919-1945), el nazismo fue una de sus variantes más peculiarmente radicales. En otras palabras, el nazismo era el fascismo alemán, una apreciación que compartían la mayoría de los fascistas y los antifascistas. Tras la guerra y el Holocausto, esta conceptualización experiencial de la ideología fascista fue desplazada por formas más nuevas de producción de sentido y procesos selectivos de memoria de posguerra. Mientras antes de 1945 el concepto de un fascismo global cumplía la función de iluminar las consecuencias ideológicas globales de los procesos de victimización nazis, luego de 1945, usar el concepto de fascismo como instrumento de indagación oscureció a menudo ciertas dimensiones centrales de la experiencia de la Shoah, especialmente las experiencias de sus víctimas judías. En este contexto, las

distintas experiencias de las víctimas de los nazis aparecían homogeneizadas, lo que desdibujaba las jerarquías ideológicas y los imperativos de victimización presentes en la ideología fascista alemana.

Después de la guerra, y hasta hace poco, fascismo y nazismo solían confundirse en el recuerdo público. Esta confusión reforzaba una forma de silencio colectivo respecto de las identidades de las víctimas del Holocausto, y por lo tanto de las peculiaridades ideológicas de la persecución nazi. Eso fue lo que ocurrió cuando se adoptaron esas ideas del fascismo en Europa occidental u oriental. Al este y al oeste, la inclusión del nazismo dentro del fascismo global, o del totalitarismo global, cumplió la función de minimizar los rasgos principales de la victimización nazi.

Esta situación borró la historia y la memoria de las víctimas. También minimizó las particularidades del fascismo transnacional tal como se lo entendía en la época de la Shoah. A su vez, muchos historiadores del fascismo y el Holocausto propusieron una mirada acrítica sobre esa peculiaridad transnacional del fascismo. En realidad, solían terminar excluyendo mutuamente sus respectivos campos de conocimiento. Los historiadores genéricos del fascismo, en particular, sustituyeron un campo vivo y mutuamente inclusivo de experiencias ideológicas y prácticas genocidas del pasado por definiciones, glosarios y «alta teoría» del presente⁹⁷.

Junto con esa exclusión, los historiadores del Holocausto concluyeron que el fascismo no tiene relación alguna con el nazismo. Por ejemplo, Saul Friedländer subraya la singularidad de lo que llama con acierto el antisemitismo redentor nazi. Friedländer recalca la dimensión seudorreligiosa del Holocausto, es decir, el hecho de que el exterminio fuera un «fin sagrado, y no un medio para otros fines»⁹⁸. Su conclusión es que en ningún otro país hay un rasgo similar⁹⁹. Las obras magistrales de

Friedländer, *Nazi Germany and the Jews* y *The Years of Extermination*, explican la historia global de las iniciativas nazis a través de la reconstrucción y recepción de las políticas nazis tanto en el plano nacional como internacional. Es cierto que Friedländer ratifica que el Holocausto «es parte integral de “la era de la ideología”», pero también que distingue entre el fascismo global «de Italia y otros lugares» y el nazismo de Alemania. En otras palabras, según él, el fascismo puede ser una ideología transnacional, pero no en Alemania. El trabajo de Friedländer es especialmente innovador cuando hace hincapié en la experiencia de las víctimas. Sorprende, en este sentido, la falta de referencias al fascismo tal como lo experimentaron e interpretaron las víctimas. La historia transnacional de las interpretaciones globales del fascismo podría proporcionar otra perspectiva para pensar el proyecto transnacional nazi de conquista y destrucción, especialmente en función de cómo fue interpretado por sus víctimas.

Desarrollar enfoques transnacionales y comparativos fuera del marco del imperio nazi suele ser anatema en la historiografía del Holocausto. Sin embargo, adoptar un enfoque histórico global del nazismo puede no querer decir necesariamente minimizar el Holocausto como un acontecimiento extremo dentro de una historia extrema¹⁰⁰. El eurocentrismo, que es también una marca registrada de muchos estudios del fascismo, juega un papel importante en los alegatos de originalidad actuales de la historiografía del Holocausto. Mientras los africanos, y también los árabes, padecieron el estilo de racismo italiano igualmente único de los gases mostaza y otras armas químicas, las ejecuciones sumarias y la matanza de civiles, los nazis llevaron a cabo uno de los acontecimientos más drásticos de la historia. En suma, fue un desvío radical, un punto de inflexión histórico. Pero el imperio, el fascismo y el racismo conectan al Holocausto con el mundo no europeo. Más recientemente, muchos historiadores del nazismo se

dedicaron a estudiar los imperialismos alemanes y europeos como precursores principales del genocidio nazi en el este¹⁰¹. En definitiva, como Hannah Arendt sugería muchos años atrás en *Orígenes del totalitarismo*, las ideologías globales y el imperialismo fueron elementos centrales de la historia y la prehistoria del fascismo y el Holocausto¹⁰². Y siguieron desempeñando un papel también en su posteridad.

En su despliegue radical de cruda e inmediata violencia física, los nazis llevaron la experiencia fascista al extremo. En un sentido, el nazismo terminó siendo muy distinto de otras formas de fascismo. Sin embargo, el fascismo ejerció su potencial genocida participando de prácticas genocidas en la África fascista italiana y la Guerra Civil española. Los fascistas transnacionales (de Francia a Ucrania) también colaboraron con la Solución Final nazi aportando apoyo logístico e ideológico y, cosa no menos importante, criminales y asesinos. Sin embargo, el nazismo presenta una divergencia radical respecto de otras formaciones fascistas. El nazismo no es un «tipo ideal» genérico de fascismo, sino la culminación de su posibilidad más radical.

Como movimiento y como régimen, el fascismo nació y cayó promoviendo la guerra civil. Ése fue, finalmente, el legado italiano del fascismo de Mussolini: un país dividido y una lucha casi apocalíptica que exigía medios radicalmente violentos, incluido el aporte fascista de enviar judíos italianos a Auschwitz¹⁰³. Pero lo más importante, quizás, es que el legado del fascismo va más allá de Italia y de Mussolini. No se trata sólo de que el fascismo italiano enviara judíos a Auschwitz luego de 1943; también estaban las conexiones entre los remotos fascistas argentinos, que justificaban el exterminio de los judíos, y los colaboradores franceses y holandeses, que los acorralaban, y los fascistas bálticos y ucranianos, que

los asesinaban. El fascismo transnacional fue la ideología global que hizo que el crimen fuera posible.

Con su espiral radical de terror «sagrado» integral contra los judíos, el nazismo dejó atrás a la pandilla fascista. Fue en el imperio nazi del este donde los nazis decidieron literalizar en los campos de concentración el concepto más circular del nazifascismo: el concepto de lo abyecto. En Auschwitz, un laboratorio de fascismo cerrado y controlado, se hizo realidad la idea nazi de lo abyecto como enemigo existencial del pueblo, el aspecto más impasible y psicótico de la ideología de Hitler¹⁰⁴.

HISTORIA FASCISTA DE LA VIOLENCIA

El fascismo fue una ideología de la violencia. Se tomaba la violencia tan en serio que no sólo le dedicó miles de páginas de libros y discursos, sino que también hizo de ella un imperativo político. La violencia definía la práctica fascista. En otras palabras, no hay fascismo sin violencia política. No hay fascismo real sin un enemigo del pueblo total, existencial, y sin su consiguiente persecución política.

La lógica de la violencia es central para entender las dimensiones ideológica y estética del fascismo. La violencia definía las representaciones conceptuales del fascismo, especialmente las ideas genocidas fascistas de lo abyecto y el sacrificio. La violencia era constitutiva del fascismo y los fascistas. Se le atribuía una condición sagrada, lo que hacía del fascismo una teología política extrema cuya idea primordial era que el mundo, en tiempos de emergencia apocalíptica, estaba fundado en, y regido por, la violencia. Por eso el fascismo, como decían los camisas azules chinos, «es la única herramienta de autosalvación de las naciones que están al borde de la destrucción. Salvó a Italia y a Alemania (...) Por lo tanto, no hay otro

camino que el de imitar el espíritu fascista de lucha violenta de Italia y Alemania»¹⁰⁵. Como los camisas azules de China, los camisas azules portugueses también identificaban la apología de la violencia con el fascismo internacional. La violencia era el objetivo del fascismo, pero también el punto de partida de la política. «La violencia es el principio esencial, inteligente, de toda buena política, porque sin la violencia, y en la adversidad, la victoria se vuelve imposible»¹⁰⁶.

No había lugar para otras ideas en la medida en que, para la mente fascista, una política alternativa representaba el rechazo de la idea de que el fascismo fuera la única posibilidad de política. Quienes profesaran otras ideas pasaban necesariamente a enfrentarse con la comunidad nacional del líder y el pueblo. No tenían un lugar legítimo en la política o la sociedad fascistas. Para los fascistas era teóricamente lógico que el enemigo mereciera ser combatido con la violencia. La lógica de la violencia equivalía al poder. Para decir sencillamente, la lógica de la violencia constituía un elemento nuclear de la ideología fascista. Esta ideología tenía como resultado práctico la victimización de los que eran considerados diferentes. Esta forma de victimización política era absolutamente moderna en el sentido fascista del término, porque, aunque decía estar enraizada en antiguos mitos del pasado, en realidad era una violencia legitimada por y a través del mito político moderno del líder, la nación y el pueblo.

En el fascismo, la creencia estaba conectada con un acto de fe en el conductor. El fascismo presentaba a sus líderes como mitos vivientes. Mientras en Alemania el *Führerprinzip* presentaba a Hitler como la fuente sagrada última de verdad y autoridad, en Brasil, Argentina, España y otros lugares, los fascistas identificaban la política de los líderes con una verdad mítica trascendental. En la Argentina, Leopoldo Lugones, el fascista más famoso del país, vinculaba la verdad con el poder y lo divino. Para los

fascistas, la verdad era una cuestión casi de intuición divina, desligada de cualquier corroboración práctica. Como Lugones, el escritor fascista español Ramiro de Maeztu postulaba la existencia de una «verdad eterna». La realidad surgía en la búsqueda del bien y la verdad «como esencias trascendentales». De manera similar, Gustavo Barroso sostenía que el fascismo brasileño era la mejor formación política de la tierra porque representaba «verdades eternas». Estas verdades del fascismo brasileño prometían que, cuando rigiera la «unidad» del espíritu, la cruz y la nación, habría cambios extraordinarios y vendrían «tiempos nuevos». Como Lugones y de Maeztu, Barroso identificaba el nacimiento de una nueva era con la primacía estética y política de una verdad absoluta¹⁰⁷.

El fascismo conectaba la realidad del movimiento y sus líderes con un pasado mítico de heroísmo, violencia y subordinación. En la ideología fascista, los líderes personificaban una continuidad epocal y establecían una relación directa, un frente unitario, con el pueblo y la nación. A su vez, el líder era la fuente última de soberanía popular, y sólo era responsable ante sí mismo. Los fascistas estaban obsesionados con la infalibilidad de sus líderes, porque pensaban que esa supuesta falta de errores reflejaba el núcleo de verdades divinas de la ideología. A diferencia del liberalismo o el socialismo, que según creían los fascistas tenían raíces no trascendentales, los seguidores del fascismo anhelaban el retorno de los héroes de guerra míticos, y eso era lo que esperaban de sus líderes¹⁰⁸. El fascismo era una religión política. Su modernidad residía especialmente en el hecho de que reformulaba el lugar de lo sagrado en la política.

Es importante destacar la particular modernidad del fascismo en relación con lo sagrado y el inconsciente. Como sostiene el historiador Angelo Ventrone, la crítica fascista de la modernidad era apocalíptica, pero proponía también una modernidad alternativa al servicio de la conquista y

la dominación. Los fascistas querían reemplazar eso que veían como una modernidad mecánica, repetitiva e involuntaria, por una modernidad «calificada», en la que el fascista pudiera controlar la materia y la economía. Los fascistas veían su modernidad como el «dominio del espíritu y de lo político». Ponían en el centro de sus preocupaciones una «ética de la guerra» y un sentido violento de masculinidad y comunidad¹⁰⁹. De ahí que para los fascistas la violencia fuera la forma última de politización.

La violencia, y el uso ilegal de la violencia, es un aspecto determinante tanto de la práctica como de la teoría fascistas. La violencia, como dice convincentemente Primo Levi, se volvía un fin en sí mismo¹¹⁰. El fascismo esgrimía el poder y la violencia como objetivos ideológicos antes que como medios. En la ideología fascista, la violencia no es sólo instrumental, es principalmente una forma de intuición, de creación. No es sólo un mito movilizador, sino también lo sublime oscuro y negativo. En otras palabras, la violencia es elevada a la forma más alta de la política¹¹¹. Para Mussolini, la violencia era el poder sin restricciones. Era un estado no racional que brindaba a la nación y al individuo la seguridad de estar protegidos de las amenazas del mundo exterior. Para pensadores como Max Weber y Karl Marx, o incluso en parte como Georges Sorel (que aun así exaltaba la violencia en términos de regeneración y redención), la violencia tiene un rol primordial en la política, pero debe ser refrenada una vez que ha cumplido con su fin. Estos autores difieren claramente de los teóricos de la violencia fascistas.

En el ideal fascista, la violencia pierde su instrumentalidad y se vuelve fuente directa de conocimiento¹¹². La violencia define la identidad fascista. Es una dimensión clave de la naturaleza interna. La violencia se vuelve una experiencia trascendente que convierte a la política en un campo de acción casi sagrado. En el caso de Mussolini, la violencia era una fuerza ética que

permitía que el fascismo llevara a cabo una ruptura radical con las preocupaciones comunes. Aquí vuelve a ser central la noción de sacrificio. Con el tiempo, Mussolini llegaría a expresar inmejorablemente esa idea con su famoso latiguillo fascista «Qué me importa» (o «Me importa un comino»), que quedó impreso en las salas de exposición de la revolución fascista permanente en 1942. Para Mussolini, ese «qué me importa» estaba ligado a la aceptación de la muerte y «la sangre purificadora» como fuerzas redentoras¹¹³. Aun en 1942, cuando consideraba el futuro incierto de la nación italiana, no podía (o no quería) moderar la adopción de la violencia fascista que la guerra de destrucción nazi le había prometido¹¹⁴. Como sucedió con Hitler o los fascistas argentinos (los *nacionalistas*), violencia y guerra eran para Mussolini fuentes de orientación política y redención personal y colectiva¹¹⁵. Los fascistas españoles hablaban de la «violencia sagrada de la acción», que según ellos también estaba fundada en la justicia y el bien. Fusionando de manera análoga política y violencia sagrada, Eugenia Silveyra de Oyuela, una de las intelectuales fascistas argentinas más extremas, afirmaba que la violencia era legítima cuando era el resultado de la guerra de Dios contra los enemigos internos. Ésa era, según ella, la situación en la Argentina, donde las «hordas rojas» habían invadido el país, «tenemos a los invasores entre nosotros y estamos, de hecho, en una situación de guerra defensiva. Ésta es una guerra legítima para la Argentina, que debe “defender los derechos de la tierra natal amenazada”». El lema de los camisas azules egipcios era «Obediencia y Lucha» (*al-tcah wa al-jihad*), y la idea de lucha también aparecía en su juramento: «Juro por Dios todopoderoso, por mi honor y por mi patria que seré un soldado leal y obediente y pelearé por el bien de Egipto y me abstendré de todo cuanto pervierta mis principios o perjudique a mi organización». Muy lejos de Medio Oriente, los camisas azules chinos afirmaban que la violencia debía

ser dirigida contra todos los adversarios políticos: «Hay que estar decididos a derramar sangre, es decir, a ejercer una violencia sin precedentes para eliminar a todos los enemigos del pueblo»¹¹⁶. Si los fascistas chinos consideraban que la violencia era la manera de llevar a cabo la verdadera política del pueblo, los fascistas colombianos, los Leopardos, afirmaban: «La violencia, iluminada por el mito de una patria hermosa y heroica, es lo único que puede darnos una alternativa favorable en las grandes peleas del futuro». Fundado en la idea de que el ser interior y las fuerzas inconscientes colectivas sólo podían llevar a la violencia y la muerte, el mito del fascismo era la forma privilegiada de concebir la política como algo esencialmente divino.

En y a través de la política, los fascistas conectaban la violencia y la muerte con una renovación radical de la naturaleza. Los fascistas rumanos, por ejemplo, ligaban la naturaleza sagrada de la violencia con la idea de regeneración y salvación de sus guerreros a través de la muerte como sacrificio. Para ellos, según «lo quería Dios», «el germen de la renovación sólo puede surgir de la muerte y el sufrimiento». Los fascistas rumanos, en efecto, «amaban la muerte». La muerte era para ellos «la boda más querida de todas las bodas»¹¹⁷. Una sensación de peligro inminente encarnada en la violencia formaba parte del modo de vida fascista, y la muerte era un resultado de la reacción fascista ante el enemigo político y, en última instancia, ante el propio ser. Como declaraba Mussolini, «vivir peligrosamente debería significar estar siempre listos para cualquier cosa: no importan los sacrificios, los peligros ni las acciones cuando está en juego la defensa de la patria y el fascismo»¹¹⁸.

Para el fascismo, la violencia se expresaba esencialmente en el estado fascista totalitario y su imperialismo «espiritual» y «ético». Como afirmaba Mussolini,

El estado fascista expresa la voluntad de ejercer el poder y dirigir. Aquí la tradición romana se encarna en una concepción de fuerza. Tal como lo entiende la doctrina fascista, el poder imperial es no sólo territorial, o militar, o comercial; también es espiritual y ético. Una nación imperial, esto es: una nación que directa o indirectamente lidera otras naciones, puede existir sin necesidad de conquistar un solo metro cuadrado de territorio¹¹⁹.

Para el fascismo, el imperialismo es más un estado de devenir que un estado de ser. En este sentido, el fascismo sin duda no difiere de otras formaciones imperialistas¹²⁰. Difiere, sin embargo, en el hecho de que, visto como la expresión última del desplazamiento nacionalista mussoliniano de la lucha de clases a la lucha nacional, se presume un «imperialismo proletario». Para Mussolini, paradójicamente, el imperialismo fascista era la forma última del anticolonialismo. El imperialismo era la antítesis política de la decadencia. En otras palabras, el tipo de imperialismo fascista, nuevo y activo, eliminaba la posibilidad de «llegar a ser una colonia»¹²¹. El imperialismo fascista se presentaba como heredero de las tradiciones imperiales romanas. Pero, a pesar de la importancia de la romanidad, el fascismo italiano, a diferencia de los antiguos romanos, promovía la idea de una guerra sin fin¹²². En otras palabras, Mussolini concebía la guerra como una acción preventiva para fortalecer el liderazgo italiano en el mundo latino —más aún, como una jugada imperialista contra los «imperios plutocráticos»—: «una guerra de civilización y liberación. Es la guerra del pueblo. El pueblo italiano siente que es su propia guerra. Es la guerra de los pobres, los desheredados, y la guerra de los proletarios»¹²³. Proyectado en un escenario global, el imperialismo fascista era la forma última de la violencia y el poder del pueblo: «Para el fascismo, el espíritu imperialista —es decir, la tendencia de las naciones a expandirse— es una manifestación de su vitalidad. Y la tendencia opuesta, que limitaría sus intereses a la patria, es un síntoma de

decadencia. Los pueblos que se levantan una y otra vez son imperialistas; la renuncia es una característica de los pueblos que agonizan»¹²⁴. Para los fascistas, el imperialismo estaba en el centro de la matriz fascista. Les proporcionaba la sensación de pasar de la teoría a la práctica a través de la guerra y la violencia y en nombre del pueblo. En suma, representaba una expresión tangible de la acción fascista, situada entre el ritual y la teoría. Los diversos intentos fallidos de crear una internacional fascista formal deben ser interpretados dentro del marco más amplio del imperialismo espiritual fascista¹²⁵.

El imperialismo espiritual también incluía la concepción de imperio genocida nazi. Mientras la versión radical nazi del fascismo destacaba al supuesto enemigo como el aspecto determinante de su ideología, la mayoría de los fascismos le asignaban un lugar menos fijo en la ideología fascista. A pesar de esas diferencias clave, el fascismo era un fenómeno global que incluía al nazismo. No existe nada semejante a un tipo platónico fascista. El fascismo italiano fue el primer movimiento fascista de Europa y el punto de referencia original de otros movimientos fascistas. Pero no fue la forma de fascismo de la que derivaron todos los demás fascismos. Comprender el caso italiano es capital para la comprensión global del fascismo, pero el término y la realidad *fascismo* designan una red transnacional de opiniones y sentimientos compartidos. En Europa y en todo el mundo, los fascistas se identificaban con la «idea». Ante todo, el fascismo era y es una idea del mundo y la comunidad nacional del pueblo y el líder que bloqueaba cualquier otra lectura de la realidad. El fascismo confunde realidad con verdad. Hannah Arendt define la ideología como lo que produce una visión del mundo que bloquea la percepción y la experiencia empírica. En ese sentido arendtiano, el fascismo representaba la mirada ideológica definitiva¹²⁶. Entre todas las ideologías políticas, el fascismo representaba

una lente ideológica a través de la cual ver y leer el mundo. Pero era más que eso. Paradójicamente, implicaba una negación de la realidad, una forma ideológica de desconectarse de ella que la modificaba, que incluso creaba una nueva realidad y una nueva definición de lo posible en la política ideológica. Pero esa contribución del fascismo al lado oscuro de la modernidad no fue sólo una experiencia histórica singular y trágica, sino parte de una historia más amplia, la historia de las impugnaciones de la democracia. Una historia que, de hecho, incluye al descendiente más característico del fascismo: el populismo moderno.

¿POPULISMO FASCISTA?

El fascismo no es el populismo, pero para los historiadores es claro que ambos comparten afinidades importantes con respecto al pueblo, la nación, los líderes y sus enemigos. Son capítulos de la misma historia. La trayectoria intelectual *longue durée* del fascismo y el populismo es esencialmente global. Tiene una larga historia dentro del recorrido de las ideas de democracia (y dictadura) en todo el mundo y una breve dentro de la historia transcontinental que convirtió al fascismo en posfascismo populista tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Para decirlo con cierta ironía, si la democracia empieza en Atenas, el populismo democrático moderno empieza en Buenos Aires. Hay otras numerosas paradas en esta larga, esquemática genealogía de ideas y regímenes de poder, pero tentativamente podríamos mencionar las siguientes: 1) la Roma preimperial y sus forcejeos con el concepto de pueblo, así como el papel de tribunos y plebeyos en ese contexto político; 2) el París de la revolución francesa y su creación de un concepto moderno de soberanía popular; y 3) nuevamente Roma, junto con muchos lugares

como Berlín, Lima, Aleppo o Tokio, con sus respectivas contrarrevoluciones fascistas contra el legado democrático de las revoluciones iluministas¹²⁷.

Mientras la democracia ateniense clásica surgió del colapso de tiranos y monarcas, y la democracia moderna surgió durante la revolución francesa como producto de un rechazo de la monarquía absoluta, el fascismo nació de la democracia¹²⁸. Fue un retoño inesperado, negativamente dialéctico, de la soberanía popular. Como movimiento, el fascismo incurría a veces en la persecución política, la pelea callejera y el asesinato de enemigos preconcebidos, y combinaba esa violencia extrema con la militarización de la política y la adopción de estrategias electorales diversas. Los fascistas solían participar del juego democrático, pero en modo alguno eran democráticos. En realidad, lo que querían explícitamente era destruir la democracia. Como régimen, el fascismo siempre terminó siendo una formación dictatorial nacida de la crisis de representación democrática que produjeron las ruinas de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, también tenía raíces en los principios modernos del pueblo y la idea de que el líder representa y expresa los deseos de la comunidad popular nacional.

Igualmente fundado en esta tríada de pueblo, líder y nación, el populismo moderno que surgió como régimen luego de 1945 no era un resultado estático u obvio del fascismo. El populismo no era el fascismo. Ya había existido en forma incompleta como un conjunto de ideas y movimientos antes del ascenso del fascismo. A su vez, el fascismo incorporaba algunos elementos de las formas tempranas de populismo y por momentos convergía con ellas. En la época del fascismo, y en países tan distintos como Austria, Estados Unidos, Francia, Argentina o México, muchos antiguos populistas (a quienes en este libro, en parte para distinguir entre contextos sustancialmente diferentes, llamo prepopulistas o protopopulistas)

se volvieron fascistas o compañeros de ruta de fascistas, mientras otros rechazaban el fascismo con toda claridad. Pero tras el fin del fascismo, todos los populistas rechazaron claramente la violencia que había definido el fascismo como ideología y práctica del poder. El fascismo, sin lugar a dudas, presentaba rasgos que podríamos llamar populistas, pero el fascismo no debería confundirse con el populismo posfascista moderno que surgió de su derrota.

Desde la perspectiva de la teoría del populismo, se podría decir que el fascismo era un populismo incompleto, un populismo sin democracia. Pero en términos históricos el fascismo era sustancialmente nuevo, y por lo tanto se distinguía tanto del antiguo populismo como de los regímenes populistas modernos de posguerra por su rechazo pleno de la democracia. Los fascistas también querían plantear el frente autoritario multclasista que más tarde caracterizaría a los regímenes populistas, pero lo hacían imponiendo una dictadura de partido único sin función legal alguna para la oposición política. Sin embargo, tanto fascistas como populistas transformaron la idea de un todo no representado en la idea homogeneizadora de una nación que es la comunidad social del pueblo. Como explica Peter Fritzsche, en el caso de Alemania, «el objetivo del nazismo era la materialización de una “comunidad popular” o “*Volksgemeinschaft*” racialmente purificada, que prometía superar las profundas divisiones entre los alemanes pero descansaba en la violencia y la exclusión. La idea de “pueblo” era tanto el terreno retórico en el que operaban los nacionalsocialistas como el horizonte que buscaban alcanzar». Geoff Eley también sostiene que «combinando intereses y reclamos muy dispares y heterogéneos, el ideal de la *Volksgemeinschaft* prometía restaurar completamente una Alemania que consideraban herida y corrupta». En otros casos europeos como el de España o Italia, los historiadores, de manera similar, presentaban al

fascismo como dotado de una forma extrema de populismo antidemocrático. Como dice António Costa Pinto, el fascismo combatía principios reaccionarios precisamente porque tenía el objetivo de destruir el liberalismo sin restaurar el antiguo orden. Querían crear un hombre nuevo y una nueva civilización. Éste era el contexto de la política plebiscitaria de masas fascista y sus reclamos de reforma social. Para los camisas azules portugueses, como también para muchos otros movimientos fascistas, el corporativismo apareció primero como una combinación de esa preocupación por las masas y una vía no democrática que establecía una nueva forma de consenso populista¹²⁹.

Esta versión antiliberal y anticomunista del corporativismo fue un elemento clave en la circulación global del fascismo y su política del pueblo. Poner el acento en esa situación contextual da una visión más compleja del nacionalismo social del fascismo global y su estrecha interacción con otras dictaduras de entreguerras igualmente opuestas al «demoliberalismo». Como observa Costa Pinto, «los poderosos procesos de transferencia institucional fueron un sello distintivo de las dictaduras de entreguerras (...) el corporativismo estaba a la vanguardia de esos procesos, a la vez como una nueva forma de representación organizada de los intereses y como una alternativa autoritaria a la democracia parlamentaria. La difusión del corporativismo político y social, que, junto con el partido único, es un sello distintivo de las transferencias institucionales entre las dictaduras europeas, pone en tela de juicio ciertas interpretaciones dicotómicas rígidas del fascismo de entreguerras»¹³⁰.

El fascismo, en definitiva, surgió como una reacción contra el legado del Iluminismo. Rechazaba la democracia liberal y la sustituía por la dictadura. Ese reemplazo era teórico y práctico a la vez. Mientras los historiadores tienen dudas considerables en cuanto a la aplicación real de las prácticas

corporativas, pocos discrepan en cuanto al papel central que las ideas corporativas tenían en los círculos ideológicos fascistas y los regímenes fascistas¹³¹.

El corporativismo, que empezó en los años 20, fue volviéndose sinónimo de formas de gobierno dictatoriales antiliberales y anticomunistas. En ese período, Mussolini incluía el corporativismo como un elemento central del fascismo. Era parte de una «nueva síntesis» que «supera el socialismo y el liberalismo»¹³². Mussolini no estaba solo. Su «tercera vía» corporativa entre liberalismo y socialismo se convirtió en un vehículo global para difundir y reformular las ideas fascistas. El corporativismo pasó a ser uno de los argumentos que esgrimían los fascistas transatlánticos y los representantes de las «dictaduras híbridas», compañeros de ruta de los fascistas, que prosperaban en esa época¹³³. Para esos regímenes, el corporativismo representaba una forma de legitimidad soberana que establecía un sistema de representación sin minimizar de manera significativa la autoridad del dictador. Si en términos generales la dictadura se fundaba en una noción trinitaria de soberanía popular, según la cual el líder en persona encarnaba a la nación y al pueblo —o, como decían los fascistas, un hombre, un pueblo, una nación—, el corporativismo proporcionaba una teoría para regular los conflictos del capitalismo bajo el arbitraje supremo del líder.

Mientras en el contexto de formas de representación no dictatoriales el corporativismo planteaba que el estado era el árbitro de los grupos de interés (como sucedería más tarde en los regímenes populistas de principios de posguerra en América Latina), en el corporativismo totalitario no había diferencias, en líneas generales, entre líder y estado respecto de la organización corporativa. En teoría, el corporativismo funcionaba como un instrumento ideológico para la legitimación del dictador. Aun así, ¿era sólo

un engaño teórico o los fascistas creían en lo que decían? Parafraseando al historiador italiano Matteo Pasetti, no era ni un engaño ni un verdadero cambio revolucionario en la organización fascista del estado. De manera similar, el historiador Alessio Gagliardi señala la necesidad de entender ese proyecto fallido como una forma exitosa de legitimación popular¹³⁴. Ese poder legitimador de la dictadura corporativista fue creado para durar. En realidad, como sostiene convincentemente Costa Pinto, era un factor muy arraigado de la reacción dictatorial europea contra el liberalismo: «El corporativismo dejó una marca indeleble en las primeras décadas del siglo XX, a la vez como un conjunto de instituciones creadas por la integración forzosa de intereses organizados (principalmente sindicatos independientes) al estado y como una alternativa orgánico-estatista a la democracia liberal»¹³⁵.

En este contexto, la crítica fascista del capitalismo no atacaba al capitalismo en sí sino más bien a ciertas formas del capitalismo que según los fascistas habían ignorado las necesidades del pueblo. El programa de la falange fascista española, por ejemplo, declaraba repudiar el sistema capitalista que se desentendía de las necesidades populares y deshumanizaba la propiedad privada. Para ellos, el fascismo estaba del lado de los trabajadores. Como decía José Antonio Primo de Rivera, «compartimos con el socialismo el objetivo de mejorar la suerte del proletariado». Pero, como sostenían también los fascistas italianos, el fascismo se oponía al socialismo: querían que todo el pueblo se uniera a la patria. Los fascistas del mundo querían «justicia social» para el pueblo y la nación. Así, mezclando nación y pueblo, el fascismo se concebía como «auténticamente popular» porque, como sostenía el fascista italiano Carlo Costamagna, bajo el fascismo el pueblo dejaba de ser una «masa amorfa». El fascismo difería del liberalismo porque preservaba el concepto

nacionalista de un pueblo que necesita ser conducido por el líder y el estado. El fascismo tomaba del liberalismo el concepto de voluntad general del pueblo, pero, como afirmaba Costamagna, «para el fascismo la voluntad general no es una voluntad que se exprese en cada ciudadano». Los fascistas compartían la idea de que sólo el líder del estado encarnaba esa tradición y tomaba decisiones en su nombre. La noción fascista de pueblo echaba por tierra la distinción entre pasado y presente y creaba el mito fascista del pueblo: «Para el fascismo, el pueblo es la cantidad infinita de generaciones que se suceden una tras otra como el curso de un río, y por eso esas generaciones pasadas reviven en el más remoto de sus descendientes». Con esta idea de pueblo, el fascismo se oponía al liberalismo y al socialismo: «El fascismo es tan antiliberal como antisocialista, y su originalidad reside en esa franja entre liberalismo y socialismo. Es en esa vía donde muestra su carácter revolucionario»¹³⁶.

Las políticas del pueblo fascista debían crear una relación armónica entre capital, pueblo y nación. Como afirmaban los fascistas argentinos en escritos expuestos en las paredes de Buenos Aires, el fascismo defendería «el interés supremo de la producción». «Ha llegado la hora de armonizar el capital y el trabajo en aras de salvar a la nación de la voracidad de los políticos profesionales. O están con nosotros o están contra nosotros». Como sucedería más tarde con el populismo, para el fascismo las soluciones corporativas sólo podían estar al mando del líder, que a su vez debía ser asesorado por tecnócratas y expertos antes que por políticos profesionales. El fascismo no se oponía a la tecnocracia, pero la tecnocracia jugaba un papel secundario en relación con los líderes del pueblo. En este sentido no era diferente del populismo.

Los fascistas de todo el mundo oponían a la dictadura del proletariado su propia idea de una comunidad popular nacional absolutamente organizada.

Defendían al pueblo y la nación contra las formas del capitalismo internacional. Como explicaba el fascista brasileño Gustavo Barroso, el fascismo, que combinaba la defensa de Dios, la familia y la propiedad con la justicia social, estaba contra el capitalismo y el comunismo internacionales. Si para los camisas verdes brasileños *capitalismo* no era en sí una mala palabra, sino que se volvía problemática sólo cuando dejaba de ser nacional y social, para los fascistas argentinos resultaba claro que incorporar al pueblo, especialmente a las masas trabajadoras, a la política de masas era una dimensión clave para el éxito de su movimiento¹³⁷.

Para el fascista argentino Leopoldo Lugones, esta relación entre nación y pueblo era el punto de partida de cualquier teoría moderna del estado. Según él, el corporativismo pertenecía casi exclusivamente a la política del fascismo global, pero él también proponía una versión argentina. Lugones consideraba que la política fascista del pueblo era esencialmente antipolítica. Sostenía que, como proceso histórico y necesario de reforma política, la dictadura moderna no era una expresión de conservadurismo, o más generalmente un retorno al pasado, sino un intento «revolucionario» de modificar radicalmente la organización del estado a la manera prepopulista, «autoritaria y reaccionaria». Por autoritarismo reaccionario, Lugones entendía la reacción nacional y popular contra la «crisis universal del liberalismo»¹³⁸.

La reorganización nacional y social de la administración que proponía Lugones incluía el restablecimiento de préstamos domésticos, la extirpación de los «agitadores foráneos», la imposición de la defensa nacional en términos económicos y militares y, lo que era más importante, la reforma del sistema electoral en materia de estructuras corporativas de gobierno, o lo que Lugones, con autoproclamada «objetividad impersonal», llamaba «representación funcional». Lugones sostenía que la representación

funcional, con voto universal pero calificado y organizada en corporaciones y grupos vocacionales, era la forma de nacionalismo más apropiada para las necesidades de la Argentina. El pueblo argentino, y no las «masas amorfas», serían los electores de ese sistema político. Lugones identificaba la política corriente con la democracia liberal. En cambio, veía el sistema corporativo como parte de la reacción fascista global contra la representación electoral, pero también divergía del fascismo italiano en el sentido de que quería que una corporación (la militar) reinara de manera suprema, incluso más allá del dictador. Lugones abogaba por la «imposición de la técnica militar en el plano gubernamental». Insistía en la necesidad de una «reorganización autoritaria» del estado sólidamente fundada en una nueva forma de legitimidad popular¹³⁹.

De Suecia a Egipto y de Portugal a Siria, los fascistas creían en la naturaleza socialmente popular de su política. Todos los fascistas querían representar a los trabajadores, cuyo habitus nacional auténtico oponían a la pereza antinacional de las élites. Los ideólogos fascistas declaraban adoptar una posición alternativa que transformaba genuinamente la política tradicional en una política del pueblo. Según Mussolini, el fascismo quiso devolverle la política al pueblo desde el principio. Tenía «fe» en el programa fascista «inalterable» de «ir hacia el pueblo». Pero esa búsqueda del pueblo estaba muy lejos de las ideas de representación electoral democrática o de lo que despreciaba como «electoralismo». Como recordaba a sus seguidores el fascista colombiano Silvio Villegas, la función del pueblo era obedecer al Duce. Hitler había dicho que nunca se había sentido «dictador de mi pueblo sino su conductor». El dictador alemán decía estar «indisolublemente unido a mi pueblo como hombre y como conductor». A su vez, Mussolini afirmaba que el pueblo «delegaba» su soberanía y su poder en la persona del líder. Villegas concluía que

«Hitler y Mussolini gobiernan con el pueblo y para el pueblo»¹⁴⁰. El camisa verde egipcio Ahmad Husayn proponía una interpretación sorprendentemente similar de la política popular fascista: «Trabajando noche y día por el interés del pueblo como un todo», Mussolini y Hitler habían superado las divisiones sociales. Eran un ejemplo del «gobierno genuino del pueblo por el bien del pueblo»¹⁴¹. Del mismo modo, José Vasconcelos, el más famoso fascista mexicano, hablaba de «los totalitarismos liberadores de Hitler y Mussolini». Esos líderes peleaban por el pueblo y contra la «democracia de la banca internacional». Vasconcelos describía a Hitler como la encarnación de la idea de su nación. Para él, Hitler y Mussolini estaban dando una «lección progresista a todos los pueblos hispánicos de América». Si aprendían la lección, los latinoamericanos podrían «encarnar la voluntad colectiva y convertirla en un elemento creativo y decidir súbitamente cambiar los caminos de la historia»¹⁴².

Para los simpatizantes fascistas de todo el mundo, sin pueblo no había fascismo. Mussolini había bautizado su periódico *Il Popolo d'Italia*, y distinguía entre el «pueblo verdadero» y aquellos que no pertenecían a ese grupo. Como observa Matteo Pasetti, esta teoría del pueblo y el antipueblo legitimaba primero la violencia política y luego operaba contra la democracia parlamentaria. Con la ratificación de la dictadura fascista y la derrota de sus enemigos internos, la homogeneización del pueblo se combinaba con el racismo, el imperialismo y la creación de nuevos enemigos externos. En términos globales, esas ideas fascistas de pueblo no se concebían como conceptos democráticos, pero su existencia establecía continuidades significativas entre el fascismo y el populismo en la historia. Como sostiene también Roger Griffin en su famosa definición genérica del fascismo como forma palingenética de ultranacionalismo populista, el

fascismo era una «modalidad de populismo particularmente no democrática». Así, Griffin subraya, quizá más que otros investigadores, que el fascismo era un populismo fascista¹⁴³.

Llamar fascismo al populismo fascista suele llevar a confundir ideas y contextos. El fascismo no era un mero subconjunto del populismo. Si pensar que el fascismo es un populismo nos permite identificar conexiones importantes entre el fascismo y las estrategias y concepciones populistas, es igualmente importante distinguirlos en términos históricos. Esto es especialmente evidente cuando dejamos atrás las visiones eurocéntricas y el foco adopta una perspectiva más global. Por ejemplo, muchos historiadores de los fascismos latinoamericanos subrayan las diferencias entre fascismo y populismo. En países como Chile, Colombia, Perú, Bolivia, Argentina y Brasil, los grupos fascistas ostentaban ideas totalitarias de pueblo que demostraron ser influyentes en la historia subsecuente del populismo moderno, pero eso no significa que fascistas y populistas fueran lo mismo. Esto fue así especialmente tras la caída de los regímenes fascistas, una vez que los regímenes populistas latinoamericanos de posguerra inauguraron una forma nueva y moderna de populismo que prevaleció como camino autoritario hacia el poder. De manera similar, en India, las ideas de comunidad popular tuvieron una continuidad importante en los desarrollos posteriores del nacionalismo indio, en un contexto democrático de posguerra muy distinto. En Medio Oriente, un radicalismo político de derecha a menudo parecido a, pero también significativamente distinto de, los fascismos europeos «preparó el terreno para tendencias autoritarias de largo plazo en los estados árabes de la posguerra». En Japón, el fascismo ofrecía una combinación de temas y encantos de aire populista mezclados con la idea de *kokutai* (forma de gobierno nacional), estableciendo de ese modo una continuidad entre la política del pasado y el presente¹⁴⁴.

Las ideas fascistas de nación, líder mítico y pueblo desencadenaron en todo el mundo procesos mutuamente conectados de construcción de consenso y represión dictatorial, inclusión y exclusión. Como explica Michael Wildt, en el nazismo, la idea de comunidad popular implicaba que algunos estaban incluidos y muchos otros quedaban excluidos. De manera similar, Dan Stone sostiene que la comunidad popular nazi implicaba «un proceso interminable de “devenir Pueblo”. Cuanto más se consumaba el proceso, más concepciones alternativas de formas de vida quedaban marginalizadas». Como dice convincentemente Aristotle Kallis, estos procesos eran un elemento clave de la ideología del fascismo, y «las ideologías fascistas brindaban la posibilidad de protagonizar un futuro sin “otros”, dominado por la comunidad nacional regenerada y purificada en un estado poderoso, completo y homogéneo»¹⁴⁵. Por razones tácticas e ideológicas, sin embargo, el fascismo necesitaba una provisión constante de enemigos. En el nazismo, esto produjo una dinámica de radicalización que iba cada vez más de la invención del enemigo como antipueblo a su persecución y su exterminio. En otras formas de fascismo, este movimiento del enemigo del pueblo retórico a su personificación real en los cuerpos de sus víctimas nunca fue tan radical, pero aun así fue central.

El populismo moderno también incluye la idea intolerante de que la creación del pueblo depende de la exclusión de los otros. En el fascismo y el populismo, la presencia del binarismo pueblo-antipueblo define las relaciones políticas, e históricamente ambas ideologías políticas se han aferrado a una idea de pueblo homogeneizadora. Este proceso producía la creciente marginalización política de los disidentes, a la vez que en algunos momentos generaba amplio consenso y participación. Como sostiene Dylan Riley, el fascismo aunaba pretensiones de legitimidad democrática con medios autoritarios: «Los fascistas combinaban la pretensión de representar

al pueblo con un rechazo de la política entendida como la lucha institucionalizada de grupos por el control del estado. Los fascistas afirmaban que las elecciones, los parlamentos y el debate de los asuntos públicos —en suma, la cosa política— eran incapaces de construir y representar una “voluntad general” ». Querían reemplazar la representación institucional y las luchas políticas por «una forma no política de representación del interés»¹⁴⁶. En el fascismo, la homogeneización total del pueblo sólo sobreviene una vez que la democracia electoral ha sido destruida junto con los supuestos enemigos del pueblo.

Al igual que los fascistas, populistas modernos de posguerra como Juan Domingo Perón querían arrebatar la representación política a los políticos profesionales. Como veremos en los próximos capítulos, los líderes populistas sostenían que sólo ellos podían hablar en nombre del pueblo y protegerlo de sus enemigos, concretamente, del antipueblo. Sin embargo, Perón no quería reemplazar por completo la representación electoral, ni tampoco eliminar el sistema multipartidario. A diferencia de lo que ocurre en el fascismo, los procesos populistas de homogeneización del pueblo se limitan por lo general a la creación retórica de su pueblo y se abstienen de las prácticas de violencia extremas que definen el modo en que el fascismo avanza de la teoría del pueblo y sus enemigos a la persecución y aun eliminación de éstos. En otras palabras, a diferencia del fascismo, el populismo no marginaliza del todo a los «enemigos del pueblo» del proceso político. Sus líderes y seguidores más bien quieren derrotar a sus candidatos con procedimientos democráticos formales. Las elecciones, y no la eliminación, son las fuentes de legitimidad clave en el populismo. Aun aceptando que el fascismo tiene tendencias populistas, y aun si se define a sí mismo políticamente contra el enemigo del pueblo, el fascismo no

requiere que sus víctimas desempeñen un papel activo en política una vez consumada la destrucción de la democracia.

La nación fascista de pueblo produce consenso a través de la violencia política. Convierte a los enemigos del pueblo en enemigos del estado y, al hacerlo, consolida las dictaduras totalitarias. La idea homogeneizadora de pueblo del populismo promueve la intolerancia dentro de la democracia. Asedia a la democracia sin destruirla. El populismo crea, y depende de, minorías que puedan votar y puedan perder en elecciones abiertas. Esas minorías no son eliminadas, ni siquiera demasiado perseguidas. Su papel es votar por quienes han sido designados como el antipueblo. Sólo después de triunfar en elecciones democráticas los líderes populistas pueden sostener que su legitimidad es la única expresión verdadera de la verdadera comunidad del pueblo.

El fascismo estaba en contra de la representación electoral, mientras que el populismo encauzaba las elecciones con un criterio autoritario. Las continuidades y diferencias históricas entre fascismo y populismo —concretamente, cómo las formas de inclusión y participación de las mayorías en el fascismo y el populismo iban acompañadas de marginalización y exclusión— suelen perderse en la teoría. Mientras algunos teóricos reducen el fascismo a una forma más de populismo, hay otros que simplemente ignoran sus conexiones históricas. El ejemplo más sobresaliente de desconocimiento del contexto histórico es el trabajo crucial del destacado teórico argentino del populismo Ernesto Laclau.

Se podría decir que Laclau es el autor de la más importante teoría actual del populismo. Tiene en cuenta además las dimensiones globales del populismo, consideración que suele pasar inadvertida para sus numerosos críticos antipopulistas. El fascismo, mayormente ausente en su célebre trabajo *La razón populista* (2005), está abrumadoramente presente en su

obra de los años 70. Por entonces Laclau sostenía que, más que reaccionario, el fascismo se volvía una de las «posibles maneras de articular las interpelaciones democráticas populares en un discurso político». El fascismo usaba la política de masas y la idea de un pueblo unificado para garantizar que el socialismo no fuera una alternativa popular. «El fascismo fue la forma extrema en que las interpelaciones populares, en su forma más radicalizada —el jacobinismo—, podían transformarse en el discurso político de la fracción dominante de la burguesía». Discutiendo con quienes intentaban afincar al populismo en un período y un contexto específicos, Laclau sostenía que el populismo aparecía en distintas épocas y lugares. En ese contexto, sugería que el fascismo era sólo una experiencia populista entre muchas otras. Para Laclau, en suma, el fascismo es populismo.

Al considerar fascismo y populismo como formas de interpelación democrática, Laclau derrumba fronteras importantes entre ambos. Mientras el fascismo, efectivamente, apareció primero dentro de un contexto democrático, también utilizó las interpelaciones democráticas para destruir la democracia. En este sentido, el fascismo lucía formas populistas mientras formaba parte de la oposición, pero no cuando era un régimen de gobierno. Este importante aspecto del trabajo de Laclau quedó relegado a la insignificancia en su influyente investigación sobre el populismo de los últimos años. Sin haber advertido este cambio, Slavoj Žižek, otro prominente teórico del fascismo y el populismo cuyo trabajo carece de perspectiva histórica, reprocha a Laclau que ignore los peligros que acechan tras la conexión entre fascismo y populismo. El populismo, aunque sea de izquierda, preservaba el edificio capitalista dejándolo intacto, y no podía ser emancipador en la medida en que ofreciera un concepto de enemigo profundamente enraizado en tendencias protofascistas. La política radical popular era reemplazada por el deseo de destruir a los enemigos del pueblo

unido. «El fascismo es definitivamente un tipo de populismo», afirmaba Žižek. Haciendo del fascismo una subespecie del populismo, Žižek mostraba el trasfondo populista del fascismo y las tendencias fascistas desplegadas por el populismo. Su análisis, sin embargo, desestimaba importantes distinciones históricas entre la teoría y la práctica de la fabricación de enemigos del fascismo y el populismo¹⁴⁷.

Fascistas y populistas compartían la idea de un pueblo amenazado por enemigos fundamentales, concepto que inspiró ciertas ideas alarmistas sobre el comienzo de una época apocalíptica y una crisis que sólo sus líderes podrían resolver. Ese concepto fascista de pueblo era radicalmente excluyente y en última instancia racista en la mayoría de los casos, si no en todos, mientras que la mayoría de los conceptos populistas de pueblo, aun siendo xenófobos y racistas, tendían a ser más indeterminados y retóricos. El concepto fascista de pueblo desplazó la teoría hacia la práctica con una violencia radical que estaba ausente en el populismo posfascista moderno. La forma de gobierno bajo la cual tuvo lugar esa violencia radical fue la dictadura. El populismo, por otro lado, representaba una mezcla inestable en la que la democracia electoral, en la práctica, podía conciliarse con el autoritarismo¹⁴⁸.

El fascismo usaba con frecuencia medios democráticos para eliminar la democracia, al mismo tiempo que, constante y paradójicamente, pretendía que su totalitarismo dictatorial era el mejor medio de representación democrática popular. Líderes como Mussolini en Italia o Uriburu en la Argentina sostenían que fascismo y dictadura representaban etapas superiores de la democracia¹⁴⁹. Como es bien sabido, esta manera de entender la democracia llevó a la destrucción de las formas de representación democráticas y el imperio de la ley. La violencia extrema fascista llevó a la guerra, al imperialismo genocida y al Holocausto. Luego

de 1945, los resultados de esta interpretación extrema de los supuestos deseos de la «mayoría» produjeron una suerte de crisis del pensamiento fascista sobre la representación que iba en paralelo con su pérdida de poder y legitimidad en la nueva era de la Guerra Fría. Éste era el contexto en que la tercera vía peronista surgió como un fascismo reformulado, fundado más bien en formas de representación democráticas. Pronto aparecieron otros regímenes populistas latinoamericanos en países como Brasil, Bolivia y Venezuela. Estos regímenes populistas clásicos no eran imitaciones del peronismo sino síntomas convergentes de una nueva era política en la que el populismo ocuparía el centro de la escena y conquistaría y conservaría el poder. Esto es lo que yo llamo una forma de populismo nueva y completa, diferente del fascismo. Surgiendo de las ruinas del fascismo, este nuevo populismo moderno era muy distinto de sus antepasados. Tras el fascismo, implicaba una revisión transnacional de la necesidad de dejar atrás la dictadura totalitaria y la violencia extrema pero conservando el autoritarismo. El resultado fue una ideología política radicalmente distinta de la original. Este nuevo populismo moderno de posguerra que accedía al poder era un género nuevo, no una subespecie política¹⁵⁰. Como había sucedido antes con el fascismo, el populismo recién terminó de constituirse como un formidable retador del liberalismo y el socialismo una vez que la inflexión epocal de ideas y movimientos accedió al poder por primera vez.

El populismo moderno surgió de la derrota del fascismo como un novedoso intento posfascista de encarrilar la experiencia fascista por la vía democrática, creando así una forma democrática de régimen autoritario que pondría el acento en la participación social combinándola con la intolerancia y el rechazo de la pluralidad. En el populismo, los derechos políticos estaban bajo presión pero nunca eran erradicados, como había sucedido bajo el fascismo. El populismo moderno llevó la democracia a su

límite, pero por lo general nunca la quebró. América Latina en los comienzos de la Guerra Fría: ése fue el primer contexto en el que tuvo lugar este intento posfascista de redefinir la teoría y la práctica democráticas. Fue allí y entonces cuando el populismo moderno surgió como régimen¹⁵¹. De ese modo, luego de 1945, el fascismo se convirtió en populismo, que es el tema del próximo capítulo.

2

¿QUÉ ES EL POPULISMO EN LA HISTORIA?

El populismo es una forma de democracia autoritaria que originalmente surgió como una reformulación de posguerra del fascismo. Antes del final del fascismo habían surgido algunas ideologías y movimientos prepopulistas precoces en países tan distintos como Francia, Rusia y Estados Unidos, pero el contexto era completamente diferente y nunca habían llegado al poder. El populismo recién se convirtió en un régimen con la retirada del fascismo del escenario mundial. Fue un punto de inflexión histórico, como lo habían sido los regímenes de Hitler y Mussolini. Antes de asumir la forma de régimen, el fascismo también había sido un mero movimiento de protesta, más que un camino exitoso hacia el poder. Una vez que accedió al poder en Italia, el fascismo se convirtió en un paradigma político verdaderamente global. En este marco nuevo, los fascistas transnacionales cambiaron sustancialmente de perspectiva: ahora era un camino exitoso hacia el poder, y ya no un estilo político de oposición al liberalismo y el socialismo. En este sentido, la revolución de Mussolini tuvo efectos innovadores y globales parecidos a los de las revoluciones rusa y francesa. Mientras estas revoluciones y los regímenes fascistas se consolidaron inicialmente en Europa, los regímenes populistas surgieron primero en América Latina luego de 1945. Los regímenes populistas como el de Juan Perón en la Argentina y Getúlio Vargas en Brasil no fueron

verdaderas revoluciones sino más bien síntomas revolucionarios de la creación, a principios de la Guerra Fría, de un paradigma político nuevo para gobernar la nación.

Antes del fascismo, el populismo había sido un estilo político autoritario de movimientos de oposición. Luego del fascismo, el campo político se despejó y el populismo pudo completarse. Pasó a ser un paradigma político autoritario de pleno derecho; a saber: una manera influyente de regir el estado en ausencia de los poderes fascistas. Como el fascismo, el populismo no era un sustituto de otras políticas. Los populistas no eran simples mensajeros del pueblo sino actores por derecho propio. Como lo habían hecho antes los regímenes fascistas, los regímenes populistas actuaban y decidían en nombre del pueblo, sólo que ahora a través de medios democráticos. En otras palabras, el populismo no era sólo un paréntesis en la historia. Más que una mera forma democrática de fascismo, el populismo en el poder era un fenómeno político nuevo para una nueva era histórica. El populismo moderno estaba conectado con la Guerra Fría y originalmente fue una respuesta a la crisis de representación política que primero había creado al fascismo y luego había contribuido a su defunción. Así, pues, para explicar el populismo y sus políticas es necesario ubicarse en los contextos históricos del populismo.

Mientras el objetivo del fascismo es la dictadura y la abolición de la división de poderes y el imperio de la ley, el populismo, al menos en la historia moderna, casi nunca destruyó la democracia. Sin embargo, los populistas socavaban una y otra vez el imperio de la ley y la división de poderes sin abolirlos del todo. Las elecciones no tenían sentido para los fascistas, pero los populistas les atribuían una importancia fundamental. No hay duda de que la democracia populista era nacionalista y menos cosmopolita y emancipatoria que otras formas democráticas. Pero como los

populistas incrementaban la participación electoral, se podía pensar que el populismo ampliaba la democracia. Por lo tanto, la complejidad histórica del populismo ha obstaculizado los intentos recientes de definirlo de manera simplista, ya sea exagerando el término o reduciéndolo a una fórmula estática. De hecho, cuanto más simplista sea la definición, más lejos estaremos de la especificidad que el populismo representa en la historia de la política.

Es comprensible que los historiadores hayan reaccionado contra la reducción de la historia a un gabinete de curiosidades del que los teóricos pueden seleccionar los artefactos que necesiten. Un enfoque tan reduccionista representa una forma de contextualización radical más propia de anticuarios que de historiadores. Mientras los anticuarios coleccionan reliquias del pasado, los historiadores profesionales analizan e interpretan contextos del pasado en relación con sus variaciones y continuidades presentes. Mientras algunos teóricos despliegan esta visión antigua —de anticuarios— de la historia, hay otros que subrayan la larga historia del término *populismo* sin analizar lo suficiente los distintos contextos de su historia y su teoría políticas. Como señala contundentemente Pierre Rosanvallon, el populismo tiene una larga historia que incluye actores tan variados como los sicofantes de la antigua Grecia, el periodista radical de la revolución francesa Jean-Paul Marat y los populistas rusos y norteamericanos del siglo XIX¹. Pero, como muchos otros teóricos, Rosanvallon no se mete lo suficiente con la historia del populismo autoritario y moderno de la posguerra, síntoma de la tendencia general de la teoría política del populismo a excluir del cuadro al fascismo.

Y aun así fascismo y totalitarismo forman parte de manera decisiva de la larga historia del populismo, y las maneras en que el populismo ha sido y sigue siendo interpretado no se limitan a sus orígenes. Es importante, no

obstante, reconocer esos primeros momentos populistas para evaluar luego sus bifurcaciones y repercusiones subsiguientes en función de sus diversas fases históricas: las tempranas tendencias populistas en las políticas rusa y norteamericana del siglo XIX, las formaciones prepopulistas de la derecha (por ejemplo, el boulangismo en Francia, el movimiento de Karl Lueger en Viena y las ligas patrióticas sudamericanas) y los precedentes protopopulistas de entreguerras en América Latina (por ejemplo, el cardenismo en México, el yrigoyenismo en la Argentina y el primer varguismo en Brasil). Las fases pos 1945 de lo que se puede considerar el populismo moderno, que surgió tras el primer populismo y los prepopulismos de derecha que precedieron a la Gran Guerra, incluyen lo siguiente:

1. El populismo clásico. El peronismo argentino estuvo a la vanguardia de este populismo inicial, pero el término también abarca la segunda etapa de varguismo en Brasil (1951-1954), el gaitanismo en Colombia (fines de los años 40) y el período de José María Velasco Ibarra en Ecuador (de los años 30 a los 70), así como experiencias populistas de posguerra en países como Venezuela, Perú y Bolivia.
2. El populismo neoliberal. Carlos Menem en la Argentina (1989-1999), Fernando Collor de Melo en Brasil (1990-1992), Abdalá Bucaram en Ecuador (1996-1997), Alberto Fujimori en Perú (1990-2000) y Silvio Berlusconi en Italia (1994-1995, 2001-2006, 2008-2011).
3. El populismo neoclásico de izquierda. Las administraciones Kirchner en la Argentina (2003-2015), Hugo Chávez (1999-2013) y Nicolás Maduro (2013-) en Venezuela, Rafael Correa en Ecuador (2007-2017) y Evo Morales en Bolivia (2006-), así como partidos populistas

neoclásicos de izquierda europeos como Podemos en España y Syriza en Grecia.

4. El populismo neoclásico de derecha y extrema derecha. De la extrema derecha peronista de los años 70 al predominio de movimientos y líderes actuales que mayormente están en la oposición europea pero también pueden acceder al poder en países como Estados Unidos, Filipinas y Guatemala, así como en coaliciones de poder como las de Austria, Italia y Finlandia. Estas formas de populismo neoclásico también incluyen los regímenes de Recep Tayyip Erdogan en Turquía y Viktor Orbán en Hungría. Las formas de populismo neoclásico de derecha y extrema derecha en la oposición incluyen al UKIP en Inglaterra, el Frente Nacional en Francia, la extrema derecha en Grecia y los movimientos liderados por la xenófoba Pauline Hanson en Australia y Avigdor Lieberman en Israel, entre muchos otros.

El populismo moderno empieza a principios de la Guerra Fría con la impugnación posfascista de la democracia en América Latina y el peronismo, cuyo papel es central para cualquier investigación sobre la historia del populismo. Lo sorprendente del caso argentino no es sólo que se convirtiera en el primer régimen populista de la historia tras la elección de Perón como presidente en 1946, sino que su forma de populismo diera lugar a todas las variantes posibles. En otras palabras, el peronismo, creado contra el consenso democrático-liberal de posguerra de orientación norteamericana, representa a la vez la primera forma de populismo moderno en el poder y ejemplifica todas las diferentes fases del populismo, desde el populismo autoritario de los primeros gobiernos de Perón (1946-1955) hasta la guerrilla de izquierda de los Montoneros y la derecha neofascista de la Triple A en los años 60 y 70, pasando por el neoliberalismo de Carlos

Menem en los 90 y el populismo neoclásico de las administraciones Kirchner en el nuevo siglo.

La necesidad de ubicar al populismo en su contexto moderno se torna aun más acuciante a la luz de la inflación de análisis actuales que plantean que las políticas populistas son un malestar político sin origen específico. Restituir el fenómeno populista a sus antecedentes globales nos obliga a repensar los estereotipos negativos sobre el concepto de populismo y a reconectarlos con los contextos en que surgieron. Me gustaría insistir aquí en la necesidad de reintroducir la historia, y la historiografía, en los debates teóricos sobre el populismo.

El populismo ofrecía una variedad de posibilidades históricas que incluía experiencias extremadamente diferentes, del extremo izquierdo al derecho del espectro político. Sin embargo, y recapitulando, este péndulo ideológico siempre combinaba algunos rasgos comunes:

1. La adhesión a una democracia autoritaria, electoral, antiliberal, que rechaza en la práctica la dictadura.
2. Una forma extrema de religión política.
3. Una visión apocalíptica de la política que presenta los éxitos electorales, y las transformaciones que esas victorias electorales transitorias posibilitan, como momentos revolucionarios de la fundación o refundación de la sociedad.
4. Una teología política fundada por un líder del pueblo mesiánico y carismático.
5. La idea de que los antagonistas políticos son el antipueblo, a saber: enemigos del pueblo y traidores a la nación.
6. Una visión débil del imperio de la ley y la división de poderes.
7. Un nacionalismo radical.

8. La idea de que el líder es la personificación del pueblo.
9. La identificación del movimiento y los líderes con el pueblo como un todo.
10. La reivindicación de la antipolítica, lo que en la práctica implica trascender la política tradicional.
11. La acción de hablar en nombre del pueblo y contra las elites gobernantes.
12. Presentarse a sí mismos como defensores de la verdadera democracia y opositores a formas reales o imaginadas de dictadura y tiranía (Unión Europea, estados paralelos o profundos, imperios, cosmopolitismo, globalización, golpes militares, etc.).
13. La idea homogeneizadora de que el pueblo es una entidad única y que, una vez el populismo convertido en régimen, este pueblo equivale a sus mayorías electorales.
14. Un antagonismo profundo, incluso una aversión, con el periodismo independiente.
15. Una antipatía hacia el pluralismo y la tolerancia política.
16. Un énfasis en la cultura popular e incluso, en muchos casos, en el mundo del entretenimiento como encarnaciones de tradiciones nacionales².

EL POPULISMO GLOBAL HOY:

EUROPA, AMÉRICA LATINA Y MÁS ALLÁ

El populismo regresó a Europa y Estados Unidos con ganas. Sin embargo, antes que como una creación nueva, reapareció como una reformulación dinámica de casos de populismo previos tanto fuera como dentro de Europa y Estados Unidos. La mayoría de los críticos coinciden en que los

europopulistas están unidos por el deseo de anular las premisas transnacionales de la Unión Europea. En Europa, ese nuevo populismo representa un retorno a la nación, una idea vertical de democracia y la emergencia de antiguas tradiciones continentales xenófobas que se suponía superadas. En realidad no habían desaparecido; sólo yacían ignoradas y reprimidas en la memoria de un continente que, luego de 1945, se refundó a partir del rechazo antifascista de esas ideas. Fenómenos análogos se ponen en evidencia en Estados Unidos en los ataques del Tea Party contra las instituciones (en especial la paralización del gobierno de 2013) y en otros ataques populistas recientes contra tradiciones más dialógicas, así como en el resurgimiento de una postura nativista, y muchas veces racista, respecto de hispanos, musulmanes y otras minorías, que quedó plasmada en el éxito de Donald Trump, candidato republicano a presidente en 2015-2016.

Para muchos observadores latinoamericanos, el retorno del populismo al centro de la escena muestra las dimensiones globales de una experiencia política largamente asociada con la historia latinoamericana. Que América Latina encarna la tradición política populista no es sólo un estereotipo. Del general Juan Domingo Perón al difunto comandante Hugo Chávez, el populismo ha definido con frecuencia la política de la región. Pero la fuerza de las vinculaciones europea y norteamericana con la política populista (en Inglaterra, Francia, los Países Bajos, Alemania, Austria, Italia, Hungría, Grecia, la Norteamérica de Trump y otros lugares) obligó a los latinoamericanos a repensar también las supuestas particularidades históricas de sus historias en un sentido global más amplio³.

¿Será el populismo latinoamericano un modelo para Europa y Estados Unidos? ¿Refleja su historia el pathos del tumultuoso presente europeo y norteamericano? El populismo presenta un crecimiento global en Europa y América Latina, pero también en Asia, Australia y África⁴. Los populistas

de todo el mundo invocan al pueblo para apuntalar un tipo de liderazgo altamente jerárquico, para desdeñar el diálogo político y para resolver lo que perciben como una crisis de representación atacando cada vez más el sistema institucional de controles y equilibrios. Lo hacen para afirmar una conexión directa entre el pueblo y el líder basada en un tipo de liderazgo que sería mejor describir como religioso (en el sentido de su fuerte tendencia a deificar sus causas y líderes). Por último, los populistas confunden las mayorías electorales temporarias con el pueblo de la nación como un todo. El populismo refuerza la polarización social y política. Las minorías políticas tienen poco espacio para expresarse. No se trata de eliminar sus derechos políticos, sino de socavar su legitimidad democrática. El populismo, en suma, es una forma autoritaria de democracia.

Si las experiencias latinoamericanas actuales con el populismo viran hacia una tensa combinación de expansión limitada de derechos sociales y políticos y tendencias autoritarias, Europa y Estados Unidos asisten a la presencia abrumadora de una derecha populista que se compromete con las segundas mientras desatiende la primera. En ese sentido, Europa y Estados Unidos se parecen más al pasado de América Latina que a su presente. Sería difícil entender el populismo actual separado de sus formaciones pasadas, y ésta es una historia transnacional. El populismo moderno tiene mucho que ver con el sur global, en especial con América Latina, y específicamente con el modo en que el populismo fue originalmente engendrado en esa región del mundo como una forma posfascista de régimen electoral.

Propongo un marco histórico preliminar para entender el modo desconcertante en que el populismo va y viene entre movimientos y regímenes de izquierda y derecha y de una orilla a otra de los océanos. Luego de exponer mi enfoque del populismo en la historia como

reformulación del fascismo, critico brevemente las teorías del populismo funcionalistas, regionalistas y trascendentales. Postulo además una genealogía transatlántica de sus reformulaciones contextuales, del posfascismo al neoliberalismo, y de las formas de izquierda neoclásicas latinoamericanas a las nacionalistas de derecha tan predominantes en Europa y Estados Unidos. Lo que hago, en suma, es participar de un diálogo interdisciplinario más amplio. Una tarea tan ambiciosa, desde luego, no puede llevarse a cabo en un solo libro. Sin embargo, creo que mi enfoque puede ayudar a zanzar algunos huecos significativos entre historia y teoría ocasionados por la ausencia de muchos historiadores en estas discusiones teóricas, así como por una falta de compromiso análoga de los teóricos con la historiografía⁵.

ORÍGENES POSFASCISTAS DEL POPULISMO MODERNO

Como el populismo moderno es una reformulación del fascismo en el contexto de las democracias de posguerra, lo distingo de aquellos primeros populismos en los que la democracia estaba severamente limitada. En la primera mitad del siglo XIX, por ejemplo, había formas populistas que a veces coexistían con la esclavitud y, más tarde, con la supresión racista de los derechos de sufragio y otros tipos de explotación que, en particular luego de 1945, eran cada vez más antitéticas respecto de las concepciones modernas de la democracia. Así, en tanto fenómeno europeo y norteamericano del siglo XIX, especialmente en regímenes autocráticos como la Rusia zarista y en el contexto de las políticas de representación elitistas en Estados Unidos, *populismo* era el término que se usaba para designar un medio de lucha contra el estado que era popular y nacional a la vez, y que imaginaba un rol nacionalista y más participativo para las masas.

En esos contextos, la democracia era extremadamente limitada en el sentido moderno, en cuanto a la extensión de los derechos políticos y sociales, o directamente no existía en modo alguno. Tanto los Narodniki rusos como el Partido del Pueblo norteamericano insistían en la necesidad de la igualdad social y política, al mismo tiempo que tendían a postular una idea unitaria y mítica de un pueblo que esencialmente era justo y virtuoso⁶. Se podría sostener hipotéticamente que, una vez establecida la democracia, el término *populismo* dejó de usarse de la misma manera que antes. Autores como Isaiah Berlin en Europa y Gino Germani y Torcuato Di Tella en América Latina sostenían que el populismo podía existir en sociedades «paradas al borde de la modernización»⁷. Esta tesis, así llamada de modernización, es problemática en términos históricos, precisamente porque luego de esos procesos de consolidación democrática el populismo nunca dejaba de existir. Reaparecía constantemente, del otro lado del Atlántico y en otros lugares, independientemente de los estándares de modernización.

Isaiah Berlin subrayaba que el populismo carecía de un programa claro pero estaba íntimamente conectado con una visión totalizadora de la sociedad. Fusionaba el nacionalismo con el concepto regenerativo de un pueblo unido contra un estado controlado por minorías. Hacía especial hincapié en la existencia de enemigos que amenazaban la vida del «grupo espontáneo integral y el sentido de fraternidad que lo une». Estaba potencial o prácticamente contra las minorías y las instituciones, pero también reclamaba igualdad para el grupo nacional. ¿Era pues este primer populismo una impugnación interna de la representación democrática en tiempos de regímenes oligárquico-liberales? ¿Qué conexiones tenía con tendencias autoritarias más novedosas? Berlin advierte que el populismo es incompatible con el fascismo y otras formas de totalitarismo, a las que llama «seudopopulismos»⁸. Antes que ser meros opuestos, populismo y

fascismo pertenecen a una historia política e intelectual convergente. Aun considerando que el núcleo del populismo es democrático pero no liberal, la historia del fascismo está significativamente ligada a la historia del populismo. En realidad, la democracia nació junto con su otro dialéctico, el contrailuminismo contemporáneo y reaccionario que la impugnó en distintos momentos desde adentro o desde afuera.

Especialmente antes de la Primera Guerra Mundial, y a diferencia de los primeros movimientos populistas norteamericanos y rusos, hubo diversos movimientos prepopulistas autoritarios de derecha (liderados en Austria por Karl Lueger, en Francia por el general Georges Boulanger, en Argentina, Brasil y Chile por ligas nacionalistas patrióticas, entre otros) que funcionaron como medios para incorporar a las masas. Al mismo tiempo que jugaban el juego democrático, trataban también de limitar la democracia desde adentro. En nombre del pueblo, los prepopulistas eran xenófobos y racistas y practicaban formas extremas de nacionalismo⁹. No todas las formas de prepopulismo de derecha se convirtieron en fascismo, pero todos los fascismos tienen raíces prepopulistas. Así, en contextos transatlánticos como Alemania e Italia, o Chile, Argentina y Brasil, el prepopulismo se reformuló radicalmente como fascismo transnacional, especialmente luego de las devastaciones prácticas y simbólicas de la Primera Guerra Mundial.

La crisis de representación de entreguerras llevó a muchos países europeos al totalitarismo. Llevó, en suma, a la eliminación de la democracia y a su reemplazo por formas de dictadura fascistas totalitarias. Mientras esas formas de prepopulismo acabaron a menudo destruyendo las formas restringidas de democracia, el populismo recién volvió a surgir como una forma de democracia vertical, a menudo intolerante, luego de la caída del fascismo. Esos experimentos de ideología política cambiaron radicalmente

al populismo, que como régimen tuvo su origen fuera de Europa. En realidad, el análisis histórico demuestra que esas modernas experiencias populistas latinoamericanas problematizan la idea de que el populismo sea una simple patología de la democracia. Del peronismo a los casos boliviano, brasileño y venezolano, los populismos latinoamericanos plantean desafíos importantes a las dimensiones más negativas de la definición de populismo como antiiluminismo. Su política de extensión de los derechos sociales también puede ser vista como una mejora perdurable de la democracia.

EL SURGIMIENTO DEL POPULISMO MODERNO EN AMÉRICA LATINA

Tras la caída de los fascismos europeos, en 1945, un régimen populista moderno surgió por primera vez en América Latina. El peronismo no sólo fue el primer régimen populista moderno de la historia sino que tuvo, además, bifurcaciones espectaculares a lo largo de su historia. Esos caminos bifurcados empezaron cuando surgió, asombrosamente, como una reformulación del fascismo de la Guerra Fría, es decir, como un rechazo revolucionario de la violencia fascista que nació de una dictadura militar liderada por Juan Perón, pero produjo en 1946 el primer caso de democracia populista de posguerra. El peronismo se prolongó con las guerrillas peronistas de izquierda y los peronistas de derecha de los años 60 y 70, con la etapa neoliberal del peronismo de Carlos Menem, cuando los peronistas se sumaron al así llamado consenso de Washington en los años 90, y finalmente con el populismo de izquierda de los Kirchner (2003-2015). En su larga historia, una faceta central de la ideología populista del peronismo ha sido su negativa a exponer una posición programática clara. El peronismo (como movimiento, como régimen y aún más como una

modalidad ideológica de hacer y entender la política) tiene la flexibilidad de reformularse constantemente. Algunos políticos podrán abandonar el juego de la política, pero el peronismo, con su renovación constante de la maquinaria electoral, sus bonificaciones y sus relaciones clientelísticas con el electorado, permanece. Esa metamorfosis peronista representa la naturaleza fluctuante de un populismo que no cesa de buscar la mayoría absoluta, exige lealtad total a formas autoritarias de liderazgo y, no menos importante, cuestiona no sólo al liberalismo sino también las formas populares de democracia radical.

El peronismo no es el fascismo, pero el fascismo representa un aspecto crucial de sus orígenes¹⁰. Los líderes fascistas querían una dictadura cuyo líder negara la legitimidad de los medios electorales para alcanzar el poder. Ése fue el caso de Mussolini en Italia, Hitler en Alemania y los líderes fascistas en Argentina, China y muchos otros lugares. Todos ellos participaban de la experiencia del fascismo transnacional. Pero después de 1945, el oficial del ejército argentino Juan Perón, en una búsqueda coyuntural de legitimidad, invirtió los términos del problema y creó en rigor la primera forma de populismo moderno en el poder. A diferencia del fascismo, el peronismo adoptó la democracia electoral. Líder práctico de una dictadura que había gobernado el país desde 1943, Perón ganó las elecciones presidenciales y se convirtió en un líder con legitimidad democrática. El peronismo destruyó (o incluso provocó la autodestrucción de) la dictadura militar, de la que Perón era el líder de facto, y construyó una nueva manera de concebir la democracia.

El peronismo surgía en el contexto de la declinación de las tradiciones liberales y seculares argentinas de entreguerras. Tras la restauración conservadora iniciada en los años 30, los militares acercaron a la Argentina a otras dictaduras fascistas autoritarias de la época como la de Portugal y

España. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en esos países, la junta militar argentina terminó por adoptar los procedimientos electorales democráticos y dejó de ser una dictadura. La dictadura de 1943 fue un ataque frontal, absoluto, contra el secularismo argentino. El golpe de 1943 «nacionalizó» la educación católica (volviéndola obligatoria en las escuelas públicas), borró la autonomía de las universidades nacionales y proscribió por ley los partidos políticos. Como señaló Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), escritor antisemita y ministro de Educación de la dictadura, la agenda se proponía «cristianizar el país», disminuir la inmigración, incrementar la tasa de natalidad y erradicar las doctrinas seculares¹¹. Desde el punto de vista peronista, más importante fue que luego de 1945 el presidente democráticamente electo Perón conservara, y a veces profundizara, las reformas sociales (por ejemplo, el mejoramiento de las condiciones de trabajo, el cumplimiento de la legislación laboral, la concesión de mayores derechos a los trabajadores rurales y urbanos, el pleno financiamiento de las jubilaciones estatales, la expansión significativa del poder de los sindicatos, la restricción de las circunstancias que justificaban el despido de los trabajadores, la implementación de feriados y vacaciones pagas) puestas en práctica bajo su gestión como secretario de trabajo de la dictadura militar¹². Perón mantuvo también una activa política de inmigración racista que discriminaba a los inmigrantes judíos y alentaba la inmigración blanca y católica de Italia y España¹³. En términos políticos e ideológicos, el golpe de 1943 proclamaba el poder de los militares, que se inspiraba en una ideología nacionalista, neutral (esto es, pronazi y proalemana en un contexto hemisférico antinazi), autoritaria, antiimperialista y cléricofascista. La historia de la dictadura militar es en gran parte la odisea de Perón para adueñarse de sus riendas y remodelarla como un gobierno democrático electo. Esos cambios se llevaban a cabo en

el contexto de lo que los investigadores llaman una «revolución dentro de una revolución», en la que jóvenes oficiales conducidos por Perón usaban el *coup* para reformular las bases institucionales del país en términos populistas¹⁴. Durante el período de 1943 a 1955, la ideología sufrió reformulaciones constantes para adaptarse a los reclamos multidiversos de los distintos actores políticos y sociales «peronistas», desde los fascistas de dentro y fuera del ejército hasta los sindicatos de tendencia izquierdista y la clase obrera en general. La polarización fue un elemento fundacional del nuevo orden peronista. Como señala el destacado historiador Raanan Rein, el peronismo dividió la sociedad argentina en dos facciones absolutamente opuestas: «Para los miembros de la clase trabajadora, el peronismo representó una mejora real de las condiciones de vida». El peronismo también les dio un sentido de participación y orgullo. En cambio, para la mayoría de los miembros de la clase media y alta y la mayoría de los intelectuales, «la década peronista fue una experiencia traumática». Desplazados del mundo oficial de la política, «acusaban el impacto de darse cuenta de que habían perdido no sólo el control de los procesos políticos y sociales del país, sino también la posibilidad de entender esos mismos procesos»¹⁵.

El peronismo argentino fue el primer intento de «democratizar» el legado antiliberal del fascismo en el contexto de la Guerra Fría. El peronismo gobernó en un contexto básicamente sin desocupación e impulsó un aumento sustancial del apoyo estatal a la salud y la educación públicas. En el mismo contexto de expansión económica y nueva legitimidad para ampliar el papel del estado posterior a 1945, pronto lo siguieron otros movimientos: la segunda fase del varguismo en Brasil, la revolución boliviana, el gaitanismo en Colombia y las presidencias de posguerra de José María Velasco Ibarra en Ecuador. Luego de 1945, movimientos

protopopulistas como el aprismo en Perú y el betancourismo en Venezuela pasaron a ser formaciones populistas modernas de la Guerra Fría que combinaban cada vez más las posiciones anticomunistas, la polarización extrema y la idea negativa de los adversarios como enemigos con una crítica del liberalismo y fuertes dosis de igualitarismo. En líneas generales, estos nuevos regímenes y movimientos populistas democráticos impugnaban las concepciones liberales de la democracia.

Éstos no eran los primeros intentos de esta índole en la historia latinoamericana. Hubo sin dudas importantes precedentes de entreguerras como el cardenismo en México (1934-1940), el yrigoyenismo en la Argentina (1916-1922 y 1928-1930) y la primera etapa del varguismo en Brasil (1930-1945). Otro precedente importante fue el APRA, el partido peruano que Víctor Raúl Haya de la Torre lideró de los años 20 en adelante. Pero todos estos experimentos estaban fuertemente moldeados por los distintos contextos nacionales, regionales y globales de antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Eran regímenes y movimientos protopopulistas muy distintos de los movimientos prepopulistas de derecha más típicos de los casos europeos, norteamericanos y latinoamericanos previos a la Gran Guerra. Mientras los primeros movimientos prepopulistas eran tipos de populismo incompletos, sin forma de régimen a la vista, los protopopulistas eran, en general, regímenes insuficientemente populistas. Los protopopulismos llevaban en primer lugar la marca de las realidades de la revolución y la contrarrevolución, incluidas las revoluciones mexicana y soviética, que fueron centrales, la del entonces flamante legado de las repúblicas oligárquicas y, posteriormente, la de las luchas anticolonialistas y la guerra global entre el fascismo y el antifascismo¹⁶.

Esas formas de protopopulismo eran bastante distintas entre sí, pero ninguna consideraba que el liberalismo fuera su enemigo principal, como

luego sería el caso del populismo moderno. Preferían concentrarse, en cambio, en trascender el legado intacto de los estados oligárquicos que los habían precedido. Esos regímenes protopopulistas se presentaban como «correctivos» de inspiración nacional de las viejas formas de la democracia liberal latinoamericana: querían corregir el pasado liberal, pero nunca rompieron del todo con él. Lo que querían, más bien, era poner límites a esos modelos democráticos en las naciones jóvenes en busca de autonomía.

El yrigoyenismo, protopopulismo argentino, estaba más conectado con el pasado conservador que con sus contrapartidas protopopulistas mexicana y brasileña. En la Argentina, el protopopulismo radical produjo una extensión de los derechos políticos, pero sólo para los hombres y sólo en el contexto de un sistema que combinaba un liderazgo carismático, un poder ejecutivo fuerte y la ampliación del papel del ejército a la hora de controlar el descontento social con esporádicos pero significativamente altos niveles de represión antiizquierdista en la Patagonia, Buenos Aires y otros lugares. En México, el protopopulismo aparecía como un sistema autoritario donde las elecciones sobre todo tenían una función en contextos locales particulares, especialmente en función de la competencia entre los partidos. Al mismo tiempo, el protopopulismo mexicano incorporaba partes significativas de la población (sectores urbanos, campesinos y la clase obrera) especialmente a través del partido y las estructuras corporativas del estado¹⁷. Se dieron fenómenos similares en Brasil con Vargas, pero Vargas se colocaba claramente a la derecha del espectro político, y el régimen que lideró de 1937 a 1945 fue una dictadura corporativa. El cardenismo y el varguismo se veían como actores revolucionarios desde la cima. Habían nacido en el poder. A diferencia del populismo democrático moderno (del peronismo al trumpismo y el lepenismo), estos protopopulismos asistían a, y a veces producían, altos niveles de violencia política. Tanto el cardenismo como el

varguismo terminaron oponiéndose al fascismo global y reprimieron a los fascistas y la extrema derecha locales. En Brasil, la primera fase varguista fue en su mayor parte una dictadura que en rigor destruyó la democracia formal elitista que la había precedido. En México, el período cardenista llevó a la institucionalización de la ley del partido único, a un ejecutivo fuerte pero temporalmente limitado y a la minimización práctica de la democracia electoral. Los regímenes protopopulistas mexicano y brasileño no pueden ser considerados tan democráticos como lo sería el populismo democrático moderno luego de 1945. Y sin embargo, en mucho mayor medida que el yrigoyenismo argentino, los movimientos de México y Brasil sentaron importantes antecedentes para el futuro populista, incluidas nuevas formas de nacionalismo económico y la consecuente incorporación de las clases obreras urbanas al pacto autoritario. El protopopulismo más próximo a lo que sería el populismo moderno luego de la guerra fue el aprismo peruano.

El APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) fue un movimiento muy activo, no sólo en Perú sino también, en menor medida, en otros lugares de América Latina, como partido urbano y alianza de trabajadores, estudiantes e intelectuales de clase media, una coalición que el líder llamaba «la unión del brazo y los cerebros». Ofició cada vez más de nexo entre ellos el liderazgo mítico de Haya de la Torre. En esos años, Haya de la Torre proponía un frente anticomunista y antifascista latinoamericano por la «defensa nacional» y la «afirmación de la soberanía» contra los «enemigos omnipotentes». Para ese modelo era fundamental, como decía Haya, que «no hay pueblo o masa buenos o malos: sólo hay dirigentes buenos o malos». El líder peruano planteaba que el APRA y su propio liderazgo eran el instrumento para derrotar a los enemigos internos y externos. El APRA pasó a ser un partido real a principios de los años 30, y

pasó a menudo de los procedimientos democráticos en épocas democráticas a la insurrección armada en épocas dictatoriales. Ya en esos primeros años, como explica Carlos de la Torre, aparecen el «moralismo, la religiosidad y la intransigencia que caracterizan a los discursos populistas». El aprismo también exhibía el «a mi manera o de ninguna manera» de la lógica de la impugnación populista que hasta incluía la crítica racista de sus adversarios (como sucedería más tarde con el gaitanismo en Colombia). Ya al principio, en 1931, y de manera más definitiva luego de 1945, con el surgimiento de la Guerra Fría, era particularmente evidente que el aprismo, a pesar de su retórica latinoamericanista, era una organización protopopulista nacionalista peruana. Proponía un frente antiimperialista de posguerra contra el comunismo y el liberalismo bajo el liderazgo vertical de Haya, que oficialmente se definía como el «jefe máximo», principal interpretador de «los anhelos vagos e imprecisos de la multitud»¹⁸. Aunque algunos historiadores lo han llamado el primer populismo latinoamericano, antes del período de posguerra el aprismo estaba ligado a un modelo de paternalismo multclasista más tradicional y proponía una idea más difusa de soberanía popular populista, un vínculo más tradicional entre el líder y el pueblo y una perspectiva mucho menos nacionalista. En definitiva, estos protopopulismos (el cardenismo, el primer varguismo, el yrigoyenismo y el primer aprismo) constituyeron precedentes significativos, influyentes y claros de los populismos modernos, especialmente del peronismo, que apareció después de 1945.

Las trayectorias de los protopopulismos de México, Argentina, Perú y Brasil muestran la influencia profunda que ejercieron y, luego de 1945, en países como la Argentina, cómo se combinaron con legados prepopulistas y fascistas más formales. Esto no quiere decir que el fascismo fuera tan penetrante en el resto de América Latina como lo fue en la Argentina. En la

mayor parte de América Latina, la larga historia del liberalismo en el poder, mucho más extendida que en otros lugares donde el fascismo surgió como régimen (Alemania, Italia y España, por ejemplo), muestra hasta qué punto el fenómeno fue una particularidad de la mayoría de los casos latinoamericanos de populismo: incluso en lugares como Colombia, donde tuvieron las consecuencias más violentas, las reglas liberales del juego político estaban demasiado enquistadas para que las eliminaran por completo. La Argentina era otra cosa. El país experimentó un ataque contra la tradición liberal inigualado en otros países latinoamericanos.

En un nuevo contexto en el que la democracia liberal había reaparecido como la forma de gobierno más legítima de Occidente, los fascistas de todo el mundo, primero y especialmente en la Argentina, volvían a las raíces prepopulistas de derecha del fascismo, reformulándolas orgánicamente para el contexto de la posguerra. Fruto dictatorial de la democracia moderna, el fascismo estaba enraizado en las experiencias previas de reacción prepopulista autoritaria contra la democracia, del bonapartismo y el boulangismo en la Francia del siglo XIX al antisemitismo cristiano de Karl Lueger en la Viena del *fin-de-siècle*¹⁹. Pero una vez llegado al poder, en Italia en 1922 y en 1933 en Alemania, el fascismo destruyó la democracia desde adentro. Los fascistas de todo el mundo propusieron proyectos convergentes. Tras la derrota global, en 1945, muchos fascistas y anticomunistas de la derecha global comprendieron que para ganar legitimidad, el fascismo tenía que dejar de apoyarse en la dictadura. Esto marcó el surgimiento del populismo moderno que conocemos hoy. La genealogía del populismo moderno está enraizada en este intento radical de reinscribir la tradición fascista, de apartarse del nacionalismo dictatorial extremista.

Para los fascistas que habían sobrevivido a la caída de los regímenes fascistas, la Guerra Fría ofrecía una nueva dicotomía entre las formas de capitalismo liberal-democráticas y el comunismo al estilo soviético. Querían escapar del mundo bipolar que acababa de instaurarse. El populismo moderno fue la primera propuesta de una tercera posición destinada a superar el dilema propio de la Guerra Fría: elegir entre el comunismo y el liberalismo. En su primera materialización histórica (es decir, en la primera experiencia histórica en que esta reformulación «democrática» del fascismo se convirtió en un régimen de poder), el populismo se llamó peronismo. Antes que adoptar una versión preformateada del neofascismo de posguerra, el peronismo argentino fue el primer movimiento que intentó adaptar el legado del fascismo a un marco democrático novedoso. Fue también el primer ejemplo de régimen populista moderno.

Para muchos de sus adversarios, el peronismo era un nuevo fascismo adaptado a los tiempos democráticos. Éste fue también el caso de otros ejemplos de populismo latinoamericano en los años 40. Tras la Segunda Guerra Mundial, los países de América Latina atravesaban cambios profundos. El brasileño Getúlio Vargas, el ecuatoriano José María Velasco Ibarra y el líder colombiano Jorge Eliécer Gaitán fueron todos acusados de ser fascistas y peronistas. Pero en rigor constituían una reacción populista nacional a las limitaciones de la democracia en sus países, lo que implicaba denunciar los límites impuestos a los derechos sociales y una manera autoritaria de identificar al pueblo y la nación con sus propias personas y agendas.

Como Perón, Vargas había dirigido un régimen dictatorial anticomunista (en su caso, el Estado Novo, 1937-1945), pero luego se reconvirtió a los métodos democráticos y en 1951 ganó las elecciones presidenciales. Esta

«nueva era Vargas» fue esencialmente populista. Vargas había definido su perspectiva dictatorial anterior como la única alternativa frente a la amenaza de guerra civil de entreguerras. Pero los tiempos estaban cambiando. Ahora Vargas era un político democrático que reformulaba los términos de su Estado Novo dictatorial en función de un contexto democrático. Como Perón, Vargas rechazaba el liberalismo político y económico. También como Perón, era anticomunista. Sus políticas evidenciaban una manipulación de las clases trabajadoras y una manera perspicaz de leer y expresar sus preocupaciones y actuar en función de ellas. En otras palabras, el varguismo combinaba el autoritarismo con la democratización social. Como muchos de sus pares latinoamericanos, Vargas fue acusado de ser el «Perón brasileño», pero el varguismo fue una respuesta brasileña a una crisis de hegemonía nacional que, previsiblemente, estaba más ligada a procesos brasileños que a los argentinos. La Argentina peronista no era la forma platónica del populismo moderno. Era más bien el primero de los muchos regímenes populistas que aparecieron en la posguerra latinoamericana²⁰.

Así, procesos similares tuvieron lugar en Colombia, donde el surgimiento del populismo fue la consecuencia inesperada de la muy extendida tradición latinoamericana de excluir a los sectores populares de las decisiones políticas. Como sucedía en otros lugares de la región, el populismo colombiano de posguerra era el resultado de la falta de representación política popular, la existencia de una gran brecha entre las élites y la mayoría de los ciudadanos y la desigualdad social. Como Perón, Jorge Eliécer Gaitán había sido influenciado por el fascismo cuando visitó la Italia fascista. Gaitán leyó su tesis de graduación ante el gabinete completo de Mussolini, pero, como Perón, se corrió a la izquierda y combinó un estilo fascista con la idea de un pueblo uniforme y la presión en favor de los

derechos sociales, de modo de llegar a una mayoría de ciudadanos desfavorecidos. Gaitán sentía afinidad con la tercera posición peronista entre capitalismo y comunismo. Insistía también en la necesidad de un «nacionalismo defensivo» contra el imperialismo. Esta reformulación populista fue malentendida por los conservadores como un «fascismo de izquierda» y por los liberales como el fascismo de Hitler y Mussolini. Así, como Perón, Gaitán fue acusado con frecuencia de ser fascista y también peronista. Pero, como en el caso del líder argentino, Gaitán no era fascista sino, en rigor, uno de los políticos clave que luego de 1945 adaptaban viejas ideas a nuevas realidades democráticas. Como dice Enrique Peruzzotti, los populistas hicieron de los procedimientos electorales uno de los elementos constitutivos de su legitimidad política. En este punto diferían claramente de los fascistas, que no atribuían ninguna legitimidad verdadera a las elecciones y recalaban la necesidad absoluta de la dictadura. Gaitán no encaja en este último modelo fascista. Su asesinato en 1948 interrumpió una formidable carrera política y, lo que fue más importante para el futuro inmediato, el proceso populista colombiano, lo que derivó en una terrible guerra civil y finalmente en la única y breve dictadura militar moderna del país²¹.

En Ecuador, un partido fascista influido por la falange apoyó a Velasco Ibarra en su tercera presidencia (1952-1956). Formaciones similares habían apoyado el ascenso de Perón al poder. Al comienzo, Velasco contaba con el apoyo de los trabajadores y de sectores católicos furiosamente anticomunistas. Pero, como sucedió con el peronismo, el populismo ecuatoriano mezclaba ideas y seguidores de izquierda y de derecha. El retorno de Velasco al poder en 1944 tuvo finalmente el apoyo de izquierdistas y derechistas que decían ser partidarios de los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Como observa el prominente investigador del

populismo Carlos de la Torre, el pensamiento político de Velasco Ibarra, influenciado por el pesimismo de Simón Bolívar respecto de la democracia, idealizaba los ejecutivos fuertes y hasta las dictaduras temporarias. Esta visión era reforzada por una larga aunque no mimética admiración por el peronismo. Velasco Ibarra había estado exiliado unos años en Buenos Aires durante el peronismo clásico (1943-1955).

Líderes como Perón, Gaitán y Velasco Ibarra transformaban los debates políticos en batallas a todo o nada por un orden moral nuevo. Esto es lo que De la Torre llama la «trasmutación de la política en ética o incluso en redención escatológica». Actuando y hablando en nombre del pueblo, los populismos clásicos surgían en una época de debilidad de los mecanismos democráticos. Daban voz a quienes no se sentían representados, pero lo hacían a expensas del derecho legítimo al disenso y haciendo de la voz del líder la «fuente de toda virtud»²². Procesos similares tenían lugar en Perú, Bolivia y Venezuela. En realidad, si líderes como Víctor Haya de la Torre en Perú y Rómulo Betancourt en Venezuela habían estado en un principio cerca del comunismo, luego de 1945, especialmente, se volcaron con claridad hacia una combinación populista de liderazgo vertical antiliberal y reclamos políticos de cambio social. Como Gaitán, Haya nunca llegó al poder, pero a diferencia del líder colombiano, asesinado en 1948, Haya se exilió y siguió siendo un actor decisivo en la política peruana. Proscrito en Perú, reclamó la restitución de la participación electoral para él y sus seguidores. Su populismo de posguerra se caracterizaba por un reclamo decreciente de reforma social, un compromiso siempre ascendente con el mito del líder carismático, un apoyo incondicional sincero a Estados Unidos en su Guerra Fría contra el comunismo y una alianza con los enemigos oligárquicos anteriores de Perú²³.

Como había sucedido ya en la Argentina y sucedería en Venezuela, en Bolivia el populismo llegó al poder participando de una dictadura militar. El mayor Gualberto Villarroel, dictador y líder de la junta, y Víctor Paz Estenssoro, líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), tenían vínculos estrechos con la junta militar argentina del GOU (Grupo de Oficiales Unidos) liderado por Juan Perón en Buenos Aires. Como lo había hecho antes con Perón, Estados Unidos equiparó la junta boliviana con la llegada del fascismo a América Latina. No hay duda de que los argentinos tuvieron un papel en el *coup* boliviano. Pero las características más importantes del *coup* no eran fascistas sino protopopulistas. Las conexiones transnacionales eran importantes, en efecto, pero los sucesos bolivianos tenían raíces nacionales específicas que apuntaban hacia una versión nacional de populismo boliviano. Como sucedió con el peronismo, el apoyo del populismo boliviano a la dictadura fue un antecedente de aquello que luego se transformaría en una democracia electoral autoritaria. La historiadora de Bolivia Laura Gotkowitz explica que el MNR apoyó primero la dictadura, pero también propuso la concepción socialmente inclusiva de una «nación mestiza». Se trataba de un modelo de inclusión social nacionalista, por momentos xenófobo, que al mismo tiempo insistía en la unidad nacional y daba legitimidad a la mayoría india y mestiza del país. También buscaba controlar a esa mayoría que «presionaba al estado con sus reclamos». La dictadura de Villarroel y el MNR limitó severamente los derechos políticos e incluso expandió algunas tendencias fascistas nacionales mediante el asesinato político y el encarcelamiento de miembros de la oposición de izquierda. Pero en ese momento Víctor Paz Estenssoro también explicaba que querían hacer del «gobierno de Villarroel un punto de partida para la creación de una nueva legalidad, una legalidad revolucionaria al servicio del pueblo». El MNR perseguía un tipo nuevo de

régimen; en rigor, buscaba una legitimidad fundada en el pueblo. El dictador terminaría asesinado por una muchedumbre, y los líderes del MNR se exiliaron luego de 1946. Apenas cinco años después, el MNR había renunciado al fascismo y adoptado una tercera posición que lo desplazaba claramente hacia la izquierda en el paisaje político boliviano. Paz Estenssoro era ahora el líder de un partido revolucionario nacionalista con respaldo obrero. Contra él, bajo el estandarte de la falange boliviana, estaban los militares y la derecha boliviana. Fue en ese momento inicial de la posguerra (1952) cuando el MNR accedió al poder por su cuenta, aunque, una vez más, no por vías electorales abiertas. En realidad, el MNR ganó las elecciones en 1951 a través de un proceso democrático limitado que restringía el voto a una minoría de individuos alfabetizados. En cualquier caso, una junta dictatorial le impidió acceder al poder. En 1952, en nombre del pueblo y sus votos, el MNR encabezó una revolución. Para entonces ya había dejado atrás sus influencias fascistas previas e incorporado una nueva base obrera con raíces marxistas y trotskistas. La revolución del MNR tenía raíces urbanas y rurales amplias e incrementó radicalmente las oportunidades de los bolivianos de participar de la política de su país, lo que incluía el sufragio universal, la nacionalización de las minas y la reforma agraria. Aunque exponía su accionar como un «golpe» contra la oligarquía, el MNR, según Gotkowitz, no asociaba los «derechos de los ciudadanos con ideas más amplias de libertad e igualdad, ni los asociaba con la historia de las luchas participativas para liberar la nación de las cadenas coloniales». La misma reforma agraria era de naturaleza «reformista» y priorizaba la propiedad privada antes que la propiedad común de la tierra (antes de la reforma, el seis por ciento de los terratenientes poseían el 92 por ciento de las tierras desarrolladas). Aun así cambió de manera significativa la distribución de la tierra (tras la reforma

se redistribuyó el 20 por ciento de la tierra) en uno de los países más desiguales de América Latina. Tras la revolución, el MNR fundó su legitimidad en mecanismos electorales extendidos, un nacionalismo uniforme y un concepto homogeneizador de la soberanía popular. Como sostiene Gotkowitz, el rasgo determinante de esta revolución era su impacto democratizador, una ampliación de la democracia marcada por la «tensión entre el apoyo y la prescindencia de la participación política indígena». El populismo clásico boliviano profundizaba la polarización y minimizaba la pluralidad política, social y étnica, mientras ampliaba significativamente la representación democrática. El MNR combinaba la idea de un pueblo indivisible enfrentado con la oligarquía con niveles de personalismo relativamente bajos. Era un populismo moderado, y en este sentido similar al caso venezolano, en el que inicialmente los populistas también estaban aliados con los militares, lo que pronto implicó un desplazamiento hacia la izquierda del espectro político. En su forma clásica, el MNR era inicialmente un movimiento populista situado a la izquierda del peronismo, el velasquismo, el aprismo, el gaitanismo y el varguismo. Esto se debía tanto a su rechazo de la violencia fascista (transnacional y nacional) como a las particularidades de su revolucionario ascenso al poder. Pero finalmente, y a la manera *transformista* del populismo, Paz Estenssoro terminó rompiendo con la izquierda del partido y realineándose claramente con la facción norteamericana de la Guerra Fría y los militares bolivianos²⁴.

En Venezuela, Acción Democrática adoptaba eslóganes como «Venezuela primero» y «Dividir es identificar», mientras se involucraba en el golpe de 1945. Dos años más tarde, ganaba las elecciones con el 75 por ciento de los votos. Como el peronismo, el varguismo y el MNR boliviano, pasó de participar de una dictadura a ser una democracia populista. Como el peronismo y el varguismo, Acción Democrática emprendió un amplio

programa de reforma social que rearticuló las relaciones sociales, definió nuevas identidades políticas y amplió la representación y participación populares²⁵. En definitiva, la modalidad peronista de adaptar el fascismo a las realidades democráticas de la Guerra Fría fue también adoptada por otros países latinoamericanos. Aunque, a diferencia del peronismo, otros populismos de América Latina no tenían orígenes fascistas, todos los populismos de la región incluían elementos como la teología política, la idea mítica de la historia y la naturaleza ritual del espectáculo político y la religión política que estaban conectados con el fascismo.

Más que la forma que moldeó a todos los demás, el populismo argentino fue la primera materialización en un régimen de una necesidad global compartida por pensadores y militantes anticomunistas globales: el deseo de superar la democracia liberal y el «socialismo real». Lejos de los experimentos de los fascistas europeos, y no demasiado afectada por su resonante derrota, la Argentina pasó a ser un espacio viable donde el fascismo transnacional, y en términos más generales el anticomunismo, podía repensarse a sí mismo en un contexto muy distinto²⁶. Sin embargo, es evidente que la Argentina no fue la causa de la preeminencia del populismo en toda América Latina. Los populismos brasileños o bolivianos fueron no menos influyentes que el peronismo, y ambos regímenes eran fruto de realidades posfascistas globales y regionales. En otras palabras, América Latina en su conjunto fue la sede de la primera consagración del populismo en el poder, y los efectos en cadena de su fundación histórica tuvieron la máxima importancia global.

Quiero insistir en la relevancia de las conexiones transcontextuales del populismo, y más específicamente de la historia latinoamericana, para pensar las implicancias universales de las formas de populismo pasadas y presentes. Creo que, en muchos aspectos, el centro puede verse mejor desde

los márgenes²⁷. Así, porque pone el acento en las genealogías fascistas del populismo y en cómo se creó y fue cambiando con el tiempo, mi marco histórico se aparta de las dicotomías estándar entre el norte global y el sur global. En ese sentido, Donald Trump, Hugo Chávez, Marine Le Pen en Francia y Recep Tayyip Erdogan en Turquía están conectados con Hitler y Mussolini en la práctica, especialmente por sus estilos, y en la teoría, a la vez que representan un corte radical respecto de la política fascista clásica. No son fascistas, pero sus políticas comparten un trasfondo histórico fascista. Esta relación histórica entre fascismo y populismo es lo que generalmente se pierde cuando se la traduce en términos teóricos.

EL POPULISMO ENTRE LA HISTORIA Y LA TEORÍA

Para algunos teóricos políticos, el populismo constituye una respuesta democratizadora a una crisis de representación generalizada, mientras que para otros limita de manera no democrática el presente y futuro de la democracia. Así, en los enfoques dominantes, el populismo se presenta en términos exclusivamente regionales, aparece como, o se ve reducido a, un símbolo, un síntoma o incluso una patología de la democracia. Los teóricos a lo sumo suelen describirlo como parte de la oposición histórica a la representación democrática liberal. Según este marco, el populismo ejemplifica un concepto histórico, y la historia misma apenas cumple la función menor de ilustrar una teoría. En el peor de los casos, el populismo es un concepto sin historia.

Los teóricos del populismo suelen tratar la historia como si fuera un receptáculo pasivo de cambios estructurales de largo plazo, el espacio temporal particular donde se dan las condiciones casi trascendentales para la creación del populismo. A la luz de estas teorías, los procesos históricos

dinámicos suelen ser reemplazados por procesos transhistóricos más estáticos como la «modernización», el «caudillismo» y así sucesivamente. El populismo es, pues, un indicador temporal del fracaso, «la aparición tardía» o el éxito de esos cambios o continuidades estructurales. Así, especialmente en América Latina, algunos investigadores consideran que el populismo está anclado en el pasado (o en distintos pasados) y separado del presente. Otros normalmente equiparan los contextos históricos con la visión más genérica de una crisis de la democracia cíclica o sistémica. Cuando crisis y populismo se equiparan, como ha señalado el historiador Alan Knight, gana la circularidad, y el resultado es que la primera se explica en función del segundo²⁸. Para Knight hay que estudiar el populismo en términos históricos, desde el punto de vista del estilo de liderazgo: «Definir el populismo en términos de estilo tiene la ventaja de la flexibilidad y —lo que quizá sea más importante— la fidelidad histórica. Es decir, parece corresponderse con el registro histórico mejor que otros modelos/teorías a menudo más precisos. Y sin duda es preferible una regla general aproximada que funcione antes que una teoría pretenciosa que desafía la realidad²⁹. Hay que destacar la crítica que hace Knight de los teóricos que reducen la historia a una ilustración, ignorando a menudo la realidad histórica, en especial cuando argumenta que las teorías «ganan en precisión y sofisticación pero fallan en el criterio crucial de la fidelidad histórica. Son impecables pero erróneas. O, para decirlo más apropiadamente, cuanto más impecables son, más erróneas. Así, aunque no carezcan del todo de perspicacia o fuerza explicativa, no pueden constituir la base de un modelo genérico»³⁰.

Pero Knight también tiende a desestimar las perspectivas analíticas abiertas por la teoría crítica. En un gesto bastante típico, confunde la teoría con los modelos genéricos y mezcla la teoría como un todo con las teorías

específicas del populismo, incluida la así llamada tesis de la modernización. En muchos casos, la raíz del problema está en que las teorías específicas que los teóricos tienen sobre el fenómeno populista están estancadas en una concepción que atrasa un siglo y concibe la historia como una disciplina positivista. Los historiadores, por otro lado, llevan dos siglos cambiando sus enfoques de manera radical, repensando la historicidad de su propia disciplina, considerando los límites de la representación, reformulando las historias nacionales y transnacionales y combinando de manera crítica la contextualización con la interpretación histórica.

Son los científicos políticos, los sociólogos y los teóricos críticos, no tanto los historiadores, los que tienden a trabajar sobre el concepto de populismo. Además, la mayoría de los teóricos de fuera de América Latina insisten en la necesidad de entender el concepto multimilenario de pueblo a lo largo de la extensa historia del populismo sin ocuparse de las trayectorias del populismo en América Latina y otras zonas del sur global³¹.

Este enfoque del populismo, típico de Europa y el Atlántico Norte, aparece en las investigaciones funcionalistas que reemplazan la teoría y la historia del populismo por una perspectiva más cuantitativa, descriptiva y que se autoproclama pragmática. Lejos de explicar los distintos sentidos históricos del populismo, esta perspectiva los da por sentado, o define al populismo en los términos más amplios posibles, como un movimiento que defiende la soberanía popular y coloca al pueblo en oposición a las élites.

Muchas décadas atrás, Isaiah Berlin objetaba el uso de definiciones rígidas. Escribía en otra época, antes de que las ciencias sociales volvieran a las formas de neopositivismo que desdeñan las conexiones entre historia y teoría. Según la descripción que daba de él, el campo de estudios populistas tenía algo patológico, un complejo de Cenicienta,

y con eso quiero decir lo siguiente: hay un zapato —la palabra «populismo»— para el cual, en algún lado, debe de haber un pie. Hay toda clase de pies que *casi* le van, pero no debemos caer en la trampa de esos pies aproximados. El príncipe se la pasa deambulando con el zapato; y en alguna parte, estamos seguros, hay una extremidad llamada populismo puro que lo espera. Éste es el núcleo del populismo, su esencia. Todos los demás populismos son sus derivados, sus desviaciones y sus variantes, pero en algún lado acecha el populismo verdadero, perfecto, que puede haber durado sólo seis meses o [sucedido] en un solo lugar. Ésa es la idea del populismo platónico, del cual todos los demás son diluciones o persiones³².

Las visiones eurocéntricas no son patrimonio exclusivo de los pensadores platónicos neopositivistas; también están presentes en algunos de los enfoques teóricos del tema más innovadores y sintéticos. No se puede negar que Europa ha estado en el centro de esas historias y de su teorización, pero el viejo continente siempre ha mantenido conversaciones y transferencias fluidas con el sur global. En la práctica, Europa ha sido siempre una provincia de un contexto más amplio, razón por la cual es problemático aislarla de otras regiones. El estudio de los intercambios y reformulaciones transnacionales proporciona un contexto para hacer comparaciones, pero el campo de los estudios populistas ha producido muchas comparaciones y poca investigación transnacional. Esta última, por ejemplo, analiza cómo piensan y actúan distintos ejemplos transatlánticos en función de sus convergencias sincrónicas y diacrónicas, sus afinidades y oposiciones con otras experiencias populistas. Esto es exactamente lo que puede aportar a la teoría una historia política e intelectual centrada en lo transnacional. Pero hasta ahora son pocas las teorías que se han tomado a la historia en serio, como un interlocutor crítico antes que como un objeto útil para ilustrar una teoría. Esto es lo que sucede claramente en trabajos notables como el de Margaret Canovan, análisis revolucionario de un recorrido que va de las reformulaciones romanas y medievales del concepto de pueblo a la constitución moderna del populismo como dimensión clave de la

democracia, y la sugestiva investigación de Pierre Rosanvallon sobre la primera aparición de los temas populistas, fruto de la dualidad ambivalente e intrínseca de la democracia nacida de la revolución francesa. Ambos autores sostienen que el intento de representar la voluntad de las mayorías ideales sin mediaciones institucionales ha sido una dimensión constitutiva de las tensiones internas de la democracia a lo largo de su extensa historia³³. Sin embargo, mientras para Canovan el populismo es un miembro legítimo del club de la democracia, Rosanvallon sostiene que el populismo es «una perversión invertida de los ideales y mecanismos de la democracia»³⁴.

Tanto Canovan como Rosanvallon se han referido de manera estereotipada al peronismo clásico y a América Latina, y al aventurarse fuera de Europa perjudicaron sus influyentes teorías de la democracia. Curiosamente, cuando Canovan escribe sobre el populismo fuera de Europa, lo fusiona con la dictadura. Pero no explica cómo una forma constitutiva de democracia como el peronismo aparece en su descripción como una formación dictatorial³⁵.

Para Rosanvallon, el populismo es una patología específica que amenaza la democracia. La degrada hasta convertirla en un círculo lleno de connotaciones apocalípticas. Según su análisis funcional, el populismo es una «forma de expresión política en la que el proyecto democrático se deja absorber y vampirizar por completo por la contrademocracia». Excluyendo al populismo del proyecto democrático, Rosanvallon concluye que «el populismo es el extremo de la antipolítica». Para él, es una «patología política» que forma parte de una era «signada por el crecimiento de las formas contrademocráticas»³⁶.

Muchos comparten la idea funcional de Rosanvallon de que el populismo es un síntoma, y describen la trayectoria del populismo como una coda de

alguna otra cosa. Confunden su complejidad con su indeterminación de «ideología inconsistente». Estudiosos del populismo como Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser proponen una definición minimalista según la cual el populismo es una ideología que divide la sociedad en dos grupos moralmente opuestos, el pueblo y la élite, y presenta subtipos regionales. Para ellos, el populismo es menos relevante que otros conceptos o ideologías. Al identificarlo como una respuesta estructural, aunque transitoria, a ciertas condiciones políticas, los autores postulan que el populismo es un fenómeno sin historia conceptual propia. Otros minimalistas, en cambio, exploran la trayectoria del concepto mientras sostienen que el término recién cobró importancia en Europa últimamente, y se limitan a ofrecer un examen somero de casos e interpretaciones no europeas para poner la experiencia populista europea en relación con las demás³⁷.

En muchas teorías del populismo, los casos latinoamericanos, africanos o asiáticos representan al Otro sintomático. Especialmente en Europa, estas visiones estereotipadas utilizan una jerga de autenticidad para referirse al ser liberal europeo y esto delata hasta qué punto las tendencias populistas estaban presentes en la historia europea desde mucho antes. Según estas teorías, el populismo queda de algún modo excluido de la historia, ya que funciona una y otra vez como un correctivo para las tendencias antiliberales, moralistas, totalitarias o antidemocráticas de la democracia. En general se considera que América Latina forma parte de la ecuación populista, aunque siempre dentro del marco de la dicotomía tradicional Europa/no Europa. Estos enfoques aceptan las nociones de centro y periferia como características determinantes absolutas. En otros casos, hacer foco en Europa implica que las únicas conexiones que se establecen más allá del continente funcionan como pequeñas analogías o ejemplos. Por

ejemplo, un intelectual público e investigador influyente como Rosanvallon, que subraya el antiliberalismo europeo moderno del fenómeno, omite considerar *in extenso* los hitos latinoamericanos de la trayectoria del populismo como concepto y modelo de régimen democrático para el desarrollo de las políticas democráticas, antiliberales, posteriores a 1945.

¿POPULISMO CONTRA PLURALISMO?

Muchos investigadores del populismo subrayan sus tendencias autoritarias y aun totalitarias. Uno de los teóricos más influyentes del populismo, Carlos de la Torre, sostiene que «el desdén populista del pluralismo se explica porque concibe al pueblo como un sujeto con una voluntad y una conciencia uniformes, y a los rivales como enemigos del pueblo virtuoso»³⁸. Pero De la Torre también observa que «pese a sus intenciones totalitarias de penetrar en la esfera privada para crear nuevos sujetos políticos, los líderes populistas no impusieron la regla del partido único y preservaron algunos espacios limitados de pluralismo y debate». Advierte que a pesar de su propósito de controlar la vida social y crear «nuevos sujetos», los populistas «no colonizaron por completo la esfera pública y la sociedad civil. La fuente de legitimidad de los populistas no era la uniformidad de opiniones manipulada con mítines de masas y elecciones con una sola lista. Su legitimidad se basaba en ganar elecciones que en teoría podían perderse»³⁹. De la Torre subraya que «antes que sostener que la lógica del populismo es intrínsecamente antidemocrática, es más productivo analizar su relación incierta con la democratización liberal». El populismo tiene una legitimidad doble, fundada en elecciones pero también arraigada en las calles, en instituciones y mecanismos «internos y

externos»: «El populismo clásico amplió el derecho de voto. Los populismos radicales contemporáneos se embarcaban en campañas políticas permanentes». Para De la Torre, un caso de populismo como el de Evo Morales en Bolivia demuestra cómo el populismo puede fortalecer la participación política demonizando al mismo tiempo a los miembros de la oposición⁴⁰. En Bolivia, y en particular para la mayoría del pueblo indígena, que durante décadas había vivido bajo una combinación de racismo, autoritarismo y neoliberalismo, la combinación populista de rasgos democráticos y no democráticos ampliaba a todas luces su participación política y social⁴¹.

Populismo y participación son elementos clave en las discusiones actuales entre los teóricos del populismo. El teórico político Jan-Werner Müller señala que el populismo es una respuesta no democrática a las tendencias no democráticas de la tecnocracia, y que por lo general delata una desconfianza hacia los fundamentos del orden europeo de posguerra⁴². Para Müller, como para Paul Taggart y Benjamin Arditi, el populismo es un síntoma de, y una respuesta problemática a, la falta de participación ciudadana verdadera⁴³. Müller es convincente cuando advierte los fundamentos antifascistas de ese orden europeo y atrae nuestra atención sobre la adaptabilidad del populismo en tanto respuesta recurrente a la primacía de las élites. En opinión de Müller, el populismo es «una forma de política identitaria exclusivista» que «siempre representa un peligro para la democracia». No hay duda de que su análisis tiene en cuenta las dimensiones simbólicas del populismo y su imaginación moralista, pero también soslaya las épocas ambivalentes —del primer peronismo al gaitanismo colombiano o los primeros populistas norteamericanos de fines del siglo XIX— en que el populismo restringía y fortalecía a la vez la participación democrática. Müller insiste en que «el populismo no es un

camino hacia una mayor participación política»⁴⁴, pero su enfoque descansa en la minimización de la compleja, y aparentemente contradictoria, historia del populismo, o en la omisión de algunas de sus experiencias más importantes al otro lado del Atlántico y en otros lugares. En este contexto, la historia puede ayudar a los teóricos a complejizar las teorías del populismo fundándolas en la naturaleza ambivalente y controvertida del populismo en la historia.

El populismo surgió como una forma autoritaria que no obstante rechazaba la dictadura. Las teorías del populismo, por lo tanto, deben tener en cuenta tanto sus dimensiones participativas como exclusivistas en función de los distintos procesos históricos en los que suelen combinarse. En realidad, luego de 1945, el populismo era más peligroso para la dictadura que para la democracia. Especialmente en América Latina tras el final de la Segunda Guerra Mundial, el populismo combinaba un aumento de la participación política popular con importantes rasgos antidemocráticos. Esta tensión interna conecta la historia del populismo con nuestros esfuerzos para conceptualizarla. El contexto siempre se interpone en el camino de la alta teoría. Los binarismos que aparecen en las teorías genéricas del populismo nunca sirven para formular una teoría crítica de la democracia que tenga en cuenta a la historia. El desafío de la historia y la teoría es escapar de la oposición que las enfrenta. Contra la insistencia genérica en oponer la experiencia histórica a las definiciones transhistóricas, yo propongo situar al populismo históricamente, en función de su relación genealógica, contextual y a menudo antitética con el fascismo. Si el orden liberal-democrático europeo y global de posguerra se cimentó en pilares antifascistas, entonces destacar los orígenes fascistas y posfascistas de su actual impugnación populista pasa a ser algo importante.

Algunos observadores actuales temen que el populismo vuelva a transformarse en fascismo; si esto sucediera, un enfoque historiográfico con modulaciones teóricas mostraría que, mientras muchas de las fuerzas prepopulistas terminaron volviéndose fascistas en los años de entreguerras e incluso luego de 1945, algunos fascistas viraron de nuevo hacia la democracia⁴⁵. Teóricos políticos destacados como Nadia Urbinati, Carlos de la Torre y Andrew Arato propusieron un concepto de populismo históricamente encuadrado que los historiadores del populismo deberían tener en cuenta a la hora de analizar el fenómeno. Yendo de sus intuiciones teóricas a la historiografía, lo que yo destaco es el modo histórico en que surgieron esas conexiones, especialmente tras la reformulación populista del legado totalitario fascista.

Planteando el populismo en términos históricos queda claro por qué su retorno en Europa y Estados Unidos actualizó las tradiciones xenófobas y antidemocráticas del pasado de esas regiones. El populismo no es una simple respuesta externa a las élites y las burocracias, sino más bien una crítica interna a la democracia. Históricamente, los populistas han considerado que criticando el *statu quo* radicalizaban la democracia restituyéndole el poder al pueblo. Las consecuencias de esa radicalización diferían según fuera de izquierda o de derecha. El surgimiento de reacciones populistas de izquierda ante la desigualdad social suele indicar que la dudosa calidad de la imbricación entre democracia y medidas de austeridad neoliberales no es insignificante en la así llamada periferia europea, especialmente en países como Grecia o España. No hay manera de confundir esas reacciones con el populismo de euroderecha sin perder de vista importantes diferencias eticopolíticas y analíticas. Aunque, en el típico estilo populista, movimientos populistas de izquierda como Syriza y Podemos combinaban una crítica de la desigualdad del ingreso con el

binarismo de la élite versus el pueblo y el nacionalismo, es un error conectarlos de manera general con el populismo de derecha⁴⁶.

Como sus contrapartidas latinoamericanas contemporáneas, los populistas de izquierda europeos del siglo XXI criticaban a los partidos tradicionales por la exclusión neoliberal, las soluciones tecnocráticas y la privación de derechos cívicos. Aunque alegaran que trascendían la división izquierda/derecha, esos partidos se ubicaban claramente a la izquierda del espectro político. En rigor, ocupaban espacios tradicionalmente reservados para la izquierda no populista. Podemos, en especial, reformulaba la lógica de la política española convirtiéndola en un debate sobre la desigualdad del ingreso y las medidas de austeridad. Esto se debió a su insistencia en la «casta» y a la inspiración autorreflexiva que encontró en el trabajo del teórico político argentino Ernesto Laclau y el ejemplo de los populismos neoclásicos de izquierda latinoamericanos. Formado en 2013, Podemos fue una respuesta a la crisis económica y a lo que se percibía como la naturaleza mimética de los partidos tradicionales socialista y conservador, que adoptaban los paradigmas económicos neoclásicos. El grupo fundador de Podemos incluía a estudiosos de Laclau que estaban profundamente interesados en las formas de populismo latinoamericanas, especialmente la boliviana, pero también la de Venezuela y Argentina. Podemos insistía en oponerse a los de «arriba» y representar a los de «abajo». De hecho, uno de sus líderes, Iñigo Errejón, siguiendo a Laclau, se oponía al binarismo de un populismo de derecha europeo y otro de izquierda en Latinoamérica y afirmaba la posibilidad de un populismo de izquierda en Europa. Los líderes de Podemos explicaban la política española por medio de otro binarismo clave: «*democracia versus la casta*». Se identificaban a sí mismos y al pueblo con la primera mientras sostenían que los partidos tradicionales representaban a la segunda. El axioma populista del pueblo

versus la casta estaba en el centro de la lucha por la «hegemonía». Pablo Iglesias, líder de Podemos, afirmaba que la política consistía en imponer la propia narrativa sobre la de los enemigos del pueblo. Según explicaba, «en España (...) hay un pueblo al que han querido humillar, pero ese pueblo tiene una idea muy clara de quiénes son sus enemigos: las élites políticas y económicas que han robado al pueblo y se han enriquecido a expensas del pueblo». En otras palabras, el cambio sólo sobrevendría cuando la clase dirigente fuera desalojada del gobierno y el poder pasara a manos del pueblo. El pueblo y la patria eran intrínsecamente buenos, pero habían sido víctimas de una estafa.

Como en su momento señalaron algunos críticos de la izquierda, Podemos pudo haber sostenido en teoría que «el pueblo es el [único] que tiene que decidir», o que los «poderes económicos y la casta» coartaban la democracia existente. Pero en la práctica el partido abandonaba cada vez más su compromiso con una modalidad de toma de decisiones asambleística y colectiva y tendía a confiar las decisiones políticas a sus líderes, especialmente Pablo Iglesias, pero también Iñigo Errejón y Juan Carlos Monedero⁴⁷. En algún sentido, cuanto más cerca del poder estaba Podemos, más verticalista y populista se volvía. Esta transformación populista —de la toma de decisiones colectiva a la modalidad de delegación popular— fue aún más aguda en Grecia.

En mayor medida que Podemos, y debido a su acceso al poder en 2015, Syriza, formado en 2004 como una coalición de partidos de la izquierda parlamentaria y extraparlamentaria, era una experiencia histórica que ponía en cuestión las definiciones genéricas de la naturaleza del populismo en Europa. Luego de defender una idea de colectivo popular más pluralista que homogeneizadora, Syriza terminó siguiendo una dirección populista más clásica. Una vez en el poder, formó una coalición con un socio menor, el

pequeño partido xenófobo de derecha ANEL. Syriza también terminó aceptando los reclamos de austeridad de la Unión Europea y, obligado por la necesidad, giró hacia el centro. En la práctica, pasó de criticar las medidas de austeridad a gestionarlas tal como la troika europea se lo había impuesto. Como otros movimientos populistas que se transformaron tras llegar al poder, Syriza se tornó menos pluralista y menos horizontal. Como explica Giorgos Katsambekis, se volvió «mucho más vertical» y lidercéntrico, redujo sus llamamientos a los movimientos sociales, que hoy suelen movilizarse contra el gobierno de Syriza-ANEL, desdeñó la democracia interna y la polifonía y adoptó un discurso técnico pragmático centrado en implementar el nuevo plan de austeridad de una manera supuestamente «más justa»⁴⁸. Una vez en el poder, el populismo suele adoptar un tipo novedoso de transformismo que constituye una nueva élite, al mismo tiempo que aumenta el apoyo popular y la polarización social, alejando a los ciudadanos, una vez más, de una participación significativa en las decisiones políticas. Como observó Antonio Gramsci muchas décadas atrás, ese tipo de transformación convierte los reclamos populares en política vertical, bloqueando una política más emancipatoria⁴⁹.

En este contexto, los populismos europeos de izquierda estaban cerca de movimientos transformadores latinoamericanos como el kirchnerismo peronista, que gobernó la Argentina entre 2003 y 2015. Originalmente, el kirchnerismo proponía estrategias horizontales destinadas a trascender la política del peronismo, pero, una vez afirmado en el poder, típicamente, combinó motivos ideológicos de izquierda y de derecha mientras sostenía que era la única opción contra el neoliberalismo. Altamente idiosincrático, el kirchnerismo reformuló claramente la clásica tercera vía peronista, llevándola más allá de la izquierda socialista y el liberalismo. También Europa ha mostrado ejemplos peculiares de este fenómeno. Hay en Europa

populismos como el movimiento italiano Cinco Estrellas, liderado por el cómico Beppe Grillo, que mezclan propuestas de derecha y de izquierda. Amalgama de izquierda y derecha, el movimiento Cinco Estrellas se ha enfrentado con los partidos tradicionales y también con los movimientos populistas de derecha⁵⁰.

En definitiva, sería problemático sostener que el populismo en Europa y Estados Unidos es un fenómeno de derecha, o que América Latina se caracteriza por una línea uniforme de populismo de izquierda, o, si vamos al caso, que el populismo está ausente en el resto del mundo. La idea antipopulista de que hay una izquierda no populista supuestamente más europea y otra latinoamericana abrumadoramente populista es históricamente incorrecta. Lo mismo sucede con la idea propopulista igualmente estereotipada de que lo que Europa necesita es una «latinoamericanización» de izquierda⁵¹. Las experiencias históricas distintas pero a veces convergentes de países como Argentina, Ecuador, Brasil, Bolivia, Venezuela, Italia, Grecia, España, Francia, Alemania, Turquía, Sudáfrica (con Jacob Zuma) y Tailandia (con el movimiento thaksino) contradicen esos estereotipos que llegan al otro lado del Atlántico y más allá.

Europa no está automáticamente a la derecha ni Latinoamérica está simplemente a la izquierda. En 1999, por ejemplo, el populismo latinoamericano estaba en líneas generales del lado del neoliberalismo, mientras que en la década siguiente fue el populismo de izquierda el que prevaleció en la región. Sin embargo, en la segunda década del siglo XXI, Europa y Estados Unidos se convirtieron sin duda en fuerzas de un populismo xenófobo que iba del Frente Nacional en Francia al populismo holandés de Geert Wilders, y del Tea Party al presidente Trump. Esta modalidad de derecha está presente no sólo en los partidos populistas

claramente de derecha sino también en ciertas formas más conservadoras que se precipitaban a adoptar características cruciales del programa de intolerancia antiinmigrante nacionalista y populista por motivos pragmáticos o ideológicos. En el momento de la asunción de Trump, en 2017, Theresa May en Inglaterra y Mauricio Macri en la Argentina representaban este conservadorismo mimético, una suerte de populismo *light*⁵². El populismo suele exhibir esa «frontera porosa» entre la derecha moderada y la extrema derecha⁵³. En su travesía del fascismo al posfascismo, la derecha europea ha internalizado la democracia a tal punto que ahora la cuestiona en sus propios términos. Pero, antes que profundizarla, ese cuestionamiento la reduce a características étnicas y nacionalistas. Sólo algunos habitantes de la nación son aceptados como ciudadanos. Como sostiene Nadia Urbinati, una de las principales teóricas del populismo, el populismo «desfigura» la democracia y pone potencialmente en peligro su futuro. Urbinati destaca que mientras el populismo es una forma de gobierno democrática, sus preocupaciones republicanas tienden a desplazar a otras más propiamente democráticas⁵⁴.

La crítica histórica y teórica que Urbinati hace del populismo se basa en una concepción contextual de la democracia atenta a ese campo más amplio donde el populismo interactúa con otras nociones de democracia que limitan igualmente sus posibilidades históricas. En este sentido, se podría interpretar que el populismo, antes que ser o convertirse en lo político como tal, se excluye a sí mismo del campo político. El enfoque de Urbinati nos obliga a repensar ideas canónicas sobre los vínculos entre populismo, formas de deliberación apolíticas (como las de los tecnócratas, los «expertos» y otras autoridades no políticas) y formas de democracia plebiscitarias. Urbinati explica que el «populismo es la más devastadora corrupción de la democracia porque invalida radicalmente las instituciones

representativas (en especial las elecciones y el pluralismo partidario) y transforma el poder negativo del juicio o la opinión, que pasan de controlar y monitorear a los líderes políticamente elegidos a rechazar su legitimidad electoral en nombre de una unidad más profunda entre líderes y pueblo; opone la legitimidad ideológica a la de la constitución y los procedimientos»⁵⁵.

Apoyándome en la decisiva formulación teórica de Urbinati según la cual el populismo es una idealización de la democracia que conduce a desfiguraciones específicas, quisiera insistir en el hecho de que el populismo moderno surgió de la invalidación del fascismo en la Guerra Fría. El modelo fascista era extremadamente influyente: en los años de entreguerras inspiró a líderes de todo el espectro político⁵⁶. Pero luego de 1945, el populismo latinoamericano propuso reformular la democracia de un modo más vertical, ampliando y restringiendo al mismo tiempo la democracia.

Hay sin duda diferencias importantes entre las historias y las realidades presentes de Europa, Estados Unidos y América Latina. Los populismos europeo y norteamericano están hoy más cerca de la xenofobia y el nacionalismo fascistas que los latinoamericanos. En definitiva, la nueva dinámica del populismo transnacional de derecha promete más limitaciones para la vida democrática en Europa y Estados Unidos que los efectos sociales y autoritarios del populismo latinoamericano⁵⁷. En cualquier caso, restituir el populismo a su historia de posguerra nos permite situar y analizar esas convergencias y distinciones.

EXPLICANDO EL POPULISMO Y EL ANTIPOPULISMO

Volviendo al problema del populismo y la teoría, no todos los teóricos excluyen las dimensiones transatlánticas y globales del populismo, pero aun en estos casos los intentos de definición suelen producir versiones idealizadas que hacen del populismo la manifestación más pura de la democracia o bien su antítesis última. El destacado y célebre trabajo de Ernesto Laclau trasciende la visión provinciana europea del populismo. En rigor, Laclau tiende a veces a sortear todas las fronteras nacionales e históricas para postular, en última instancia, que el populismo es la política «como tal». Para Laclau, el populismo es una forma de poder fundada en la división de la sociedad por medio de demandas sociales antagonísticas. Esas demandas inarticuladas obedecen a una «lógica de equivalencia» con el fin de dicotomizar el espacio social. La «ruptura populista» establece una frontera interna, una polarización profunda de la sociedad, a saber, la división de la sociedad en dos campos: «el poder y los de abajo [*underdogs*]». En el populismo, los sujetos populares plantean las demandas, que luego son articuladas por líderes que las defienden en nombre del pueblo contra los poderosos o las élites. Ante todo, Laclau sostiene que el populismo tiene una «lógica política»⁵⁸. Esta explicación perspicaz, pero también trascendental y a veces circular, se sitúa a menudo fuera de la historia. Recientemente, los teóricos críticos Andrew Arato y Nadia Urbinati incluyeron el enfoque de Laclau dentro de la esfera de la teología política que define al populismo y las desfiguraciones que engendra. Destacaron, en suma, las dimensiones antidemocráticas de la interpretación de Laclau⁵⁹.

Son críticas importantes, especialmente porque Laclau es el fundador de una escuela de pensamiento que entiende el populismo como el agente último de democratización. Laclau y su escuela suelen centrarse en la izquierda populista, a la que tienden a considerar como la verdadera forma

de populismo⁶⁰. Para estos investigadores, el populismo es un elemento estructuralmente determinante de los reclamos sistémicos por la igualdad y contra la dominación; el populismo, en otras palabras, lleva a la emancipación política. Para Yannis Stavrakakis, «parece muy difícil imaginar la política democrática sin populismo, es decir, sin formas de discurso político que convoquen y designen al pueblo —y no, por ejemplo, a las agencias de calificación o a los *aristoi*— como su punto nodal, como su sujeto político privilegiado, como una base legitimadora y una palanca simbólica para futuros reclamos igualitarios⁶¹.

Stavrakakis demuestra que la tendencia altamente problemática a demonizar al populismo confunde demandas populares con populismo, lo que revela a menudo ciertos supuestos intactos en cuanto a las dimensiones normativas de la democracia liberal.

A su vez, Jacques Rancière advierte que las denuncias rituales contra el populismo forman parte del intento elitista de minimizar la expresión democrática popular. Haciendo hincapié en una versión unilateral y estereotipada del populismo latinoamericano (de Perón a Vargas y Chávez), Rancière explica que en Europa el término *populismo* se usa para hablar de «otra cosa»⁶².

Para Rancière, el término *populismo* se reserva para quienes están identificados con el odio a la democracia. Rancière opone la vida en democracia al *statu quo*, que minimiza la participación del ciudadano, y asocia esa situación con «los estados de derecho oligárquicos (...) donde el poder de la oligarquía está limitado por el reconocimiento doble de la soberanía popular y las libertades individuales». En semejantes espacios de democracia limitada, el término *populismo* sirve para enmascarar los intentos neoliberales de gobernar sin el pueblo. Rancière reconoce que los partidos de extrema derecha son una consecuencia de, y una reacción

contra, el «consenso oligárquico» de tecnócratas y expertos, pero duda en llamarlos populistas. Subraya cómo el populismo es usado para confundir las respuestas democráticas al neoliberalismo con el fanatismo racial y religioso. *Populismo*, pues, es un término que sirve para atacar, pero no para analizar⁶³.

Siguiendo a Laclau, en cambio, investigadores como Stavrakakis, Jean Comaroff y Étienne Balibar defienden el uso del concepto de populismo para fines analíticos y normativos. Comaroff observa que el populismo sirve más para «marcar diferencias que para denotar un contenido, y su sentido depende mucho del punto de vista desde el cual se lo utiliza». Explica que «a pesar de (o quizás por) sus paradojas, el populismo es más que nunca un concepto muy importante que atraviesa un amplio espectro de debates públicos en el mundo actual. Quizás esto se vuelva más dramáticamente evidente en contextos poscoloniales y posttotalitarios donde el recuerdo de la opresión colectiva sigue siendo vívido: en Latinoamérica, Rusia y Zimbabue, por ejemplo, pero también, se podría decir, en la Italia de Berlusconi, la Francia de Sarkozy, los Países Bajos de Wilders». Comaroff incluye a Sudáfrica y Estados Unidos entre los países donde hay que considerar que el populismo es una forma actual en conflicto con el neoliberalismo: «En cierto modo, el populismo es una condición necesaria para todos los movimientos antiestablishment pasados y presentes, progresistas o conservadores... [y] en sí mismo nunca es suficiente para alimentar movilizaciones sostenidas y políticamente constructivas»⁶⁴. Por su parte, Balibar sostiene que «no rechazo el término como tal, especialmente porque tengo presente la historia larga y ambivalente que tiene como categoría política dentro y fuera de Europa, que en este momento es especialmente digna de ser estudiada». Balibar equipara la

crítica actual de las desigualdades políticas y sociales con una forma democratizadora de populismo, un «devenir político del pueblo»⁶⁵.

Consideradas en conjunto, estas importantes críticas del antipopulismo ponen en tela de juicio sobreentendidos normativos sobre la democracia liberal y sus tendencias tecnocráticas, y muestran cómo el gobierno de expertos limita las interacciones democráticas. Sin embargo, las respuestas al antipopulismo también suelen suscribir una versión idealizada del populismo, especialmente del latinoamericano, confundiendo los distintos usos del populismo que hace la izquierda (especialmente en Estados Unidos, donde antes del ascenso del trumpismo el populismo a menudo significaba simplemente ser sensible a, o satisfacer, las demandas populares) con sus diversos sentidos históricos del otro lado del Atlántico y más allá. Así, las respuestas democráticas a la desigualdad aparecen más o menos mecánicamente identificadas con el discurso y la práctica populistas.

Mientras los autores que adhieren al modelo de la democracia liberal suelen diagnosticar que el populismo es una patología, los investigadores que simpatizan con el concepto de democracia radical tienden a pensar que el populismo es una fuerza saludable, por momentos incluso emancipadora, que fortalece la representación política. ¿Es posible franquear esa brecha? Cristóbal Rovira Kaltwasser, estudioso chileno del populismo, reconoce la necesidad de las investigaciones transatlánticas y de tener en cuenta hasta qué punto

analizar la relación entre populismo y democracia depende en gran medida de supuestos y preconcepciones normativas sobre cómo debería funcionar la democracia. Así, el impacto del populismo sobre la democracia ha tendido a ser menos un asunto empírico y más un problema teórico que suele resolverse mediante especulaciones derivadas de un punto de vista ideal acerca de cómo debería ser la democracia. ¿Cómo superar este sesgo normativo? Yo creo que la manera más promisoría es seguir a aquellos autores que estudian la relación entre populismo y democracia con un enfoque minimalista⁶⁶.

La propuesta misma de Rovira Kaltwasser desautoriza el problema de la propia posición del sujeto en relación con el objeto de investigación. Su presentación de una definición de populismo supuestamente neutral, «menos normativa», tampoco está exenta de condiciones normativas. La definición «mínima» de populismo que suscribe reproduce la noción del mismo Laclau, según la cual populismo es todo lo que está relacionado con lo político. Rovira llega a plantear que el populismo es parte del ser interior de todo individuo. Esta suerte de inconsciente populista puede, según él, ser confirmado mediante «investigaciones empíricas» como las que llevó a cabo Mudde. Esta visión del populismo como patología del ser es necesariamente transhistórica. Rovira sostiene que «investigaciones empíricas revelan que la gran mayoría de los individuos tienen actitudes populistas que se encuentran en un estado de latencia, vale decir, están dormidas y solo son activadas frente a ciertas situaciones contextuales. En otras palabras, casi todos tenemos un “pequeño Hugo Chávez” en nuestro interior, pero éste se encuentra en un lugar oculto y, por lo tanto, no define nuestras preferencias políticas»⁶⁷.

Irónicamente, Rovira Kaltwasser critica la idea de Laclau de que el populismo es la política como tal, pero también propone una imagen idealizada, romántica, se podría agregar, de la «investigación empírica», en la medida en que reemplazaría a las teorías críticas del populismo y neutralizaría las posiciones normativas o éticopolíticas del sujeto en la investigación. El resultado es una suerte de teoría inconsistente, llena de datos sobre el funcionamiento de los partidos políticos y otras unidades supuestamente más comprensibles. Esta alta teoría del populismo, como las más antipopulistas, diluye la historia y la teoría al mismo tiempo que refuerza el ideal del investigador científico neutral⁶⁸. Como vimos en el

capítulo anterior a propósito de las teorías del fascismo, todas las escuelas genéricas reemplazan la interpretación histórica por la definición. La definición tiende a clausurar toda discusión sobre el tema, estableciendo de ese modo un nuevo consenso que supera las perspectivas anteriores y permite que investigadores supuestamente más neutrales testeen empíricamente la definición genérica. En ambos casos, las definiciones mínimas se basan en la autorreferencialidad, y a menudo consolidan un tipo de positivismo levemente disfrazado y renovado. Estas teorías minimalistas reducen con frecuencia la importancia del papel de la violencia radical en el fascismo y a veces incluso justifican el autoritarismo de las formas populistas. Cuando tropiezan con fenómenos históricos que contradicen la teoría, por ejemplo, estos investigadores se limitan a silenciar esas historias inconvenientes. Así, del mismo modo en que el Holocausto no ha encontrado un lugar propio y sigue siendo un desafío para la historia del fascismo transnacional, el surgimiento inconveniente del trumpismo, que por cierto merece un lugar importante en la historia del populismo, simplemente ha quedado excluido del campo de los estudios populistas. Cas Mudde, por ejemplo, no incluye el racismo y la xenofobia en su definición de populismo porque son formas de nativismo, y por lo tanto entran en conflicto con su definición minimalista. Según Mudde, el caso de Trump era muy distinto al de la derecha populista europea, porque, en su opinión, Trump «privilegió la inmigración ilegal» pero no atacó «la condición de Estados Unidos de país de inmigración multicultural». Más aún, aunque Mudde observaba que Trump viene hablando del «problema musulmán» al menos desde 2011, su postura frente al Islam y los musulmanes es mucho más matizada que la de gente como Marine Le Pen y, por cierto, Geert Wilders». La versión populista de Trump no encaja en la definición de Mudde. «Mientras los líderes populistas dicen ser la *vox populi*, la voz del

pueblo, Trump es la voz de Trump», sostenía Mudde. Pero el narcisismo radical, el mesianismo carismático y el pensamiento mítico suelen aparecer en la historia del populismo esencialmente vinculados con el racismo, el nativismo y la xenofobia. Y, por supuesto, final y lógicamente, dada la naturaleza populista de su candidatura, Trump terminó sosteniendo en la Convención Nacional Republicana que era «la voz del pueblo»⁶⁹. Poner el acento en las definiciones genéricas minimiza los bordes democráticos exteriores del populismo histórico. En tanto reformulación del fascismo para épocas democráticas, el populismo, especialmente el de derecha, siempre es capaz de volver a sus orígenes, como demostraron recientemente algunos populistas europeos y norteamericanos.

Cuando se lo asimila a las variantes de izquierda, el populismo radical de derecha es liberado de sus dimensiones más dictatoriales y autoritarias. En términos históricos, el populismo de izquierda y el de derecha fueron y son con frecuencia antitéticos, pero en el marco del positivismo genérico tienden a confundirse. La alta teoría silencia las distinciones históricas.

El ideal del investigador imparcial que usa definiciones para analizar datos sustituye la necesidad de pensar lo político en detalle desde una perspectiva teórica crítica. Lo que el historiador Dominick LaCapra definió con acierto como un «positivismo renacido» se lleva muy bien con «la cima más alta del mundo» de la teoría⁷⁰. La teoría crítica, por otro lado, señala los problemas potenciales que entraña el uso irreflexivo de los datos a la hora de confirmar axiomas teóricos. En rigor, ésta es también una dimensión particularmente significativa del trabajo crítico de Laclau. Los análisis del populismo que Laclau propone en sus obras importantes son innovadores, pero hay que distinguir sus diagnósticos perspicaces de sus pronósticos. Para Laclau, el populismo es un modelo normativo que debe ser apoyado, sobre todo en América Latina. Opone el parlamentarismo, la

discusión abierta y la pluralidad de posiciones al principio de encarnación doble (en el pueblo y en el líder) y la necesidad de los liderazgos verticales en un contexto de relaciones amigo-enemigo. La argumentación de Laclau se funda en ejemplos mitologizados del populismo latinoamericano contemporáneo, especialmente de líderes de países como Venezuela y Argentina. Sus ideas reflejan la influencia generalmente tácita y no reconocida de pensadores como Sorel y el Carl Schmitt fascistoide de la *Crisis de la democracia parlamentaria*⁷¹.

Al inclinarse por un modelo de populismo normativo, Laclau no sólo se centra en América Latina mucho más que sus colegas teóricos sino que adhiere también a la idealización normativa de la región. No es una sorpresa para los investigadores latinoamericanos que el antagonista conceptual de Laclau sea el investigador italoargentino Gino Germani, dado que Germani fue precisamente el que en épocas tempranas unió la línea de puntos entre el fascismo y el experimento populista latinoamericano del peronismo.

Gino Germani fue un intelectual antifascista italiano que cruzó el Atlántico huyendo del fascismo y contribuyó, además, a corregir la visión provinciana que Europa tenía de la experiencia política moderna del populismo. Sorprendentemente, Germani ha sido y sigue siendo ignorado o relegado a una nota al pie superficial en las interpretaciones europeas y norteamericanas del populismo. Su trabajo exige ser reexaminado por quienes quieran profundizar en la historia y la teoría del populismo⁷². El interés del propio Germani por la relación entre peronismo y fascismo está fundado en la experiencia personal⁷³. El sociólogo era un niño cuando el fascismo llegó al poder y un adolescente cuando se instauró el estado totalitario en su Italia natal: «En mi temprana juventud experimenté el clima ideológico total que abarcaba la vida cotidiana del ciudadano común y, con mayor fuerza aun, la de las jóvenes generaciones. Más tarde, en la

Argentina, adonde llegué como refugiado político, conocí otra variedad de autoritarismo»⁷⁴. Esta referencia al fenómeno peronista como otra forma de poder autoritario ilumina su comparación entre Argentina e Italia. Germani destacaba que, desde un punto de vista comparativo, la Argentina peronista parecía ir a la zaga del proceso histórico italiano. Pese a sus notables divergencias de estructura social e historia política, los dos países presentaban semejanzas que dieron lugar a dos formas distintas de autoritarismo. Para Germani, el peronismo (como populismo genérico) era el resultado de cambios contextuales demográficos y de estructura de clase, idea que le sirvió para explicar el peronismo en términos sociológicos como un vehículo para la movilización de clase en sociedades subdesarrolladas. A diferencia de muchos teóricos, Germani distinguía entre las formaciones de clase contextualmente situadas que constituían el núcleo del movimiento. Pero también tendía a ignorar la capacidad de acción de los actores de clase obrera que seguían a Perón y los numerosos intentos del régimen populista, y del mismo Perón, de expandir las dimensiones multclasistas de su movimiento.

Germani solía circunscribir su teoría a la forma moderna de populismo representada por el peronismo. Sin embargo, gracias a sus innovadores trabajos comparativos y los del historiador argentino Tulio Halperin Donghi, los estudios populistas empezaron a entender el carácter revolucionario del populismo peronista y su compleja relación genealógica con el fascismo. Como observa Halperin Donghi, la revolución peronista fue confirmada por vías electorales, lo que dio vida a un novedoso régimen de «democracia plebiscitaria». Según él, el peronismo elevó el principio del partido gobernante a la categoría de doctrina nacional⁷⁵. Como advertía en un célebre artículo de 1958, la relación entre fascismo y peronismo era

ambigua, pero ésa no era una razón para eludir los análisis históricos y comparativos⁷⁶.

Fascistas y peronistas llegaron al poder en momentos en que fracasaban los regímenes liberal-democráticos supuestamente sólidos o bien consolidados. Ambos usaron políticas totalitarias, en el sentido del organicismo y el integralismo absoluto con que Mussolini y los *nacionalistas*, los fascistas argentinos, asociaban el término antes de 1945. Ambos regímenes dieron una respuesta totalitaria a la crisis que la modernidad había producido en la percepción pública de las leyes, la economía y la legitimidad del estado. Ambos regímenes fueron claramente antiliberales, anticomunistas y antisocialistas, y aun así trataron a sus enemigos de maneras muy distintas. Por último, ambos regímenes movilizaron a sus poblaciones desde arriba, por medio de la propaganda y otras acciones, promoviendo políticas de masas y convenciendo a las mayorías de que el líder las representaba a ellas y a la nación como un todo. Pero mientras el fascismo movilizó a la clase media, el peronismo reclutó a la clase obrera. Mientras el fascismo proporcionó guerra, imperialismo y racismo a Europa y el mundo, el peronismo nunca promovió la guerra. El peronismo, como otras formas clásicas de populismo, fue una respuesta posfascista específica al fascismo, al que reformuló radicalmente⁷⁷.

EL FASCISMO SE VUELVE POPULISMO: DEL PERONISMO AL TRUMPISMO Y MÁS ALLÁ

Nueva manera de entender la democracia, el peronismo abrazaba la soberanía popular ganando elecciones y adoptando formas de representación democráticas, pero también fortalecía radicalmente la figura del líder, que era promovido como el mejor intérprete de la voluntad del

pueblo. Se les pedía a sus seguidores que depositaran su confianza en las intuiciones del líder y en una política de cambios constantes. Se les pedía, y se les sigue pidiendo, que confíen en una voluntad, la del líder, que incluye y a la vez va más allá de sus conocimientos políticos. En el populismo, la legitimidad del líder descansa no sólo en su capacidad para representar al electorado sino también en la creencia de que la voluntad del líder va más allá del mandato de representación política. Esto se debe a que los populistas sostienen que el líder, de manera innata, sabe mejor que el pueblo lo que éste realmente quiere. En el populismo, los líderes son objeto de representación y sujetos de delegación popular en un contexto de mecanismos democráticos formales⁷⁸. Los líderes electos personifican la soberanía popular y poseen un alto grado de autonomía en función de las mayorías que los eligieron.

Como ideología política, el populismo, al igual que el fascismo, el liberalismo y el comunismo, aumenta la participación política de corto plazo, al mismo tiempo que la minimiza a largo plazo. En el populismo, al igual que en otras manifestaciones corrientes de la democracia como el neoliberalismo, la idea de una participación política ciudadana significativa no se deja traducir bien de la retórica a la práctica. El populismo, en suma, es una concepción moderna de la política caracterizada por una combinación híbrida de ideas inestables sobre la soberanía popular, el liderazgo y el modo en que la sociedad capitalista debería organizarse y gobernarse. Fundado en una reformulación del fascismo y un claro rechazo de su violencia extrema surgidos en la posguerra, el populismo adopta el principio democrático de la representación electoral y lo fusiona con un tipo de liderazgo autoritario. En su forma peronista clásica, el populismo moderno alienta activamente las reformas sociales, creando formas de capitalismo de estado que, vinculadas con una nueva élite a través de sus

conexiones con el líder y el movimiento, reduce parcialmente la desigualdad del ingreso.

El populismo clásico representaba la combinación fascista de un nacionalismo extremo y una lectura no marxista de la tradición socialista que los fascistas como Benito Mussolini comprendían tan bien. Pero el populismo del general Juan Perón nació de una cuna ideológica compleja que combinaba el legado del fascismo con el de sus enemigos: Perón sostenía que «no somos sectarios (...). Si hay algo del comunismo que vale la pena tomar, lo tomamos, los nombres no nos asustan. Si el fascismo, el anarquismo o el comunismo tienen algo bueno, lo tomamos»⁷⁹. Incorporando elementos de la izquierda y la derecha, Perón tomaba la acusación de eclecticismo como un cumplido. Ese «eclecticismo», que Perón compartía con Mussolini, lo distanciaba en la práctica, y luego en teoría, del dictador italiano. Los rasgos sostenidos del fascismo eran la idealización de la violencia y la guerra como valores sublimes de la nacionalidad y la persona del líder. Movilizaba a las masas en términos militares, pero tendía a desmovilizarlas en términos sociales. El peronismo invertía los términos de la ecuación fascista, distanciándose de los modelos fascistas, y se convertía en una ideología política *sui generis*. El hecho de que el peronismo reformulara el fascismo y se convirtiera en un régimen populista electo tuvo una importancia fundacional para la historia general del populismo moderno⁸⁰.

Para todo el mundo, incluido su creador, el peronismo fue el resultado inesperado de una tentativa de reforma fascista de la vida política argentina. El fascismo siempre fue el modelo de Perón, pero el peronismo no era una mera forma nueva de fascismo. Como sugería el historiador Tulio Halperin Donghi, «si el ejemplo del fascismo no pudo darle una orientación concreta al movimiento peronista, al menos contribuyó con gran eficacia a

desorientarlo»⁸¹. El modelo fascista tendía a centrarse en objetivos que no coincidían con las realidades de la Argentina y la Guerra Fría global de posguerra ni con las contradicciones verticales y horizontales del líder y las bases del movimiento peronista. Mientras la Argentina parecía estar a punto para el fascismo, el mundo demostraba estar demasiado maduro para consumir ese pasado⁸².

A lo largo del viaje emprendido por la ideología y la práctica peronistas, de la idea mesiánica de liderazgo fascista a las transformaciones profundas del peronismo sindicalizado, y de la inspiración fascista de Perón al movimiento de los trabajadores, la interacción dinámica instaurada entre el líder y sus seguidores inhibió la autonomía del primero y movilizó y transformó a los segundos. Se puede plantear la misma idea usando otros ejemplos del populismo clásico latinoamericano, especialmente los movimientos varguista y gaitanista. Una lógica similar regiría más tarde los movimientos populistas neoclásicos en el contexto de crisis entre las facciones políticas que abrió el camino para que líderes de otros grupos viraran hacia el populismo. En Turquía y Tailandia, por ejemplo, el populismo apareció tarde, y claramente por una decisión política de líderes que hasta entonces no eran populistas. En esos países, líderes como Erdogan o Thaksin Shinawatra (2001-2006) adoptaron políticas populistas luego de una relativa ausencia de retórica populista en el comienzo de sus gobiernos. Como explica Ertug Tombus, en el caso de Turquía, el partido de Erdogan, el AKP, se consideraba el único agente democratizador, lo que paradójicamente produjo un aumento del autoritarismo. Erdogan llegó al poder en 2002, pero sólo más tarde, en 2007, adoptó a fondo un estilo y una visión populistas. Así, en Turquía, y en un momento en que grupos seculares impugnaban seriamente la política de Erdogan, el populismo aparecía como una opción tardía para entender lo político y hacer política.

Como sostiene Tombus, en esa época «Erdogan demostraba que para él la democracia es sólo un escenario de aclamación plebiscitaria, que las normas y principios democráticos son dignos de ser respetados sólo en la medida en que consolidan el poder de Erdogan. Los límites constitucionales y el imperio de la ley no son sino obstáculos para la voluntad del pueblo, que para ellos encarna en Erdogan y el AKP»⁸³. Esta lógica de consolidación autoritaria en nombre del pueblo y en defensa de la democracia se exasperó aún más tras el fallido *coup* antipopulista del verano turco de 2016. Ahora, quien era percibido como un opositor al líder era un enemigo.

En Tailandia, Thaksin Shinawatra, un magnate mediático, asumía el rol de la voz del pueblo e incluso maneras populares de hablar y vestirse. Acosaba a los medios críticos y planteaba una política de «autoritarismo blando», mientras en 2006 sostenía que «yo soy la fuerza principal del gobierno y todos los demás son sólo mis ayudantes». Como observa el teórico Benjamin Moffit, el líder tai sostenía que los intelectuales, las ONG y los grupos de la sociedad civil eran «enemigos de la nación». En un momento dado, el eslogan del partido era: «Populismo para una vida feliz»⁸⁴.

En el populismo, el enemigo era el que se oponía al pueblo y al líder. La centralidad del pueblo y el enemigo en la retórica del líder populista demagógico llevaba a poner el acento en las necesidades y deseos tanto de los líderes como de sus seguidores y en la creciente exclusión de los demás, simbólica y a veces práctica. El resultado fue la degradación o incluso la supresión de la democracia, ya sea a través de un creciente recurso al autoritarismo por parte del líder (Turquía) o del establecimiento de una dictadura antipopulista (Tailandia) que derrocó al populismo. Ambas líneas estuvieron presentes en el peronismo clásico. De la elección de 1946 en

adelante, Perón incrementó su autoritarismo hasta que terminó derrocado, en 1955, por dictadores antipopulistas aún más autoritarios y violentos.

El populismo surgió como una alternativa autoritaria a la violencia fascista del pasado, una reacción que incluía la reformulación del fascismo en clave democrática, así como un nuevo foco en los ciudadanos que carecían de representación política. Ésa es la razón por la cual Eric Hobsbawm, uno de los historiadores más influyentes del siglo pasado, cree que el fascismo tuvo semejante efecto en la historia de América Latina.

Para Hobsbawm, el fascismo tuvo un impacto ideológico «indiscutible» en el continente americano. Sin embargo, observaba que ese impacto no era fruto de una adhesión mimética a Europa sino de una transformación democrática. Al mismo tiempo que soslayaba las particularidades nacionales del fascismo en Latinoamérica, Hobsbawm reconocía con agudeza sus derivaciones populistas: «Es en América Latina donde la influencia fascista europea aparecería de manera abierta y reconocible, tanto en políticos individuales como Jorge Eliécer Gaitán (1898-1948) de Colombia y Juan Domingo Perón (1895-1974) de la Argentina, como en regímenes como el Estado Novo de Getúlio Vargas».

Sin analizar lo suficiente la importancia del contexto de la posguerra en América Latina, Hobsbawm destacaba la transformación sustancial que había sufrido el fascismo al cruzar el Atlántico. Subrayaba la originalidad de su transformación en populismo, cosa que atribuía a factores estructurales nacionalistas: «Lo que los líderes latinoamericanos tomaron del fascismo europeo fue la deificación de los líderes populistas con una reputación de hombres de acción. Pero las masas a las que pretendían movilizar, y que ellos mismos descubrieron hasta qué punto eran movilizadoras, no eran las que tenían miedo de perder algo, sino las que no tenían nada que perder». Esos factores estructurales, además de la idea de

que la «oligarquía» era el enemigo, explicaban por qué fue el populismo, no el fascismo, el que prendió en América Latina. Aunque esos líderes populistas fueran de derecha, y aunque simpatizaran con el fascismo, sus seguidores terminaban corriéndolos hacia la izquierda. Hobsbawm, en cambio, veía que los populistas norteamericanos como Huey Long y su «conquista» de Louisiana en los años de entreguerras se apoyaban más bien en una tradición radical de izquierda «que recortaba la democracia en nombre de la democracia». Para Hobsbawm, el populismo norteamericano era de izquierda porque resultaba atractivo para «el igualitarismo de los pobres». Ése fue para él «el populismo demagógico más exitoso y peligroso de la década»⁸⁵.

Como el populismo podía echar raíces en la derecha, o provenir de las tradiciones de la izquierda, siempre resultaba más inclusivo que el fascismo. Es interesante que Hobsbawm inscriba el fascismo y el populismo en el contexto de la «caída del liberalismo». Pero yo diría que luego de 1945 apareció un contexto nuevo que diferenció las experiencias del fascismo y el populismo.

La historia global del populismo también incluye a Estados Unidos, donde el populismo podía ser tanto de izquierda como de derecha. Los historiadores norteamericanos han discutido largamente estos problemas, especialmente desde la aparición de los trabajos innovadores de Richard Hofstadter en los años 50. Antes de Hofstadter, la historiografía norteamericana sólo veía el populismo como un fenómeno de izquierda en la tradición de fines del siglo XIX, pero él insistía en que el populismo norteamericano tenía rasgos autoritarios considerables. Influido por los trabajos de la Escuela de Frankfurt, Hofstadter destacaba la naturaleza autoritaria, irracional, pastoral, antiurbana y hasta antisemita y antiintelectual de los primeros populistas norteamericanos. Después de

Hofstadter, muchos investigadores seguían identificando al populismo con la izquierda, pero otros ponían el acento en sus posibilidades dobles, en la medida en que podía ser progresista o reaccionario. De la democracia jacksoniana al macartismo, y de la demagogia antisemita y profascista de los discursos del padre Charles Coughlin y el nativismo prepopulista de derecha de Charles Lindbergh previo a 1945 a las candidaturas de George Wallace en 1968 y Ross Perot en 1996, los historiadores norteamericanos han debatido si el populismo reaccionaba ante la modernidad o si la rechazaba. Históricamente, sin embargo, y yo diría que también en términos transnacionales, las tendencias políticas y sociales del populismo dependen de los contextos.

En Estados Unidos, como en cualquier otro lado, el populismo de posguerra fue una reacción moderna a las crisis reales o aparentes del liberalismo y la experiencia nueva de un mundo sin fascismo propia de principios de la Guerra Fría. Los historiadores norteamericanos no suelen explorar las consecuencias transnacionales del populismo moderno de posguerra ni el hecho de que haya sido exactamente entonces cuando el populismo clásico surgió en América Latina. Centrados en las tradiciones nacionales, estos historiadores observan que, en particular justo después de la Segunda Guerra Mundial, debido especialmente a un movimiento comunista fortalecido y, poco después, a una feroz reacción contra el movimiento de los derechos civiles, el populismo pasó definitivamente de ser un fenómeno de la izquierda progresista a uno de la derecha reaccionaria. La mayoría de los investigadores de historia norteamericana desatienden el hecho de que, al virar del progresismo al reaccionarismo, es decir, a una forma más clara y predominantemente de derecha, el populismo coincidía con otras tendencias globales, especial pero no exclusivamente el anticomunismo y el peronismo antiliberal, entre otros movimientos de la

tercera vía que se cristalizaron tras la resurrección del liberalismo, después de la guerra. En Estados Unidos sucedió lo mismo. La distinción entre el populismo progresista norteamericano pre 1945 y el populismo anticomunista de derecha que se consolidó contra el New Deal coincide cronológicamente con mi propia distinción entre prepopulismo, protopopulismo y populismo clásico en América Latina. El nuevo populismo norteamericano que predominó en los años 40 con el fin de defender a un pueblo unificado contra las élites liberales compartía muchos impulsos con otros ejemplos nacionales y transnacionales⁸⁶.

Muchos investigadores de historia norteamericana coinciden en que en el período de posguerra el populismo giró a la derecha, pero, como subraya el historiador Ronald Formisano, hubo excepciones importantes. En algunos casos, el populismo norteamericano proponía una amalgama de motivos progresistas y reaccionarios que aparecieron reflejados, por ejemplo, en los simpatizantes del tercer partido de Ross Perot en las elecciones presidenciales de 1992⁸⁷. Sin embargo, Formisano observa que en los años 90 la derecha religiosa «se había mudado firmemente al campo republicano». Esas mudanzas, y la creciente colonización del GOP con temas populistas nativistas y cada vez más xenófobos, explican los «*tea parties*» de base que aparecieron luego de la elección de Barack Obama en 2008: «Mientras el Tea Party irrumpió en escena en 2009 protestando contra el gasto gubernamental, los altos impuestos y los rescates financieros, sus pasiones estaban igualmente animadas por las preocupaciones culturales de la derecha religiosa y grupos aliados centrados en los derechos y el lugar en la sociedad de mujeres e inmigrantes indocumentados». La xenofobia antiinmigrante era especialmente central en la ideología Tea Party. También eran importantes el racismo y los temores neoliberales ante la muy moderada respuesta de Obama a la crisis

económica. En su análisis de las reuniones del Tea Party en Massachusetts, Vanessa Williamson, Theda Skocpol y John Coggin observaban que «en las reuniones públicas, la retórica Tea Party parece seguir el ejemplo del “estilo paranoide de la política norteamericana” de Hofstadter, acusando al presidente de ser una amenaza para la democracia norteamericana de un modo completamente desproporcionado respecto de cualquier política o acontecimiento político reales»⁸⁸. El Tea Party llevó a muchos republicanos a la polarización y la demonización del presidente de turno, y tuvo en Donald Trump a uno de los más célebres defensores del así llamado movimiento *birther* [*n. del t.*: los que sostenían que Obama no había nacido en Estados Unidos sino en Kenia, y por lo tanto no tenía derecho a ser el presidente norteamericano]. La fantasía oculta tras la mentira de que el presidente Obama no había nacido en su propio país era típica de la tendencia populista a despojar de legitimidad política a aquellos considerados parte de las élites y contrarios al pueblo y la nación. Cuando Trump pasó a ser el nombre de la derecha populista norteamericana y se convirtió en el presidente del país, el círculo terminó de cerrarse. El populismo norteamericano había encontrado a su líder, completando una hasta entonces incompleta forma de populismo.

En las primeras décadas del siglo XXI, el Tea Party y el presidente Donald Trump continuaron con esas tradiciones populistas nacionales y transnacionales. Para Breithart, un sitio web de la supremacía blanca que tuvo un papel destacado en el camino de Trump a la presidencia y cuyo CEO fue el estratega en jefe de su campaña, Trump daba un ejemplo importante a los «candidatos populistas y nacionalistas» del otro lado del Atlántico. Según afirmaba Breithart, «el globalismo ha sufrido una serie de golpes poderosos, especialmente con el ascenso continuo de los partidos populistas en Francia, Alemania, Austria, Italia, Gran Bretaña, Hungría y

otros lugares. Como en el caso del referéndum del Brexit, el establishment —incluida su caja de resonancia, los medios tradicionales— persiste en la insolencia de negar los hechos y luego, cuando sus previsiones demuestran ser ilusorias, se desgarran las vestiduras». Si para Breithart el populismo de Trump salvaría a Estados Unidos, el populista italiano Beppe Grillo sostenía que la victoria de Trump era un punto de inflexión en la historia mundial: «Esto ha sido un ¡vete a cagar! de amplio espectro. Trump ha obtenido una victoria increíble». A su vez, Marine Le Pen afirmaba que la victoria de Trump representaba una «revolución global», la victoria de la voluntad del pueblo sobre las élites. Para Le Pen, «la victoria de Trump es claramente un ladrillo más en la construcción de un nuevo mundo destinado a reemplazar al viejo». Le Pen había adoptado el eslogan *Au nom du peuple* [«En nombre del pueblo»] para su propia campaña presidencial y afirmaba que «estamos en una encrucijada (...). En esta elección está en juego una opción de civilización». Como Trump, Le Pen identificaba su propia posición con la de los verdaderos patriotas: «La división ya no es entre derecha e izquierda [sino] entre patriota y globalista»⁸⁹.

Estas afinidades transnacionales compartidas y estas semejanzas contextuales anunciaban la nueva, cataclísmica victoria del populismo en la democracia más paradigmática y célebre del mundo. El hecho acallaba las tradicionales pretensiones de excepcionalidad que los norteamericanos exhiben en el terreno de la política y en la dilatada tendencia de su historiografía a ignorar las historias transnacionales paralelas. Como sostenía António Costa Pinto, experto en fascismo y autoritarismo, el nacimiento del trumpismo dejó en claro cuán problemático resultaba sostener que la democracia norteamericana no formaba parte de una tendencia populista de derecha más amplia⁹⁰. Estados Unidos es una provincia de la historia global, aunque una provincia central que afecta de

manera singular a todas las demás. Más aún, el populismo norteamericano histórico tiene sus peculiaridades sintomáticas. Fundado en el país donde el liberalismo llegó a ser el supremo rey, el populismo norteamericano necesariamente debía volver atrás y enfrentarse con los orígenes liberales del país como república. En realidad, como sostienen Andreas Kalyvas e Ira Katznelson, Estados Unidos fue «el primer régimen liberal del mundo». Fundadores de la república norteamericana como Thomas Paine y James Madison reformularon la virtud política bajo la forma de la representación política y definieron la democracia moderna como representativa del pueblo⁹¹. La solución combinaba de manera novedosa soberanía popular y representación política. Para ellos el poder no era absoluto, y la autoridad derivaba en última instancia del pueblo. Los mecanismos electorales eran la expresión de eso. Los representantes gobernaban durante un tiempo en nombre del pueblo, pero el poder absoluto sólo estaba en manos en el pueblo. Era éste, y no sus representantes temporarios, el garante de la legitimidad política. En la práctica, y desde el origen de la república, este ideal no siempre se realizó. Al elegir representantes, el pueblo cambiaba el gobierno directo por el indirecto, que limitaba la ampliación de la democracia. Además, quienes eran elegidos por el pueblo para actuar en su nombre estaban en condiciones de protagonizar procesos políticos que a menudo instauraban formas autoritarias de dominación. Para Hannah Arendt, por ejemplo, la soberanía popular podía producir fácilmente resultados desiguales y autoritarios. Según explica Kalyvas, Arendt «alertaba contra la tendencia homogeneizadora de la soberanía, que destruye la multiplicidad constitutiva y la pluralidad misma del espacio público, imponiéndoles con violencia la peligrosa ficción de un macro sujeto unitario, el Pueblo-como-Uno»⁹².

No hay duda de que las nociones de soberanía popular han deparado resultados igualitarios y autoritarios por igual. Como en otros casos, la ambivalencia de Estados Unidos respecto de la noción de soberanía, que promovía y limitaba a la vez los efectos democráticos, no fue una excepción. Como recuerda el teórico político Jason Frank, la historia de ese país está hecha de esas invocaciones a un pueblo que es «la única fuente legítima de poder»: «El pueblo ha servido para justificar la revolución popular contra las autoridades coloniales y para fundar un orden constitucional basado en “excluir al pueblo en su capacidad colectiva”, para incentivar a los estados y fortalecer la unión, para autorizar la justicia por mano propia y afirmar el imperio de la ley, para crear un amplio frente populista contra la *Gilded Age* de la explotación económica y perpetuar algunas de las peores atrocidades raciales de la nación, para aumentar el poder de la presidencia y devolver el poder a las bases»⁹³.

A lo largo y a lo ancho del planeta, los candidatos y líderes políticos solían invocar la popularidad de sus ideas para aislarse de las críticas de la prensa o la academia, lo que generaba una tendencia teleológica a considerar que cualquier análisis del populismo era elitista o impertinente en relación con las necesidades y deseos de la supuesta mayoría nacional. Esta situación exponía a los críticos a la acusación de agredir de forma simbólica a la realidad —cualquiera fuera— que se designara con el término *popular*⁹⁴. En Estados Unidos, especialmente, popular y populismo funcionan a menudo como sinónimos, y por lo tanto ambos suelen asociarse con causas legítimas, particularmente progresistas, causas que retoman las necesidades del pueblo.

En realidad, *pueblo* es un término neutro del que se han apropiado por igual distintos actores nacionales en representación de movimientos políticos que van del liberalismo al fascismo. Los fascistas han hablado en

nombre del *popolo* o del *volk*, los socialistas reales también vincularon al pueblo con la nación, y los liberales se han referido al «nosotros, el pueblo» como a la expresión fundacional de la era moderna⁹⁵. Pero todas esas tradiciones se conectaban en el populismo. En ese contexto, el populismo confundía la representación política con la delegación plena y conectaba a ambas con la idea mítica de un pasado en el que la democracia realmente funcionaba. Así, el populismo se planteaba como un retorno al pasado, pero también como un futuro en el que la tolerancia y la diversidad dejarían de tener un papel político prominente. En mayor medida que otros, el populismo norteamericano siempre ha sido capaz de volver a sus orígenes democráticos, pero, como sucede en otros casos, esos orígenes aparecían a menudo diluidos, reservados sólo para la mayoría y concebidos en términos míticos como fuente de redención de la pluralidad.

Como sucedió con el resto del mundo, el final de la Segunda Guerra Mundial transformó a Estados Unidos de manera significativa. El orden económico de la posguerra y el nuevo estatus hegemónico del liberalismo redujeron el potencial populista de la izquierda y permitieron que el populismo de derecha fuera la cepa predominante al norte del Canal de Panamá. Durante el resto del siglo, sin embargo, el populismo fue cooptado y dominado por elementos más conservadores de dentro y fuera del partido republicano. Esta situación fue cambiando cada vez más, especialmente tras los ciclos interrelacionados de neoliberalismo, tecnocracia y crisis económica de nuestro nuevo siglo. Finalmente, en 2017, el populismo de extrema derecha norteamericano accedió al poder.

En tanto movimientos, el Tea Party y luego el trumpismo planteaban en Estados Unidos interacciones autoritarias similares a las que habían definido al populismo en términos históricos a lo largo y a lo ancho del planeta. La lógica de la radicalización populista exaltaba la oposición entre

el pueblo y el Otro, a saber: los supuestos enemigos del pueblo. Este antagonismo extremo era precisamente lo que muchos seguidores esperaban de sus líderes. Como Pablo Piccato y yo sosteníamos sobre el trumpismo en 2016, «algunos observadores creen —o quizás esperan— que los seguidores de Trump interpretan mal o no creen en lo que él representa. Se equivocan». Entre esos observadores estaba el presidente Barack Obama, que sugería que los seguidores de Trump estaban siendo engañados. Sin embargo, varios estudios advirtieron una correlación entre el resentimiento contra los afroamericanos e inmigrantes y el apoyo a Trump. Nosotros planteábamos que «los seguidores de Trump quieren a Trump no a pesar de sus cualidades antidemocráticas sino precisamente por ellas»⁹⁶. No es posible reducir el populismo a sus líderes carismáticos ni explicar el impacto que tienen simplemente en función de si son verdaderos o falsos mensajeros del pueblo. Líderes y seguidores responden unos a las expectativas de los otros y moldean la realidad del movimiento. En rigor, así fue como nació el régimen populista moderno, democratizando el sistema dictatorial argentino. Pero también puede suceder lo contrario: por ejemplo, un líder votado por una gran minoría o una mayoría pequeña (como fue el caso de Maduro en Venezuela) puede decidir apartarse de la democracia y eliminar la necesidad de legitimidad electoral que es constitutiva del populismo histórico.

Como lo demuestra la historia moderna del populismo, esto se hizo evidente por primera vez con el peronismo. Bajo Perón, la Argentina experimentó una significativa redistribución del ingreso, hubo mejoras en los derechos de los trabajadores urbanos y rurales, los sueldos aumentaron y el empleo creció. Inicialmente no hubo mecanismos democráticos que acompañaran las reformas estructurales de la base social llevadas a cabo por Perón y la dictadura del 43 al 46. Así, los seguidores no podían expresar

formalmente su apoyo al régimen dictatorial y a su conductor. Esto no hubiera sido posible sin deslegitimar la dictadura. Perón resolvió la contradicción llamando a elecciones para legitimar su liderazgo, que hasta ese momento era dictatorial. Más aún, cuando fue desalojado de su puesto en la dictadura, en 1945, y durante las célebres manifestaciones que hubo en su favor, Perón estaba en condiciones de posicionarse como el líder de un *coup* popular contra la dictadura. Fue entonces, en febrero de 1946, cuando ganó las elecciones presidenciales. La democracia resultante combinaba la extensión de los derechos sociales, el aumento de la participación electoral de sus seguidores y la restricción de los derechos políticos de la oposición.

DEL PASADO AL PRESENTE

Más tarde, esta nueva forma de política de posguerra se convirtió en el ejemplo clásico de populismo latinoamericano. Versión autoritaria de democracia electoral, el populismo se representa a sí mismo como excluido de la política común. Sus reclamos de democracia no son electorales. Deja poco margen para que se expresen las minorías políticas, que son acusadas de traicionar la voluntad «real» de la nación o, peor, de ser meros títeres de poderes foráneos que conspiran contra el país. El populismo, por fin, confunde estado y movimiento, fortaleciendo formas de clientelismo en las que el líder aparece como la encarnación del pueblo. En efecto, Perón consideraba que su liderazgo era el lazo eterno entre el pueblo de la nación como un todo y el aparato de seguridad del estado. Como sostenía al referirse a sí mismo en tercera persona en el célebre discurso del 17 de octubre de 1945, «desde esta hora, que será histórica para la República, que sea el coronel Perón el vínculo de unión que haga indestructible la

hermandad entre el pueblo, el Ejército y la policía; que sea esta unión eterna e infinita para que este pueblo crezca en la unidad espiritual de las verdaderas y auténticas fuerzas de la nacionalidad y del orden». Perón se posicionaba como un líder de la ley y el orden. Podía unir a un público dividido, pero lo haría eliminando toda diferencia dentro del pueblo. De esa manera, el militar argentino alzaba a la policía y las fuerzas armadas contra supuestos enemigos del pueblo internos y externos, que comprometían no sólo la seguridad nacional del país sino también su identidad. Como sosteníamos con Pablo Piccato y Dirk Moses, Trump también había mezclado ese discurso alarmista y ultranacionalista del «nosotros versus ellos» y la idea de ley y orden con la ficción de que él era el «mensajero» del pueblo. En el discurso inaugural de la «carnicería norteamericana», Trump decía que el pueblo norteamericano había derrotado a una minoría de políticos: «Hace demasiado tiempo ya que un pequeño grupo de la capital de nuestra nación viene recogiendo las recompensas del gobierno mientras el pueblo carga con los costos». También decía que el país estaba acosado por el delito, y en plena campaña declaraba la falacia de que la «tasa de homicidios» era la más alta en casi medio siglo y que los policías eran «la gente más maltratada» de Estados Unidos⁹⁷.

Como buen alumno del populismo clásico, Trump actualizaba la línea populista de Perón, que dependía de la idea de que la democracia constitucional secular era la fuente de la decadencia nacional. Representándose a sí mismos como la personificación de sus naciones y pueblos, estos líderes querían usar el mandato electoral para poner a sus países cabeza abajo. Y en el trumpismo esta ficción se sostuvo incluso contra la evidencia de que Trump, a pesar de su victoria en el Colegio Electoral, había perdido en la votación popular. En el peronismo, esta visión autoritaria de la democracia actualizaba la necesidad de utilizar el voto

popular para legitimar la síntesis de nacionalismo y socialismo nacionalista no marxista de entreguerras. En sus memorias, Perón identificaba claramente el fascismo italiano y el nazismo con ese «socialismo de carácter nacional». Hablando de su visita a la Italia fascista, decía: «Elegí cumplir mi misión desde Italia, porque allí se estaba produciendo un ensayo de un nuevo socialismo de carácter nacional. Hasta entonces, el socialismo había sido marxista: internacional, dogmático. En Italia, en cambio, el socialismo era *sui generis*, italiano: el fascismo»⁹⁸. Perón reordenó el fascismo de manera radical, dándole una clave democrática y antiliberal. Pero el populismo no es argentino, latinoamericano, norteamericano, asiático ni europeo. Es, en cambio, un fenómeno global con historiales distintivos europeos, asiáticos, norteamericanos y latinoamericanos. Es y fue el resultado de interconexiones y transferencias de ideas políticas y experiencias históricas a lo largo del Atlántico y más allá.

El populismo surgió primero como una solución democrática antiizquierdista y un intento de superar la dicotomía de posguerra entre liberalismo y comunismo. Al «democratizar» las experiencias no democráticas del fascismo, el peronismo se convirtió en el primer ejemplo de régimen populista de posguerra. Muy pronto lo siguieron otros regímenes en Brasil y Bolivia y otros países latinoamericanos.

Luego de su surgimiento moderno como una reformulación del fascismo, el populismo ha tenido historiales diversos y contrastantes. Como sostiene Hans Vorländer, el populismo puede comportarse como «los buenos, los malos y los feos». Puede tener efectos diversos y contradictorios sobre la democracia. Puede estimularla, limitarla o aun destruirla⁹⁹.

Por lo general, los regímenes populistas clásicos de América Latina han combinado un liderazgo presidencial plebiscitario autoritario, el apoyo electoral de amplias mayorías populares y una extensión de los derechos

sociales. Más recientemente, el populismo de derecha europeo, por otro lado, ha hecho blanco generalmente en los inmigrantes y puesto el acento en la desintegración europea. En sus formaciones históricas recientes, el populismo representa una respuesta no pluralista a la recesión económica global y a una crisis de representación ampliamente perceptible, alimentada por la presencia continua de una élite de tecnócratas que pasa de gobierno en gobierno y es vista como indiferente a las brechas sociales¹⁰⁰.

Estas respuestas al neoliberalismo vienen de la derecha y de la izquierda y a veces, como en el caso del movimiento Cinco Estrellas en Italia o el movimiento kirchnerista en la Argentina, están amalgamadas. Esta amalgama cuestiona las demarcaciones tradicionales entre izquierda y derecha, pero no elimina diferencias importantes, incluso sustanciales, entre, por ejemplo, el populismo izquierdista del movimiento de Evo Morales en Bolivia y el populismo xenófobo de los Auténticos Finlandeses¹⁰¹. Sus respuestas al neoliberalismo, extremadamente distintas, explican por qué la izquierda y la derecha, después de todo, no pueden homologarse con el pretexto de las definiciones genéricas no históricas. Sin embargo, el populismo remodela constantemente los límites ideológicos tradicionales.

El populismo de izquierda y de derecha se ha convertido en una fuerza política en Europa. Grecia y España son los casos más relevantes de populismo de izquierda. En Inglaterra, Italia, Francia, Eslovaquia, Bulgaria, Dinamarca, Finlandia, los Países Bajos, Alemania y Austria, los políticos populistas de derecha insisten en la necesidad de devolverle el poder al «pueblo» y quitárselo a las «élites oligárquicas». Aunque suelen no ser consideradas parte de Europa, tanto Turquía como Rusia constituyen formas claras de liderazgo populista en las que la oposición aparece como contraria a la voluntad del pueblo. Amanecer Dorado en Grecia y el partido Jobbik en

Hungría, que promovían una forma de populismo más extrema que muchos otros movimientos, pueden ser vistos como seguidores de un nuevo fascismo, o más simplemente como formas de neonazismo.

En última instancia, estas oscilaciones entre fascismo y populismo representan la posibilidad de destruir las versiones democrático-autoritarias del populismo y simplemente convertir al populismo en fascismo. Del lado «moderado», las actividades del UKIP en Inglaterra, con sus propuestas de retorno a la nación y su rechazo antipolítico de las instituciones, contribuyeron con éxito al Brexit de 2016 y, en términos más generales, a la desintegración europea.

Cuando están en la oposición, las formaciones populistas están incompletas y se limitan a funcionar como partidos de protesta dentro del sistema. Al no estar en el poder, su influencia depende de cómo afecten la agenda política. Su función es trabajar por el nacionalismo excluyente. El éxito de esta derecha populista, encarnado por, pero ciertamente no limitado a, una serie de acontecimientos que va de los múltiples referéndums antieuropeos al Brexit, muestra su particular fuerza en los modos en que se opone al *statu quo*: la antipluralidad, las expresiones de ira, el descontento general, más específicamente la crítica a los inmigrantes y la prensa y, por sobre todas las cosas, el retorno del ultranacionalismo¹⁰². En la mayoría de los casos, la derecha política presenta la paradoja de un «pueblo» que se enfrenta contra el potencial de la vida democrática y el pluralismo, pero esto va acompañado de otra paradoja: valores antidemocráticos que hablan, en nombre de la democracia, contra la tiranía, el fascismo o la dictadura. Como observa Rancière, las formas de soberanía oligárquica están ligadas a la política a través del parentesco o la raza. Ambas representan formas antidemocráticas de acción contra una democracia más igualitaria¹⁰³. Si el populismo, como veremos en el capítulo siguiente, pone límites a la noción

de soberanía popular combinándola con las ideas trinitarias de líder y pueblo, el neoliberalismo también postula una noción de soberanía doble. Tras muchas décadas de apoyar dictadores en el sur global, el neoliberalismo también combina la fe en la acción del mercado con la legitimidad de los mecanismos electorales a escala global. Como afirma Wolfgang Streeck, el neoliberalismo representa una forma de soberanía que no se apoya significativamente en la participación democrática, puesto que también descansa en los imperativos del mercado. Así, al desplazar la participación política de los ciudadanos, el neoliberalismo también propone su cuestionamiento propio de la democracia y hasta combina la soberanía popular con la soberanía del mercado. Una dimensión de esta conciliación entre vida capitalista y vida social es el hecho de que la lógica del mercado tiende a naturalizarse y luego a presentarse como un imperativo moral o ético que está antes o por encima de la política. Para Streeck, «el capitalismo neoliberal y la democracia electoral pueden convivir en paz siempre y cuando la democracia esté privada de su capacidad de intervenir políticamente de manera igualitaria en el “libre juego de las fuerzas del mercado”». El resultado de esta privación es el «fortalecimiento autoritario de un monocultivo capitalista»¹⁰⁴.

Tanto el neoliberalismo como el populismo quieren gobernar en nombre y en función de los intereses del pueblo, pero sin tener en cuenta la legitimidad de otras concepciones de la sociedad. Eso es lo que sucede especialmente en Europa, pero aunque pretendan destruir la Unión Europea, la mayoría de esos nuevos movimientos populistas de derecha europeos no tratan de destruir la democracia, sólo de limitar su alcance y restringir su potencial emancipatorio. Sin embargo, el retorno del fascismo en Europa aparece bajo la forma de la radicalización, en algunos países, de las genealogías más autoritarias del populismo. No es el caso de la mayoría de

los europopulismos, pero en Grecia, el partido Amanecer Dorado está profundamente arraigado en el pasado fascista. La crisis financiera del país, y la insistencia de Alemania y la Unión Europea en poner en práctica severas medidas de austeridad neoliberales, han generado reacciones populistas que evocan los fantasmas del fascismo europeo de entreguerras. El partido Amanecer Dorado, fascista, usa abiertamente un logo parecido a una esvástica. Sus seguidores han perpetrado violentos ataques físicos (y hasta el asesinato) contra inmigrantes y opositores políticos y la línea del partido incluye el antisemitismo y la denegación del Holocausto. Sentimientos análogos están en alza en Hungría, donde el partido Jobbik, nacionalista, antiinmigrante y antisemita, es una de las formaciones políticas más importantes del país¹⁰⁵.

Del otro lado del Atlántico, la exitosa campaña presidencial de Donald Trump reposicionó a Estados Unidos como centro mundial del populismo de derecha. Con su insistencia en la discriminación étnica y religiosa, Trump abrazó el racismo con un grado de explicitación que superaba los estratégicos cambios de imagen del Frente Nacional en Francia y el Partido de la Libertad austríaco.

En reacción ante el liberalismo pero también ante la izquierda, Europa y Estados Unidos asisten al retorno de una forma de populismo de derecha que lo retrotrae a la versión autoritaria clásica del populismo latinoamericano, aunque sin su énfasis en la inclusividad social de todos los ciudadanos. Los europopulistas y los populistas norteamericanos de derecha han reemplazado la crítica populista de la desigualdad social entre todos los ciudadanos por el reclamo doble de una mayor inclusión social y política para las mayorías blancas y la urgencia de excluir de la nación a minorías étnicas, religiosas o de inmigrantes. En un contexto de creciente desigualdad social, los líderes populistas europeos y norteamericanos de

derecha insisten en la necesidad de desligar a los ciudadanos de las formas tradicionales de representación democrática. A su juicio, los líderes representan una encarnación del pueblo «real», en el sentido de opuesto a la totalidad de los habitantes. En Europa, por ejemplo, en países como Inglaterra, los Países Bajos, Francia e Italia, estas perspectivas antiminoritarias trascienden la visión de los movimientos populistas y son cada vez más aceptadas entre los políticos conservadores y hasta los socialdemócratas.

En América Latina, los populismos de derecha y de izquierda solían poner énfasis en la integración regional. No es el caso del populismo de derecha en Europa y Estados Unidos. Aunque el populismo surgió en los años 40 como una respuesta anticomunista a la izquierda que combinaba la redistribución social con el capitalismo de estado, en los años 90 se transformó en un nuevo intento antiizquierdista de combinar el liderazgo vertical con la economía de libre mercado. Esos programas de austeridad solían presentarse como respuestas a una recesión y una disfunción económica crecientes. En realidad, no conseguían resolver ninguno de los dos problemas, y contribuían a reducir la capacidad del estado para sortear las brechas sociales de América Latina. Los populismos latinoamericanos recientes, asociados con la izquierda en Bolivia, Venezuela y Ecuador, son claros frutos de ese ciclo populista de derecha e izquierda. En reacción al populismo de derecha, ahora fusionan el estado con el movimiento, reforzando formas de clientelismo que promueven al líder como proveedor efectivo del pueblo. Las brechas sociales a veces se acortan, pero lo que prevalece sobre todo es la polarización política¹⁰⁶. En cambio, las recientes experiencias populistas europeas y norteamericanas se asemejan a las primeras formas de populismo clásico, aunque con una clave mucho menos inclusiva que la del peronismo o el varguismo en Brasil. No hace mucho

tiempo, los estudiosos del populismo nos aseguraban que un país como Alemania (una potencia líder de Occidente) era de algún modo inmune al populismo, como si fuera un paradigma digno de ser emulado¹⁰⁷. En realidad, Alemania es también un ejemplo destacado de una forma de populismo xenófobo euronorteamericano más extendido.

El nuevo populismo de la derecha europea —en su forma radical (Grecia, Hungría) o en dosis relativamente pequeñas (Francia, Italia, Austria, Alemania y los Países Bajos)— está sorprendentemente abierto a sus fundamentos predemocráticos. La misma lógica anima las aventuras del populismo norteamericano en el siglo XXI, que, en el mejor de los casos, sigue siendo ambivalente en relación con las instituciones democráticas. Y, en el peor, lo que quiere es destruirlas. Especialmente en Europa, la posibilidad de que el populismo regrese a su genealogía antidemocrática plantea las siguientes preguntas: ¿se remodelará el europopulismo de derecha? ¿Desmerecerá las credenciales democráticas que acaba de conquistar? ¿Reactualizará su pasado fascista reprimido? Adoptando posiciones racistas y neofascistas contra el pluralismo democrático y los derechos de las minorías, los populistas de derecha griegos y su contraparte húngara —junto con muchos otros partidos antieuropeos— muestran que las líneas populistas europeas quieren, en efecto, reconvertir el populismo en fascismo. Volver al fascismo dictatorial significaría la disolución de lo que el populismo ha sido desde 1945; en suma, un autoritarismo democrático.

El populismo clásico rechazaba no sólo las formas dictatoriales fascistas sino también la violencia política, el racismo y el antisemitismo en dosis altas, al igual que la guerra y el militarismo. Es cierto que Perón dio la bienvenida a muchos nazis y otros fascistas, y que Vargas también persiguió minorías en Brasil. Sin embargo, Perón también hizo que los judíos fueran

miembros plenos de la nación, siempre y cuando se pensaran como judíos peronistas. Las campañas de Vargas contra las minorías se parecían más a las líneas antiliberales contemporáneas de la democracia norteamericana (por ejemplo, las acciones de Franklin Delano Roosevelt contra los norteamericanos de origen japonés) que a las leyes racistas del fascismo de corte nazi. El populismo suponía un rechazo de las modalidades fascistas. El pasado se había caracterizado por la violencia, pero el futuro sería diferente. Como dijo Perón en 1945, antes de ser elegido: «No se gana con la violencia. Se gana con inteligencia y organización (...) el futuro nos pertenece». De manera similar, Eva Perón decía que había diferenciado de manera clara y explícita al régimen peronista de la dictadura de Franco en una visita a esta última, cuando le explicaba a Carmen Polo, esposa del dictador español, la diferencia esencial entre la voluntad popular expresada por el peronismo y la violencia impuesta que representaba Franco: «La aguanté durante un rato, hasta que no pude más y le dije que su marido no gobernaba con los votos del pueblo sino con la imposición de una victoria. A la gorda no le gustó ni medio»¹⁰⁸.

El peronismo y los demás populismos latinoamericanos polarizaron sus sociedades, pero no incurrieron en altas dosis de represión y violencia política.

Las dos últimas décadas de populismo latinoamericano están llenas de ese mismo tipo de fenómenos autoritarios interiores a la democracia; el populismo maridó formas verticales de democracia con formas verticales de liderazgo. El caso de Venezuela bajo Chávez y Nicolás Maduro, por ejemplo, suele complicar las postales ideales típicas. Sus regímenes populistas fortalecieron al ejército y el militarismo popular e incurrieron a veces en el antisemitismo. Aunque el comandante Chávez había participado primero de un *coup* (como Perón en 1930 y 1943), más tarde se

comprometió a pleno con elecciones democráticas, aun cuando restringiera otros mecanismos democráticos. Así, en líneas generales, el populismo latinoamericano dejaba atrás el fascismo y adoptaba en realidad las formas autoritarias de democracia que tan bien lo definían. No queda claro si las formas europeas o norteamericanas de populismo neoclásico de derecha están tan comprometidas con la democracia formal como ha sido generalmente el caso en la mayoría de los historiales del populismo de izquierda y de derecha latinoamericano. El fascismo siempre acecha la historia pasada y presente del populismo, especialmente en Europa. A diferencia de la mayoría de las versiones latinoamericanas del populismo, que están firmemente arraigadas en la democracia formal, el europopulismo corre el riesgo de restituir el fenómeno populista a sus orígenes prepopulistas o incluso fascistas. Al deshacer la reformulación posfascista del fascismo, los populismos europeos más extremos se han ido pasando cada vez más al neofascismo.

El populismo es lo contrario de la diversidad, la tolerancia y la pluralidad políticas. Habla en nombre de una supuesta mayoría y descarta los puntos de vista de todos aquellos a quienes considera parte de la minoría. Sus enemigos, especialmente en el caso de la derecha, incluyen a menudo minorías religiosas o étnicas y siempre a la prensa independiente. Perón hablaba en nombre del pueblo y se consideraba contrario a las élites. Como Le Pen, Wilders, Trump y muchos otros líderes contemporáneos, el general argentino, como de costumbre, oponía su propia persona a la política. Representaba la «antipolítica» y concebía su propio rol en términos mesiánicos. Tenía la misión de cambiar la Argentina de raíz y darle una nueva fundación histórica en una época de crisis terminal.

Si Perón fue el epítome del populismo del siglo xx, la nueva cepa de derecha representa la nueva ola populista del nuevo siglo. Esta vez, sin

embargo, el populismo vuelve a ciertos temas fascistas que Perón y el populismo clásico habían rechazado. La derecha populista norteamericana —y sus contrapartes europeas, Marine Le Pen en Francia, la Liga del Norte italiana o los alemanes AFD y Pegida— ha vuelto a la xenofobia de un modo que el conductor latinoamericano jamás hubiera imaginado.

Si el rechazo del racismo era uno de los elementos decisivos que alejaba a la democracia autoritaria de Perón de las concepciones xenófobas y fascistas del pasado, hoy el racismo parece estar otra vez en el centro de la política. Formado en el contexto del principio de la Guerra Fría, el populismo representa una tercera vía entre la izquierda y la derecha tradicionales. Cuestiona la lógica y la idea de democracia desde adentro. Del fascismo al peronismo y del lepenismo al trumpismo y viceversa, el populismo sigue siendo una respuesta poderosa a, y un desafío importante para, las formas políticas tanto convencionales como radicalmente emancipatorias. Representa un desafío igualmente inquietante a cualquier teoría crítica e histórica de la democracia.

3

EL POPULISMO ENTRE LA DEMOCRACIA Y LA DICTADURA

La dictadura es uno de los cimientos del populismo moderno, y aun así populismo no es dictadura. En el contexto del principio de la Guerra Fría, esta paradoja se materializó en la renuncia del populismo moderno al poder dictatorial, que a su vez creó una forma de régimen democrático nueva y autoritaria. La experiencia dictatorial fascista fue un factor clave en el surgimiento de los regímenes populistas, y el populismo se definió en parte por oposición a la dictadura. La «dictadura fascista», un tipo histórico específico de dictadura de masas moderna, pues, es central en la genealogía del populismo. Algunos enfoques del populismo ponen el acento en las relaciones de oposición y las continuidades más recientes entre el populismo y las dictaduras de la Guerra Fría, perspectivas con las que dialogo en estas páginas. A diferencia de ellas, sin embargo, prefiero insistir en la necesidad de comprender la naturaleza ambivalente y contradictoria del populismo en el marco de su firme rechazo de la versión fascista del poder dictatorial previo a la Guerra Fría¹. El populismo ya era una forma de democracia antiliberal y autoritaria bastante antes del surgimiento de las ahora clásicas dictaduras de la Guerra Fría en Brasil, Pakistán, El Salvador y muchos otros lugares, y se definía y sigue definiéndose por su rechazo contextual de la dictadura. Al mismo tiempo, el populismo sigue compartiendo algunos elementos dictatoriales, tomados especialmente de

los remanentes de la experiencia fascista global de las dictaduras de masas que terminó luego de la Segunda Guerra Mundial.

¿Pueden la ideología, el movimiento y el régimen populistas ser democráticos y fuertemente antiinstitucionales? ¿Puede un tipo antiinstitucional de política que comparte muchos aspectos con la dictadura convertirse en su contrario? O tal vez no baste con reflexionar sobre las incongruencias del populismo, dado que, como sostengo, las dos cosas son ciertas y siempre han formado parte de la experiencia del populismo moderno. Para contestar estas preguntas, por lo tanto, hace falta entender cómo y por qué estas aparentes contradicciones pasaron a formar parte del populismo una vez que éste constituyó un régimen, luego de 1945. Más aún, las respuestas aparecen encarnadas en las complejas y variadas conexiones entre populismo y dictadura que se dieron en diferentes contextos, lo que equivale a decir que la pregunta teórica planteada por las afinidades entre populismo y dictadura debe encuadrarse en términos históricos. Sorprendentemente, muchos estudiosos del populismo, en especial los que suministran las definiciones más simplistas, o los que sólo lo estudian como movimiento de oposición, omiten considerar un problema crucial: qué estaba sucediendo cuando el populismo llegó al poder. Ésta es la clave, sin embargo, para entender la historia y la teoría del populismo. Para decirlo sin rodeos, es imposible tener una imagen completa del populismo sin analizar cómo y por qué gobernó.

El antiinstitucionalismo es una faceta central de las dictaduras fascistas y el populismo moderno en el poder. Es indudable que ambos intentaban superar la sensación de que el liberalismo estaba en crisis, eso que ellos mismos caracterizaban como una crisis de representación democrática. Los dictadores fascistas y los líderes populistas, por ejemplo, rechazaban la función mediadora de las instituciones y buscaban establecer un vínculo

orgánico directo entre el líder y el pueblo. Pero ¿cuáles son las diferencias entre populismo y dictadura? La principal reside en sus distintas posturas frente a la violencia política, o incluso la persecución política y la muerte política. Mientras las democracias populistas tienden a apoyar la necesidad del monopolio estatal de la violencia pero no a practicarla, las dictaduras, especialmente las fascistas, tienden no sólo a monopolizar la violencia sino también a ejercerla ampliamente sobre sus ciudadanos, muchas veces fuera del imperio de la ley. Esta dimensión antiinstitucional del poder dictatorial, que es central en el desencadenamiento de la violencia política, presenta una nítida diferencia respecto de la postura del populismo frente a la violencia.

DICTADURAS E INSTITUCIONES

¿Qué es la dictadura moderna? ¿En qué se diferencia de la tiranía y el despotismo (categorías usadas para designar formas de poder ilegítimas ejercidas a través de la represión y la violencia en contextos previos al surgimiento y la consolidación de la democracia moderna) y por qué esta distinción de la historia conceptual es tan importante para la comprensión histórica del populismo? Para decirlo sencillamente, la dictadura moderna es una forma de gobernar la nación que combina violencia y consentimiento popular con un dictador que gobierna en nombre del pueblo, aunque en la práctica su *dictum* está más allá de las leyes y los mecanismos institucionales. Las dictaduras modernas preservan algunos mecanismos legales, pero la voluntad de los dictadores puede desbancarlos en cualquier momento.

Como sugiere Andrew Arato, la dictadura es lo contrario de la democracia moderna. A diferencia de las tiranías clásicas, la dictadura

moderna es un sistema ideológico que encierra promesas absolutas de «transición» hacia un orden nuevo. En otras palabras, representa una alternativa clara a la democracia constitucional. En sí misma, la dictadura romana era temporaria por su naturaleza de institución republicana, mientras que las constituciones modernas no consideran la posibilidad de una dictadura más o menos permanente. Como señala Arato, hay un abismo inmenso entre el significado antiguo y moderno del término *dictadura*. Si la tradición antigua implicaba a menudo la creación legal de un magistrado extralegal, esto sucedía como un paréntesis respecto de la política normal. El dictador moderno, en cambio, subvierte el orden democrático constitucional y combina la actividad ilegal o extralegal con la afirmación de la soberanía popular (los dictadores, por ejemplo, sostienen que el pueblo quiere que permanezcan en el poder más o menos para siempre, al revés que los líderes elegidos). Defensor del poder dictatorial, el pensador autoritario Carl Schmitt sostenía, antes de volverse nazi, que la dictadura era la mejor forma de identificación entre el ejecutivo y el pueblo en la era de la democracia moderna. Oponiéndose a formas más antiguas, las nuevas dictaduras resolvían el conflicto entre representación y delegación, legitimidad y legalidad, mecanismos y gobierno directo de la nación en nombre del pueblo. La dictadura moderna combinaba las viejas ideas con las nuevas, encarnando la soberanía popular en la persona del dictador en vez de distribuir el poder entre las tres ramas del gobierno. Así, el término moderno *dictadura* surgió de la necesidad de conceptualizar la nueva realidad del poder autoritario y el surgimiento de «gobiernos extraordinarios» que alteraban el orden de las cosas, eliminaban la democracia y combinaban el desdén del poder de la ley con altos niveles de represión, la eliminación o sometimiento de la prensa y el rechazo de elecciones competitivas con un consenso masivo y, en términos más

generales, la transgresión de instituciones como la separación de poderes y la libertad de expresión².

Toda dictadura moderna es capaz de desplegar políticas altamente ideológicas y «antiinstitucionales» y abrazar formas de violencia revolucionaria radical que se oponen a «formas de normalidad existentes (definidas por la legalidad, la democracia de procedimientos o la burocracia)». Así, algunas dictaduras modernas no totalitarias, que Hannah Arendt se equivocaba al considerar demasiado lejanas de las formas antiinstitucionales totalitarias de dictadura, se valen también del lenguaje y la violencia real para deshumanizar y volver abyecto al Otro. En otras palabras, las dictaduras no totalitarias pueden participar de la violencia radical antiinstitucional sin pasar por formas de dictadura fascistas y totalitarias. Al mismo tiempo, las dictaduras fascistas también están en condiciones de tolerar durante un tiempo las formas institucionales de la política, pero sólo hasta un punto, dado que el desencadenamiento de la violencia estatal, y no su restricción weberiana, es una dimensión clave de la ideología fascista. El corolario de esa violencia define el antiinstitucionalismo de la dictadura fascista. Especialmente en las dictaduras modernas de tipo fascista, uno puede observar una inversión del objeto de análisis de las normas penales del estado. El estado ya no es fundamentalmente el que legisla sino el sujeto que viola la ley. Arato señala que las dictaduras fascistas y no fascistas pueden ser igualmente antiinstitucionales³.

La dictadura de masas puede ser al mismo tiempo no totalitaria y extremadamente violenta y altamente ideológica. El caso de la dictadura de la Guerra Sucia argentina (1976-1983) ilustra este punto a la perfección. La Guerra Sucia no fue una guerra real sino una militarización ilegal de la represión estatal. Su violencia extrema no fue exclusiva de la Guerra Fría

argentina; apareció también en Chile, Guatemala, Indonesia y muchas otras formaciones dictatoriales que rechazaban los mecanismos democráticos e incurrían en una represión y asesinatos generalizados. En la dictadura argentina de los años 70, era la ideología la que conducía la burocracia de la represión y la violencia. No había tecnócrata gubernamental que pusiera en duda los métodos radicales animados por la ideología. Como los campos de concentración de los regímenes nazis, los de la Argentina estaban específicamente organizados por el poder administrativo del estado como sedes de una violencia ritualizada. En los centros de detención clandestinos de la Argentina no había límites para la violencia dictatorial. Dentro de los campos, la dictadura estaba blindada para la mirada pública y podía imponer una «dominación total». Los campos tenían un ethos fascista y constituían un universo creado políticamente donde la violencia reinaba de manera suprema. Eran un mundo más allá de la ley, construido para satisfacer y reconfigurar las demandas de la teoría fascista y su impulso antiinstitucional de victimizar a los supuestos enemigos del pueblo argentino⁴.

Como la de la Argentina, la mayoría de las formas dictatoriales de la Guerra Fría diferían del populismo contemporáneo en el modo peculiar en que éste concebía lo político. Pero ¿podía el populismo moderno ser igualmente antiinstitucional? El antiinstitucionalismo populista rechazaba claramente el énfasis dictatorial en la violencia y la represión, y ese rechazo constituía una condición *sine qua non* para la legitimidad y sustentabilidad de los regímenes populistas. Ni siquiera dictaduras supuestamente moderadas como la del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975) en Perú y la *dictablanda* del general Marcos Pérez Jiménez (1952-1958) en Venezuela, o las más violentas pero aun así relativamente contenidas, como el régimen del último Franco en la España de los años 60 y la dictadura

militar de Brasil (1964-1985), usaron el monopolio estatal de la violencia, y la significativa restricción de ese uso, sólo como una metáfora política⁵. También usaron esas estrategias para imponer el recuerdo global y local de la represión, la tortura y la violencia estatal recientes en la cabeza de la gente. En cambio, en teoría el populismo moderno no descansa en la violencia sino más bien en decisiones electorales tomadas por una mayoría ciudadana. Aunque el general Juan Domingo Perón o posteriormente el comandante Hugo Chávez y muchos otros hubieran intentado sus *coups* en sus inicios como líderes populistas, todos rechazaban más o menos la violencia típica de las dictaduras de masas. El mismo Perón lideró originalmente una dictadura militar, pero finalmente apostó por las elecciones y otros mecanismos democráticos para ratificar su poder, y ese cambio marcó la diferencia respecto del uso de la violencia del estado contra la oposición. Gran parte de los antecedentes muestran que, especialmente cuando estaba en el poder, el populismo combinaba, y sigue combinando, un alto nivel de política antiinstitucional (incluso con algunos patrones totalitarios) con un bajo nivel de violencia antiinstitucional.

Los aspectos antiinstitucionales del populismo eran un resultado pero también una negación del pasado fascista. El populismo clásico estaba conectado con la teoría fascista, pero también proponía explícitamente su extinción y la creación de una democracia anticomunista no liberal de «tercera vía». El populismo está más conectado con el fascismo que con otras formas dictatoriales de la Guerra Fría, a menudo explícitamente antipopulistas. Pero el populismo no es en absoluto un fascismo, lo que equivale a decir que no es dictatorial en el sentido antiinstitucional fascista. Pese a las tentativas historiográficas recientes de menospreciarlas, historiadores del fascismo como Paul Corner han destacado el carácter central de las dimensiones represivas dictatoriales del fascismo. Y esa

centralidad de la violencia represiva marca un límite claro, un muro epistemológico, entre populismo y fascismo⁶.

Mientras el fascismo rechazaba claramente los mecanismos democráticos, las versiones populistas de la democracia pos 1945 como el peronismo argentino o el varguismo en Brasil no sólo rechazaban la política antiinstitucional fascista (y su consecuente política de violencia) sino que también adoptaban las elecciones libres y, en términos más generales, la representación electoral tal como la concebían las democracias liberales. En ese sentido formal, y desde sus inicios modernos, el populismo no puede ser considerado un tipo de dictadura. Pero el populismo proponía un rechazo del «demoliberalismo» que a menudo confundía legalidad con legitimidad, desconociendo ciertas libertades políticas y al mismo tiempo enfatizando o incluso ampliando derechos sociales y políticos, entre ellos, en ocasiones, la participación de los votantes en el proceso electoral.

¿Se puede hablar de una forma de totalitarismo populista? Es cierto que los observadores antifascistas de posguerra a menudo pensaban que el rechazo populista de la democracia liberal evocaba las dimensiones totalitarias de la dictadura fascista. Ése fue el caso, por ejemplo, de antifascistas como el sociólogo italiano Gino Germani y el escritor argentino Jorge Luis Borges⁷. Ése es también el parecer de muchos observadores comunes de Europa o Norteamérica, que confunden las experiencias pasadas y presentes del fascismo y el populismo. Se entiende, en términos contextuales, que esos intérpretes reaccionen como reaccionan ante el discurso de peronistas, lepenistas o trumpistas, tan inquietantemente parecido a las formas dictatoriales de liderazgo fascista. Es lo que sucede en especial con los discursos populistas del pasado y el presente que fusionan al líder con la sagrada voluntad del pueblo y la totalidad de la nación.

El líder aparece bajo una forma doble, como figura divina y héroe nacional del pueblo. Por ejemplo, Eva Perón, la esposa del general, exaltaba a Perón al nivel de una totalidad que abarcaba a la nación y al pueblo: «Yo no he hecho nada; todo es Perón. Perón es la Patria, Perón es todo, y todos nosotros estamos a distancia sideral del Líder de la nacionalidad (...) La Patria está salvada, porque está en manos del general Perón»⁸.

De la «distancia sideral» entre el líder y sus súbditos a la noción del líder mesiánico como salvador trascendental del pueblo y la nación, hay elementos de la teoría fascista del tipo dictatorial de liderazgo que aparecen claramente en este ejemplo de concepción populista de la política como poder directo. El líder es el receptor, pero también el salvador y el mensajero de un futuro de redención nacional. Esto se aplica a la mayoría de los populistas, de Perón a Trump y de Chávez a Le Pen. Y sin embargo, los líderes populistas han sido elegidos y reelegidos, y los regímenes populistas casi nunca abolieron las elecciones libres.

Para recapitular algunos de mis argumentos principales, las formas populistas son significativamente autoritarias. Pero, a diferencia del fascismo clásico, que usa y abusa de la democracia para generar dictadura, el populismo no destruye la representación democrática ni se presenta como si estuviera más allá del poder de la ley. Muchos observadores antifascistas y antipopulistas de ayer y de hoy fueron incapaces de reconocer la naturaleza doble de la idea populista —posfascista— de representación, y la naturaleza igualmente doble de la interacción entre el líder y sus seguidores. El populismo también pelea por un «estado dual» en el que la posición del líder ocupa un lugar extraordinario. Pero, a diferencia de lo que ocurre en el fascismo, el líder populista no está del todo por encima de los procedimientos y las instituciones.

No se puede decir que el populismo sea dictatorial cuando, especialmente luego de 1945, él mismo ha insistido explícitamente en la legitimidad política de la representación democrática. El populismo moderno no es una forma de dictadura de masas por tres razones históricas conexas: 1) el rechazo populista, determinado por el contexto, de la violencia dictatorial fascista; 2) el hecho de que el líder no está totalmente por encima de la ley, y que su poder no equivale del todo a la ley ni al estado; y 3) el problema de la representación electoral y el concepto dual de soberanía popular que propone el populismo. Estas tres razones son eminentemente ideológicas y no una mera cuestión de estilo o estrategia.

En definitiva, la maleabilidad de la ideología autoritaria populista en cuanto a programas (de izquierda, neoliberales, de extrema derecha), el personalismo radical y el culto del líder y sus ideas antidemocráticas sobre el enemigo no deberían confundirse con insipidez ideológica. El populismo puede hacer muchas cosas —ampliar o reducir la participación democrática, crear una nueva clase capitalista o fortalecer los poderes corporativos tradicionales, enfrentar o defender el racismo—, pero su idea de la democracia es siempre la misma. Es una democracia gestionada por un líder que no sólo habla en nombre del pueblo sino que también ocupa su lugar en términos simbólicos. Cuando el populismo se vuelve régimen, el líder actúa en nombre del pueblo. El paquete incluye la idea de que los enemigos del pueblo son el antipueblo: en suma, los que, al no reconocer la naturaleza unitaria y delegativa del líder y el movimiento, no son verdaderos miembros de la nación. Para los populistas, esto se debe a que los enemigos son miembros de las élites, simples ciudadanos mal informados o traidores a la voluntad popular de la nación. Los primeros regímenes populistas de la historia cobraron forma luego de 1945, cuando estas ideas exclusivistas de líder, nación y pueblo (ideas que hasta entonces habían formado parte

esencial del fascismo) se combinaron con mecanismos electorales. De allí en adelante, las aventuras del populismo moderno de posguerra han sido extremadamente variadas. Es hora de referirnos ahora a la diversidad del populismo en la historia y en el mundo.

DEMOCRACIA, NEOPOPULISMO Y NEOLIBERALISMO

El populismo moderno de posguerra fue una reformulación del fascismo, especialmente en cuanto a la representación política. Cuando Carl Schmitt concibió su teoría de la dictadura, los dos tipos ideales que describía eran el comisariato y el soberano. Mientras que el primero se presenta para corregir las cosas en una situación de emergencia, el segundo introduce cambios radicales, incluso revolucionarios, en el sistema político⁹. Aunque Schmitt aclaraba que, especialmente en los tiempos modernos, esta tipología se desintegraba en versiones reales que combinaban ambas formas de dictadura, uno podría decir que las dictaduras de masas fascistas eran mucho más soberanas que comisariales, en el sentido en que creaban un nuevo orden político epocal.

El populismo también se presentaba como un cambio epocal, pero en la práctica representaba un retorno a la «normalidad» democrática. El populismo está muy lejos de la lógica representacional de la dictadura de masas. En las teorías fascistas de la representación, líder, pueblo y nación se combinan para formar una ecuación unitaria. El líder no es simplemente elegido en el sentido democrático liberal. Se cree que representa permanentemente la «voluntad del pueblo». En suma, la dictadura está en la raíz de la forma de representación fascista. En cambio, luego de 1945, el populismo ha tenido un concepto mucho más ambivalente de las formas perennes de representación. En el populismo, la democracia pone límites a

sus propios deseos de representación total, aunque de Vargas a Hugo Chávez haya habido una tendencia persistente a centralizar cada vez más el poder en la presidencia. En las dictaduras fascistas, el poder, sin la mediación de forma alguna de representación electoral verdadera, se delega por completo en el líder. El fascismo borra el sistema democrático de representación electoral, mientras que el populismo viene recreando la democracia desde 1945. Así, si Hitler o los fascistas chinos o argentinos se proponían destruir la democracia, el populismo resucitó en cambio su legitimidad, tras la caída del fascismo, aunque de un modo autoritario. Las dictaduras de masas fascistas eliminaban la representación electoral, mientras que los líderes populistas como Perón o Vargas le devolvían legitimidad en un sentido antiliberal y corporativo.

Mientras que un líder de una democracia populista puede dejar de presidir el ejecutivo por vía de restricciones constitucionales o, más sencillamente, perdiendo una elección, no hay dictadura fascista que admita una situación semejante. Líderes populistas como Perón en la Argentina o, más recientemente, el comandante Hugo Chávez en Venezuela, encarnan bien esa situación. Cuando tropezaron con límites constitucionales, ambos llamaron a elecciones para reformar la constitución, Perón en 1949 y Chávez en 2007¹⁰. Apenas el líder populista desconoce los mecanismos democráticos, el populismo traiciona su renuncia a la dictadura y se convierte en una de ellas. Ése fue el caso, por ejemplo, del presidente populista peruano Alberto Fujimori y su autogolpe de 1992¹¹. Cuando el líder se topa con límites condicionales y no acepta la posibilidad de dar un paso al costado, el populismo se deshace y, en un sentido, deja de ser populista.

Cuando intenta minimizar los controles y equilibrios constitucionales, el populismo, a diferencia del fascismo, nunca defiende la idea de un ejecutivo

unitario que elimine de manera total la política electoral multipartidaria y la separación de poderes. Incluso Fujimori, luego de su autogolpe, llamó a elecciones para legitimar sus acciones y su liderazgo. Fenómenos similares ocurrieron en África y Asia, donde el populismo prospera como resultado de los fracasos económicos, sociales y políticos atribuidos a la democratización. Por ejemplo, como explica Danielle Resnick, líderes populistas africanos como Jacob Zuma en Sudáfrica (de 2009 al presente), Abdoulaye Wade en Senegal (2000-2012) y Michael Sata en Zambia (2011-2014) sólo podrían haber surgido de los recientes espacios democráticos de «contestación y debate» que se abrieron en los años 90. Como en otros lugares donde predominaba un sistema multipartidario, los políticos populistas africanos se valieron de la movilización política para declararse a sí mismos la voz del pueblo y luego se ocuparon del problema de la falta real de participación popular¹². Esta idea de legitimidad democrática basada en la participación electoral hubiera sido inconcebible para líderes como Franco y Mussolini. Especialmente en Sudáfrica y Zambia, y a diferencia de muchos otros países del continente donde prevalecían regímenes más autoritarios o dictatoriales, los líderes populistas africanos combinaban votantes populistas y étnicos. Algunos investigadores llegan a definir el populismo africano como «etnopolulismo», conectando de ese modo la experiencia africana con países latinoamericanos como Bolivia. En África, el populismo surgió como una respuesta al neoliberalismo y la política tecnocrática de los años 90. El etnopolulismo africano creció en países donde la identidad étnica no es «unidimensional» y puede, pues, combinarse con concepciones del pueblo más integrales e inclusivas. Como lo hace en Europa y América Latina, en África esta inclusividad populista ha creado inevitablemente esos *outsiders* constitutivos que se convierten en el antipueblo. Así, como sostienen Nic Cheeseman y Miles Larmer, los

líderes populistas africanos eran capaces de «entrelazar narrativas existentes de marginalización política basada en la identidad étnica y el estatus económico con una narrativa común de exclusión». Líderes como Sata, conocido como «el Rey Cobra» por su severo accionar contra sus enemigos políticos, solían combinar los métodos plebiscitarios con la xenofobia, el antielitismo y la demonización de los extranjeros. Según la visión apocalíptica que tenía de él, el partido de Sata era el arca de Noé. Su lema era «subámonos al bote», y mientras se centraba en las prioridades de los pobres urbanos, también decía encarnar la voluntad del pueblo como un todo. Sata estableció una alianza importante con la Iglesia católica, y en un momento de crisis económica no puso en cuestión el capitalismo o «la liberalización económica en general sino que afirmó que los inversores extranjeros (particularmente de India y China) no estaban preocupados por los intereses de los zambianos de a pie». Denunciaba a las élites y a los extranjeros por apropiarse de la riqueza del pueblo¹³.

De manera similar, Wade combinaba en Senegal el discurso antiélite con los reclamos de cambio social. En cambio, Zuma, como los Kirchner con el partido peronista en la Argentina, impugnaba el pasado neoliberal de su propio partido al tiempo que enfrentaba múltiples acusaciones de corrupción. Zuma combinaba una forma de liderazgo vertical con la denuncia antitecnocrática de las élites como enemigos del pueblo. Como Morales en Bolivia, la identidad étnica zulú de Zuma fue un aspecto crucial de su estrategia populista, aunque no convirtió al Congreso Nacional Africano en un partido exclusivista. Por momentos más bien amplió su alcance inclusivo, en especial respecto de los jóvenes¹⁴.

Pero si líderes como Zuma, Wade y Sata tienen mucho en común con formas de populismo de izquierda como el chavismo o el estilo de liderazgo de Morales en Bolivia, Alberto Fujimori, en Perú, fue un neopopulista que

adoptó el neoliberalismo. Largamente considerados como contradictorios, el neoliberalismo y el populismo tienen una sinergia importante en la medida en que combinan ideas populistas de pueblo, de enemigos oligárquicos y de nación con programas de austeridad neoliberales y políticas económicas promercado. Mientras en los años 90 Carlos Menem remozaba en la Argentina el movimiento peronista como un frente neoliberal, en Perú y Colombia el populismo neoliberal unía fuerzas con una campaña agresiva contra las guerrillas de izquierda de ambos países. Menem, junto con Collor de Melo en Brasil y Abdalá Bucaram en Ecuador, invocaba también ideas apocalípticas sobre la refundación neoliberal en épocas de crisis económica y social. Asimismo Fujimori y Álvaro Uribe en Colombia (2002-2010) apelaron a las manos del mercado como si fueran fuerzas sociales favorables a los pobres, junto al tropo clásico según el cual el populismo es una respuesta a un contexto de guerra civil real e inminente. Todos estos presidentes movilizaron a una mayoría de ciudadanos en defensa de sus formas de liderazgo carismáticas y por momentos mesiánicas. Enfrentaban a la izquierda y otros enemigos con estrategias plebiscitarias mientras transformaban la representación democrática delegando el poder en un ejecutivo típicamente populista. Con la excepción de Collor y Bucaram, los presidentes también recurrían a la guerra para fortalecer sus posiciones políticas. Este uso político de la guerra parece ser una peculiaridad del populismo en su versión neoliberal. Uribe y Fujimori ponían mucho cuidado en plantear sus conflictos internos con las guerrillas como guerras a todo o nada, y a las guerrillas como extranjeras en relación con el pueblo, el líder y la nación. Menem y Fujimori, además, trataron de mejorar sus credenciales políticas participando de la primera guerra de Irak (Menem) y de la breve guerra entre Perú y Ecuador de 1995 (Fujimori).

El investigador israelí Dani Filc ha destacado las semejanzas entre el líder de derecha israelí Benjamín Netanyahu (1996-1999, 2009 hasta el presente) y Bucaram, Menem y Fujimori. Aunque Netanyahu no suele ser incluido en los estudios del populismo, Filc defiende con firmeza la idea de considerar al líder israelí como un ejemplo peculiar de populismo neoliberal. En mi opinión, líderes como Netanyahu son compañeros de ruta del populismo, del mismo modo en que los regímenes y movimientos de derecha de entreguerras eran compañeros de ruta de los fascistas. Son íntimos, y hasta comparten patrones antiinstitucionales significativos y la idea de que la política es una guerra a todo o nada contra múltiples enemigos, pero son reticentes con el culto del líder y la lógica de las élites versus el pueblo. Comparado con Menem o Berlusconi, Netanyahu no inspira un fuerte culto a la personalidad, pero ha usado con frecuencia estrategias y léxicos populistas decisivos. Lo mismo se puede decir de líderes de izquierda como Lula en Brasil (2003-2011). Lula, que encabezó coaliciones multipartidarias, difería claramente de líderes como Chávez o los Kirchner en lo que respecta a las características principales del populismo, incluido el mito radical del líder y su personificación del pueblo, los rasgos teológicos del populismo y sus aspectos político-religiosos, y los ataques populistas contra la prensa. Juntos, todos esos líderes de izquierda y derecha fueron, o siguen siendo, momentáneos compañeros de ruta populistas, que se valen y se alejan todo el tiempo de las estrategias populistas.

Así como los investigadores del fascismo hablan de una lógica de fascistización, un campo gravitacional que envuelve a movimientos de derecha que no eran típicamente fascistas, los líderes mencionados anteriormente ostentaban ciertos rasgos populistas y evitaban deliberadamente otros. Su experiencia no puede confundirse sin más con los

ejemplos de populismo más típicos que estudia este libro¹⁵. Sin embargo, de todos esos líderes, Netanyahu es el que más cerca está de la matriz populista.

Dani Filc ve a «Bibi» Netanyahu como un ejemplo notablemente apropiado de la relación del populismo con la guerra y las políticas de fundamento étnico. Considera que el líder israelí es un emblema del populismo étnico exclusivista. Su concepto de ciudadanía exclusivista preservó, pero también socavó, el estilo relativamente inclusivista del Likud, el partido de derecha durante los años 60 y 70. El fundador del partido, Menájem Begin, había combinado la inclusión de los ciudadanos judíos de origen no europeo con la exclusión de los ciudadanos árabes, pero también insistía en que la minoría árabe gozaba de todos los derechos civiles. Netanyahu, en cambio, acusa regularmente a los ciudadanos árabes israelíes de ser una amenaza para la seguridad nacional sin por ello invalidar su derecho de voto. En un primer momento de su carrera, en los años 90, Netanyahu se presentaba como alguien que no pertenecía a las élites del partido y se identificaba de algún modo con los sectores más pobres de la sociedad israelí. En ese contexto, el investigador israelí Uri Ram sostiene que el líder del Likud logró combinar el antielitismo populista con el «tradicionalismo judío populista» y la inclusión constante de minorías judías, colonos y nacionalistas seculares y religiosos. Esta coalición ofrecía una nueva visión del pueblo de Israel, a la vez inclusiva y exclusivista.

En 1999, Netanyahu identificaba a sus adversarios como «las élites» que odian al pueblo. El colectivo implícito en su uso de la primera persona del plural, «nosotros», se concebía como una víctima. Las élites estaban contra el pueblo: «Lo odian. Odian a los sefaradíes y los rusos. Odian a todos los que no son como ellos, a todos los que no están con ellos: etíopes,

sefaradíes, marroquíes, personas religiosas. Los odian». Las élites eran hostiles al pueblo y representaban una «izquierda» que para Bibi había olvidado lo que significaba ser judío. Netanyahu no incluía en su idea de enemigo a las élites empresarias. Para él, las élites políticas y la izquierda solían ser difíciles de distinguir. Como señala Filc, la *izquierda* era un término particularmente vago que podía incluir al mismo tiempo a los askenazis (judíos de origen centroeuropeo o ruso) que discriminaban a los mizrajims (judíos provenientes del mundo árabe), los empleados estatales y los sindicatos, los regímenes comunistas europeos, los judíos liberales, los académicos, los medios, los trabajadores extranjeros y los árabes. «El líder del Likud», observa Filc, «sostiene la idea de la oposición pueblo puro/ élites corruptas. “Nosotros” es el pueblo judío verdadero». Del mismo modo, Zeev Sternhell sostiene que el Likud actual identifica sus propias políticas con los «derechos históricos» y piensa que esos derechos son superiores a los derechos humanos. Sternhell, uno de los principales expertos en fascismo, es historiador, sobreviviente del Holocausto, sionista y ex oficial y veterano de guerra del ejército israelí, y fue víctima de una bomba que le puso en 2008 un extremista de derecha israelí. Para Sternhell, las posiciones del Likud confirman ampliamente las ideas antiliberales que tiene sobre lo que significa un mandato electoral. «Lo que dicen, en efecto, es “nosotros somos la mayoría y podemos hacer lo que queremos”». Darle a la mayoría un pase libre hizo que se reclamara la exclusión de las minorías. En las elecciones de 2015, Netanyahu alertó a los israelíes de que los árabes estaban votando en masa, como si el ejercicio de un derecho legal por parte de los ciudadanos árabes amenazara su concepción de la democracia. Lo que quería decir, en realidad, era que los palestinos que eran ciudadanos israelíes (el 20 por ciento de los votantes israelíes elegibles en 2015) no formaban parte de la mayoría colectiva étnica que el líder populista

prefería. Para él, los israelíes árabes son claramente una suerte de antipueblo que no entra dentro de su concepción unitaria de liderazgo, nación y etnicidad. Avigdor Lieberman, líder populista israelí y aliado de extrema derecha de Netanyahu, decía que el líder «también sabe que si los árabes están votando en tropel, sólo un poderoso Lieberman puede detenerlos». Lieberman decía también que los árabes israelíes «desleales» debían ser decapitados. Para el líder de la oposición israelí Tzipi Livni, según informaba el *Jerusalem Post*, «el premier había intentado convertir a la izquierda israelí en el enemigo del estado y consideraba que su posición era “imperdonable”. Livni decía que la maniobra había llevado a Netanyahu a la victoria, pero advertía que también llevaba al odio y al miedo». Cuando Netanyahu designó a Lieberman ministro de Defensa, en 2016, Ehud Barak, ex primer ministro israelí, alertó sobre el peligro del fascismo en Israel. Decía que el país había sido «infectado con los gérmenes del fascismo». Es interesante que Barak pareciera reproducir el análisis de Zeev Sternhell, que afirmaba que «la democracia israelí está siendo cada vez más erosionada». También alertaba sobre las señales de fascismo. Sternhell recordaba a los israelíes que «la democracia requiere la aceptación de la decisión de la mayoría, pero no obliga a reconocer la rectitud o la legitimidad moral de esa mayoría». Siguiendo este punto, que encierra un aspecto clave del populismo, yo diría que el populismo de derecha explica mejor que el fascismo el partido de Lieberman y las sorprendentes semejanzas que él y otros políticos de la derecha comparten con la derecha xenófoba europea. Como sucede en otros lugares, el populismo en Israel descansa en la combinación de mecanismos democráticos con concepciones del pueblo antidemocráticas y antidiversas¹⁶. Como decía Filc, «el miedo se constituye a lo largo de la frontera que “nos” (el pueblo verdadero) separa de “ellos”

(el enemigo extranjero, los palestinos y sus aliados domésticos, que pueden variar con el tiempo)»¹⁷.

Líderes como Recep Tayyip Erdogan de Turquía no dejaron de aplicar la política del miedo durante la segunda década de este siglo. Erdogan lo hizo con los ciudadanos kurdos turcos y otras minorías políticas, como una manera de consolidar un ejecutivo fuerte, reducir el papel de instituciones del estado como el poder judicial y respaldar a sus mayorías electorales étnicas y religiosas.

Si Erdogan, Netanyahu y Lieberman, así como Donald Trump y la *alt-right* republicana en Estados Unidos, no son originales al concebir la democracia como el campo exclusivo de la mayoría electoral «silenciosa» y étnica, el hecho de que se preocupen por el ejercicio de los derechos de las minorías electorales los acerca a líderes autoritarios como Alberto Fujimori de Perú. En términos más generales, los populistas neoliberales invocaban constantemente el nombre del pueblo para gobernar por decreto, pero también llamaban a elecciones para ratificar incluso sus decisiones más antidemocráticas. El autoritarismo y las elecciones eran cruciales para los políticos que gobernaban como si estuvieran haciendo campaña. Como explica Kurt Weyland, «Fujimori, Menem y otros líderes neopopulistas como Collor mantuvieron la estrategia política populista que habían usado en sus campañas electorales. Seguían fundando su gobierno en una conexión supuestamente directa con sus bases de masas ampliamente desorganizadas, desconociendo los partidos tradicionales y los grupos de presión, atacando a la clase política y otras élites tradicionales, recurriendo a (la amenaza de) los plebiscitos de los sondeos de opinión y otros instrumentos populistas para debilitar a la oposición, fortaleciendo su liderazgo personal, concentrando poder y reforzando los elementos

mayoritarios de los acuerdos constitucionales y transgrediendo las normas políticas liberales y pisoteando las reglas institucionales»¹⁸.

Hubo situaciones populistas similares en países del este europeo como Polonia y Ucrania, donde se mezclaban líderes populistas con drásticas reformas de mercado neoliberales¹⁹. En Italia, Silvio Berlusconi, playboy y millonario, magnate de medios y dueño del AC de Milán, uno de los equipos de fútbol más estimados de Italia, surgió en el contexto de una crisis de representación política. Berlusconi se presentaba como un *outsider* que hablaba en nombre de las necesidades de los italianos comunes. Era anticomunista, y decía que había entrado en la política para combatir «el mal». Una vez convertido en el premier italiano, socavó la separación de poderes, tildó de «cáncer» al poder judicial e impuso una forma de poder plebiscitaria.

Forza Italia y *Il popolo della Libertà*, los nombres de las formaciones políticas de Berlusconi, vehículos personalistas del berlusconismo, combinaban el eslogan futbolístico con la idea unitaria de que Berlusconi y sus seguidores eran el pueblo que defendía la libertad. En esta construcción no había lugar legítimo para opositores. ¿Acaso no estaban en contra del pueblo y la libertad? Ése era exactamente el argumento de Berlusconi. También conocido como Il Cavaliere, el líder populista italiano que dominó la política italiana en los años 90 y 2000 era un admirador de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. En sus períodos como primer ministro (1994-1995, 2001-2006 y 2008-2011) adaptó el neoliberalismo al contexto italiano, lo que generó impaciencia entre los tecnócratas europeos y la prensa promercado. De manera similar, Carlos Menem, en la Argentina, también trató de aplicar medidas de austeridad neoliberales dentro de la cultura política del peronismo, lo que, como en el caso italiano, conllevó el menosprecio de las instituciones democráticas, además de escándalos

personales y corrupción. Como Menem y Fujimori, Berlusconi reforzó los vínculos con la derecha, incluidos algunos sectores identificados con ideas socialnacionalistas, y de ese modo moderó la aplicación absoluta y frontal de medidas de austeridad de shock como las impuestas en la Inglaterra de Margaret Thatcher o el Chile del general Augusto Pinochet. Berlusconi hizo alianzas con los posfascistas de la Alleanza Nazionale y con la Lega xenófoba. Como Menem, que siempre se presentaba como *un vivo*, la idea de sí que cultivaba Berlusconi era la de un hombre del pueblo, el *furbo*, el tipo astuto, que se las sabe todas. Un clásico de él era hacerles el signo de cuernos con la mano a los demás, incluido el canciller español en una reunión en España en 2002. Esos gestos, más la insistencia con la que decía que protegería a la democracia contra la izquierda, que estaba por el orden y la seguridad y que bajaría los impuestos y protegería el ecosistema, junto con su crítica de los inmigrantes, su defensa intermitente de Mussolini y su promesa de que representaba una «libertad» verdadera, hicieron de Berlusconi uno de los populistas globales neoliberales más exitosos. Su idea de libertad era válida especialmente para él mismo: la libertad de ser el candidato que era, y representaba, lo que el pueblo quería ser. Como dice la teórica política Nadia Urbinati, Berlusconi proponía una versión invertida de la política que yuxtaponía «la imbecilidad de un público de muchos [a] el espectáculo interpretado por unos pocos». Berlusconi promovía su populismo como la verdadera democracia del pueblo contra el antipueblo de las élites y la izquierda, a quienes consideraba antidemocráticos por resistir a la opinión popular y la soberanía de quienes habían votado por él y sus aliados de derecha²⁰.

Líderes como Berlusconi y Menem se identificaban con la tradición política del neoliberalismo, pero la reformulaban en términos populistas. Mezclándose en público con celebridades de la TV y el fútbol, así como

con *vedettes* y prostitutas, comunicaban en términos políticos quiénes eran y qué era lo que defendían. En otras palabras, su estilo representaba una «transgresión» de la política habitual. Proyectaban su glamour, su promiscuidad sexual y su misoginia como una fusión de tradiciones elitistas y populares. Los menemistas eran famosos por su fusión culinaria de «pizza con champagne»²¹, una metáfora que usaban para explicar sus intentos de modernizar la vieja política de las élites de un modo que mezclara las tradiciones populares con la sensibilidad de clase alta de las celebridades. El berlusconismo también mezclaba expectativas populares autoritarias con el mundo enrarecido de la cultura de la celebridad. Para esos líderes, el liberalismo ya había dejado de ser una mala palabra, pero la idea y la práctica del liberalismo que les eran propias coincidían con sus variantes económicas más deshumanizadoras.

Berlusconi, que había aprovechado a fondo el viejo sistema político italiano, combinaba un voluntarismo extremo con la proyección de un liderazgo y un movimiento mesiánicos que pretendían refundar la historia y la política italianas. De manera similar, Menem, el «discípulo» de Perón, explicaba que estaba haciendo lo que Perón habría hecho en el nuevo contexto del consenso neoliberal de Washington. «¡Síganme!», les había pedido a los argentinos durante la campaña electoral. En su discurso de asunción, en 1989, el conductor explicaba que estaba allí por el pueblo y hablaba desde el pueblo. Su originalidad consistía en combinar medidas de austeridad con soberanía popular. Defendía políticas de libre mercado invocando a la patria, a Dios y al pueblo. Sostenía que eran medidas necesarias por el bien de la «unidad nacional y el interés sagrado de Argentina y América Latina». Menem pensaba que esa línea de populismo neoliberal integraría plenamente a los latinoamericanos. Quería conectar ese nuevo populismo con el pasado del peronismo: «El mandato del General era

actualizar nuestra doctrina y nuestros principios a partir de nuestra ideología, y actualizar nuestra doctrina y nuestros principios significa reubicar a la Argentina en el contexto de todas las naciones del mundo a partir de un pueblo unido». Para Menem, esa actualización implicaba darle a la democracia un sentido nuevo, que él entendía también en términos de estilo: «Venimos a instalar un nuevo estilo en la vida política nacional y yo espero que se propague por toda Latinoamérica. Los gobernantes que surgen del pueblo deben permanecer junto al pueblo y trabajar sólo para el pueblo». El neoliberalismo de Menem dio un sentido nuevo a las ideas populistas de democracia. Su objetivo era actualizar el viejo peronismo manteniendo la «unidad del pueblo argentino»²².

Menem impuso «severas medidas de austeridad» en un momento al que definía como de «emergencia» económica nacional. La Argentina atravesaba una crisis severa y una situación de «hiperinflación» y Menem admitía que las cosas serían dolorosas para el pueblo. Pero decía que actuaba en nombre del pueblo y con un sentido nacionalista. Se trataba de una «cirugía mayor» que «extirparía de raíz todos los males intolerables y ancestrales». Menem adoptaba el neoliberalismo «en nombre de la justicia social»²³.

La mayoría de los peronistas coincidía por entonces en que Menem representaba una continuidad histórica con Perón y Evita. Néstor Kirchner, gobernador de una provincia de la Patagonia, apoyó la privatización de la empresa petrolera nacional y hasta sostuvo que al escuchar lo que decía el pueblo de su provincia, Menem era el mejor presidente argentino después de Perón. Cristina Kirchner defendió la privatización como una cuestión «moral». En los 2000, Néstor Kirchner y Cristina Kirchner renegaron de su pasado menemista y se presentaron como líderes de una era nueva, diametralmente opuesta a la del menemismo, que había traicionado «las

banderas nacionales». Sin embargo, cuando Menem llevó al peronismo hacia la derecha neoliberal, Cristina Kirchner estaba en ese mismo barco y decía abiertamente que votaba y apoyaba al presidente, que «aborrecía... el feminismo» y que la Argentina ya no corría peligro de ser derrotada por el «infame trapo rojo de los 70». Años después, en los 2000, cuando intentó encarnar la izquierda populista, Cristina Kirchner puso en tela de juicio la supuesta izquierda que se identificaba con el color rojo mientras promovía una izquierda verdadera representada por los argentinos que lucían los colores nacionales. Luego dio a entender, además, que no había diferencias entre la izquierda trotskista del siglo XXI y los agentes militares de la represión de la Guerra Sucia. Según ella, no había posiciones legítimas, ni de derecha ni de izquierda, más allá del kirchnerismo. La historia estaba al servicio de los líderes que cambiaban de posición, pero los contextos globales eran igualmente importantes. Si en la época neoliberal había habido una sola manera de entender al peronismo, ahora, con el giro a la izquierda, la izquierda ya no tenía ningún otro espacio legítimo. Desde esa perspectiva, la derecha y la izquierda no peronistas no tenían más remedio que seguir a los líderes del pueblo y la nación.

En los 2010 los Kirchner nacionalizaron la empresa petrolera que Menem había privatizado, y el mismo Menem apoyó al kirchnerismo desde su banca en el Senado²⁴. Pero, más allá de estos típicos giros populistas en las transformaciones de líderes como Menem y los Kirchner, lo que hay que destacar es la fluidez del populismo: de sus formas clásicas a sus versiones neoliberal e izquierdista, el populismo se redefinía a sí mismo en relación con el liberalismo y la dictadura. Esa redefinición marcó sus diferencias radicales con el fascismo.

EL LÍDER Y EL PUEBLO

El fascismo fue una revolución contra la democracia. Luego de 1945, en cambio, el populismo reformuló el *statu quo* imponiendo una forma autoritaria de democracia de naturaleza dual. Al hablar en nombre del pueblo en un contexto no revolucionario, el populismo moderno ofrecía una alternativa democrática, anticomunista. El populismo intentaba democratizar la política antiliberal en un momento en que el fascismo ya no contaba con la suficiente legitimidad.

El general Perón creía que era imposible reproducir el fascismo. Toda época nueva necesitaba una verdad nueva. De modo que Perón propuso una nueva forma de democracia «orgánica»: «¿Qué es un gobierno orgánico? Es un agregado de fuerzas sólidamente unidas encabezado por un hombre de estado, alguien que no necesita ser un genio ni un sabio, sino más bien un hombre a cuya naturaleza le ha sido concedida la condición especial de dominar un panorama completo que otros no ven»²⁵. En el largo plazo, la naturaleza orgánica del movimiento llevaría a la supremacía política: «No aspiramos a gobernar durante seis años sino a garantizar sesenta años de gobierno»²⁶. Pero era claro para todos que esa supremacía se impondría ganando elecciones plebiscitarias que confirmarían la naturaleza dual del líder, a la vez representante electo y conductor del pueblo casi trascendental. El «verdadero índice de poder» no podía ser entendido sin el «conductor» y el éxito en la política no podía darse sin él²⁷. Como Perón decía a menudo: «El pueblo debería saber (...) que se nace conductor. No se llega por decreto ni por elecciones». Y agregaba: «Es esencial que el conductor encuentre su propio molde para llenarlo después con un contenido que esté en relación directa, según su eficacia, con el óleo sagrado de Samuel que el conductor recibió de Dios»²⁸.

El líder colombiano Gaitán también quería reemplazar una «simulación» democrática por una «democracia verdadera». En 1945 llamó a una «restauración moral y democrática» para reemplazar la «nación política» por la nación del pueblo. La democracia había derrotado al fascismo, y con esa derrota la «victoria de la violencia» había sido sustituida por el triunfo de la «civilización cristiana». Es famoso que Gaitán invocaba a Dios para decir que la divinidad sabía qué era lo mejor para Colombia, tal como lo sabían él mismo y sus seguidores²⁹. Sin embargo, el líder no era concebido exclusivamente como un semidiós cuyo poder derivaba sólo de lo sagrado. El poder del líder emanaba de sus lazos «umbilicales» con el pueblo y con su batalla común contra los enemigos de la nación.

En Venezuela, el líder populista Rómulo Betancourt, profundamente crítico del fascismo y el comunismo, presentaba su propia tercera vía. Ex comunista convertido al anticomunismo, Betancourt explicaba que había renunciado a su comunismo de entreguerras por una opción democrática nacional propia. Esta renuncia fue el fruto de condiciones económicas, pero fue también «el reflejo» de una identidad venezolana y latinoamericana profunda, resultado de «mi adscripción casi biológica a mi tierra y a mi pueblo». El suyo era un movimiento para los que «tienen una fe profunda en Venezuela». Su partido era «el Partido del Pueblo», y sus adversarios eran la «antipatria». En 1948, Betancourt decía: «Estuve, estoy y estaré con el pueblo y contra sus enemigos históricos». Apelando a la historia, Betancourt aludía, en realidad, a una lucha épica y transhistórica entre el bien y el mal. Sólo el partido y el gobierno del pueblo, que defendía la «justicia social y la liberación nacional», podían representar la «verdadera democracia». El populismo se definía por su rechazo de las dictaduras históricas. El partido le había «devuelto» al pueblo su «soberanía usurpada». Este modelo deslegitimaba políticamente a sus opositores, que

aun así se esperaba que participaran del proceso democrático. En realidad, la definición de los enemigos era imprecisa. Eran «históricos» en la medida en que siempre habían estado contra el pueblo. Por lo general incluían a comunistas e imperialistas, así como a los oligarcas y la clase política³⁰. En 1946, Gaitán decía a los venezolanos que el régimen de Betancourt era la primera etapa, la conquista de la libertad política, pero que la democracia seguiría siendo formal si no la sucedía «la conquista de la libertad económica y social». También para Gaitán los enemigos habituales incluían a los fascistas, la plutocracia, la oligarquía y la política tradicional. La política era una batalla, y él era «el capitán de las multitudes colombianas» o, como también dijo en 1947, un «soldado» que se ofrecía de voluntario para cumplir «una misión en el frente de batalla». Para Gaitán, «el pueblo era superior a sus líderes», y los líderes sólo podían representar «la voz del pueblo para el pueblo». Del otro lado de la ecuación líder-pueblo estaba el antipueblo, aquellos que le habían «dado la espalda al pueblo»³¹. De manera similar, para Perón el «drama argentino» era una lucha entre el pueblo y el «antipueblo». Que éste existiera significaba que la lucha era «ideológica», pero para el líder populista la naturaleza trascendental de la lucha también significaba que era un momento clave en la historia de la emancipación argentina. Para un líder que, proscripto en su propio país, pronunciaba estas palabras en el exilio, el hecho de que el momento fuera extraordinario no implicaba, sin embargo, apartarse de los mecanismos electorales, sino más bien invocar su reinstauración. Una vez más, el peronismo llamaba al pueblo a participar de la lucha contra los límites sociales y económicos impuestos a la democracia. Pero, sin acusar contradicción alguna, Perón también decía que en su contra había «una legión de parásitos»: «Nuestros enemigos que son, en realidad, los verdaderos enemigos del Pueblo»³².

El peronismo actuaba en nombre del pueblo y de una nación unida y propugnaba derechos electorales plenos para los ciudadanos. Como otros populismos, los peronistas consideraban que las elecciones democráticas eran el camino principal para derrotar al enemigo. Pero los lazos entre líder y pueblo también desconocían las formas electorales y se suponía que trascendían los contextos particulares y hasta la nación. La lucha por una tercera vía iba más allá de los dos imperialismos, las dos «fuerzas espurias emergentes de la Segunda Guerra Mundial». Para Perón, lo que estaba en juego no era sólo «la suerte de la Argentina o de su pueblo, sino la suerte del mundo y la de todos los pueblos»³³. Esta idea supranacional del populismo como una confrontación global a todo o nada entre el pueblo y «las fuerzas del mal», que Perón había anunciado a principios de su carrera, sería muchas veces reproducida en los años venideros³⁴. Dado que para el general Perón su conexión con el pueblo pasaba por su propia imagen pública de militar, el comandante Hugo Chávez se identificaba como peronista: «Soy un profundo peronista de corazón, porque el general Juan Domingo fue un soldado de América y del pueblo». Él también se presentaba como un «soldado del pueblo» que sólo obedecía al pueblo. «Quien no es chavista», decía Chávez, «no es venezolano»³⁵.

Estas conexiones entre líder y pueblo respondían al ideal según el cual la política era la creación de lo que Andreas Kalyvas llamaba la «política de lo extraordinario». En el caso del populismo, esto significaba potenciar su propio momento político como si trascendiera el funcionamiento histórico normal³⁶.

Estos vínculos también iban más allá de problemas de representación o de políticas o ideas específicas. Tal como explicaba Gaitán, ningún líder, en efecto, podía imponerle al pueblo pasiones, pensamientos o determinaciones. El líder no era un hombre capaz de actuar sobre las masas

de la misma manera en que un artista confería vida eterna a objetos muertos: «El dirigente de los grandes movimientos populares es aquel que posee una sensibilidad, una capacidad plástica para captar y resumir en un momento dado el impulso que existe en el agitado trasfondo del alma colectiva». El líder, en suma, era una «antena» que reunía en la cima lo que surgía de abajo, y luego sintetizaba los reclamos populares de lo ético a lo estético³⁷. La preocupación profunda por los pobres y la mezcla de igualitarismo, nacionalismo y demonización retórica del enemigo creaban una comunidad organizada que combinaba la aclamación y la delegación con mecanismos e instituciones democráticas más tradicionales. Como los peronistas, los colombianos y los brasileños asistieron a la transformación de las ideas de democracia liberales y fascistas en lo que sus líderes populistas (Gaitán y Vargas) entendían como una forma orgánica de democracia que impulsaba a las masas más allá del liberalismo y el comunismo.

El fascismo histórico representó un rechazo teórico y práctico de la idea de representación democrática, o de cualquier posibilidad democrática, cuya consecuencia natural fue la instauración de la dictadura. Luego de 1945, esta idea de representación dictatorial fue derrotada, y los líderes de juntas dictatoriales como Perón destruyeron la dictadura desde adentro.

El peronismo fue el primer régimen de la historia que diseñó esa transformación de la dictadura en democracia delegativa autoritaria³⁸. El fascismo había sido derrotado. Perón comprendía muy bien que el nuevo orden, su tan proclamada tercera posición entre capitalismo y comunismo, debía plantearse como una democracia. En su «mensaje al mundo» de 1947, Perón sostenía que no era aceptable que «se destruya la humanidad en holocausto de hegemonías de derecha o de izquierda»³⁹.

Lo crucial para la tercera vía peronista era descubrir cómo poner en práctica una política no liberal en clave democrática. Todas las tradiciones estaban disponibles, y Perón tomó de la izquierda y la derecha. Perón intentaba continuar la tradición antiiluminista en el contexto de la Guerra Fría. Era el hombre fuerte, el *caudillo* [*n. del t.*: en español en el original] que representaba una novedosa forma de política en el poder. No sólo encarnaba al pueblo y la nación sino una síntesis ideológica de posguerra destinada a conquistar el poder en nombre del pueblo y, en la práctica, a gobernar en su lugar. Dado el carácter central de los líderes autoritarios en cualquier versión completa de populismo, es sorprendente que para algunos estudiosos «el rasgo autoritario del hombre fuerte no sea intrínseco al populismo». Esta visión descansa en la ratificación del estereotipo doble según el cual América Latina es básicamente la región de los hombres fuertes y los hombres fuertes brillan por su ausencia en Europa y Estados Unidos. En realidad, América Latina no tiene la propiedad exclusiva del concepto populista de liderazgo. Se trata de un fenómeno global, no de un fenómeno latinoamericano⁴⁰.

Líderes como Donald Trump y Marine Le Pen emprendieron las mismas tentativas personalistas pero en el contexto del siglo XXI. La campaña presidencial de Le Pen de 2017 se dedicó claramente a afirmar que la nación francesa encarnaba en su persona, como lo mostró su video de campaña atinadamente titulado «En nombre del pueblo». Contra la derecha y la izquierda, Le Pen sostenía que era la única candidata del pueblo francés. Su gobierno sería «Primero Francés» en y a través de su propia persona. Le Pen se hacía eco del propio eslogan de Trump, «Primero Estados Unidos», usado por primera vez en los años 30 por simpatizantes fascistas norteamericanos. Mientras para Trump el linaje fascista no era un problema, Le Pen, por su parte, negaba cualquier papel desempeñado en el

Holocausto por los colaboradores franceses de los nazis, que en verdad habían posibilitado la deportación de judíos a los campos. Tanto en el caso de Le Pen como de Trump, la idea era la misma: darles prioridad «primera» al país y a sí mismos. Eran líderes autoritarios populistas hasta la médula. Pero en la historia del populismo, esa política del hombre fuerte populista surgió inicialmente luego de 1945, con el primer régimen populista⁴¹. En este sentido, y para decirlo hiperbólicamente, Trump se convirtió en el Perón norteamericano. El hecho de que el país más poderoso de la tierra se convirtiera en un centro global de populismo impactó a muchos observadores, pero el aumento de la desigualdad y la fusión de neoliberalismo y tecnocracia eran demasiado significativos en Estados Unidos como para ser ignorados.

El Tea Party y el trumpismo representaban una respuesta autoritaria norteamericana a esos patrones globales. Sin dudas el extremismo de Donald Trump reproducía el de líderes republicanos del pasado como Barry Goldwater y Richard Nixon, así como el de candidatos independientes como George Wallace. Trump, de hecho, repetía explícitamente la invocación de Nixon de la «mayoría silenciosa». Para Nixon y Trump esa mayoría era claramente blanca, aunque no lo formularan de manera tan explícita como algunos de sus simpatizantes segregacionistas. Para muchos seguidores del trumpismo, sobre todo, la mayoría no incluía las costas oeste y este del país. Esa misma sensibilidad drásticamente antiurbana y anticosta este había desplegado en 1964 Goldwater, que decía, en rigor, que el país estaría mejor si le recortaban la costa este y la dejaban irse flotando⁴².

La raza ha sido crucial para el populismo norteamericano, mucho más que para otros historiales populistas. Sin embargo, para muchos historiadores globales del fascismo y el populismo, el trumpismo era algo totalmente nuevo y decididamente un escalón más grave en materia de

amenazas contra la democracia. El hecho de que encabezara la lista republicana y accediera a la presidencia señalaba una nueva clase de preeminencia norteamericana, en sintonía con la línea de populismo xenófobo de derecha que está desplegándose en todo el mundo.

Durante la campaña, mezclando racismo, discriminación religiosa y retórica antimigración y antiintegración, Trump se presentaba en el escenario global como un nuevo líder mundial dominante para la pandilla populista. Su retórica incluía también el llamado a encarcelar o desterrar a su adversaria, Hillary Clinton. El estribillo «Enciérrenla» fue un tema dominante de la campaña, como lo fueron también los trumpistas que exhortaban regularmente a agredir a Clinton durante los actos de campaña. En uno de los debates presidenciales, el propio Trump amenazó a Clinton con meterla presa si era elegido presidente, así como antes había sugerido que debía ser «deportada»⁴³. El llamamiento a encarcelar adversarios políticos por aclamación popular tiene su historia. Los fascistas (siempre) y los populistas (a menudo) han recurrido a la cárcel para lidiar con la oposición.

Por su estilo de liderazgo, Trump se parece menos a los candidatos republicanos anteriores que a Marine Le Pen en Francia, Recep Tayyip Erdogan en Turquía y Nicolás Maduro en Venezuela, líderes poderosos que, a su vez, evocaban las figuras históricas del general Juan Perón en la Argentina y Getúlio Vargas en Brasil, que transformaron las ideas fascistas en una forma populista de autoritarismo electoral.

Los líderes como Perón mandaban a sus oponentes a la cárcel. Siempre presentaban a aquellos que no les gustaban —opositores políticos, medios, magistrados— como enemigos antes que como interlocutores o sectores de la sociedad con opiniones diferentes. Sin embargo, no todos los populistas son iguales, ni siquiera cuando comparten un mismo contexto. Perón, por

ejemplo, recordaba una conversación en la que Vargas le dijo que en su segunda presidencia, en los años 50, aplicaría una política conciliadora. Perón decía que Vargas se equivocaba, porque «en política»: «Primero hay que dominar y después la conciliación viene sola». En la misma conversación, a propósito de la conciencia «internacional» del pueblo, Perón decía: «Yo sabía que mi Pueblo querría lo que yo querría»⁴⁴.

La idea del líder como sujeto proverbial, que sabe de todo y ha decidido ignorar lo que no sabe, tuvo un peso especial en la teoría y la práctica del trumpismo. Muchos años después de que la concibiera Perón, Donald Trump volvía a postular la idea de un líder que piensa y decide por el pueblo y cuya legitimidad está asegurada pero no creada por los votos, cuando decía que había un vínculo directo entre la intuición natural, la predestinación, la acción y la legitimación. Trump sostenía: «Soy una persona muy intuitiva, pero mi instinto suele tener razón». La verdad proporcionada por el ser interior era un conocimiento natural que emanaba del líder encarnado en el pueblo. Trump decía: «Tengo la suerte de saber cómo son las cosas. Dije que iba a ganar las elecciones y gané las elecciones». En el populismo, el triunfo de la voluntad se confirmaba por medios electorales. Y cuando llegaba por fin el momento de constitución del régimen, tener poder de decisión era en sí mismo una forma de legitimación o, como afirmaba Trump: «Muy equivocado no debo estar, porque yo soy el presidente y ustedes no». La democracia, para Trump, era el hecho de que lo eligieran para liderar el país. Pero elecciones como la suya no eran sólo un capítulo más de la historia electoral del país. En un discurso pronunciado hacia el final de su exitosa campaña, Trump declaró que defendería al pueblo de una «estructura de poder global», de los medios nacionales y de las élites políticas: «Ésta no es simplemente otra elección de cuatro años. Esta es una encrucijada en la historia de nuestra civilización

que determinará si nosotros, el pueblo, recuperaremos el control de nuestro gobierno». Según esta ficción, era el líder el que, devolviéndole el poder al pueblo, se lo quitaba a sus enemigos. El trumpismo era la última reverberación de una larga historia de reclamos democráticos absolutos de líderes populistas que aspiraban a encarnar la victoria de la civilización⁴⁵.

Del mismo modo, los líderes populistas clásicos de América Latina presentaban sus políticas como las de los que luchan por representar al pueblo de verdad en el contexto de una lucha civilizatoria apocalíptica entre el bien y el mal. La idea de encarnación implicaba que el líder era indispensable, a tal punto que su elección representaba la última oportunidad que tenía la nación. La sensación de emergencia era el resultado de la proyección de las posiciones amigo-enemigo y las estrategias militares sobre los oponentes. Como decía Trump: «Para ellos es una guerra, y no se detendrán ante nada. Ésta, créanme, es una lucha por la supervivencia de nuestra nación. Y el 8 de noviembre es nuestra última oportunidad de salvarla. Recuérdenlo». Trump decía a sus seguidores que su elección era «nuestro día de la independencia». Perón también había identificado su liderazgo con una larga historia de conquistadores militares que, como él, eran conductores del pueblo: «La historia del mundo, a través de Alejandro, Julio César, Federico o Napoleón, demuestra que la victoria es de los que saben levantar al pueblo y conducirlo». Perón identificaba su propia elección con una segunda «independencia» y sostenía que «Dios me ha puesto sobre esta tierra para la independencia y la libertad del pueblo argentino»⁴⁶.

El líder estaba predestinado a servir al pueblo convirtiéndose en él. La idea de que el cuerpo del líder ya no tenía importancia o, para decirlo de otro modo, que su liderazgo reemplazaba las necesidades personales por los deseos del pueblo, fue llevada hasta sus últimas consecuencias lógicas por

Vargas, que se mató en nombre del pueblo y contra sus enemigos internos y externos. En su famoso testamento, escrito justo antes de su suicidio personal y político, en 1954, Vargas se definía como un «esclavo» del pueblo brasileño. Era su primer paso en el «camino a la eternidad». Abandonaba «la vida para entrar en la historia». Su «holocausto» mantendría al pueblo unido, y su «nombre se convertiría en la bandera de su lucha». Así como le había dado su «vida» al pueblo, ahora le ofrecía «su muerte»⁴⁷. Mucho después, las muertes de Néstor Kirchner (2010) y Hugo Chávez (2013) fueron extensamente interpretadas por sus sucesores como sacrificios políticos. Como ocurrió con Vargas, y luego con Eva Perón, los mitos que los rodeaban sirvieron para sumar otra capa de legitimidad a la naturaleza dual (electoral y teológica) de la soberanía populista.

No hay duda de que las muertes de Kirchner y Chávez no fueron políticas, en el sentido de que una falla cardíaca y un cáncer son por definición apolíticos. Pero sus muertes aparecieron como actos sacrificiales de líderes devotos que ponían los intereses del pueblo antes o más allá de las necesidades físicas de sus propios cuerpos. Cuando Eva Perón murió de cáncer, el régimen peronista proclamó oficialmente: «Cumple la Subsecretaría de Información de la Presidencia de la Nación el penosísimo deber de informar al pueblo de la República que a las 20.25 ha fallecido la señora Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación». Luego de su muerte, todos los programas de radio repetían todos los días a las 8.25 de la noche que esa era la «hora en que Eva Perón entró en la inmortalidad». En su último discurso, Eva Perón dijo a la multitud que daría gustosa su vida por el pueblo. «Sé que Dios está con nosotros», dijo, y contra la «soberbia de la oligarquía». Le pidió al pueblo que se mantuviera «fiel a Perón» y contrario a los enemigos de adentro y de afuera. Y concluyó su vida política pronunciando estas palabras: «Yo no quise ni quiero nada para mí. Mi gloria

es y será siempre el escudo de Perón y la bandera de mi pueblo, y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria»⁴⁸.

Muchos años después, probablemente con el famoso discurso de Eva Perón en mente, Ernesto Laclau, el intelectual más importante del kirchnerismo, definía el duelo de Néstor Kirchner como «una de las expresiones de pesar colectivo más inmensas —quizá la más inmensa— de la historia argentina». Pero también insistía en que, luego de su muerte, Kirchner trascendía una naturaleza meramente simbólica para convertirse en algo más trascendental. También declaraba que la viuda de Kirchner ocupaba ahora el lugar de Néstor Kirchner: «Cristina no está sola... La acompaña también todo un pueblo». Para Laclau, la «personificación del poder» en Cristina Kirchner ofrecía «más garantías democráticas que la disolución del poder». Los Kirchner representaban «la concentración» de un nombre en una serie de procesos para el cambio democrático⁴⁹.

El legado del líder trascendía su vida y formaba una unidad con el pueblo y el nuevo líder. Las constantes referencias a un Chávez muerto trascendental que presidía a Venezuela desde el cielo tienen un tono más extremo, pero la lógica era la misma. El propio Chávez había dicho que, precisamente porque encarnaba al pueblo, seguiría estando junto al pueblo incluso muerto: «Soy como el eterno retorno de Nietzsche, porque en realidad yo vengo de varias muertes (...), pero cuando yo me vaya físicamente me quedaré con ustedes por estas calles y bajo este cielo. (...) Pase lo que me pase a mí, no podrán con Chávez, porque Chávez es ahora todo un pueblo invencible». Tras la muerte de Chávez, su sucesor, Nicolás Maduro, dijo, típicamente, que Chávez era ahora «El niño, el hombre y la mujer. Chávez somos todos y todas»⁵⁰.

Desde más allá de la tumba, el populismo trabajaba en tándem con la resurrección política.

En cuanto a estilo e ideología populistas, estos líderes murieron como habían vivido, en nombre del pueblo y en lucha total contra sus enemigos internos y externos, imaginados y reales. Todos los populistas sostienen que hablan para las masas y contra las élites, como Trump cuando declaraba: «Soy la voz de ustedes». Pero en la práctica reemplazan las voces de los ciudadanos con su voz propia, singular. Desacreditando una pluralidad diversa de voces norteamericanas, la derecha demostraba ante el mundo que Norteamérica y el trumpismo estaban escribiendo un nuevo capítulo en la larga historia global de las impugnaciones autoritarias de la democracia.

Aunque arraigado en el fascismo, este capítulo norteamericano del populismo era muy distinto del fascismo. No proponía la política de la dictadura. Con el populismo moderno, la política no liberal de masas volvía a la política de la representación electoral, que tenía numerosas articulaciones populistas: los populismos clásicos de América Latina, el populismo de libre mercado, los neopopulismos de izquierda de América Latina, Europa y más allá, el populismo de extrema derecha, entre otros. Pero históricamente solían usar el nombre del líder primordial y total para imaginar y actualizar una democracia que excedía la política de la representación más común.

LA DEMOCRACIA EN EL NOMBRE DEL PADRE

Como ideología, el populismo histórico solía mezclar una visión vertical de lo político con la idea de un enemigo irreductible, una identidad nacional única y hasta una forma única de pensar. Las ideas eran controladas por, y hasta se reducían a, los dictados cambiantes del líder. Nociones teológicas

se combinaban con concepciones unitarias del pueblo, el líder y la nación. En 2014 Cristina Kirchner llegó incluso a crear una «Secretaría de Pensamiento Nacional». Maduro inauguró el «Viceministerio para la Suprema Felicidad Social del Pueblo» en 2013. Maduro quería trascender el «estado de bienestar», es decir, las formas de progreso social dentro del capitalismo, y también asociar el trabajo social con el paraíso, desde donde se suponía que Chávez estaba observando⁵¹. Al crearse ambas instituciones, los nombres de Kirchner y Chávez, los líderes difuntos, fueron invocados de manera obsesiva y ritual: felicidad y pensamiento eran indisociables de los nombres que habían encarnado el pueblo. La Secretaría de Pensamiento Nacional argentina reunía a políticos e investigadores que simpatizaban, habían trabajado con o recibían fondos del gobierno argentino. También invocaba las conexiones populistas globales invitando a líderes importantes del partido Podemos y organizando en 2015 un foro internacional sobre el pensamiento de Ernesto Laclau, el principal teórico del populismo.

Sin proponérselo, Laclau se convirtió en un filósofo del poder. Con el tiempo su nombre se volvió sinónimo de política populista y del concepto mismo de populismo. Como observaba Beatriz Sarlo, los populistas argentinos no comulgaban con el tono lacanoschmittiano altamente especializado de su léxico y su trabajo, pero lo celebraban como el prominente teórico del populismo argentino de principios del siglo XXI⁵². El nombre mismo de Laclau llegó a representar muchas reivindicaciones. Al traducir a Laclau para un público más amplio, muchos intelectuales populistas entraron en contacto con su teoría de lo simbólico y simplificaron su idea de que la política de nombrar al líder produce democratización. Por ejemplo, el secretario de Pensamiento Nacional adaptó la idea de Laclau de la ruptura antagónico-populista a las tradiciones más antiguas de la historia argentina, estableciendo una frontera clara entre

el nombre kirchnerismo y la «barbarie». Dentro de ese marco apocalíptico, una simplificación que radicalizaba la teología política de Laclau, el poder de los Kirchner se oponía a un «poder real y tradicional» más siniestro. Las «formas eternas del poder» habían sido atacadas por un nombre que provocaba una «refundación de la política»⁵³.

Aunque nunca llegó al hiperbólico encumbramiento del nombre Kirchner de la Secretaría, ni aceptó el puesto público que le ofrecieron los Kirchner, en sus apariciones públicas, sin embargo, Laclau actuaba la necesidad de defender un momento de gloria populista que, para él y muchos de sus admiradores, estaba ligado a su propia teorización del populismo como único camino hacia la democracia.

En su trabajo académico, el propio Laclau había sostenido que los momentos de transformación populistas eran inherentes al nombre del líder. Sostenía, por ejemplo, que sólo el líder podía representar con toda plenitud y pureza la homogeneidad democrática por la que abogaba:

La construcción de una subjetividad popular sólo es posible a partir de la producción discursiva de significantes tendencialmente vacíos. La supuesta «pobreza» de los símbolos populistas es condición de su eficacia política: dado que su función es llevar a una homogeneidad equivalencial una realidad altamente heterogénea, la única manera de lograrlo es reduciendo al mínimo su contenido particular. En el límite, este proceso llega a un punto en el que la función homogeneizadora es desempeñada por un puro nombre: el nombre del líder⁵⁴.

En sus apariciones públicas en la Argentina, Laclau destacaba el carácter central del nombre de Kirchner. En su última entrevista, concedida a un diario argentino para una serie de reportajes psicoanalíticos llamada *Políticos en el diván*, defendió a los Kirchner y también su propio enfoque teórico. En sus últimos años, Laclau tuvo dificultades para combinar su crítica del poder con una nueva defensa de los regímenes constituidos en Argentina y Venezuela. Se había convertido en un intelectual orgánico del

gobierno populista, pero además era un defensor cada vez más sintomático de sus realizaciones más discutibles. En otras palabras, le costaba distinguir el populismo como ideal democrático de las ambiguas realidades democráticas del régimen populista peronista. Cuando le preguntaron qué pensaba del hecho de que los Kirchner se hubieran hecho millonarios —una pregunta que cobró gran importancia en la Argentina por la sospechosa incapacidad de los Kirchner para explicar cómo y por qué se habían enriquecido tanto durante su gobierno—, Laclau dijo con jovialidad que él también quería ser rico. También aprobó el Fútbol para Todos⁵⁵, un programa en el que el gobierno peronista había invertido importantes fondos públicos para que el fútbol profesional fuera de consumo gratuito «para el pueblo». Codo a codo con la estrella del fútbol Diego Maradona, Cristina Kirchner defendía el programa como un «acto de democratización». Una cosa era promover la visión de un deporte profesional como una ratificación de la democracia; más impactante era declarar que era un acto contra la dictadura. La presidenta sostenía que antes de Kirchner el *fútbol* había desaparecido igual que muchos ciudadanos argentinos durante la Guerra Sucia de los años 70. Hablándole al pueblo, dijo que la televisión privada continuaba la política del terrorismo de estado: «No es posible que secuestren los goles hasta el domingo, como antes secuestraron y desaparecieron a 30 mil argentinos». Éste era el contexto en el que Laclau apoyaba el programa Fútbol para Todos⁵⁶.

Laclau, el teórico de los desamparados, se encontró en la incómoda posición de quien ensalza al poder. Dada la complejidad de su propio modelo teórico, resulta desconcertante el modo en que se lo simplificó y adaptó para que encajara en las ambigüedades del kirchnerismo. Fue un proceso de construcción, en el sentido de que él también se valió de su

modelo para hablar en nombre del pueblo. Este constructivismo radical se alejaba bastante del enfoque historiográfico que había caracterizado los comienzos de su carrera académica de historiador. Lo que lo hizo posible, según observa Arato, es el hecho de que, para Laclau, el pueblo se construye a partir de una parte de los ciudadanos, que luego pasan a ser la totalidad. Así, lo esencial del líder consiste en proporcionarle al pueblo recién inventado el «significante vacío» del nombre del líder. En este sentido, Arato sostiene que Laclau «aboga explícitamente no sólo por construir “el pueblo” de manera absolutamente voluntaria sino también por llenar el espacio vacío del poder con un liderazgo que encarna a un sujeto que no existe»⁵⁷.

Laclau fue homenajeado en España, Argentina y otros lugares y se vio en la necesidad de apoyar a sus anfitriones políticos aun cuando viajaba a la Argentina a dar conferencias académicas. Pero también se permitía hacer algunas críticas al kirchnerismo, al que acusaba de no polarizar lo suficiente, por ejemplo, cuando declaraba que el kirchnerismo «tenía vocación populista» pero en los hechos se quedaba corto. Laclau criticaba que el kirchnerismo careciera de una demarcación amigo-enemigo clara, una «frontera interna» que dividiera efectivamente el campo «popular» del otro campo. Laclau sostenía que el peronismo clásico sí lo había hecho, como también Evo Morales y Hugo Chávez en Bolivia y Venezuela respectivamente, donde los líderes también eran indispensables. Laclau apoyaba los ejecutivos fuertes contra el parlamentarismo⁵⁸. En su ensayo «El legado de Néstor Kirchner» sostenía que Kirchner había enfrentado a los reaccionarios y representaba la voluntad popular contra el *statu quo*. Kirchner planteaba un dilema entre «la Argentina corporativa del pasado o la Argentina popular». Como afirmaba Laclau, «es en el umbral de esta confrontación que el nombre de Néstor Kirchner permanecerá siempre

como un signo liminar y señero. Ya no será una bandera para las luchas, pero se ha transformado en algo más importante: en un símbolo para las conciencias»⁵⁹.

Tras la muerte de Laclau, en 2014, la presidente Cristina Kirchner dijo que los críticos de Laclau se basaban en «la estupidez y la ignorancia». Ignoraban, decía, que la Argentina había estado dividida en dos desde su independencia, en 1810. El último libro de Laclau, donde reflexiona sobre su propia formación marxista aunque sin analizar lo suficiente el alcance de sus propios intentos de ligar el peronismo y el marxismo, Laclau lee la historia argentina posterior a 1955 a través del prisma del peronismo, oponiéndolo radicalmente a la dictadura y minimizando sus propias tendencias dictatoriales, militaristas y neofascistas. Según su perspectiva, el peronismo había sido el espacio para la creación de una nueva izquierda «nacional y popular completamente distinta de la izquierda liberal tradicional». Lo que su panorama omitía era la persistencia de una izquierda no liberal y no peronista y, en términos más generales, las complejidades de la historia argentina. Lo que incluía era su teoría de que el populismo era la única forma de la política y la idea consecuente de que el populismo de izquierda argentino representaba de manera homogénea la democracia en el país⁶⁰. Esta reducción de la historia a la experiencia, y de la historia a la teoría, era válida también para hechos más recientes. Para Laclau, Kirchner, como Chávez o Morales, había representado su propio pensamiento a través de su accionar político, pero para muchos seguidores populistas su pensamiento teórico estaba ligado a las voces del pueblo y sus líderes populistas.

En el congreso oficial sobre Laclau, la ministra de Cultura sostuvo que Laclau era «un pensador decisivo que salió de lo meramente académico y supo escuchar a las grandes tradiciones populares latinoamericanas». Para

esos políticos, Laclau también hablaba en nombre del pueblo. La reunión tuvo lugar en el monumental Centro Cultural Kirchner de Buenos Aires, un hecho de gran importancia simbólica según la teórica Chantal Mouffe, la viuda de Laclau, que destacaba el modo en que Laclau se «identificaba con Néstor»⁶¹. El Centro Kirchner fue el hito más simbólico del proceso de inscripción del nombre Kirchner en el paisaje político de la Argentina. Pero no fue el único, sólo el más grande de muchos otros sitios epónimos Kirchner. Lugares, símbolos y objetos con el nombre Kirchner proliferaron en la Argentina aun antes de la muerte del líder. Incluían edificios, calles, una comisaría, un aeropuerto, un oleoducto, bares, autopistas, el «Centro de Estudios Néstor Kirchner», estadios, el campeonato nacional de fútbol de 2011, túneles, barrios, centros culturales, estaciones de ómnibus, hospitales y puentes⁶².

Por su continuidad con una larga tradición peronista, el más simbólico de estos sitios de denominación populista fue el hostel de estudiantes Néstor Kirchner, situado en la calle Carlos Menem, de la provincia de La Rioja. El reduccionismo de una ideología centrada en los deseos políticos del líder hizo que el nombre del líder se impusiera a lo largo y ancho del país. Pero había un precedente peronista para esto. En la época de Perón, dos provincias (Chaco y La Pampa) fueron nombradas Juan y Eva Perón. Cuando Eva Perón murió, la ciudad de La Plata fue rebautizada con su nombre. Una obsesión similar con los nombres propios puede observarse en líderes como Trump y Berlusconi. Los típicos murales de apoyo a Berlusconi reproducían su nombre mil veces e incluían las palabras «Estamos todos con Silvio», lo que quería decir que todos los italianos eran de algún modo pequeños Berlusconi y que el cuerpo del rey, como habría dicho Hobbes, contenía al pueblo. Trump también proyectaba su nombre como reflejo de su ideología. Su mezcla de negocios y populismo estaba

precedida por su fijación comercial con bautizar torres, carnes, casinos, vinos y ropa con su propio nombre. Lanzó su campaña desde la famosa Trump Tower, una de las muchas torres de Nueva York que llevan su nombre. Entre ellas está la Trump World Tower, rascacielos de la United Nations Plaza que es un ícono de la disrupción fastuosa de la línea del horizonte neoyorkino. El hecho de que Trump emplazara su lujoso edificio cerca del edificio de las Naciones Unidas cobró nuevos sentidos cuando Hillary Clinton lanzó su propia campaña presidencial en el Four Freedoms Park de Roosevelt Island, monumento al antifascismo de Roosevelt que está frente a las Naciones Unidas y al edificio Trump. En 2015 y 2016, estos edificios de nombre comercial de Nueva York, una ciudad que es un ícono global de cosmopolitismo y diversidad cultural, se politizaron fuertemente como símbolos de un líder contrario a la globalización y el multiculturalismo.

Nacido y criado en Nueva York, Trump encarnaba una versión del populismo en la ciudad que con las Naciones Unidas y las minorías se oponía a las tradiciones de segregación y discriminación. Vale la pena recordar aquí que el negocio que Trump heredó de su padre también había merecido serias acusaciones de discriminación racial contra afroamericanos, tal como lo recordaba el cantante antifascista Woody Guthrie, autor del himno inclusivo «This Land is your Land» e inquilino de los Trump a principios de los años 50, cuando cantaba, aludiendo al padre del presidente: «Supongo que el viejo Trump sabe cuánto odio racial/ revolvió en esa olla de corazones humanos/ cuando trazó esa línea de color/ aquí, en su proyecto familiar de Beach Haven/ ¡Beach Haven no es mi hogar!/ ¡No, yo no puedo pagar este alquiler!»⁶³.

Fue precisamente en los años de posguerra cuando un nuevo populismo moderno empezó a crecer en la política norteamericana, primero con el

macartismo y más tarde con las candidaturas presidenciales de Barry Goldwater y el gobernador de Alabama George Wallace. Wallace, candidato de «la ley y el orden», había criticado a su predecesor por su «blandura en la cuestión negra [*soft on the nigger question*]». En 1963 atacó al gobierno por considerar que quería convertir a los políticos en «amos del pueblo» y que era «lo opuesto de Cristo». Insistía en la necesidad de mantener la «¡Segregación ahora! ¡Segregación mañana!». Wallace defendía el racismo «en nombre de la gente más importante que haya pisado esta tierra». Por «la gente» entendía a norteamericanos blancos. Como es conocido, Wallace sostenía que la ciudad de Nueva York no era precisamente un ejemplo para el resto del país: «En Nueva York no puedes caminar de noche por el Central Park sin temer que te violen o asalten o disparen»⁶⁴.

Fue precisamente esa idea de que el Central Park era el lugar donde se veía lo que andaba mal en el país la que le dio notoriedad a un entonces joven populista en proceso de formación. El contexto fue el caso de los «Central Park Five», en 1989. Según explicaba la CNN, «el caso involucraba a cinco adolescentes de color erróneamente acusados y condenados por golpear y violar a una mujer en el Central Park». Trump compró avisos a toda página que publicó en varios periódicos de Nueva York y que decían: «Devuélvannos la pena de muerte. ¡Devuélvannos nuestra policía!». Los chicos erróneamente acusados «fueron exonerados en 2002, cuando otro hombre confesó el crimen y el ADN respaldó su confesión». En 1989, refiriéndose al caso, Trump decía que «los avisos eran muy fuertes y francos, y lo que pedían era ley y orden. Y no estoy hablando sólo de Nueva York. Estoy hablando de todo». «Tal vez odio sea lo que necesitamos», decía, «si queremos que se haga algo». Se podría considerar que esta precoz combinación de «ley y orden» y argumentos racistas fue un ensayo de populismo; lo cierto es que más tarde se convertiría en el sello de

fábrica de la exitosa carrera de Trump hacia la presidencia. Fiel a una antigua tradición que el jurista argentino Roberto Gargarella llama con acierto «populismo penal», Trump reclamaba medidas severas contra el delito que se suponía fundadas en la voluntad del pueblo. Los líderes populistas suponen que la gente quiere que ellos mismos sean sus principales legisladores y jueces. El propio Trump se justificaba invocando el amplio apoyo popular que tenía su accionar, pero en la práctica, naturalmente, el «pueblo» nunca había sido consultado⁶⁵.

Si a lo largo de su historia el populismo norteamericano combinó su política de resentimiento con la idea de que los trabajadores eran una «mayoría silenciosa» blanca que potenciaba o implícitamente rechazaba la realidad cosmopolita de las ciudades y las minorías que vivían y trabajaban en ellas, no todos los populismos adherían a esa clase de exclusión populista tan típicamente norteamericana. En otras palabras, no todos los populistas identifican el demos con el ethnos, el pueblo con la raza, pero todos ellos identifican al pueblo con los trabajadores y productores y al antipueblo con aquellos que no trabajan o no trabajan lo suficiente. Este «productorismo» es un componente clave del concepto populista de pueblo.

En general, los líderes populistas personifican con su nombre al pueblo unido y lo enfrentan con el antipueblo, con las élites y los traidores contra los que pelean. En un discurso de 2013 simbólicamente pronunciado en la Piazza del Popolo (la plaza del pueblo) de Roma, Berlusconi la rebautizó retóricamente Plaza del Pueblo de la Libertad, según el nombre de su partido. Sostenía que su discurso se dirigía a una nueva Italia, y que hablaba para aquellos que no tenían representación política. Según Berlusconi, él y sus seguidores eran el legítimo pueblo italiano. Los «que están conmigo (...) todos nosotros, juntos», decía, «representamos a los italianos de buena voluntad, de sentido común, de buena fe. Representamos a la Italia que

trabaja y produce. La Italia de las mujeres y los hombres que quieren seguir siendo libres. Somos el pueblo de la libertad». Berlusconi sostenía que «somos la mejor Italia y somos la mayoría de Italia». Y terminaba el discurso de manera típicamente populista: citaba a Gandhi, describía sus propuestas económicas neoliberales, fusionaba su persona con su partido y la libertad y anunciaba que abrazaba simbólicamente a cada uno de sus seguidores. Sus seguidores reaccionaron gritando una y otra vez que Berlusconi era su único amor y cantando el himno «Meno male che Silvio c'è» («Menos mal que Silvio existe»). El himno se había dado a conocer por primera vez en 2008, en un aviso de TV donde un grupo de italianos étnicamente homogéneo que representaba a distintos tipos de trabajadores, con particular presencia de jóvenes, cantaban repetidamente la frase «al menos tenemos a Silvio». La estética años 90 del aviso combinaba una melodía sentimental con imágenes de multitudes abrazando una larga bandera italiana, pero Berlusconi no aparecía en la imagen. La invocación de su nombre daba a entender que era más una ecuación omnisciente y familiar de pueblo y nación que un ciudadano común y corriente. El pueblo seguía al líder e invocaba su nombre para garantizar que más allá de Berlusconi no había otra forma legítima de representación política. En otros discursos, los berlusconistas actuaban el eslogan «Estamos todos con Silvio» luciendo máscaras de Berlusconi⁶⁶. Desde el marco referencial de Berlusconi, no había lugar legítimo alguno para la supuesta minoría de los que no apoyaban la fusión multclasista de país y pueblo del Cavaliere. El mensaje era que representaban la insensatez, la mala fe y hasta la opresión.

También el general Perón sostenía que «en el pueblo están los hombres humildes de todas las condiciones, que integran la única clase de argentinos que nosotros reconocemos: la clase de los que trabajan». De igual modo, para Perón, los que no trabajaban, los que se infiere que no reconocía como

argentinos, quedaban asociados con la oposición política. Eran el «antipueblo»: «antiperonista, antijusticialista, y retrógrado de la reacción»⁶⁷. Aquí, una vez más, el enemigo aparece como el enemigo de la libertad, una libertad que para Perón siempre estaba bajo el fuego del *demoliberalismo*.

Más tarde, para Menem, Fujimori y Berlusconi, el enemigo de la libertad fue la izquierda. De manera similar, Trump y Marine Le Pen acusaban a sus enemigos de responder a ideologías fechadas y promover propuestas que socavarían la democracia, mientras que Cristina Kirchner identificaba a todos los que la acusaban de intolerante con la extrema izquierda, la extrema derecha y la dictadura militar. Mientras Perón, George Wallace y muchos otros populistas de posguerra negaban explícitamente que fueran fascistas, los nuevos populistas como Marine Le Pen, Trump o Erdogan caracterizaban a sus propios enemigos como nazis o fascistas «totalitarios»⁶⁸.

Es conocido que Wallace increpaba a los manifestantes que lo acusaban de fascista diciendo: «Cuando ustedes usaban pañales, yo estaba matando fascistas». Perón ya lideraba la dictadura en 1944 y publicaba en el principal diario de oposición una explicación detallada de «por qué el gobierno argentino no es fascista». El conductor, que todavía no había sido elegido, expresaba con todo «su fe en las instituciones democráticas» e insistía en el hecho de que el régimen contaba con un respaldo popular extremadamente alto. Para él, que el pueblo apoyara el régimen significaba que los que estaban en su contra eran enemigos de la nación toda y representaban una «época nefasta» en la que la democracia sólo existía «en apariencia», pero no en la realidad⁶⁹. El chavismo también reproducía los puntos ideológicos clásicos del peronismo sobre el pueblo y el régimen

fundidos en Uno y la oposición como antipueblo. Para el comandante Chávez, el proyecto de la oposición era «enemigo del pueblo venezolano».

Chávez cargaba contra la representación política liberal diciendo que «la democracia de elites, representativa, es contrarrevolucionaria. Un gobierno tomando decisiones encerrado en cuatro paredes, expropiándole al pueblo su soberanía, es contrarrevolucionario». En 2009, tras ganar un referéndum para la reelección, y al anunciar en 2012 su nueva candidatura presidencial, Chávez combinaba la verdad de la victoria del pueblo y la dignidad de la patria contra las mentiras de la oposición. Juraba que jamás regresaría al «pasado de indignidad» a la que la oposición quería regresar. Prometía «abrir las puertas del futuro». Por momentos identificaba a la oposición con épocas prehistóricas y proclamaba que «el hombre del futuro se llama Chávez»⁷⁰.

De la izquierda populista a la derecha populista, la democracia debía tomar distancia de su versión representativa liberal. Un aspecto importante de la idea de que el enemigo son los que están contra la libertad y la democracia era que, mientras esos líderes populistas solían reivindicar la recuperación de un pasado dorado de ficción para identificarse, e identificar a sus naciones y sus pueblos, con el presente y el futuro, los enemigos siempre aparecían caracterizados como vestigios de un pasado decadente que ya no se correspondía con la voluntad del pueblo. Esos enemigos, en suma, se identificaban con un sistema político obsoleto, contrario a la verdadera democracia. Los medios independientes pasaron a ser el ejemplo perfecto del régimen de verdades empíricamente fundadas y el concepto de controles y equilibrios que los populistas impugnaban. En ese contexto, la sospecha profunda y por momentos la demonización de la prensa independiente iban de la mano con la estrategia populista de utilizar y manipular estos medios para publicitar sus espectáculos políticos y reforzar

al mismo tiempo su visión ideológica de la política como batalla contra el poder de los medios, en especial los independientes, que eran caracterizados como el enemigo decisivo del líder del pueblo. También aquí el populismo seguía y reformulaba la experiencia del fascismo.

DE LA PROPAGANDA CLÁSICA AL PAISAJE DE LOS NUEVOS MEDIOS

En la transición hacia la política democrática de masas, las versiones clásicas del populismo siguieron las huellas del fascismo, con el que compartían la idea de que los medios son el vehículo clave de la propaganda. En el populismo, la función principal de los medios era estetizar la política, es decir: reorganizar en clave democrática lo que antes había sido propaganda personalista fascista. A diferencia del fascismo, la versión populista de la política como espectáculo funcionaba en tándem con los mecanismos electorales, a los que nunca reemplazó. La aclamación mediática populista tiene sus límites. La propaganda peronista de posguerra, por ejemplo, descansaba en la idea abrumadora de que Juan y Eva Perón eran los padres del pueblo, pero también insistía en el hecho de que el régimen hubiera sido reelegido repetidas veces. La variedad de medios utilizados por el peronismo incluía periódicos, películas, radio y revistas. La repetición compulsiva de las palabras e imágenes del líder, ya sea por su propia boca o por la de otros muchos «pequeños Perones», sustituyó la necesidad de ofrecer explicaciones complejas de programas o ideas. Desde la perspectiva del líder populista, la doctrina existía para erradicar, y en última instancia corregir, a los incrédulos. Las realizaciones del líder eran más importantes que la teoría abstracta. Perón afirmaba que «la doctrina es la finalidad encarnada en el alma colectiva de la comunidad». Pero, en realidad, la doctrina existía para ratificar la sólida creencia en cualquier

cosa que Perón dijera o hiciera. Perón actualizaba constantemente la ideología del movimiento mediante el control de sus propias palabras e imágenes y, en forma creciente, de los medios nacionales⁷¹.

De manera similar, en los años 90, los líderes populistas vilipendiaban a los medios y utilizaban los medios públicos, en el caso de Berlusconi su propio imperio mediático, para transmitir un mensaje claro y controlado. Como Perón y muchos otros, esos líderes populistas neoliberales demonizaban a los medios independientes y hasta sugerían, por momentos, que los medios eran sus principales enemigos. Y, como cualquier enemigo, los medios también podían ser derrotados por la democracia populista, como sostuvo Carlos Menem luego de su victoria presidencial de 1995. Situaciones similares se produjeron con líderes populistas como Chávez y Erdogan, algunos de cuyos esfuerzos por controlar palabras e imágenes, y silenciar a la prensa independiente, siguieron caminos bastante «tradicionales». Pero todo cambió con la aparición de nuevos canales de comunicación, incluidas las redes sociales. La mayoría de los líderes populistas han brillado en el uso de las tecnologías modernas para sortear la mediación de la prensa y establecer lazos directos con los ciudadanos. Esto ha sido útil especialmente, aunque no exclusivamente, para los líderes que estaban en la oposición.

En su exitosa campaña presidencial, Trump, sorprendentemente, fue capaz de combinar una atención sostenida de parte de la prensa independiente con medios de comunicación electrónica más directos, en especial Twitter. Hablando de la prensa, Trump declaraba: «Están tratando desesperadamente de suprimir mi voto y la voz del pueblo norteamericano». Dado que en su esquema populista era la encarnación de la nación y de su pueblo, Trump sólo podía interpretar las reacciones críticas de los medios ante sus ataques contra las mujeres, los inmigrantes y otras minorías como

intentos de restringir la soberanía norteamericana. En ese sentido, la campaña de Donald Trump ejecutaba a la perfección el manual populista. Si, antes de acceder al poder, los líderes populistas se definen por su hostilidad hacia los medios independientes aun cuando los utilicen para difundir su mensaje, suele suceder que, una vez a cargo del gobierno, pasen de ese manejo instrumental a atacar de manera activa y explícita la autonomía de los medios. Incluso la posibilidad de una derrota electoral debe ser atribuida a una vasta conspiración antidemocrática de las élites mediáticas que manipulan el sistema para frenar la voluntad del pueblo encarnada en tal o cual candidatura. El atractivo de Trump respondía en parte a las poderosas mentiras que circulaban entre él y sus partidarios. Al parecer, éstos creían en ellas a pesar incluso de las refutaciones empíricas suministradas por los verificadores de datos de una prensa en la que Trump veía a una élite enemiga del pueblo.

Los populistas exageran la importancia de la prensa cuando la colocan en el centro de la política. Como sostenemos con Pablo Piccato y Fabián Bosser, los populistas ven la política como un espectáculo, una batalla cultural entre los que defienden los intereses del «verdadero» pueblo de la nación y los medios, las élites y las minorías que representan intereses antinacionales. La única libertad de expresión aceptable es aquella por la que el líder le da voz al «hombre común»⁷². Basándose en una visión posfascista de la democracia en la que el autoritarismo y la demonización reemplazan a la tolerancia y el diálogo abierto, Trump responsabilizaba a la prensa libre por las críticas políticas que recibía. Por eso llegó a ver a la prensa independiente como un adversario crucial de sus propias políticas. Gracias a los blogs de internet y otros medios no tradicionales, Trump logró que salieran a relucir los mensajeros de la derecha. Volvió a una concepción premoderna de la prensa como vehículo de una tendencia y nombró director

de su campaña al CEO de Breithart, el sitio web de la supremacía blanca *alt-right*. El *New York Times*, el *Washington Post*, la CNN y otros medios de comunicación fueron a menudo la carne de cañón principal de sus ataques⁷³.

La canción que cantaba Trump sonaba muy familiar para los argentinos. Durante diez años, los ex presidentes Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner lanzaron una ofensiva contra los medios críticos y eligieron como blanco principal a *Clarín*, uno de los diarios más importantes del país. Culpaban al diario de todos los problemas del gobierno, repartían remeras y medias con el eslogan «*Clarín* miente» y declaraban una y otra vez que *Clarín* era un medio corrupto. Pasando de la demonización a la práctica, utilizaron la Administración Federal de Ingresos Públicos para acosar al periódico opositor con auditorías y finalmente con leyes antimonopólicas que favorecían a medios cuyos dueños eran amigos de los líderes populistas. Métodos similares se usaron en países como Venezuela y Ecuador en las primeras dos décadas del siglo XXI⁷⁴.

Que el populismo ataque la autonomía de la prensa no significa que los populistas dejen de utilizarla como un vehículo más de promoción política. Criticar a la prensa atrae la atención de la prensa. Cuando los populistas llegan al gobierno, el diálogo entre los que están en el poder y la oposición tiende a ser reemplazado por un revitalizado foco en la prensa como enemigo decisivo del gobierno, del líder y de la nación.

Así, en versiones recientes y actuales del populismo, la estrategia de acusar a la prensa de ser agente de propaganda de los enemigos del líder se ha combinado con el uso de las nuevas tecnologías de comunicación vía Internet, en especial de Twitter, que refuerzan los lazos entre los líderes autoritarios y sus «seguidores». Como observa Beatriz Sarlo, si la política es cada vez más compleja y multipolar, la política que funciona en las redes

sociales tiende a verse en términos binarios. En ese sentido, las redes sociales y el populismo son el uno para el otro⁷⁵. Los populistas están predispuestos a considerar que los periodistas independientes son profundamente sospechosos y hasta enemigos, y la tecnología les permite saltar a la prensa para conectarse directamente con sus seguidores. Este acceso inmediato a los propios partidarios no tiene precedentes y permite que los líderes populistas se distingan de los políticos y subrayen su hostilidad hacia la política tradicional. Las nuevas tecnologías no favorecen el debate ni despejan el acceso a las ideas; más bien minimizan seriamente la relevancia de instituciones democráticas cruciales como la prensa libre. La idea de que la voz no mediada y no cuestionada del líder representa la verdad opera en tándem con la fantasía de que lo único que los medios tradicionales tienen para ofrecer al público son mentiras.

Medios y participación política ciudadana están esencialmente entrelazados. Es una relación sinérgica que el populismo debe incorporar a sus necesidades políticas. Como sostiene el argentino Silvio Waisbord, un experto en medios, el ADN del populismo incluye una aguda sensibilidad hacia los medios. Su principal contradicción tiene que ver con la necesidad dual de hablar por la mayoría del pueblo y la estructura de comunicación piramidal que afirma la palabra del líder⁷⁶. Si el populismo afirma ser la voz de la «mayoría silenciosa» es precisamente por su capacidad de eludir la función fiscalizadora del periodismo independiente. En teoría, la idolatrada voz del líder promueve la participación política popular. En la práctica, la voz del pueblo es un monólogo a cargo del líder que no pasa por la mediación del periodismo.

El uso eficaz que el populismo hace de los nuevos medios subrayó las ambigüedades ideológicas pero evitó discutirlos. En ese sentido, el populismo se valió de esas tecnologías para afirmar sus principios del

mismo modo que lo habían hecho los dogmas neoliberales. La naturaleza acrítica e irreflexiva de los así llamados ciclos de noticias de veinticuatro horas no es un invento del populismo, pero el populismo prosperó bajo su ala para derrotar al neoliberalismo. El resultado fue una ausencia general de propuestas y programas detallados. Como sostiene Jean Comaroff,

Bajo las condiciones del liberalismo tardío, cuando las viejas coordenadas de la izquierda, la derecha y el centro parecen profundamente desorientadas, resulta cada vez más difícil reconocer esos rostros conocidos de una manera absoluta. La políticas ambiguas de los líderes populistas de la América Latina contemporánea, por ejemplo, pueden tener sus antecedentes, construidas como están sobre el legado de figuras como Perón y Bolívar. Pero parecen ofrecer una amalgama todavía más intensa y confusa de progresismo y protofascismo, en la medida en que toman su forma actual de circunstancias históricas muy particulares, entre ellas el advenimiento de políticas de desregulación mundiales, la extensión de los medios electrónicos hacia campos de existencia cada vez más amplios y personales y la mutación de una política de clase en movimientos identitarios y teologías renacidas de todo tipo⁷⁷.

Un factor clave del éxito del populismo fue montar un sistema de medios preocupados por la identidad, la nación y lo sagrado.

Los nuevos usos populistas de la tecnología, incluida la habilidad del líder para «bloquear» a los indeseables identificados que pudieran interferir su mensaje, no afianzaron el acceso público a la democracia; más bien erradicaron las opiniones divergentes. Esos mensajes sintéticos no requerían análisis ni explicaciones, más bien los evitaban, y facilitaban aún más la confusión de eslóganes y políticas y la irrisión o demonización de los enemigos sin debates o escrutinios de por medio. En cuanto al populismo vía Twitter, toda participación ciudadana en una decisión del líder es un espejismo. Como advirtió Umberto Eco, tanto en el fascismo como en el «“populismo de Internet” (...) los ciudadanos no actúan; sólo son llamados a desempeñar el papel de pueblo»⁷⁸.

Sin embargo, como sucede con el fascismo, el espectáculo populista del pueblo no debe ser confundido con el populismo. El estilo y la estética no pueden ser equiparados con la comprensión de una ideología política. El populismo ha sumado a su repertorio los nuevos medios tecnológicos, pero su enfoque original de la política no ha cambiado. En otras palabras, en un paisaje mediático cambiante, el populismo ha adaptado su estrategia mediática, pero el efecto —reemplazar una diversidad de voces por una voz única— es el mismo que antes de que ese surtido de tecnologías innovadoras se volviera accesible⁷⁹. La afirmación de una noción de soberanía que radica en la legitimidad conferida por las elecciones, la figura de un líder dueño de la verdad y dotado de un sistema de propaganda vertical destinada a sacralizarlo siempre ha sido un elemento central de la visión populista de la democracia.

LOS DIOS DEL POPULISMO

El populismo comparte con otros grandes ismos del siglo pasado —el liberalismo, el comunismo, el fascismo— la idea de que la soberanía popular es la fuente principal de legitimidad de lo político. En otras palabras, en todos esos ismos el liderazgo se define como la representación del pueblo por el pueblo. Así, el populismo, el fascismo, el liberalismo y el socialismo real coinciden en que el pueblo es la principal fuerza de legitimación de la representación política. Por supuesto que las teorías y prácticas de representación de esas filosofías políticas difieren históricamente. El fascismo y el socialismo real proclaman que la naturaleza popular del liderazgo tiene fundamentos míticos o teleológicos. No hacen falta elecciones para confirmar un gobierno revolucionario dictatorial. El populismo, en cambio, tiene más que ver con el énfasis en las

formas de representación electorales del liberalismo. A diferencia del fascismo o el socialismo real, el liberalismo y el populismo se oponen retóricamente a la dictadura. En todas esas formaciones ideológico-políticas y sus ramificaciones contextuales, el líder y el sistema aparecen legitimados porque el pueblo los quiere, o eso es lo que declaran sus intérpretes. Discrepan en la práctica sobre cómo hacer que eso sea posible, porque el liberalismo y el populismo se centran en última instancia en la representación electoral, mientras que el fascismo y el socialismo real rehúyen los mecanismos electorales para confirmar la legitimidad del líder, que aun así se presenta como el representante último y permanente del pueblo.

Pero aunque el populismo de posguerra y el liberalismo de la Guerra Fría compartieran históricamente una metodología de representación política fundada en medios democráticos, ambos pertenecían a tradiciones ideológicas e intelectuales significativamente diferentes.

En teoría, todos esos ismos políticos modernos igualaban la democracia con la participación de masas. Pero el ideal de expansión democrática sostenido por el liberalismo y el comunismo se basaba en la tradición del Iluminismo, mientras que las versiones fascista y populista eran explícitamente antiiluministas. En el fascismo, y también en alguna medida en ciertas versiones del populismo, la soberanía popular era concebida como un rechazo del legado de la revolución francesa. Así, si nos atenemos a la teoría, el populismo parece estar más cerca de la dictadura de lo que lo estuvo en la práctica. Pero no es posible entender las ideas sin dar cuenta de las experiencias políticas a que dieron lugar en la historia. Ambas dimensiones nunca dejaron de afectarse y transformarse mutuamente: primero el populismo posfascista moderno reformuló el fascismo; luego renunció a él.

En términos más específicos, la constante interacción entre realidades democráticas y tendencias autoritarias hizo que el populismo de posguerra ofreciera una doble fuente de legitimación: el líder es el líder en virtud de la representación electoral, pero la teología política populista exige además la firme creencia en el líder como una figura carismática y trascendental cuya legitimidad está por encima de la representación electoral.

Así representaban a Perón: como una figura casi divina. Él mismo solía decir que trabajaba junto con el Señor haciendo correr la voz o, como dijo en 1953, «predicando». Como muchos líderes populistas de regímenes que surgieron después de él, Perón usaba lo sagrado para convalidar su propia persona y su liderazgo. Según él, estaba «también ayudando a Dios» a revelar su propia misericordia y grandeza⁸⁰. En el peronismo, religión formal y religión política aparecían mezcladas, pero las esferas de Dios y el líder no. El conductor era el líder político, no Dios. El peronismo exaltaba la cristiandad, pero no a través de la Iglesia. En este caso, la fusión retórica produjo la peronización del cristianismo. Como decía Eva Perón al anunciar la llegada de una navidad peronista en 1946: «Yo vengo del pueblo, como el general Perón, y estoy encantada de haber llevado en esta Navidad el buen pan dulce de Perón y la sidra de Perón, a todos los hogares que Perón ha restablecido a sus alturas cristianas»⁸¹. Como he dicho en otro lugar, las dimensiones religiosas de la doctrina populista peronista estaban íntimamente ligadas a la supuesta naturaleza religiosa del liderazgo de Perón. En un momento dado la ideología peronista detectó un núcleo de verdad en esas exageraciones. Una y otra vez se llevaba al límite la constante confusión de lo profano y lo sagrado. Como dijo Eva Perón a su asesor íntimo, el padre Virgilio Filippo, cléricofascista duro, y otras personas en 1951, Perón era el Dios de los argentinos⁸². Como los líderes

fascistas, Perón se movía como una analogía temporal de lo sagrado. Era el que cargaba la cruz en nombre de la nación y el pueblo.

En el centro de estas teologías populistas yacen ideas de soberanía popular. En la práctica, estas formas dobles de representación engendraban conceptos unitarios de pueblo, posturas intolerantes, ataques a la libertad de expresión e incluso conceptos plebiscitarios y delegativos de la democracia, pero no el fin de la democracia misma. En este contexto, el líder populista es líder por la fe que, se supone, el pueblo tiene en él o en su liderazgo. Los líderes actúan como la personificación de la voluntad popular, y no sólo porque hayan sido elegidos por el pueblo. Esta lógica de identificación extrema atraviesa el universo y la historia populistas. Al transformarse en el pueblo, el líder pasa a ser una figura trascendental única, incomparable, homogénea y semejante al pueblo. En Francia, el eslogan del Frente Nacional también equiparaba al líder con el pueblo: «Le Pen, el pueblo» [«Le Pen, le peuple»]. En Colombia, Gaitán, famosamente, dijo: «Yo no soy un hombre, soy un pueblo»⁸³. El líder es sacralizado, y su teoría de la representación es en parte una forma de representar la voluntad del pueblo a través de la recuperación popular de la persona del líder. El pueblo posee al líder, o eso dice el líder. A su juicio, su propia persona ya no tiene importancia, lo que explica la naturalidad y el entusiasmo con que los líderes populistas se refieren a sí mismos en tercera persona. El general Perón declaraba: «Yo sólo soy el hombre de una causa. Perón no me interesa, ni me ha interesado nunca, sino en la medida que puede servir la causa»⁸⁴.

Como hemos visto, el caso de Hugo Chávez es particularmente sintomático. «Yo ya no soy yo, me siento encarnado en el pueblo», decía, y multiplicaba su nombre y lo proyectaba en la nación y su pueblo. No sólo

hablaba en nombre del pueblo; su nombre era el nombre del pueblo: «Chávez es Venezuela».

En 2012, Chávez dijo a los venezolanos que eran «el pueblo de Chávez». Cuando explicaba su idea trinitaria de líder, pueblo y nación, Chávez solía hablar de los tres componentes de su nación como si fueran indistintos. Decía: «Yo ya no soy Chávez, Chávez se hizo un pueblo». También decía que «Chávez se ha convertido en la esencia de la nación». Este proceso de transustanciación implicaba que cada venezolano era un pequeño Chávez, en la medida en que todos eran componentes del pueblo nacional del líder. «Yo no soy Chávez, ustedes son Chávez, somos todos Chávez, yo he dejado de ser yo mismo. En verdad, Chávez es un pueblo». Como Perón, Gaitán y muchos otros, Chávez afirmaba un claro vínculo entre él mismo, la historia de la nación y Dios. Le pedía a Cristo que le diera su corona y su cruz. En 2012 también decía: «Estoy convencido de que Dios ayuda a Chávez y a sus amigos»⁸⁵.

El movimiento chavista se veía claramente como una religión política radical, dotada de sus propias oraciones y plegarias. En la construcción del liderazgo de Chávez había una síntesis del libertador Simón Bolívar y Jesús. Como explica Carlos de la Torre, «su movimiento político, la nueva constitución y hasta Venezuela aparecían rebautizados como “bolivarianos”. Chávez invocaba todo el tiempo a “Jesús, mi comandante en jefe” y “Señor de Venezuela”». De la Torre observa que el líder mismo personificó la fusión entre liderazgo popular y religión formal en una aparición por la televisión nacional en 2012: «Chávez comparaba su agonía por el cáncer con la pasión de Cristo. Fiel a la invocación que Cristo hace a su Padre cuando se siente abandonado en la cruz, Chávez rezaba en voz alta: Dame vida... Dame tu corona Cristo, dámela que yo sangro, dame tu cruz, cien cruces, pero dame vida porque todavía me quedan cosas por hacer por este

pueblo y por esta patria. No me lleves todavía, dame tu cruz, dame tus espinas, dame tu sangre que yo estoy dispuesto a llevarlas pero con vida. Amén»⁸⁶.

En 2013, cuando Chávez murió, Nicolás Maduro, su proclamado «hijo» y «apóstol», quería embalsamarlo, como había hecho Perón con el cadáver de Eva Perón. Pero en vez de mencionar a Evita, Maduro vinculó al líder fallecido con otros líderes famosos que habían sido momificados: Ho Chi Minh, Lenin y Mao. El objetivo de momificar al líder era definir su lugar singular respecto del resto de los ciudadanos muertos, que recibían tipos más bien tradicionales de funeral. Como sea, la falta de una planificación apropiada imposibilitó esa opción, y Chávez fue enterrado como cualquier otro venezolano.

El intento venezolano de momificar al líder es un ejemplo sintomático de cómo, para el imaginario populista, el líder pertenece al pueblo incluso una vez muerto. Para justificar el futuro embalsamamiento de Chávez, Maduro decía: «El cuerpo de nuestro comandante en jefe yacerá embalsamado en el Museo de la Revolución. Yacerá en condiciones especiales, de manera que pueda ser exhibido en una caja de cristal y el pueblo pueda estar con él para siempre»⁸⁷.

En 1994, cuando entró en la política, Berlusconi decía «haber sido elegido por Dios»⁸⁸. Alguna vez también dijo: «Soy el Jesucristo de la política... Me sacrifico por todos». En la Argentina, Cristina Kirchner decía que lo importante era temer sólo a Dios, pero también temerle a ella «un poquito»⁸⁹. El líder, sólo por su condición de líder, conjuraba una situación apocalíptica. Ante todo, la idea sagrada de líder mezclaba la representación electoral con ideas mesiánicas de predestinación. Donald Trump, por ejemplo, equiparaba sus votantes republicanos de las primarias y su propia candidatura con la voluntad del pueblo norteamericano. Decía incluso que

los reuniría en una sola voz. Reemplazó la voz de ellos con la suya, lo que hizo que el líder se reapropiara del pueblo. En términos colectivos, el pueblo seguía siendo un actor pasivo por el cual él «pelearía» y «triunfaría». Hablaba por una «mayoría silenciosa» que no podía defenderse sola, y ni siquiera hablar. «Yo soy la voz de ustedes», le decía al «pueblo que trabaja duro y ha dejado de tener voz»⁹⁰.

Trump combinaba las típicas inflexiones mesiánicas de la tradición política norteamericana con el elogio retórico del ejercicio de la violencia contra los miembros de la oposición. Un conocido simpatizante de Trump, por entonces senador republicano, planteaba que la opción Trump, para el partido republicano, era una opción de vida o muerte. La idea de un líder de algún modo más cercano a Dios que a los demás mortales apareció en la campaña presidencial de 2015-2016. Trump dijo a un grupo de líderes religiosos que si ganaba la presidencia iría al paraíso. Dentro del trumpismo, lo sagrado se entrelazaba con el ideal del espíritu emprendedor norteamericano representado por el carisma y la capacidad intelectual del líder populista. Trump se presentaba como el líder de una nación y un pueblo de triunfadores, pero también se confiaba a Dios como al propietario último⁹¹.

Trump ponía en paralelo sus negocios inmobiliarios, lo sagrado y la política del presente y el futuro inmediatos norteamericanos. Al norte del Río Grande, el populismo del siglo XXI reformulaba una antigua combinación populista norteamericana de individualismo extremo, religión, racismo, antiinstitucionalismo, materialismo y «trabajo duro» con un tipo flamante de predestinación política y comercial. Trump se postulaba como la encarnación de la nación y la personificación del espíritu del capitalismo. Quería que lo vieran como un mito viviente. Como sostenía la destacada estudiosa de mitos políticos Chiara Bottici, el eslogan de Trump «Hagamos

grande a Estados Unidos otra vez» reproducía el «mitologema fascista de “grandeza-declinación-renacimiento”». Esta línea narrativa permitía que el líder «identificara a los que eran vistos como la causa de la declinación, los sindicara culpables y luego encausara y alimentara la hostilidad en su contra»⁹². Aquí los viejos mitos fascistas se recombinaaban con una tradición norteamericana de derecha populista y xenófoba que aspiraba a una sociedad gobernada por los ricos. Éste era el contexto en el que, como sugería Judith Butler, Trump se acercaba al fascismo⁹³. En realidad, en la práctica, el populismo de Trump no estaba lejos de la idea elitista y neoliberal de una clase dirigente cuyo poder deriva de la riqueza, sólo que fusionada con viejos mitos políticos fascistas de liderazgo sagrado e ideas populistas de soberanía popular, más la exclusión del antipueblo.

En este aspecto Trump se parecía al populista italiano Silvio Berlusconi. Parte de la atracción que ambos ejercían residía en que combinaban una imagen de «hombres del pueblo» con el mundo enrarecido de los billonarios. Y la atracción aparecía embellecida por inflexiones religiosas. Según esta concepción, el líder es más especial que su pueblo, lo que responde a una predestinación divina. Si esto suena religioso es porque lo es. Las formas sagradas que forman parte de la privacidad de la fe religiosa son un componente clave de la teología política populista.

A diferencia de los fascistas, la fe de los populistas se confirma por medio de resultados electorales. Pero, igual que los fascistas, los populistas adoptan formas religiosas (lenguaje y rituales) y apoyan la idea de que el líder es una figura divina que nunca se equivoca. Para Chávez, la idea de ser una figura divina lo conectaba con Jesús y presuponía la idea radical de que el enemigo es impío. De manera similar, como sugiere el investigador turco Ertug Tombus, en Turquía, especialmente luego del intento de golpe de julio de 2016, Erdogan mezclaba dos teologías políticas (la religión

formal y el populismo). Mientras Tombus subraya las conexiones entre las visiones fascista y populista de lo político, así como el carácter transnacional de ambas, algunos investigadores que trabajan sobre países musulmanes plantean la existencia de un Otro «populista islámico». Pero ¿tan distinto es el populismo en la política islámica como para obligarnos a hablar de un populismo islámico?

¿POPULISMO ISLÁMICO?

En muchos estudios sobre política e Islam, el populismo se vuelve una manera de marcar la diferencia entre una gran parte del mundo y Occidente. Según estos trabajos, el populismo es un resultado natural de la debilidad democrática de la política en el Islam. Estos investigadores suelen hablar de una forma de política compacta «islámica» donde la tendencia al populismo aparece naturalizada y casi por defecto. A mi juicio, fundir esas dos ideologías (el Islam, o para el caso cualquier religión, y el populismo) no autoriza la creación de una categoría nueva como «populismo islámico», cuyo uso suele mezclar las experiencias extremadamente diversas de países como Turquía, Egipto, Irán, Marruecos, Túnez e Indonesia. Mientras el populismo turco surgió de un sistema multipartidario, países como Indonesia y Egipto ofrecían contextos autoritarios y democráticos muy distintos.

Populismo islámico es un nombre poco apropiado que sobredimensiona la política populista e identifica al populismo con cualquier crítica islámica a las élites o, en algunos casos, con las políticas de masas en los países musulmanes. Aun cuando la fusión de temas islámicos y populistas sea una manifestación singular de la política populista en los países musulmanes, el término *islámico* no dice gran cosa de ciertas formas de populismo que a

menudo tienen más relación con contextos «no musulmanes», en casos europeos, africanos o latinoamericanos, que la que tienen entre sí. Como ocurre también con la expresión *islamofascismo*, *populismo islámico* desdibuja las continuidades internas de la historia global del populismo a la vez que oscurece los historiales convergentes del Islam político en el mundo. Además, los usos públicos del populismo islámico ilustran el esfuerzo por presentar al populismo como una perversión, o una deformidad, de la democracia «real», normativa. Lo que se sobreentiende, en este caso, es que los musulmanes son incapaces de arreglárselas con un gobierno democrático maduro, afirmación que tiene una historia colonial larga y sangrienta⁹⁴.

Es más común que la expresión sirva para obviar diferencias cruciales entre formas de populismo de izquierda y de derecha en todo el espectro político (incluyendo también Medio Oriente) y tienda a subrayar y aun a confirmar creencias estereotipadas sobre el Islam y Occidente, confundiendo con frecuencia la domesticación y sincronización populistas de la religión con formas propias de la religión.

El estudioso del populismo Vedi R. Hadiz defiende la expresión, pero propone una periodización del concepto muy específica y sostiene que una de las convergencias entre populismo y política islámica es la identificación común de la noción de *umma*, una comunidad de creyentes musulmanes que concibe al pueblo como un todo. Pero, como también observa con sagacidad, la *umma* suele tener una connotación más nacional que universal. Es exactamente esa dimensión nacional la que ilumina las formas particulares en que se adopta y se vive, en ciertos períodos y países específicos, una concepción transnacional de la teología política.

En su excelente estudio sobre el populismo en Argelia, el investigador argelino Lahouari Addi destaca precisamente la persistencia de la noción de

populismo en Argelia desde la independencia del país, durante la Guerra Fría, hasta los años 90, pero también destaca sus muy distintas variaciones contextuales. Seculares o islámicas, las formas argelinas de populismo tienen más cosas en común entre sí que las que comparten con otros ejemplos transnacionales. Lo mismo se puede decir, por supuesto, de la experiencia peronista en la Argentina y de otros ejemplos nacionales que participan de los mismos historiales nacionales. Pero así como en la Argentina el peronismo incluía distintas corrientes, del antiimperialismo al corporativismo, pasando por el populismo neoclásico y el neoliberalismo, el populismo argelino fue adoptado y reformulado por corrientes distintas y aun contrarias. Todas ellas decían ser la encarnación del pueblo, pero, antes que ser solamente una estructura vertical, el populismo argelino movilizaba a sus ciudadanos y ampliaba su participación política al tiempo que redefinía la identidad de los enemigos comunes del pueblo. Como sostiene Addi convincentemente, los contenidos del populismo cambiaban según los distintos períodos históricos, pero lo que subsistía era una idea mítica de pueblo. En la época de las luchas por la independencia anticolonial, sus contenidos eran absolutamente inclusivos y correlativos del enemigo común del pueblo, el poder colonial. Tras la independencia, el populismo funcionó como un instrumento para conservar el poder. La participación popular se redujo considerablemente y los representantes del pueblo pasaron a ser los que «hablaban en su nombre indefinidamente». Al mismo tiempo, los líderes eran quienes definían quién pertenecía al pueblo y quién no. Esto hizo que los gobernantes terminaran siendo resistidos por aquellos en cuyo nombre gobernaban. El gobierno del Front de Libération Nationale (FLN) unía al pueblo pero excluía su participación real del proceso político. Addi destaca cómo la crisis de un orden populista autoritario puede crear o llevar a otro. Lo que resulta muy sugestivo es que el análisis histórico que hace

Addi del populismo en el poder explique el populismo del Frente de Salvación Islámico (FIS), el movimiento político formado a fines de los años 80 como resultado de la historia y la cultura política populista de Argelia, específicamente de su populismo secular, más que de ideas islámicas esencialistas o generales. Así, Addi demuestra que alrededor de 1988, en una época de crisis social y económica, cuando el país se abría a un proceso político democrático con elecciones multipartidarias, el partido FIS, que se oponía radicalmente al poder de las élites dirigentes, reivindicaba el «populismo moribundo del FLN», aunque reformulándolo en clave religiosa. El FIS revivía el populismo en un momento muy distinto de la historia argelina, presentándose «como un movimiento que ambicionaba concretar el programa político del FLN» y también sus «promesas». Del momento histórico secular a la versión religiosa, los rasgos del populismo argelino se mantenían idénticos: concepción mítica del pueblo, voluntarismo, culto del estado, «valores políticos con fundamento moral», idea de pueblo encarnado, denegación de los conflictos internos de la sociedad. Para Addi, el caso argelino muestra que los usos políticos del Islam no son nuevos pero han sufrido varias reformulaciones. El Islam era un «recurso político», pero la naturaleza del conflicto argelino con la democracia no era religiosa sino esencialmente política. Este punto decisivo debería restringir las interpretaciones a menudo ahistóricas de la noción de populismo islámico.

En definitiva, Addi destaca cómo las formas argelinas de populismo acabaron por obstaculizar el mejoramiento de la democracia y cómo la versión FIS de la democracia populista, al igual que en Tailandia, Argentina y otras sociedades no musulmanas, terminó liquidada en 1992 por una dictadura militar antipopulista⁹⁵. Independientemente de la religión específica que se invoque, en Argelia y Argentina pero también en países

tan distintos como Turquía, Israel, Egipto, Indonesia, Italia, Hungría, Estados Unidos y Venezuela, la voluntad del pueblo era intercambiable con la voluntad de Dios.

POPULISMO MACHISTA

A principios del siglo XXI, los ideales de sexualidad populistas se volvieron más explícitos y menos decorosos que antes. Perón, que había representado el ideal de la masculinidad argentina como una dimensión clave del peronismo, establecía límites claros entre los géneros. Subrayaba que el deber cívico central de las mujeres era ser madres y su misión, educar a los hombres. Un buen ejemplo era el peronista nacionalista Oscar Ivanissevich, que declaraba: «El peronista es un ser de sexo definido que admira la belleza con todos sus sentidos»⁹⁶. Lo que definía el ideal de belleza peronista era una idea de cultura tradicional, barroca, que asimilaba con avidez elementos populares contemporáneos y por momentos se dejaba transformar por ellos. Algunos líderes populistas de derecha más actuales han formulado una versión estereotipada y aún más reaccionaria del papel y la imagen de las mujeres en la sociedad.

Como Berlusconi y los populistas neoliberales latinoamericanos de los años 90, los presidentes Carlos Menem y Abdalá Bucaram, Trump proponía un modelo de liderazgo machista que combinaba sexismo y misoginia con el poder del dinero. De manera similar, ciertas concepciones autoritarias de género y sexualidad empezaron a aparecer en el populismo latinoamericano de izquierda —el caso de Correa en Ecuador, por ejemplo—, mientras otros populismos de izquierda y derecha simplemente se mantenían ajenos a esas formas de discriminación o se oponían a ellas, como la Argentina de los años 2000. Sería problemático explicar estas diferencias, como hacen

algunos estudiosos genéricos del populismo, mediante el estereotipo de un norte «emancipado» o progresista versus una América Latina «patriarcal»⁹⁷.

Señales de represión de género y sexual, como los intentos extremadamente represivos de prohibir que las mujeres musulmanas usen velo en algunos países europeos, aparecen de alguna forma en la mayoría de los populismos de derecha. De Trump a Berlusconi, pasando por Menem y Bucaram, hay casos decisivos de populismo de derecha que promovieron estereotipos femeninos y diferencias de género muy tradicionales y aun represivas, mientras que en países como Argentina o Bolivia los populistas de izquierda impulsaron reformas legales sustanciales para incrementar la igualdad de género y sexual. De cualquier forma, el costado machista de los líderes populistas que combinan capitalismo agresivo y espíritu emprendedor con actitudes de género represivas parece trascender regiones y continentes. El populismo de Trump, Berlusconi, Bucaram y muchos otros defiende la soberanía popular, la delegación del poder y una visión de género altamente represiva.

Las constantes alusiones vulgares a los genitales masculinos y femeninos y la permanente cosificación de las mujeres (los líderes enumeraban sus «conquistas» femeninas y destacaban el tamaño de sus genitales, entre otras cosas) aparecían como manifestaciones de su rechazo de la política tradicional. En un debate presidencial durante las primarias, Trump «garantizaba» y hasta se jactaba del tamaño de su pene. En una divulgada grabación de 2005, que llegó a definir la ideología macho-populista de Trump, el adalid republicano «fanfarroneaba con besos, manoseos y avances sexuales con mujeres». Creía que por su condición especial de celebridad podía comportarse con las mujeres como quería y sin el consentimiento de ellas. Como dijo Joseph Biden, entonces vicepresidente

del país, cuando la grabación salió a la luz: «Esa conducta es un abuso de poder. No es lujuria. Es agresión sexual». Según sus propias palabras, Trump celebraba su personalidad de macho definiéndola como el deseo irreprimible de hacer con las mujeres lo que quisiera. Decía que «cuando eres “una estrella”... puedes agarrarlas por la vulva todo lo que quieras»⁹⁸.

Otro ícono del populismo machista, Silvio Berlusconi, hizo alusiones groseras al cuerpo de la canciller alemana Angela Merkel y se jactaba una y otra vez de sus proezas sexuales. Berlusconi se justificaba diciendo que era «mejor apasionarse por las mujeres hermosas que ser gay». Menem se definía apenas como un «semi libertino»; decía que no había tenido muchas relaciones extramaritales, sólo «las normales» para un hombre. El líder filipino Rodrigo Duterte vinculaba su conexión con el pueblo con sus proezas sexuales: «Si puedo amar a 101 millones [de filipinos], puedo amar a cuatro mujeres al mismo tiempo». Autoproclamándose un hombre del pueblo, decía: «Así hablan los hombres». La idea de que hablar en nombre del pueblo implicaba hacer discriminaciones de género y sexuales lo llevó a insultar al embajador norteamericano con agravios homofóbicos y declarar que él también hubiera querido violar a la misionera australiana violada y asesinada en un motín carcelario en 1989. En 2016, Duterte ratificaba una vez más que su conexión con el pueblo lo protegía de las críticas al llamar «hijo de puta» a Barack Obama, por entonces presidente norteamericano. Según el líder filipino, el hecho de que un líder norteamericano pusiera en tela de juicio sus actos presidenciales, en especial sus graves violaciones de los derechos humanos, era un ataque colonialista contra la soberanía nacional y el lazo intrínseco que tenía con el pueblo: «¿Quién es este hombre? No tengo amo alguno, salvo el pueblo de Filipinas»⁹⁹. A diferencia de la mayoría de los líderes populistas, Duterte recurría a una retórica violenta que establecía analogías entre él, el fascismo y el

Holocausto. «Hitler masacró a tres millones de judíos...», decía: «Hay tres millones de drogadictos. Los hay. Y me haría feliz masacrarlos», ocultando el hecho de que el nazismo era responsable de la muerte de seis millones de judíos y conectando sus actos con el antecedente de la violencia fascista y sus connotaciones apocalípticas. En 2016 dijo a los periodistas que sus críticos sugerían que era «primo de Hitler» y comentó: «Si Alemania tuvo a Hitler, Filipinas tendría a...», y se señaló a sí mismo. «Ustedes saben quiénes serían mis víctimas», dijo a los periodistas: «Me gustaría que fueran todos criminales para liquidar el problema de mi país y salvar de la perdición a la próxima generación»¹⁰⁰.

Aunque sus criterios violentos era extremos comparados con los estándares de Chávez, Trump, Menem y Bucaram, Duterte demostraba compartir con ellos la actitud sobre la sexualidad y ciertas posturas extremadamente conservadoras respecto de los derechos reproductivos y la familia. Lo que tenían todos en común, en suma, era el populismo machista.

Bucaram comparaba sus «grandes pelotas» con los genitales más pequeños de los políticos de la oposición. También nombró a Lorena Bobbitt (famosa por haber castrado a su abusivo marido norteamericano) huésped de honor de la presidencia. Su vulgaridad y su obsesión machista con los genitales no son casuales, y dicen mucho de una línea particular del populismo reciente. Chávez también recurrió a la imaginería fálica cuando en 2006, en una reunión de las Naciones Unidas, dijo que «necesitamos un Viagra político» contra la impotencia política. Antes le había dicho a la «élite» que tomara Viagra contra el pueblo. El líder y su pueblo representaban un tipo de virilidad que borroneaba las distinciones entre la vida privada y la pública. En 2000, en su programa por la televisión estatal, le dijo a su esposa que se preparara para tener sexo esa noche: «¡Marisabel, prepárate, que esta noche te voy a dar lo tuyo!»¹⁰¹.

Carlos de la Torre explica que estos líderes exponen su propia virilidad como una forma de resistencia contra las «élites afeminadas». Con esas referencias cosificadoras a la fealdad y la belleza femeninas pretenden expresar lo que todos los hombres supuestamente piensan pero no pueden decir. Sus acciones y sus cuerpos, según estos líderes, ratifican la masculinidad del pueblo («el pueblo», en este contexto, incluye sólo a sus seguidores varones). De este modo se consolidan los estereotipos. De la Torre observa que esta «vindicación de una cultura popular machista acepta y reproduce una cultura autoritaria basada en la subordinación de las mujeres». Al «poner en escena sueños sexuales masculinos como seducir a señoritas de la alta sociedad o bailar por televisión con modelos atractivas», los líderes como Bucaram «democratizaban simbólicamente el acceso de todos los hombres, especialmente los comunes y corrientes, a los privilegios de género de los hombres de las élites. De esta forma ampliaba el pacto autoritario de dominación masculina»¹⁰².

La subordinación de las mujeres y este tipo de machismo populista no ha sido preponderante en otros casos de populismo, pero ha sido prominente en Argentina, Italia, Ecuador, Filipinas y Estados Unidos, donde Trump combinó esas ideas y estilos con declaraciones y propuestas racistas para con musulmanes e hispanos, un desdén por el imperio de la ley y la división de poderes y un antagonismo profundo con otros candidatos y con el periodismo independiente. Estos rasgos conectan el autoritarismo populista con el pasado fascista. Trump, como muchos de sus predecesores, trasmitían el mensaje que sus seguidores estaban esperando. Como sostenemos con Pablo Piccato, los seguidores de Trump compartían con «los primeros simpatizantes del fascismo una profunda desconfianza del otro, de la gente con antecedentes étnicos y religiosos diferentes. Los seguidores de Trump quieren un país que luzca, piense, hable, coma y beba

igual. Quieren volver a un país sin diversidad que nunca existió y que solamente se presenta en las imágenes reaccionarias del pasado. Esta idea deriva de un antiguo miedo a la diferencia y un nacionalismo que en Europa causaron gran destrucción. Contra una democracia sólida, en la que puedan participar todos quienes vivan en el país, los partidarios de Trump quieren una versión de Norteamérica proporcionalmente reducida»¹⁰³.

Lo que separa a la fogosa derecha norteamericana y la retórica europopulista contra los musulmanes del verdadero fascismo es el modo en que éste llegó al poder y la realidad de la eliminación física del supuesto enemigo. Según el historiador italiano del fascismo Nicola Tranfaglia, el populismo de Trump parecía ser una versión más «pacífica» del fascismo. Lo mismo se podría decir de Pegida y el lepenismo¹⁰⁴. Bajo una dictadura fascista, el trato del enemigo no es pacífico en absoluto y tiene lugar en medio del desprecio total del imperio de la ley. Una vez llegados al poder, los políticos fascistas pasan de las declaraciones racistas a la supresión del otro. El fascismo no se limita a hablar del enemigo: lo elimina del proceso político. Trump era un ejemplo perfecto de las continuidades y las diferencias que hay entre populismo y fascismo. Como candidato, nunca abogó o propuso una visión dictatorial de Estados Unidos. En otras palabras, representaba una versión populista autoritaria de la democracia.

Si la candidatura presidencial de Donald Trump fue única en la historia mundial, no fue por su naturaleza idiosincrática o su comportamiento histriónico, sino porque Trump ejecutaba desde el centro lo que solía ser una política de los márgenes. Y lo conseguía como líder populista de un partido tradicionalmente a la derecha del centro político, incorporando al escenario principal norteamericano políticas que generalmente gozan de apoyo masivo en regiones del mundo como América Latina, Israel, los países árabes, Austria, Hungría y las Filipinas. Si las tradiciones populistas

y racistas que precedieron y se opusieron a los movimientos por los derechos civiles ocupaban un lugar prominente en sus antecedentes norteamericanos, las fuerzas del fascismo y el populismo también formaban parte del linaje global de Trump. Quizás el propio Trump ignorara esas genealogías autoritarias, pero aun así las representó de una forma casi absoluta, poniendo el racismo en el centro de sus políticas, defendiendo la exclusión religiosa y proponiendo la deportación masiva de inmigrantes. Este nuevo populismo norteamericano ha dejado ya su marca en la historia del país y del mundo. Una vez más, la democracia ha cambiado desde adentro. Los proyectos autoritarios globales para la democracia han llegado para quedarse precisamente porque, como nos lo cuenta la historia de por qué y cómo el fascismo se convirtió en populismo, nunca estuvieron fuera del horizonte.

EPÍLOGO

El populismo recargado

Arrasado el jardín, profanados los cálices y las aras, entraron a caballo los hunos en la biblioteca monástica y rompieron los libros incomprensibles y los vituperaron y los quemaron, acaso temerosos de que las letras encubrieran blasfemias contra su dios, que era una cimitarra de hierro.

JORGE LUIS BORGES,
Los teólogos (1949)

I

El fascismo fue el punto de partida del populismo moderno de posguerra, y sin embargo el populismo no es el fascismo. En realidad, después de 1945, especialmente en América Latina, y más tarde en el resto del mundo, el fascismo muchas veces pasó a ser populismo, y no viceversa. Como ha

mostrado este libro, el populismo solía constituirse históricamente como un rechazo del fascismo, pero también representaba su reformulación democrática. Situado históricamente en algún punto entre el fascismo y el liberalismo, el populismo, una vez convertido en régimen, se inspiraba constantemente en el primero para impugnar al segundo. Y al mismo tiempo seguía comprometido con procesos electorales democráticos. Este posfascismo restablecía la interacción con la democracia que los primeros fascistas habían iniciado y luego abandonado al destruir el sistema democrático. El resultado fue un autoritarismo modernizado que transformó la tradición dictatorial del fascismo clásico en *una forma antiliberal e intolerante de democracia*.

No se puede entender el populismo sin evaluar la complejidad de su historia, y las teorías del populismo sufren cuando se basan en definiciones simplistas de un populismo encerrado entre límites estrechos. Con frecuencia ajenas a las perspectivas globales, esas teorías ignoran la naturaleza proteica de los populismos que no han cesado de surgir desde la Segunda Guerra Mundial, así como la máxima importancia histórica y teórica de los momentos en que los populistas accedieron al poder e impusieron sus regímenes. Mi objetivo ha sido restituir el populismo a la diversidad de su historia, del sur global al norte dominante.

Históricamente, el populismo posfascista revitalizó una concepción autoritaria de la democracia y la tradujo a un régimen fundado en un imaginario fascista. Ahora, en la segunda década de nuestro nuevo siglo, una nueva incursión populista está cubriendo grandes áreas del mundo. Ha resurgido con determinación, y en lugares inesperados. Esto ha sido un golpe terrible para muchos, pero el retorno del populismo forma parte de una historia más amplia, la de concepciones autoritarias de la democracia que siempre se han sentido incómodas con expresiones de la democracia

más igualitarias. Para profundizar el impacto, este populismo recargado se ha adueñado de buena parte del centro geopolítico, amenazando en el proceso a una concepción más abierta y diversa de la democracia. Aunque esto tampoco es nuevo, los últimos logros políticos del populismo —y sus potenciales repercusiones geopolíticas— no tienen precedentes. Para deleite de muchos y espanto de muchos otros, el populismo vive ahora en la Casa Blanca.

II

¿Cuán norteamericano es el nuevo populismo norteamericano? Considerándolo desde la perspectiva a menudo descuidada del sur global, algunos norteamericanos han terminado por reconocer lo mucho que su país se parece al resto del mundo. En efecto, con la elección de Donald Trump, Estados Unidos ha pasado a ser de manera instantánea el epicentro del populismo global, un acontecimiento que contribuye a legitimar a todos los demás populismos. Tal como Roma y Berlín se convirtieron en modelos para los fascistas, la campaña xenófoba de Donald Trump fue muy pronto un modelo —y una fuente de convalidación— para los populistas de todo el mundo. Líderes populistas de la derecha como Silvio Berlusconi, Marine Le Pen, Nigel Farage y Geert Wilders, así como algunos populistas autodenominados de izquierda pero de hecho ubicados entre la derecha y la izquierda como Cristina Kirchner, ensalzaron el trumpismo y sus votantes por oponerse a las formas tradicionales de representación democrática y su cultura de élite. En Francia, Le Pen alardeó de que la victoria de Trump había «hecho posible lo que antes se presentaba como imposible. Ésta es

realmente la victoria del pueblo sobre las élites». Para ella, la victoria de Trump formaba parte de «una revolución global»¹.

Y sin embargo, el populismo norteamericano no ha sido, en realidad, la fuerza que impulsó al populismo en todo el mundo. Más bien es la última encarnación del populismo, y sin duda la más asombrosa. Aun en el contexto de la historia norteamericana, Trump es una manifestación de la larga historia de racismo y xenofobia que acompañó y se opuso a los avances del movimientos por los derechos civiles y las numerosas olas de inmigración que recalaban en Norteamérica a medida que la recesión económica (o simplemente los caprichos de la economía globalizada) golpeaba al resto del mundo. La victoria de Trump intensificó la intolerancia para con la diferencia que durante muchos años fue central en el partido republicano y el movimiento del Tea Party. Trump ha desplazado esa tradición aún más hacia la derecha.

En términos globales, el populismo representaba una respuesta autoritaria a una crisis generalizada de la representación democrática. Para sus simpatizantes, el populismo sustituía la razón por la fe en un líder divino que supuestamente sabía lo que el pueblo sentía, temía y quería y, en ese sentido, los «representaba» mejor que cualquier líder o institución democráticas tradicionales. La idea de verdad, además, era reformulada como una cuestión de fe ideológica a menudo visceral, y no un resultado de la observación, el discernimiento racional y la corroboración. Con esa concepción trinitaria de la soberanía (nación, líder, pueblo), el populismo planteaba una amenaza particular para las concepciones de la democracia más seculares, en el sentido de opuestas a las teológicas.

Desde una perspectiva histórica global, los centros metropolitanos se parecen cada vez más a los márgenes o la periferia del mundo. Esto es especialmente válido para Estados Unidos, un país que siempre ha sido

ambivalente con la relación entre la política y lo sagrado, más allá de su doctrina formal de separación del estado y la iglesia.

Ningún movimiento ni iniciativa política prolongadas han sido capaces de zanzar ideológicamente el problema del populismo norteamericano. Lo que han hecho, más bien, es reflejar el poder y el atractivo intermitentes de políticas populistas autoritarias muy ligadas a procesos sociales, económicos y políticos particulares. Hay pocos recuerdos históricos o institucionales en Estados Unidos que conecten conscientemente a los populistas de hoy con sus antepasados tempranos, o que aporten alguna perspectiva para abordar el problema clave de la conexión íntima entre el populismo norteamericano y una concepción eminentemente blanca de la nación que se da desde antes de 1945, pero que ha sido especialmente relevante desde entonces para el populismo de derecha. Sólo un puñado de investigadores y estudiantes conocen hoy la historia del movimiento populista norteamericano de fines del siglo XIX: no es habitual pensar a los populistas norteamericanos más recientes en función de sus conexiones con otros populismos de posguerra.

A partir de 2017, el populismo norteamericano se ha convertido en el posfascismo más relevante del nuevo siglo. Luego de décadas de negar al populismo como algo ajeno a su cultura política propia, Estados Unidos ha asumido ahora el papel de líder del populismo global que la Argentina desempeñó luego de 1945. La idea de que un hombre como Perón era el hombre del pueblo inobjetable fue un elemento clave no sólo para el peronismo sino para la creación del populismo moderno de posguerra. El extraordinario culto a la personalidad de Trump reproduce esa dinámica. El populismo se apoya en la idea del líder como figura trascendental. Él es la voz del pueblo, y él sabe mejor que ellos qué es lo que realmente quieren. El general Perón también se veía a sí mismo como la personificación divina

del pueblo. Su esposa, Eva Perón, explicaba que «Perón es un dios para nosotros, tanto que no concebimos el cielo sin Perón; Perón es nuestro sol, es el agua, es el aire, Perón es la vida de nuestro país y del pueblo argentino»². El tiempo dirá si Norteamérica acatará una concepción del líder nacional redentor tan elevada y hasta mística.

III

El populismo está genética e históricamente ligado al fascismo. Se podría sostener que es su heredero: un posfascismo para tiempos democráticos, que combina un compromiso limitado con la democracia y que presenta impulsos autoritarios y antidemocráticos.

La identificación de un pueblo, un líder y una nación que forman una sola unidad fue por supuesto central para el fascismo. A diferencia del populismo, sin embargo, el fascismo inicialmente explotó los mecanismos democráticos, para luego descartarlos con desdén. Una vez en el poder, no se veía significativamente mediado o limitado por la legitimidad conferida por elecciones multipartidarias genuinas. Tanto en la dictadura fascista como en la democracia populista, el líder se construye como el representante y la encarnación del pueblo, o como la personificación del pueblo, la nación y la historia de la nación. Aunque tanto las dictaduras de masas fascistas como los regímenes democráticos populistas retratan a un líder que potencialmente sabe mejor que el pueblo lo que el pueblo quiere, ambos difieren nítidamente.

Mientras no interfirieran con las elecciones, los líderes populistas de posguerra representaban regímenes democráticos multipartidarios no liberales o aun antiliberales. Sin embargo, la fe en el líder populista iba

mucho más allá de una victoria en elecciones populares (no importa lo exiguo del margen de la victoria). Esa fe estaba fundada en el hecho de que el líder personificaba al pueblo. Esa dualidad es un rasgo decisivo de la teoría populista y su práctica histórica. El aura del líder precedía y a la vez transcendía el momento electoral, proyectando un orden mítico que se oponía al liberalismo. La práctica democrática del populismo de posguerra, por lo tanto, era a la vez una respuesta a y una crítica del orden liberal. Tras la era dictatorial del fascismo clásico, el populismo clásico volvió a vincular la democracia electoral con el anticomunismo y el antiliberalismo. El populismo democrático era la culminación inesperada de una tradición antiiluminista antigua y reaccionaria que, con todo, era históricamente contingente. Como el fascismo, procedía de una tradición intolerante que había atravesado importantes sectores de la sociedad civil. Era un experimento con la política democrática y una respuesta a la forma dictatorial de lo político desde el interior de la intolerancia³.

Formas secularizadas de lo sagrado, el fascismo y el populismo postulan la trinidad política de líder, nación y pueblo como fuente principal de legitimación. Ambos representan una teología política que va más allá del modo en que lo sagrado suele alimentar a la política. En esos movimientos no hay contradicción entre el pueblo y la nación y la representación del pueblo en la persona del líder. Ambas ideologías creen que personificar es representar, lo que significa, en efecto, que el líder es el que, por delegación plena, realiza la voluntad del pueblo. El mito de la representación trinitaria descansa en la idea de que un único líder es de algún modo lo mismo que una nación y su pueblo: la fusión de una persona y dos conceptos. En el fascismo, esta idea de personificación no requiere ninguna mediación racional o de procedimientos como la representación electoral.

Para los fascistas italianos, su movimiento y su régimen eran una «democracia autoritaria» porque «el demos, es decir todo el pueblo, circula en el estado». De manera similar, Hitler había sostenido en 1935 que el «estado es la única organización de la vida popular». Los fascistas distinguían entre la democracia como el gobierno del pueblo y el liberalismo como una forma de representación obsoleta y problemática: tecnocrática, ineficiente, alienada del «pueblo» y la voluntad nacional, y propensa a ser capturada y manipulada por intereses particulares, a menudo «elitistas». La consecuencia práctica de esta distinción era la dictadura. El populismo aceptaba la idea de que el liberalismo obstaculizaba la voluntad verdadera del pueblo, pero también la reformulaba. La dictadura quedaba atrás, pero los residuos fascistas del populismo afectaban los modos de replantear la democracia y de comprometerse con ella. La nueva imputación populista contra la representación había sido anticipada por muchos fascistas. Como decía el líder fascista rumano Horia Sima, la voluntad del pueblo podía expresarse en un momento dado a través de los partidos políticos o «la democracia, pero nada impide que busque otras formas de expresión»⁴.

De manera similar se pensaba el fascismo en la Argentina bajo la fallida dictadura de Uriburu (1930-1932). El dictador argentino explicaba que el fascismo representaba un desplazamiento hacia los fundamentos republicanos y un alejamiento de los democráticos. La república era más relevante que la democracia en sí. «La palabra Democracia, con mayúscula, no tiene ya entre nosotros ningún significado... Esto no implica que no seamos demócratas tanto más sinceros cuanto que aspiramos a que alguna vez una democracia con minúsculas, pero orgánica y sincera, reemplace a la demagogia desorbitada que tanto daño nos ha hecho». Dentro de su

búsqueda global de formas de expresión popular que pudieran reemplazar a la democracia electoral, Uriburu eligió el modelo dictatorial fascista⁵.

Con el populismo, por otro lado, la democracia electoral pasó a ser parte decisiva de la ecuación política posterior a 1945. Perón, que antes de 1945 también había sido un hombre fuerte dictatorial, creía ahora que una forma de democracia electoral «orgánica» podía reemplazar al demoliberalismo en la era de posguerra. La voluntad del pueblo podía encontrar una representación electoral. El líder conseguía que la voluntad popular volviera a ser orgánica. De otro modo, esas «masas inorgánicas» eran «susceptibles de ser manipuladas por agitadores profesionales extranjeros»⁶. En términos populistas, la acción de las masas debía transmitirse en y por medio de elecciones, pero una vez la acción traducida en votos, el líder pasaba a ser el único que podía canalizar la voluntad del pueblo. Sin sus líderes, las masas se verían perdidas o, lo que es peor, podrían convertirse en partidarias falsas de la voluntad del antipueblo.

En su forma clásica de posguerra, el populismo pasó a ser una quimera donde se mezclaban dos tradiciones de representación diferentes: la electoral y la dictatorial. Esta combinación constituyó la modernidad populista. El hecho de que los populistas latinoamericanos de principios de la Guerra Fría combinaran ambas formas de representación política respondía al contexto y a la ideología. La naturaleza doble del populismo terminó hospedando a la tradición democrática y la dictatorial, el iluminismo y el antiiluminismo, la representación electoral y la teología política. El resultado de posguerra de esta sinergia no fue la dictadura de masas sino una forma de democracia nueva, autoritaria.

Los primeros regímenes populistas nacieron en los márgenes latinoamericanos, pero en menos de un siglo el populismo se mudó a Washington D.C. Fue el resultado de un proceso histórico largo y

verdaderamente global por el cual el derrotado fascismo dictatorial se reformuló radicalmente como populismo democrático. A principios del siglo XXI, el populismo parecía llegar desde la nada. Pero en realidad se había desplazado gradualmente al centro de la escena desde los laterales globales. Como lo ha mostrado este libro, para entender el populismo que ha pasado a ser central en Estados Unidos y también en Europa, es preciso conocer su historia en las periferias.

Expresión global de la antipolítica, los líderes populistas reemplazaron a los políticos tradicionales, pero lo hicieron sin conferir a los ciudadanos modalidades significativas de toma de decisiones. Los jefes políticos cambiaron con el pretexto de combatir a las élites, pero el elitismo, irónicamente, subsistió. El poder quedó en la persona del nuevo líder y nunca llegó a los ciudadanos, al menos no de un modo sistémico y sostenido. Los líderes populistas reemplazaron a la vieja política encarnando al pueblo y dedicándose a pensar y decidir en su lugar. La idea de un líder más inteligente y mejor que su pueblo define la historia del populismo en el poder. En términos históricos, sin liderazgo, el populismo sigue siendo una forma incompleta. Del peronismo al trumpismo, esta ideología de democracia autoritaria nació del fascismo y se distinguió de él en función de los sitios donde echó raíces, pero sus fundamentos se mantienen idénticos: los populistas necesitan con desesperación enemigos del pueblo que confirmen la ficción de que ellos hablan, y actúan en nombre de la comunidad nacional.

Entender la compleja historia del populismo moderno nos ayuda a explicar su persistencia y su formidable capacidad para socavar la tolerancia democrática y oponerse a las formas pluralistas de soberanía popular. Los cuestionamientos con los que el populismo del pasado desafió

a las formas de democracia igualitarias persisten en el presente y amenazan ahora el porvenir de nuestros propios tiempos democráticos.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado, y en varios sentidos una síntesis, de dos décadas de investigación histórica acumulada sobre el fascismo y el populismo. Después de publicar cinco libros especializados sobre estos tópicos, mi intención era que este nuevo trabajo fuera una visión histórica más global que, aun trabajando con fuentes primarias, se apoyara también en trabajos importantes de muchos otros colegas y estudiosos del fascismo y el populismo. A todos ellos les agradezco, pero me siento especialmente en deuda con quienes participaron conmigo de conversaciones cosmopolitas más allá de las fronteras y los océanos a lo largo de los años. En primer lugar, por sus comentarios y lecturas, agradezco a Andrew Arato, Ben Brower, Luis Herrán Ávila, Sandra McGee Deutsch, Pablo Piccato, Paul Gillingham y Nadia Urbinati. Muchas gracias también a Fabián Bosoer y Carlos de la Torre por sus lecturas. Quiero agradecer también a Paul Corner, António Costa Pinto, Geoff Eley, Os Frankel, Valeria Galimi, Aaron Jakes, Andreas Kalyvas, Natalia Mehlman Petrzela, Raanan Rein, Alberto Spektorowski, Ertug Tombus, Enzo Traverso, Jeremy Varon, Angelo Ventrone y Hans Vorländer. Gracias también a Giulia Albanese, Melissa Amezcua, Nick Fox, José Alves Freitas Neto, Étienne Balibar, Michele Battini, Martin Baumeister, Luis Fernando Beneduzi, Richard Bernstein, Chris Bickerton, Ernesto Bohoslavsky, Judit Bokser Liwerant, Ciara Bottici, Jonathan Brown, Amy Chazkel, Manuela Consonni, Faisal Devji, Patrizia Dogliani, Hugo Drochon, Tanya Filer, Carlos Forment, Alessio

Gagliardi, Roberto García Ferreira, Carol Gluck, Amos Goldberg, Rebekka Habermas, Tanya Harmer, Ágnes Heller, Daniel Kressel, Dominick LaCapra, Simon Levis Sullam, Daniel Lvovich, Tracie Metysyk, Andrea Mammone, Will Milberg, Dirk Moses, Jose Moya, Tim Müller, Nara Milanich, Xosé Núñez Seixas, Julia Ott, Elias Palti, Matteo Pasetti, Enrique Peruzzotti, Caterina Pizzigoni, Sven Reichardt, Gema Santamaria, Leonardo Senkman, David Sheinin, Héctor Raúl Solís Gadea, Michael Steinberg, Ann Laura Stoler, Dan Stone y Kurt Weyland.

Como todos mis libros, éste está ligado a la enseñanza. Hubo acontecimientos recientes que precipitaron su escritura, pero mi perspectiva, cualquiera sea su valor, no es la de un recién llegado que se ve obligado a escribir sobre el tema del día sino la de un estudiante, un profesor y un investigador que en dos décadas se ha vuelto especialista en un tópico que, tristemente, hoy es más urgente que antes. En realidad, he estado enseñando los argumentos de este libro durante varios años, inicialmente en la Universidad de Brown y luego en la New School for Social Research y en el Eugene Lang College en Nueva York. Quiero agradecer a todos los estudiantes que siguieron mis cursos sobre fascismo y populismo. Más recientemente, en 2016, dicté un seminario sobre fascismo y populismo en la Technische Universität de Dresde y expuse sobre estos tópicos en la Universidad de Columbia, la Universidad de Texas de Austin, la Universidad Northwestern y la Universidad de Brown en Estados Unidos; la Universidad Hebrea de Jerusalén y la Universidad de Tel Aviv; la Universidad de Macerata y la Universidad Ca'Forscari de Venecia; las universidades de Padua y Bolonia; la Universidad de Guadalajara en México; la Universidad de Trent en Canadá; la Universidad de Cambridge; la Universidad de Lisboa; y la Universidad de la República en Montevideo,

entre otras. Mi agradecimiento a quienes asistieron a esas presentaciones e intervinieron en múltiples conversaciones.

Partes de los capítulos 1 y 2 fueron publicadas con formas muy distintas en 2008 y 2014 en la revista *Constellations*. Inicialmente desarrollé los argumentos del capítulo 3 para mi contribución al *Palgrave Handbook of Mass Dictatorship* (2016), editado por Paul Corner y Jie-Hyun Lim.

Estaré siempre agradecido a mi editora ideal, Kate Marshall, por sugerir que este libro era posible; sus consejos y trabajo editorial lo mejoraron mucho. Quiero agradecer también a Bradley Depew de la University of California Press por su excepcional trabajo editorial, así como a Dore Brown, Ann Donahue, Alex Dahne y Tom Sullivan. Agradezco a Luis Herrán Ávila por preparar el índice onomástico. Para esta edición en castellano agradezco a mi editor argentino, Roberto Montes, por su apoyo y sugerencias para este libro, y también por los libros pasados y futuros. También en Penguin Random House, agradezco a su director editorial en la Argentina, Juan Ignacio Boido. Por último, quiero agradecer a Alan Pauls por su inteligente traducción.

Quiero recordar a mis profesores argentinos José Sazbón y Tulio Halperin Dongui. Su influencia y sus ideas siguen siendo fundamentales para mí. Y también a mi abuela, Luisa Guelman, que falleció a fines de 2016 a los 106 años. Su larga, memorable vida corre paralela a todas las transformaciones políticas e ideológicas analizadas en este libro. Había nacido en 1910, y desde mi época de estudiante en la universidad de Buenos Aires compartió conmigo sus impresiones de los años de entreguerras, épocas que unos años atrás parecían muy distintas de las nuestras. Ahora que ya no es el caso, es importante para mí recordar que vivió lo suficiente para comprobar la inquietante semejanza del nuevo siglo con las primeras décadas del pasado. Le gustaba contar la historia del día en

que la expulsaron de su clase en la Universidad de Buenos Aires durante el golpe de 1930 en la Argentina, cuando las fuerzas fascistas quisieron dejar atrás las tradiciones seculares y democráticas argentinas. Uno de sus primeros pasos, previsiblemente, fue interrumpir la vida de las universidades. Mi abuela, pues, atravesó todas las metamorfosis del fascismo y el populismo en la historia tal como se vivieron en la Argentina y en el mundo, incluidas sus reverberaciones más recientes, en 2016.

Como ocurrió con mis libros anteriores, mi familia me brindó pleno apoyo; sin ellos no hubiera podido escribir éste. Quiero agradecer a mis padres Norma y Jaime, y mis hermanos Diego e Inés. Mi esposa Laura y mis hijas Gabriela y Lucía siempre estuvieron presentes para mí, y mi gratitud hacia ellas no tiene fronteras.

NOTAS

PRÓLOGO

- 1 Véase Federico Finchelstein, «An Argentine Dictator's Legacy», *The New York Times*, 28 de mayo de 2013. Agradezco al profesor Hans Vorländer, destacado experto en Pegida y renombrado estudioso de la democracia y el populismo, por invitarme a enseñar sobre populismo y fascismo en la prestigiosa Technische Universität de Dresde y por sus explicaciones sobre Pegida, que tuvieron lugar poco después de este insólito encuentro con las fuentes.
- 2 Sobre el centro y los márgenes, véase Étienne Balibar, *We, the People of Europe? Reflections on Transnational Citizenship* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2004), 2.
- 3 Véanse, por ejemplo, Giovanni Gentile, *Che cos'è il fascismo* (Floencia: Vallecchi, 1925); Leon Trotsky, *Fascism: What it is, How to Fight it* (Nueva York: Pioneer, 1944), y el temprano populista T. C. Jory, *What is Populism? An Exposition of the Principles of the Omaha Platform Adopted by the People's Party in National Convention Assembled July 4, 1892* (Salem, OR: R.E. Moores, 1895).
- 4 Sobre el antiiluminismo, véase Zeev Sternhell, *The Anti-Enlightenment Tradition* (New Have, CT: Yale University Press, 2010).
- 5 Andrew Arato, *Post Sovereign Constitution Making Learning and Legitimacy* (Oxford: Oxford University Press, 2016), 283, 295.
- 6 Sobre las ideas fascistas de verdad como algo independiente de la observación empírica, véase Federico Finchelstein, «Truth, Mythology and the Fascist Unconscious», *Constellations* 23, n° 2 (2016): 223-235.
- 7 Véase Jorge Luis Borges, «Palabras pronunciadas por Jorge Luis Borges en la comida que le ofrecieron los escritores», *Sur* 142 (1946): 114-115; «L'illusion comique», *Sur* (1955): 9-10; «Leyenda y realidad», en *Textos recobrados III. 1956-1986* (México: Debolsillo, 2015), 287-289.

INTRODUCCIÓN

- 1 Véase Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century. 1914-1991* (Londres: Michael Joseph, 1994), 133.
- 2 Para un ejemplo paradigmático de la tendencia de ver el populismo como un fenómeno político de derecha, europeo y completamente nuevo, véase Tzvetan Todorov, *The Inner Enemies of Democracy* (Cambridge: Polity, 2014), 139, 142.
- 3 Véase Cristiano Lima, «CIA Chief Calls Trump Nazi Germany Comparison “Outrageous”», *Politico*, 15 de enero de 2017, [disponible en www.politico.com](http://www.politico.com).
- 4 Andrea Mammone, «Don’t Be Fooled by “Moderate” Marine Le Pen: Front National’s More Toxic Than Ever», *Guardian*, 10 de abril de 2015. Sobre Pegida y la derecha alemana, véase Hans Vorländer, Maik Herold y Steven Schäller, *PEGIDA: Entwicklung, Zusammensetzung und Deutung einer Empörungsbewegung* (Wiesbaden: Springer, 2016). Sobre la AFL (Alternativa para Alemania), véase Nicole Berbuir, Marcel Lewandowsky y Jasmin Siri, «The AfD and its Sympathisers: Finally a Right-Wing Populist Movement in Germany?», *German Politics* 24, nº 2 (2015): 154-178.
- 5 Como este libro prácticamente se terminó antes de la asunción de Trump, el análisis del trumpismo se limita mayormente a su campaña populista. Algunas dimensiones iniciales del trumpismo como régimen son abordadas en A. Dirk Moses, Federico Finchelstein y Pablo Piccato, «Juan Perón Shows How Trump Could Destroy Our Democracy without Tearing It Down», *The Washington Post*, 22 de marzo de 2017; Federico Finchelstein y Pablo Piccato, «Trump y sus ideas sobre la ciencia», *Clarín* (Argentina), 17 de marzo de 2017; Pablo Piccato y Federico Finchelstein, «La ofensiva de Trump contra la sociedad civil. ¿Qué sigue?», *Nexos* (México), 1 de marzo de 2017; Federico Finchelstein, «Com Trump, Washington se torna a capital mundial do populismo», *Folha de S. Paulo* (Brasil), 7 de febrero de 2017.
- 6 James P. Pinkerton, «A Manifesto for the 60 Percent: The Center-Right Populist-Nationalist Coalition», *Breitbart*, 16 de septiembre de 2016, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com); Scott Morefield, «Why Populism is Replacing Conservatism, and Why it is Winning», *Breitbart*, 17 de junio de 2016, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com); John Hayward, «“Trump Could Be the Next Hitler!” Says the Increasingly Fascist Left», *Breitbart*, 3 de junio de 2016, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com).
- 7 Carl Hulse, «Donald Trump’s Advice to Panicked Republicans: Man Up», *The New York Times*, 9 de junio de 2016, 14.
- 8 Ashley Parker, «Trump Pledges to “Heal Divisions” (and Sue His Accusers)», *The New York Times*, 22 de octubre de 2016, 23; «Trump Calls Himself a Victim of “Smears” and Allegations Grow», *The New York Times*, 14 de octubre de 2016; Patrick Healy y Maggie Haberman May, «Donald Trump, Bucking Calls to Unite, Claims “Mandate” to Be Provocative», *The New York Times*, 11 de mayo de 2016, [disponible en www.nytimes.com](http://www.nytimes.com).

- 9 Véanse Robert Paxton, entrevista de Isaac Chotiner, «Is Donald Trump a Fascist? Yes and No», *Slate*, 10 de febrero de 2016, [disponible en www.slate.com](http://www.slate.com); Robert Paxton, entrevista de Amy Goodman, «Father of Fascism Studies: Donald Trump Shows Alarming Willingness to Use Fascist Terms & Styles», *Democracy Now!*, 15 de marzo de 2016, [disponible en www.democracynow.org](http://www.democracynow.org); Robert O. Paxton, entrevista de Marc Bassets, «Con Trump tenemos una especie de cuasifascismo populista, no un fascismo plenamente desarrollado», *El País*, 6 de junio de 2016, [disponible en elpais.com](http://elpais.com).
- 10 Dylan Matthews, «I Asked 5 Fascism Experts Whether Donald Trump is a Fascist. Here's What They Said», *Vox*, 19 de mayo de 2016, [disponible en www.vox.com](http://www.vox.com); Peter Baker, «Rise of Donald Trump Tracks Growing Debate over Global Fascism», *The New York Times*, 18 de mayo de 2016, [disponible en www.nytimes.com](http://www.nytimes.com); Jan-Werner Müller, «Trump is a Far Right Populist, Not a Fascist», *Al Jazeera America*, 26 de diciembre de 2015, [disponible en america.aljazeera.com](http://america.aljazeera.com). Objeciones similares plantearon algunos historiadores del fascismo europeo como Serge Bernstein en Francia, véase su «Non, Donald Trump n'est pas fasciste mais», *Le Obs*, 1 de marzo de 2016.
- 11 Para la visión opuesta, véase Federico Finchelstein y Pablo Piccato, «A Belief System that Once Laid the Groundwork for Fascism», *The New York Times*, 9 de diciembre de 2015, [disponible en www.nytimes.com](http://www.nytimes.com); Federico Finchelstein y Fabián Bosser, «Is Fascism Returning to Europe?», *The New York Times*, 18 de diciembre de 2013. También las prespicaces intervenciones de Ruth Ben-Ghiat, «An American Authoritarian», *The Atlantic*, 10 de agosto de 2015, [disponible en www.theatlantic.com](http://www.theatlantic.com); y Carlos De la Torre, «¿Sobrevivirá la democracia americana a Trump?», *El País*, 11 de octubre de 2016.
- 12 Federico Finchelstein, *Transatlantic Fascism* (Durham, NC: Duke University Press, 2010).
- 13 Véanse Zeev Sternhell, *The Birth of Fascist Ideology: From Cultural Rebellion to Political Revolution*, con Mario Sznajder y Maia Asheri (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1994); Emilio Gentile, *Fascismo: Storia e interpretazione* (Roma-Bari: Laterza, 2002); Robert Paxton, *The Anatomy of Fascism* (Nueva York: Knopf, 2004); Geoff Eley, *Nazism as Fascism. Violence, Ideology, and the Ground of Consent in Germany 1930-1945* (Nueva York: Routledge, 2013); y Finchelstein, *Transatlantic Fascism*, ob. cit.
- 14 Véase Miguel Reale, «Nós e os fascistas da Europa», en *Obras políticas* (Brasilia: UnB, 1983), 3: 223-233.
- 15 Véase Reto Hofmann, *The Fascist Effect: Japan and Italy, 1915-1952* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2015), 64.
- 16 Sobre posfascismo y peronismo, véase Finchelstein, *Transatlantic Fascism*, ob. cit., 168, 170. Para una discusión sobre posfascismo en otros casos latinoamericanos, Sandra McGee Deutsch, «Fascismo, Neo-Fascismo, ou Post-Fascismo?», *Dialogos* 12, n° 3 (2009), 19-44. Para Europa, véanse, entre otros, Nicola Tranfaglia, *Un passato scomodo. Fascismo e postfascismo* (Bari: Laterza, 1999); Roger Griffin, «The "Post-Fascism" of the Alleanza Nazionale: A Case Study in Ideological Morphology», *Journal of Political Ideologies* 1, n° 2 (1996): 123-145; Tamir Bar-On,

- Where Have All the Fascists Gone?* (Aldershot: Ashgate, 2007), 137; y Enzo Traverso, *Les nouveaux visages du fascisme* (París: Textuel, 2017).
- 17 Véase Zeev Sternhell, *Neither Right nor Left: Fascist Ideology in France* (Berkeley: University of California Press, 1986); y Zeev Sternhell, «Le fascisme en France: Entre refoulement et oubli», *Lignes* 50, nº 2 (2016).
- 18 Para algunos estudios clave sobre populismo, véanse Nadia Urbinati, *Democracy Disfigured: Opinion, Truth, and the People* (Cambridge: Harvard University Press, 2014); Carlos de la Torre, *Populist Seduction in Latin America* (Athens: Ohio University Press, 2010); Ernesto Laclau, *On Populist Reason* (Londres: Verso, 2005); Raanan Rein, «From Juan Perón to Hugo Chávez and Back: Populism Reconsidered», en *Shifting Frontiers of Citizenship*, Mario Sznajder, Luis Roniger y Carlos Forment (eds.) (Boston: Brill, 2012), 289-311; y Andrew Arato, *Post Sovereign Constitution Making: Learning and Legitimacy* (Oxford: Oxford University Press, 2016).
- 19 Juan Domingo Perón, *Memorial de Puerta de Hierro* (Buenos Aires: Honorable Congreso de la Nación, 2001), 65.
- 20 Sobre este tópico, véase Roger Griffin, «Interregnum or End Game? The Radical Right in the “Post-Fascist” Era», en *The Populist Radical Right*, Cass Mudde (ed.) (Londres: Routledge, 2017), 15.
- 21 «Fini in Israele “Il fascismo fu parte del male assoluto”», *La Repubblica*, 24 de noviembre de 2003.
- 22 Sobre la Gran Recesión, véanse Carles Manera, *The Great Recession* (Brighton: Sussex Academy Pres, 2013); y Anwar Shaikh, *Capitalism: Competition, Conflict, Crises* (Nueva York: Oxford University Press, 2016).
- 23 Urbinati, *Democracy Disfigured*, ob. cit.

1

¿QUÉ ES EL FASCISMO EN LA HISTORIA?

- 1 Véase Zeev Sternhell, *The Anti-enlightenment Tradition*, David Meisel (trad.) (New Haven, CT: Yale University Press, 2009).
- 2 Véase Angelo Ventrone, *Grande guerra e Novecento* (Roma: Donzelli, 2015), 222-225.
- 3 Mike Cronin, «The Blueshirt Movement, 1932-5: Ireland’s Fascists?», *Journal of Contemporary History* 30, nº 2 (1995): 319.
- 4 João Ameal, *A Revolução da Ordem* (Lisboa: S.L., 1932), citado en «Lecturas», *Acción Española* (16 de diciembre de 1932): 109; «Reglamentos de los camisas azules», *Bandera Argentina* (22 de febrero de 1933). Véanse también Felipe Yofre, *El fascismo y nosotros* (Buenos Aires: Liga Republicana, 1933), 18, 40; Carlos Ibarguren, *La inquietud de esta hora: Liberalismo*,

- corporativismo, nacionalismo* (Buenos Aires: Librería y Editorial La Facultad, 1934); Folleto Luis F. Gallardo, *La mística del Adunismo* (Buenos Aires: 1933), 15, en Archivo General de la Nación (AGN), Archivo Uriburu, Legajo 26; y también el discurso del líder fascista argentino Juan P. Ramos en AGN, Archivo Agustín P. Justo, Caja 45, doc. 146.
- 5 Véanse Miguel Reale, «Nós e os fascistas da Europa», en *Obras Políticas* (Brasilia: UnB, 1983), 3: 222-33; Jorge Vigón, «Actualidad internacional», *Acción Española* (1 de mayo de 1933): 423; Jorge Vigón «El éxito del Congreso Antifascista», *Acción Española* (16 de junio de 1933), 84.
 - 6 Véanse los siguientes trabajos de George L. Mosse: *Masses and Man: Nationalist and Fascist Perceptions of Reality* (Nueva York: H. Fertig, 1980); *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1991).
 - 7 Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich* (Londres: Allen Lane, 2003), 184-186. Véase también Wolfgang Schieder, «Fatal Attraction: The German Right and Italian Fascism», en *The Third Reich between Vision and Reality: New Perspectives on German History. 1918-1945*, Hans Mommsen (ed.) (Oxford: Berg, 2001); Alexander De Grand, *Fascist Italy and Nazi Germany* (Nueva York: Routledge, 1995); Philippe Burrin, *Fascisme, nazisme, autoritarisme* (París: Seuil, 2000).
 - 8 Véase Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialectic of Enlightenment* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2002). Sobre Freud, véase Federico Finchelstein, *El mito del fascismo: De Freud a Borges* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2015).
 - 9 Benito Mussolini, «La significazione», *Il Popolo d'Italia*, 25 de octubre de 1919; Benito Mussolini, «Un programma», *Il Popolo d'Italia*, 26 de febrero de 1920. Véase también Dino Grandi, *Le origini e la missione del fascismo* (Bologna: Capelli, 1922), 1, 52-57, 58-62, 66-71; y las declaraciones de Mussolini sobre pueblo y democracia en «Lo spirito e il compito del fascismo», *L'Idea Nazionale*, 24 de mayo de 1924.
 - 10 Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925)* (Bologna: Il Mulino, 1996), 4-6. Véase también el interesante estudio de Augusto Simonini, *Il linguaggio di Mussolini* (Milán: Bompiani, 2004).
 - 11 Para el mejor ejemplo de esta línea, véase Denis Mack Smith, *Mussolini's Roman Empire* (Nueva York: Penguin, 1977). Para una crítica de este argumento, Zeev Sternhell, «How to Think about Fascism and Its Ideology», *Constellations* 15, n° 3 (2008): 280-290.
 - 12 Antonio Gramsci, *Socialismo e fascismo: L'Ordine nuovo. 1921-1922* (Turín: Einaudi, 1978).
 - 13 De Benito Mussolini, véanse «Dopo l'adunata fascista: Verso l'azione», *Il Popolo d'Italia*, 13 de octubre de 1919; «Logica e demagogia», *Il Popolo d'Italia*, 26 de octubre de 1919; «I volti e le maschere», *Il Popolo d'Italia*, 3 de marzo de 1920; «Dopo un anno. Il fascismo», *Il Popolo d'Italia*, 26 de marzo de 1920; «Fatti, non parole!», *Il Popolo d'Italia*, 30 de marzo de 1920; «Nella foresta degli "ismi"», *Il Popolo d'Italia*, 31 de marzo de 1920; «Panglossismo», *Il Popolo d'Italia*, 11 de abril de 1920; y «Verso la reazione!», *Il Popolo d'Italia*, 29 de abril de 1920. Véase también «Tabelloni murali». Mostra della Rivoluzione Fascista (MRF), B 91, F 154, Sala dottrina SF 2, Archivio Centrale dello Stato, Italia.

- 14 Véase Ruth Ben Ghiat, *Fascist Modernities: Italy, 1922-1945* (Berkeley: University of California Press, 2001). Para la noción de modernismo reaccionario, véase Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism: Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984).
- 15 Véase Walter Benjamin, «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction», en *Illuminations*, Hannah Arendt (ed.), Harry Zohn (trad.) (Nueva York: Schocken, 1969), 241. Sobre las nociones de fascismo de Benjamin, véase también Walter Benjamin, «Theories of German Fascism», *New German Critique* 17 (1979): 120-128. Para los argumentos contemporáneos que estetizan y descontextualizan el fascismo y la victimización de maneras que Benjamin jamás hubiera soñado, véanse Slavoj Žižek, *Did Somebody Say Totalitarianism? Five Interventions in the (Mis)use of a Notion* (Nueva York: Verso, 2002); Giorgio Agamben, *Remnants of Auschwitz: The Witness and the Archive* (Nueva York: Zone Books, 1999).
- 16 Paxton las describe como «la cálida pertenencia a una raza ahora plenamente consciente de su identidad, su destino histórico y su poder; la excitación de participar de una vasta empresa colectiva; la gratificación de sumergirse en una ola de sentimientos compartidos y de sacrificar las propias preocupaciones por el bien del grupo; y la emoción de dominar». Robert Paxton, *The Anatomy of Fascism* (Nueva York: Knopf, 2004), 17.
- 17 Simonetta Falasca-Zamponi, *Fascist Spectacle: The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy* (Berkeley: University of California Press, 1997). Véanse también el perspicaz ensayo de Falasca-Zamponi «Fascism and Aesthetics», *Constellations* 15, n° 3 (2008); y Mabel Berezin, *Making the Fascist Self: The Political Culture of Inter-war Italy* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1997).
- 18 Véase, por ejemplo, Volt [Vincenzo Fani Ciotti], *Programma della destra fascista* (Florencia: La Voce, 1924), 49-51.
- 19 «Ma fuse e confuse nella sostanza». Véase Benito Mussolini, «Blocco fascista anticagoyesco delle “teste di ferro!”», *Il Popolo d'Italia*, 24 de octubre de 1919.
- 20 Véase Benito Mussolini, «Sintesi della lotta politica», en *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 21 (1924; reimpr., Florencia: La Fenice, 1956), 46.
- 21 Véase Antonio Gramsci, «La guerra è la guerra», en *Socialismo e fascismo*, ob. cit., 55.
- 22 Véase Federico Finchelstein, *Fascismo, Liturgia e Imaginario: El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002), 144. Sobre el fascismo latinoamericano, véanse los trabajos innovadores de Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile. 1890-1939* (Stanford, CA: Stanford University Press, 1999); Alberto Spektorowski, *Argentina's Revolution of the Right* (Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2003); Franco Savarino, «Juego de ilusiones: Brasil, México y los “fascismos” latinoamericanos frente al fascismo italiano», *História Crítica* 37 (2009): 120-47; João Fábio Bertonha, *Sobre a Direita: Estudos Sobre o Fascismo, o Nazismo e o Integralismo* (Maringá, Brasil: Editora da Universidade estadual de Maringá, 2008); Héliogio Trindade, *O nazi-fascismo na América Latina: Mito e realidade* (Porto Alegre, Brasil: UFRGS, 2004).

- 23 Yitzhak Arad, Israel Gutman y Abraham Margalio (eds.), *Documents on the Holocaust* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1999), 134.
- 24 Sobre el antisemitismo fascista, véanse Michele Sarfatti, *Gli ebrei nell'Italia fascista: Vicende, identità, persecuzione* (Turín: Einaudi, 2000); Renzo De Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo* (Turín: Einaudi, 1993); Marie-Anne Matard-Bonucci, *L'Italie Fasciste et La Persécution des Juifs* (París: Perrin, 2007); Valeria Gallimi, «Politica della razza, antisemitismo, Shoah», *Studi Storici* 1 (2014): 169-182; Simon Levis Sullam, *I Carnefici Italiani: Scene dal Genocidio Degli Ebrei, 1943-1945* (Milán: Feltrinelli, 2015).
- 25 Véase Emilio Gentile, *Le religioni della politica: Fra democrazie e totalitarismi* (Roma-Bari: Laterza, 2001). Por momentos, además, el fascismo establecía fuertes vínculos con religiones institucionales y, en el caso de la Argentina, se presentaba como el representante político de Dios. Sobre el clericofascismo argentino, véase Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1996); y Finchelstein, *Transatlantic Fascism* (Durham, NC: Duke University Press, 2010). Sobre el concepto de clericofascismo, Enzo Collotti, *Fascismo, Fascismi* (Milán: Sansoni Editore, 1994).
- 26 Véase Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, ob. cit., 184-186. Sobre el papel central de la visión fascista del género y la masculinidad, véanse George L. Mosse, *Nationalism and Sexuality: Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe* (Nueva York: H. Fertig, 1985); George L. Mosse, *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity* (Nueva York: Oxford University Press, 1996). También Victoria De Grazia, *How Fascism Ruled Women: Italy, 1922-1945* (Berkeley: University of California Press, 1992).
- 27 Sobre la historia conceptual del totalitarismo, véanse Enzo Traverso, *El totalitarismo: Historia de un debate* (Buenos Aires: Eudeba, 2001); Anson Rabinbach, «Moments of Totalitarianism», *History and Theory* 45 (2006): 72-100; Ruth Ben-Ghiat, «A Lesser Evil? Italian Fascism in/and the Totalitarian Equation», en *The Lesser Evil: Moral Approaches to Genocide Practices in a Comparative Perspective*, Helmut Dubiel y Gabriel Motzkin (eds.) (Nueva York: Routledge, 2004); Emilio Gentile, «Fascism and the Italian Road to Totalitarianism», *Constellations* 15, n° 3 (2008): 291-302.
- 28 Benito Mussolini, «La dottrina del fascismo», en *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 34 (1932; reimpr., Florence: La Fenice, 1967), 119-121. En inglés, véase también Benito Mussolini, *Fascism: Doctrine and Institutions* (Roma: Ardita, 1935).
- 29 Sobre este tópico, véase Hannah Arendt, «Ideology and Terror: A Novel Form of Government», *Review of Politics* 15, n° 3 (1953): 303-327.
- 30 Véase, por ejemplo, Segreteria Particolare del Duce, Carteggio riservato, B 50 251/RF «Avanti!» Pietro Nenni (1931), Archivi Fascisti, Archivio Centrale dello Stato, Italia; Dossier France, Daniel Guérin, F Delta 721, 51/1, Vingt Ans d'Histoire Allemande, Bibliothèque de documentation internationale contemporaine, Nanterre, France; Piero Gobetti, *On Liberal Revolution* (New Haven, CT: Yale University Press, 2000), 226; G. L. «1935», *Cuaderno di «Giustizia e libertà»* 12 (1935): 4-5.

- 31 Paxton, *The Anatomy of Fascism*, ob. cit., 104.
- 32 Véase Matteo Pasetti, *L'Europa Corporativa: Una Storia Transnazionale tra Le Due Guerre Mondiali* (Bologna: Bononia University Press, 2016); António Costa Pinto y Francisco Palomanes Martinho (eds.), *A Onda Corporativa: Corporativismo e Ditaduras na Europa e América Latina* (Río de Janeiro: Editora da Fundação Getúlio Vargas, 2016).
- 33 En este aspecto, Slavoj Žižek parece pasar de la argumentación a la hipérbole. Según él, el trasfondo racionalista del comunismo explica el «potencial emancipatorio» del estalinismo. Slavoj Žižek, *Did Somebody Say Totalitarianism? Five Interventions in the (Mis)use of a Notion* (Nueva York: Verso, 2001), 131.
- 34 Sobre la idea de escuchar a la razón, véase Michael Steinberg, *Listening to Reason: Culture, Subjectivity, and 19th-Century Music* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2004). Sobre la apropiación nazi de Beethoven, véase David B. Dennis, *Beethoven in German Politics, 1870-1989* (New Haven, CT: Yale University Press, 1996). Quiero agradecer a Eli Zaretsky por compartir conmigo sus ideas sobre *The Life of Others*.
- 35 Una caracterización similar presentaba el personaje de Gary Oldman en *The Professional* (1994) de Luc Besson, que llevaba a cabo sus espantosos asesinatos escuchando a Beethoven. El asesino de *American Psycho* (2000) de Mary Harron escucha a Phil Collins mientras masacra gente, lo que puede verse como una minimización irónica de ese movimiento estético.
- 36 Otra vertiente, desarrollada por científicos sociales marxistas, continuaba la línea de análisis más estructural sin explorar lo suficiente la interconexión de sus procesos históricos. El mejor ejemplo de este enfoque es Nicos Poulantzas, *Fascism and Dictatorship: The Third International and the Problem of Fascism* (Londres: NLB, 1974).
- 37 Renzo De Felice, *Mussolini il Revolucionario 1883-1920*, vol. 22 (1965; reimpr., Turín: Einaudi, 1995); Renzo De Felice, «Il fenomeno fascista», *Storia Contemporanea* 10 (1979); Emilio Gentile, «Fascism in Italian Historiography: In Search of an Individual Historical Identity», *Journal of Contemporary History* 1, nº 2 (1986): 183.
- 38 Sin embargo, esta postura se fue acentuando cada vez más, convirtiéndose en lo que Norberto Bobbio definió como una «fuerte pasión anticomunista» encarnada en la narrativa histórica de De Felice. Véase Norberto Bobbio, «Revisionismo nella storia d'Italia», en *Italiani, amici, nemici*, Norberto Bobbio, Renzo De Felice y Gian Enrico Rusconi (eds.) (Milán: Reser, 1996), 57. En cuanto a investigar el fascismo en términos globales, De Felice (y los historiadores de su tipo) nunca consideró que fuera un ejercicio esencial o indispensable, y se ocupó cuidadosamente de destacar, con un énfasis creciente a lo largo de su vasta obra, la especificidad italiana que presentaba el fenómeno fascista comparado con el nazismo alemán u otros movimientos radicales. Otros historiadores de la época ofrecían una perspectiva más comparativa. Véanse, por ejemplo, Eugen Weber, *Varieties of Fascism: Doctrines of Revolution in the Twentieth Century* (Nueva York, 1964); Walter Laqueur y George Mosse (eds.), *International Fascism, 1920-1945* (Nueva York: Harper and Row, 1966); S. J. Woolf (ed.), *European Fascism* (Nueva York: Vintage Books, 1969); Walter Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide* (Berkeley: University of California Press,

- 1976). Para un panorama historiográfico, véanse Wolfgang Wippermann, *Faschismustheorien: Die Entwicklung der Diskussion von den Anfängen bis heute* (Darmstadt: Primus, 1997); Emilio Gentile, *Fascismo: Storia e interpretazione* (Roma: Laterza, 2002).
- 39 Sobre este tópico, véase Enzo Traverso, *El totalitarismo*, ob. cit.
- 40 Zeev Sternhell, «Fascism: Reflections on the Fate of Ideas in Twentieth Century History», *Journal of Political Ideologies* 5, n° 2 (2000). Esta particular continuidad con la Guerra Fría aparece en el trabajo de De Felice. En 1969, De Felice sostenía que «con respecto a nuestro problema», la teoría del totalitarismo «plantea indudablemente cuestiones sugestivas que despiertan muchos interrogantes; pero —al mismo tiempo— ofrece elementos importantes para estudiar la interpretación histórica del fascismo como fenómeno, elementos que no deberían subestimarse». De Felice sugería que para entender la realidad histórica del fascismo habría que analizar sus formas totalitarias. Véanse Renzo De Felice, *El fascismo: Sus interpretaciones* (Buenos Aires: Paidós, 1976), 120; Renzo De Felice, *Il Fascismo: Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici* (Roma-Bari: Laterza, 1998), 36. Véanse también Emilo Gentile, «Renzo De Felice: A Tribute», *Journal of Contemporary History* 32, n° 2 (1997), 149; Emilo Gentile, *La via Italiana al totalitarismo* (Roma: La Nuova Italia Scientifica, 1995), 114-117.
- 41 Véanse, por ejemplo, Roger Griffin, «The Primacy of Culture: The Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies», *Journal of Contemporary History* 37, n° 1 (2002): 21-43; Stanley G. Payne, «Historical Fascism and the Radical Right», *Journal of Contemporary History* 35, n° 1 (2000): 111; Roger Griffin (ed.), *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus* (Londres, 1998); Roger Eatwell, «Towards a New Model of Generic Fascism», *Journal of Theoretical Politics* 4, n° 2 (1992).
- 42 Stanley G. Payne, *A History of Fascism. 1914-1945* (Madison: University of Wisconsin Press, 1995), 461.
- 43 Gilbert Allardyce, «What Fascism is Not: Thoughts on the Deflation of a Concept», *American Historical Review* 84, n° 2 (1979): 369.
- 44 Gentile, *Fascismo*, ob. cit., 9-10.
- 45 Paxton, *The Anatomy of Fascism*, ob. cit., 23, 218.
- 46 Véanse Ernst Nolte, *La guerra civil europea, 1917-1945: Nacionalsocialismo y bolchevismo* (México: FCE, 1994, originalmente publicado como *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945: Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Berlín: Propyläen, 1987); François Furet y Ernst Nolte, *Fascism and Communism* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2001). Para Nolte y la *Historikerstreit*, véase *Forever in the Shadow of Hitler? Original Documents of the Historikerstreit, the Controversy Concerning the Singularity of the Holocaust*, Truett Cates y James Knowlton (eds. y trads.) (Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, 1993). Para los análisis de este debate, Dominick LaCapra, *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1994), 49-50, 53, 106, 190; Dominick LaCapra, *History and Memory after Auschwitz* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1998), 55-59, 64-65; María Pía Lara, *Narrating Evil: A Postmetaphysical Theory of Reflective Judgment* (Nueva York: Columbia

- University Press, 2007); Matthew G. Specter, *Habermas: An Intellectual Biography* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010).
- 47 Sobre Nolte como pionero de los historiadores genéricos, véase Aristotle Kallis, «Fascism - A "Generic" Concept?», en *The Fascism Reader*, Aristotle Kallis (ed.) (Londres: Routledge, 2003), 46.
- 48 Ernst Nolte, *Three Faces of Fascism: Action Française, Italian fascism, National Socialism* (Nueva York: Mentor, 1969), 51, 81.
- 49 Nolte, *Three Faces of Fascism*, ob. cit., 529, 540.
- 50 Zeev Sternhell, «How to Think about Fascism and its Ideology», *Constellations* 15, n° 3 (2008): 282.
- 51 Zeev Sternhell, *La Droite révolutionnaire (1885-1914): Les origines françaises du fascisme* (París: Gallimard, 1997), x.
- 52 Sternhell, *La Droite révolutionnaire*, ob. cit., xxxii.
- 53 Zeev Sternhell «Fascism: Reflections on the Fate of Ideas in Twentieth Century History», *Journal of Political Ideologies* 5, n° 2 (2000): 139.
- 54 Sternhell, *La Droite révolutionnaire*, ob. cit., x.
- 55 Véanse Zeev Sternhell, *The Birth of Fascist Ideology: From Cultural Rebellion to Political Revolution*, con Mario Sznajder y Maia Asheri (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1994), 9, 12; Zeev Sternhell, *Neither Right nor Left: Fascist Ideology in France* (Berkeley: University of California Press, 1986), 27; Sternhell, *La Droite révolutionnaire*, ob. cit., ix-lxxvi; Zeev Sternhell «Fascist Ideology», en *Fascism: A Reader's Guide. Analyses, Interpretations, Bibliography*, Walter Laqueur (ed.) (Berkeley: University of California Press, 1976), 315-371.
- 56 Zeev Sternhell, «How to Think about Fascism and its Ideology», *Constellations* 15, n° 3 (2008): 281, 282.
- 57 George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* (1975; reimpr., Ithaca, NY: Cornell University Press, 1996), 214. La paginación refiere a la edición de 1996.
- 58 Es importante notar que muchas de las impresiones sobre las prácticas intelectuales, culturales y mitológicas que aparecen de un modo u otro en los textos de Mosse pueden identificarse con la línea historiográfica que nace en De Felice. En este contexto, el caso más notable es el del importante libro de Emilio Gentile *Il culto del littorio* (Roma: Laterza, 1993). Sin tener que abandonar la idea de la especificidad del fascismo italiano, Gentile también reconocía la importancia historiográfica innovadora tanto de Mosse como de De Felice en su libro sobre los orígenes de la ideología fascista (*Origini dell' ideologia fascista*), 2; George Mosse, *Intervista sul Nazismo: A cura di Michael Ledeen* (Roma: Laterza, 1977), 89-90.
- 59 George Mosse, *The Fascist Revolution: Toward a General Theory of Fascism* (Nueva York: Howard Fertig, 1998), x-xvii, 42.
- 60 Enzo Traverso, «Interpreting Fascism: Mosse, Sternhell and Gentile in Comparative Perspective», *Constellations* 15, n° 3 (2008): 310.

- 61 Stanley Payne, por ejemplo, da siete razones para explicar la falta de autenticidad del fascismo en América Latina: 1) movilización política mínima, 2) nacionalismo sin ambiciones territoriales, 3) predominio militar, 4) imposibilidad de autarquía en países dependientes y subdesarrollados, 5) relaciones elitistas del tipo cliente/patrón, 6) naturaleza multirracial de la sociedad, y 7) debilidad de la izquierda previa a 1960. Mientras los puntos 1, 2, 5, y 7 son simplemente erróneos en los casos de países sudamericanos como Argentina, Bolivia, Chile o Brasil, sería posible atribuir el punto 3 al fascismo español o los puntos 4 y 5 al fascismo italiano, especialmente en la mitad sur de la península. Más aún, si reemplazamos «raza» por «etnicidad» en el punto 6, sería fácil describir la Alemania nazi previa al Holocausto como una sociedad multiétnica. Véanse Payne, *History of Fascism*, 340; y su anterior *Fascism: Comparison and Definition* (Madison: University of Wisconsin Press, 1980), 167-176. Véanse también Alistair Hennessy, «Fascism and Populism in Latin America», en *Fascism: A Reader's Guide. Analyses, Interpretations, Bibliography*, Walter Laqueur (ed.) (Berkeley: University of California Press, 1976), 255-294; y Finchelstein, *Transatlantic Fascism*, ob. cit., 183.
- 62 Por ejemplo, Roger Griffin concibe el fascismo como un «tipo ideal de fascismo conscientemente construido para ser heurísticamente más útil para la investigación académica que los otros tipos existentes». Véanse Roger Griffin, *The Nature of Fascism* (Nueva York: Routledge, 1991), 12; y Stanley Payne, *A History of Fascism. 1914-1945* (Madison: University of Wisconsin Press, 1995), 4. Para una crítica de Griffin en este aspecto, véase Daniel Woodley, *Fascism and Political Theory: Critical Perspectives on Fascist Ideology* (Londres, 2010), 8-13.
- 63 Payne, *A History of Fascism*, ob. cit., 14; Roger Griffin, *Modernism and Fascism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler* (Londres: 2007), xv, 332; Griffin, *The Nature of Fascism*, ob. cit.
- 64 Véanse Griffin, *The Nature of Fascism*, ob. cit.; Griffin, *Fascist Century* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008). También Payne, *A History of Fascism*, ob. cit.; y su anterior *Fascism. Comparison and Definition* (Madison: University of Wisconsin Press, 1980), 167-176; Paxton, *The Anatomy of Fascism*, ob. cit.; Roger Eatwell, «On Defining the “Fascist Minimum”: The Centrality of Ideology», *Journal of Political Ideologies* 1 (1996): 303-319.
- 65 Benjamin Zachariah, «A Voluntary Gleichschaltung? Indian Perspectives Towards a Non-Eurocentric Understanding of Fascism», *Transcultural Studies* 2 (2014): 66-67.
- 66 El ejemplo sintomático más reciente de esta resistencia a los enfoques globales del fascismo fuera de Europa puede encontrarse en las digresiones teleológicas y fuertemente repetitivas expresadas en el libro de David Roberts *Fascist Interactions: Proposals for a New Approach to Fascism and its Era, 1919-1945* (Nueva York: Berghahn Books, 2016). Para mi crítica de otros ejemplos historiográficos fuera de Europa, véase Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario*, ob. cit., 9-27.
- 67 Véanse Constantin Iordachi, «Comparative Fascist Studies; An Introduction», en *Comparative Fascist Studies. New Perspectives*, ed. Constantin Iordachi (Londres: Routledge, 2010), 41; Zachariah, «Voluntary Gleichschaltung?», 63-100. También Benjamin Zachariah, «Rethinking (the

- Absence) of Fascism in India, c. 1922-45», en *Cosmopolitan Thought Zones: South Asia and the Global Circulation of Ideas*, Sugata Bose y Kris Manjappa (eds.) (Houndmills, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010), 178-209.
- 68 Benjamin Zachariah, «At the Fuzzy Edges of Fascism: Framing the Volk in India», *South Asia: Journal of South Asian Studies* 38, nº 4 (2015): 641.
- 69 Finchelstein, *Transatlantic Fascism*, ob. cit., 4, 39.
- 70 Véase Sebastian Conrad, *What Is Global History?* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2016), 3, 44-45, 78-79. Sobre historia transnacional y comparativa, véanse, por ejemplo, Daniel Rodgers, Frederick Cooper, Pierre-Yves Saunier, Michael Werner y Bénédicte Zimmerman, «Penser l'histoire croisée: Entre empirie et réflexivité», *Annales. Histoire, sciences sociales* 58 (2003): 7-36; y Gunilla Budde, Sebastian Conrad y Oliver Janz (eds.), *Transnationale Geschichte: Themen, Theorien, Tendenzen* (Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht, 2006).
- 71 Rebekka Habermas, «Lost in Translation: Transfer and Nontransfer in the Atakpame Colonial Scandal», *Journal of Modern History* 86 (marzo de 2014): 48, 49.
- 72 Véase Reto Hofmann, *The Fascist Effect: Japan and Italy, 1915-1952* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2015), 7. Sobre el fascismo japonés, véase Rikki Kersten, «Japan», en *The Oxford Handbook of Fascism*, R. J. B. Bosworth (ed.) (Oxford: Oxford University Press, 2009), 526-544.
- 73 Silvio Villegas, *No hay enemigos a la derecha* (Manizales: Arturo Zapata, 1937), 80, 86, 144, 145. Quiero agradecerle a Luis Herrán Ávila por compartir esta fuente conmigo.
- 74 Véase José Vasconcelos, «El Fulgor en la tiniebla», *Timón*, 23 de marzo de 1940; «En Defensa propia: Los protocolos de los sabios de Sion», *Timón*, 25 de mayo de 1940; y «Otro fantasma: El nazismo en la América española», *Timón*, 4 de mayo de 1940. Estos artículos se publicaron en Itzhak M. Bar-Lewaw (comp.), *La Revista «Timón» y José Vasconcelos* (México: Edimex, 1971), 77-79, 138-140, 146-149.
- 75 Véase Jean Meyer, *El sinarquismo: ¿Un fascismo mexicano? 1937-1947* (México: Joaquín Mortiz, 1979).
- 76 Véase Tirso Molinari Morales, *El fascismo en el Perú* (Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, 2006), 300-303.
- 77 Véanse Giulia Albanese, *Dittature Mediterranee: Sovversioni fasciste e colpi di stato in Italia, Spagna e Portogallo* (Roma: Laterza, 2016), 210, 211; Sven Reichardt, «Violence, Body, Politics: Paradoxes in Interwar Germany», en *Political Violence and Democracy in Western Europe, 1918-1940*, Chris Millington y Kevin Passmore (comps.) (Houndmills: Palgrave, 2015), 62-96.
- 78 Véanse Albanese, *Dittature Mediterranee*, ob. cit., xxi, xxii; Finchelstein, *Transatlantic Fascism*, ob. cit.; Miguel Ángel Perfecto, «La derecha radical Argentina y España: Relaciones culturales e interdependencias», *Studia Historica Historia Contemporánea* 33 (2015); Constantin Iordachi, *The Comparative History of Fascism in Eastern Europe: Sources and Commentaries* (Londres: Bloomsbury, 2017). Sobre fascismo global, véase Stein Ugelvik Larsen (comp.), *Fascism outside*

Europe: The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism (Boulder: Social Science Monographs, 2001).

- 79 Como sostienen Kiran Klaus Patel y Sven Reichardt, «los procesos de intercambio y adaptación transnacionales que comenzaron en, o condujeron a, la Alemania nazi han sido largamente desatendidos. El transnacionalismo y el nazismo parecen incompatibles, y la historia transnacional sigue concentrada en formas apacibles de intercambio entre sociedades de estructura similar» («The Dark Side of Transnationalism Social Engineering and Nazism, 1930s-40s», *Journal of Contemporary History* 51, nº 1 [2016]: 6). Christian Goeschel propone con agudeza superar una noción homogeneizadora de transferencia: «Es hora de aclarar nuestra terminología y pensar más concretamente en términos de una historia de las conexiones fascistas, una historia que, más que limitarse a observar transferencias, examine las influencias mutuas e interconexiones entre los regímenes fascistas. La perspectiva de las “conexiones fascistas” también examina la importancia de las transferencias, no da por sentado que todos los cruces sean igualmente importantes para los actores involucrados y presta mucha atención a las fricciones entre ellos» («Italia Docet? The Relationship between Italian Fascism and Nazism Revisited», *European History Quarterly* 42, nº 3 [2012], 490). Véanse también el importante ensayo de Ruth Ben-Ghiat, «Fascist Italy and Nazi Germany: The Dynamics of an Uneasy Relationship», en *Art, Culture, and the Media in the Third Reich*, Richard Etlin (comp.) (Chicago: University of Chicago Press, 2002), 257-286; y Benjamin Martin, *The Nazi-Fascist New Order for European Culture* (Cambridge: Harvard University Press, 2016).
- 80 Zachariah, «Voluntary Gleichschaltung?», ob. cit., 63.
- 81 César Pico, *Carta a Jacques Maritain sobre la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista* (Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1937), 7-8, 13-14, 20, 21, 36, 40-41, 43.
- 82 Véase José María Pemán, «Pasemos a la escucha», *Sol y Luna* 4 (1940): 91.
- 83 Faisal Devji, *The Impossible Indian: Gandhi and the Temptation of Violence* (Cambridge: Harvard University Press, 2012), 21; Markus Daechsel, «Scientism and Its Discontents: The Indo-Muslim “Fascism” of Inayatullah Khan al-Mashriqi», *Modern Intellectual History* 3, nº 3 (2006): 452-453; Hofmann, *Fascist Effect*, ob. cit., 46.
- 84 Federico Finchelstein, *The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth Century Argentina* (Oxford: Oxford University Press, 2014).
- 85 Véase Hofmann, *Fascist Effect*, ob. cit., 136-142. Sobre la Guerra Fría en América Latina, véanse Tanya Harmer, «The Cold War in Latin America», en *The Routledge Handbook of the Cold War*, Artemy M. Kalinovsky y Craig Daigle (comps.) (Abingdon: Routledge, 2014); y Reto Hofmann, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011). También Gilbert M. Joseph, «Latin America's Long Cold War», en *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence during Latin America's Long Cold War*, Greg Grandin y Gilbert M. Joseph (comps.) (Durham, NC: Duke University Press, 2010); Virginia Garrard-Burnett, Mark Atwood Lawrence y Julio E. Moreno (comps.), *Beyond the Eagle's*

Shadow: New Histories of Latin America's Cold War (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013).

- 86 Andrea Mammone, *Transnational Neofascism in France and Italy* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015), xix.
- 87 Véanse Luis Herrán Ávila, «Anticommunism, the Extreme Right, and the Politics of Enmity in Argentina, Colombia, And Mexico, 1946-1972» (tesis de doctorado, The New School for Social Research, 2016); Luis Herrán Ávila, «Las guerrillas blancas, anticomunismo transnacional e imaginarios de derechas en Argentina y México, 1954-1972», *Quinto Sol* 19, nº 1 (2015); y Daniel Gunnar Kressel, «The Hispanic Community of Nations: The Spanish-Argentine Nexus and the Imagining of a Hispanic Cold War Bloc», *Cahiers des Amériques latines* 79, nº 2 (2015): 115-133. Véanse además Leandro Pereira Gonçalves, «Plínio Salgado e a Guerra Fria: Uma análise entre Brasil e Portugal no âmbito das Guerras Coloniais», *Cahiers des Amériques latines* 79, nº 2 (2015): 31-54; Odilon Caldeira Neto, *Sob o signo do sigma: Integralismo, neointegralismo e antisemitismo* (Maringá: EDUEM, 2014); Ernesto Bohoslavsky y Stéphane Boisard, «Les droites latino-américaines pendant la guerre froide (1959-1989)», *Cahiers des Amériques latines* 79, nº 2 (2015): 17-30; Olivier Dard (comp.), *Organisations, Mouvements et partis des Droites Radicales au XXe siècle* (Bern: Peter Lang, 2016); Matteo Albanese y Pablo del Hierro, *Transnational Fascism in the Twentieth Century: Spain, Italy and the Global Neo-Fascist Network* (Londres: Bloomsbury, 2016).
- 88 Jorge Luis Borges, «Deutsches Requiem», en *Obras Completas* (Buenos Aires: Emecé, 1996), 1: 581; Jorge Luis Borges, *Labyrinths: Selected Stories and Other Writings* (Nueva York: New Directions, 1964), 147. Sobre Borges y zur Linde, véase Finchelstein, *El mito del fascismo*, ob. cit.
- 89 Agradezco a Ben Brower por compartir sus reflexiones sobre la relación entre violencia física y «violencia simbólica». Para este tema, véanse también Étienne Balibar, «Outlines of a Topography of Cruelty: Citizenship and Civility in the Era of Global Violence», *Constellations* 8, nº 1 (2001); Etienne Balibar, *Violence and Civility* (Nueva York: Columbia University Press, 2015); Richard J. Bernstein, *Violence: Thinking without Banisters* (Cambridge: Polity, 2013); Martin Jay, *Refractions of Violence* (Nueva York: Routledge, 2003). Sobre el fascismo, Angelo Ventrone, *La seduzione totalitaria* (Roma: Donzelli, 2003); Francisco Sevillano Calero, *Exterminar: El terror con Franco* (Madrid: Oberon, 2004); Sven Reichardt, «Fascismo e teoria delle pratiche sociali: Violenza e comunità come elementi di un praxeologico di fascismo», *Storiografia* 12 (2008).
- 90 Véase Finchelstein, *El mito del fascismo*, ob. cit.
- 91 Sobre el antifascismo y su opinión del fascismo, véanse Benedetto Croce, *Scritti e discorsi politici, 1943-1947*, 2 vols. (Bari: Laterza 1963), 1:7, 2:46, 357. También Renzo De Felice, *Interpretations of Fascism* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1977), 14-23; Enzo Collotti (comp.), *Fascismo e antifascismo* (Roma: Laterza, 2000); Leonardo Paggi, «Antifascism and the Reshaping of the Democratic Consensus in Post-1945 Italy», *New German Critique* 67 (1996); Manuela Consonni, *L'Eclisse dell'Antifascismo* (Roma: Laterza, 2015); Hugo García, «Transnational History: A New Paradigm for Anti-fascist Studies?», en *Contemporary European*

- History* 25, n° 4 (2016): 563-572; Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet y Cristina Clímaco (eds.), *Rethinking Anti-fascism: History, Memory and Politics, 1922 to the Present* (Nueva York: Berghahn, 2016); Michael Seidman, *Transatlantic Antifascisms. From the Spanish Civil War to the End of World War II* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017).
- 92 Jean Améry, *At the Mind's Limits* (Bloomington: Indiana University Press, 1980), x.
- 93 Chaim Kaplan, *Scroll of Agony: The Warsaw Diary of Chaim A. Kaplan* (Nueva York: Collier Books, 1973), 280-281.
- 94 Primo Levi, *The Black Hole of Auschwitz* (Cambridge: Polity, 2005), 8, 33, 72.
- 95 Ian Thomson, *Primo Levi* (Londres: Hutchinson, 2002), 26-27.
- 96 Sobre las nociones de enemigo, véase Finchelstein, *Transatlantic Fascism*, ob. cit.; Angelo Ventrone, *Il Nemico Interno. Immagini, parole e simboli della lotta politica nell'Italia del Novecento* (Roma: Donzelli, 2005).
- 97 Entre los historiadores del fascismo, hay algunos, significativamente excepcionales, que han explorado las conexiones entre fascismo y nazismo y Holocausto. Considero que este capítulo brinda un complemento elaborado de esos trabajos. Véanse, por ejemplo, Tim Mason, *Nazism, Fascism and the Working Class* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995); Mosse, *Fascist Revolution*, ob. cit.; Geoff Eley, *Nazism as Fascism: Violence, Ideology and the Ground of Consent in Germany. 1930-1945* (Nueva York: Routledge, 2013).
- 98 Saul Friedländer, «Nazism: Fascism or Totalitarianism», en Charles S. Maier, Stanley Hoffmann y Andrew Gould (comps.), *The Rise of the Nazi Regime: Historical Reassessments* (Boulder: Westview Press, 1986), 30. Véanse también Saul Friedländer, *Memory, History, and the Extermination of the Jews of Europe* (Bloomington: Indiana University Press, 1993), 26; Saul Friedländer, «Mosse's Influence on the Historiography of the Holocaust», en *What History Tells: George L. Mosse and the Culture of Modern Europe*, Stanley G. Payne, David J. Sorkin y John S. Tortorice (comps.) (Madison: University of Wisconsin Press, 2004), 142.
- 99 Friedländer va con su argumentación lo suficientemente lejos para limitar todo tipo de comparación. En su crítica del trabajo del historiador alemán Wolfgang Schieder, Friedländer sostiene: «Y un punto en el que parece inútil extenderse es la comparación del antisemitismo nazi con el “racismo” de los fascistas italianos hacia los africanos, los eslavos y los alemanes del Tirol del sur» («Nazism», 27). Para un enfoque más matizado, véase Ian Kershaw, *Hitler, the Germans and the Final Solution* (New Haven, CT: Yale University Press, 2008), 345.
- 100 Para importantes trabajos sobre estas conexiones, véanse A. Dirk Moses (comp.), *Empire, Colony, Genocide: Conquest, Occupation, and Subaltern Resistance in World History* (Nueva York: Berghahn, 2008); Bashir y Amos Goldberg, «Deliberating the Holocaust and the Nakba: Disruptive Empathy and Binationalism in Israel/Palestine», *Journal of Genocide Research* 16, n° 1 (2014): 77-99; Dan Stone, *History, Memory and Mass Atrocity: Essays on the Holocaust and Genocide* (Londres, 2006); Donald Bloxham, *The Final Solution: A Genocide* (Oxford: Oxford University Press, 2009).

- 101 Matthew P. Fitzpatrick, «The Pre-History of the Holocaust? The Sonderweg and Historikerstreit Debates and the Abject Colonial Past», *Central European History* 41, nº 3 (2008); Edward Ross Dickinson, «The German Empire: An Empire?», *History Workshop Journal* 66 (2008); Olivier Le Cour Grandmaison, *Coloniser, exterminer: Sur la guerre et l'état colonial* (París, 2005); Isabel Hull, *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany* (Ithaca: Cornell University Press, 2005); Joël Kotek, «Sonderweg: Le génocide des Herero, symptôme d'un Sonderweg allemand?», *La Revue d'histoire de la Shoah* 189 (2008); Jürgen Zimmerer, «The First Genocide of the Twentieth Century: The German War of Destruction in Southwest Africa (1904-1908) and the Global History of Genocide», en *The Holocaust: Lessons and Legacies*, Doris L. Bergen (comp.) (Chicago: 2008), 34-64; Donald Bloxham, *The Final Solution*, ob. cit.; Benjamin Brower, «Genealogies of Modern Violence, Arendt and Imperialism in Africa. 1830-1914», en *The Cambridge History of Violence*, Louise Edwards, Nigel Penn y Jay Winter (comps.), vol. 4 (Cambridge: Cambridge University Press, 2017).
- 102 Véanse Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York: Meridian, 1959), 158-84; y Hannah Arendt, «The Seeds of a Fascist International», en *Essays in Understanding. 1930-1954*, Jerome Kohn (comp.) (Nueva York: Harcourt Brace, 1994), 147.
- 103 Véanse Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews* (Nueva York: Holmes and Meier, 1985) 660-79; Susan Zuccotti, *The Italians and the Holocaust: Persecution, Rescue, and Survival* (Nueva York: Basic Books, 1987); Simon Levis Sullam, *I Carnefici Italiani*.
- 104 Tomo prestado el concepto «laboratorios del fascismo» de la obra clave de Enzo Traverso, *The Origins of Nazi Violence*.
- 105 Lloyd E. Eastman, «Fascism in Kuomintang China: The Blue Shirts», *China Quarterly* 49 (enero-marzo de 1972): 4.
- 106 António Costa Pinto, *Os Camisas Azuis e Salazar-Rolão Preto e o Fascismo em Portugal* (Porto Alegre: EDIPUCRS, 2016), 110. Sobre el fascismo portugués y sus conexiones internacionales con otros fascismos, véase también Nuno Simão Ferreira, «Alberto de Monsaraz e a vaga dos nacionalismos político-autoritários europeus do pós-I Guerra Mundial: Um rumo até o fascismo?», *Lusíada História* 4 (2007): 7-75.
- 107 Véase Federico Finchelstein, «Truth, Mythology and the Fascist Unconscious», *Constellations* 23, nº 2 (2016): 227.
- 108 Ibíd., 225.
- 109 Ventrone, *La seduzione totalitaria*, ob. cit., 138-139, 153, 185.
- 110 Primo Levi, *The Drowned and the Saved* (Nueva York: Vintage, 1989), 105. Sobre la identificación de Levi entre nazismo y fascismo, véase Primo Levi, *Conversazioni e interviste. 1964-1987* (Turín: Einaudi, 1997), 245, 250.
- 111 Sobre lo sublime negativo, véanse los siguientes trabajos de Dominick LaCapra: *History and Memory after Auschwitz* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1998), 27-30; *Representing the Holocaust. History, Theory, Trauma* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1994), 100-110; *Writing History, Writing Trauma*, (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001), 94.

- 112 Para algunos ejemplos, véanse Sergio Panunzio, *Diritto, forza e violenza. Lineamenti di una teoria della violenza* (Bologna: Capelli, 1921), 17; Curzio Suckert (Malaparte), *L'Europa Vivente. Teoria Storica del Sindicalismo Nazionale* (Florenia: La Voce, 1923), xlviii, 1-5, 22-25, 34, 111-119; Curzio Malaparte, *Italia barbara* (Turín: P. Gobetti, 1925). Para una crítica temprana de la valoración fascista de la violencia «por la violencia misma», véase Rodolfo Mondolfo, *Per la comprensione storica del fascismo* (Bologna: Capelli, 1922), i-iii, xv, xxxiv-xxxv; Rodolfo Mondolfo, «Forza e violenza nella storia (Aprendo la discussione)», en *Diritto, forza e violenza. Lineamenti di una teoria della violenza*, Sergio Panunzio (comp.) (Bologna: Capelli, 1921), viii, xi, xiii, xv, xvi, xvii, xviii, xix.
- 113 MRF B 93 F, 159 SF 1, Archivio Centrale dello Stato, Italia. Mussolini decía: «No me importa un carajo» (*me ne frego*): el orgulloso lema de los escuadrones de batalla garabateado por un hombre herido y vendado no es sólo un acto de estoicismo filosófico; expresa una doctrina que no es meramente política: es la prueba de un espíritu de lucha que acepta todos los peligros. Representa un nuevo estilo de vida italiano. El fascista acepta y ama la vida; rechaza y desprecia el suicidio como una cobardía. Entiende la vida como deber, elevación, conquista; la vida debe ser idealista y generosa; debe ser vivida por uno mismo pero sobre todo por los demás, a la vez próximos y lejanos, presentes y futuros» (Benito Mussolini, «La dottrina del fascismo», en *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 34 [Florenia: La Fenice, 1967], 119-21).
- 114 MRF B 93 F, 159 SF 1, Archivio Centrale dello Stato, Italia.
- 115 Véanse, por ejemplo, los «Tabelloni murali», MRF B 93 F 158; MRF B 91 F, 154 Sala Dotrinna SF 2, Archivio Centrale dello Stato, Italia.
- 116 Véase *Acción Española*, Antología, marzo de 1937, 366; Finchelstein, *Origins of Dirty War*, ob. cit., 45; James P. Jankowski, «The Egyptian Blue Shirts and the Egyptian Wafd, 1935-1938», *Middle Eastern Studies* 6 (1970): 82; Eastman, «Fascism in Kuomintang China», ob. cit., 9-10.
- 117 Villegas, *No hay enemigos a la derecha*, ob. cit., 224; Constantin Iordachi, «God's Chosen Warriors», en *Comparative Fascist Studies*, Constantin Iordachi (comp.) (Londres: Routledge, 2010), 345-347.
- 118 Benito Mussolini, «Vivere pericolosamente», en *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 21 (1924; reimpr., Florenia: La Fenice, 1960), 40.
- 119 Benito Mussolini, «La dottrina del fascismo», en *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 34 (Florenia: La Fenice, 1967), 119-121. Para la concepción específica del estado fascista expuesta en la exhibición «permanente» de 1942, véase MRF B, 91 F, 154 Sala Dotrinna SF 2, Tabelloni murali, «Lo Stato Fascista» y «I Codici di Mussolini», Archivio Centrale dello Stato, Italia.
- 120 Véase Ann Laura Stoler, «On Degrees of Imperial Sovereignty», *Public Culture* 18, nº 1 (2006): 135.
- 121 Bruno Biancini, *Dizionario Mussoliniano Mille Affermazioni e Definizioni Del Duce* (Milán: Hoepli, 1939), 45, 88.
- 122 Para un estudio de esta noción dentro de otras formas de imperialismo contemporáneo que incluyen el concepto de «guerra sin fin», véase Ellen Meiksins Wood, *Empire of Capital* (Londres:

- Verso, 2005), 143-151. Meiksins Wood no menciona que el fascismo puede haber sido el primer imperialismo que incluyó este concepto de guerra, creando así un precedente para sus seguidores contemporáneos.
- 123 MRF B, 93 F, 155 SF 1 Impero. Véase también Collez, Muss #92; #47, Archivio Centrale dello Stato, Italia.
- 124 Benito Mussolini, «La dottrina del fascismo», en *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 34 (Floencia: La Fenice, 1967), 119-121.
- 125 Sobre la internacional fascista, véanse Michael Ledeen, *Universal Fascism: The Theory and Practice of the Fascist International, 1928-1936* (Nueva York: H. Fertig, 1972); Davide Sabatini, *L'internazionale di Mussolini: la diffusione del fascismo in Europa nel progetto politico di Asvero Gravelli* (Roma: Edizioni Tusculum, 1997); Marco Cuzzi, *L'internazionale delle camicie nere: i CAUR, Comitati d'azione per l'universalità di Roma, 1933-1939* (Milán: Mursia, 2005).
- 126 Véanse Hannah Arendt, «Ideology and Terror: A Novel Form of Government», *Review of Politics* 15, n° 3 (1953), 303-327; Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York: Meridian, 1959), 158-184; y Hannah Arendt, «The Seeds of a Fascist International», en *Essays in Understanding. 1930-1954*, Jerome Kohn (comp.) (Nueva York: Harcourt Brace, 1994), 147.
- 127 Véanse Sternhell, *Birth of Fascist Ideology*, ob. cit.; Sternhell, *Anti-enlightenment Tradition*, ob. cit. También de Sternhell, *Histoire et Lumières: Changer le Monde par la Raison* (París: Albin Michel, 2014); «Fascism and Its Ideology», ob. cit., 280-290.
- 128 Agradezco a mi colega Andreas Kalyvas por sus sugerencias e ideas sobre el nacimiento de la democracia ateniense.
- 129 Peter Fritzsche, «The Role of “the People” and the Rise of the Nazis», en *Transformations of Populism in Europe and the Americas: History and Recent Tendencies*, John Abromeit, Bridget Maria Chesterton, Gary Marotta y York Norman (comps.) (Londres: Bloomsbury, 2016), 37; Geoff Eley, «Conservatives-Radical Nationalists-Fascists: Calling the People into Politics, 1890-1930», en *Transformations of Populism in Europe and the Americas: History and Recent Tendencies*, ob. cit., 74; Ismael Saz, *España contra España: Los nacionalismos franquistas* (Madrid: Marcial Pons, 2010), 53; António Costa Pinto, *The Nature of Fascism Revisited*, Social Science Monographs (Nueva York: Columbia University Press, 2012), 1-27. Véanse también Peter Fritzsche, *Rehearsals for Fascism: Populism and Political Mobilization in Weimar Germany* (Nueva York: Oxford University Press, 1990); Eley, *Nazism as Fascism*, ob. cit.; Sven Reichardt, «Fascist Movements», en *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*, David A. Snow, Donatella della Porta, Bert Klandermans y Doug McAdam (comps.) (Nueva York: Wiley, 2013), 2, 457; Pierre Milza, «Mussolini entre fascisme et populisme», *Vingtième Siècle* 56 (1997); McGee Deutsch, *Las Derechas*, ob. cit., 315, 329-331, 339; Alberto Spektorowski, *The Origins of Argentina's Revolution of the Right* (Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2003); Victor Lundberg, «Within the Fascist World of Work: Sven Olov Lindholm, Ernst Junger and the Pursuit of Proletarian Fascism in Sweden», en *New Political Ideas in the Aftermath of the Great War*, Anders G. Kjølsvædt y Alessandro Salvador (comps.) (Londres: Palgrave MacMillan, 2016),

- 199-217; Daniel Knegt, «French Intellectual Fascism and the Third Way: The Case of Bertrand de Jouvenel and Alfred Fabre-Luce», en *New Political Ideas in the Aftermath of the Great War*, ob. cit., 41-65.
- 130 Pinto, *Nature of Fascism Revisited*, ob. cit., xix.
- 131 Pasetti, *L'Europa Corporativa: Una Storia Transnazionale tra Le Due Guerre Mondiali*, ob. cit.; Costa Pinto y Palomanes Martinho (eds.), *A Onda Corporativa: Corporativismo e Ditaduras na Europa e América Latina*, ob. cit.
- 132 «El corporativismo es la economía disciplinada, y por lo tanto también controlada, porque no se puede pensar en una disciplina sin control. El corporativismo supera al socialismo y supera al liberalismo, crea una nueva síntesis». Benito Mussolini, *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 26 (Floencia: La Fenice, 1958), 95.
- 133 Pinto, *The Nature of Fascism Revisited*, ob. cit., xii.
- 134 Matteo Pasetti, «Neither Bluff nor Revolution: The Corporations and the Consolidation of the Fascist Regime (1925-1926)», en *In the Society of Fascists: Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy*, Giulia Albanese y Roberta Pergher (comps.) (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2012); Alessio Gagliardi, *Il corporativismo fascista* (Roma: Laterza, 2010). Sobre el corporativismo fascista, véase también Philip Morgan, «Corporatism and the Economic Order», en *The Oxford Handbook of Fascism*, R. J. B. Bosworth (comp.) (Oxford: Oxford University Press, 2019), 150-165.
- 135 António Costa Pinto, «Fascism, Corporatism and the Crafting of Authoritarian Institutions in Interwar European Dictatorships», en *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*, António Costa Pinto y Aristotle Kallis (comps.) (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2014), 87.
- 136 Véase «En un mitin, en Cáceres, el señor Primo de Rivera afirma Falange Española quiere que haya justicia social y nación», *La Nación* (Madrid), 5 de febrero de 1934, 2; Carlo Costamagna, «Teoría general del Estado corporativo», *Acción Española*, 16 de mayo de 1933, 468.
- 137 AGN, Archivo Agustín P. Justo. Caja 49, doc.166. Véanse también los siguientes trabajos de Gustavo Barroso: «Capitalismo, Propriedade e Burguesia», en *O que o Integralista Deve Saber* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1935); *O Espírito do Século XX* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1936).
- 138 Leopoldo Lugones, *El Estado equitativo (Ensayo sobre la realidad Argentina)* (Buenos Aires: La Editora Argentina, 1932), 11.
- 139 Leopoldo Lugones, *Política revolucionaria* (Buenos Aires: Anaconda, 1931), 52, 53, 65-66; Lugones, *El Estado equitativo*, ob. cit., 9, 11.
- 140 J. Hurtado de Zaldívar, «El décimo tercero aniversario de la fundación de los Fascios», *Acción Española*, 1 de abril de 1932, 177; Villegas, *No hay enemigos a la derecha*, ob. cit., 97, 107, 109.
- 141 Israel Gershoni y James Jankowski, *Confronting Fascism in Egypt: Dictatorship versus Democracy in the 1930s* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2009), 251.
- 142 José Vasconcelos, «Otro fantasma», *Timón*, 4 de mayo de 1940; José Vasconcelos, «La inteligencia se impone», *Timón*, 8 de junio de 1940, ambos en Itzhak M. Bar-Lewaw (comp.), *La*

- Revista «Timón» y José Vasconcelos* (México: Edimex, 1971), 138, 152-54.
- 143 Matteo Pasetti, «Il progetto corporativo della società senza classi e le tendenze populiste dell'ideologia fascista» (*paper* presentado en la XIII Conferencia de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Castilla-La Mancha, Albacete, septiembre de 2016); Griffin, *The Nature of Fascism*, ob. cit., 41, 42, 32, 124, 178.
- 144 Véase Peter Wien, «Arabs and Fascism: Empirical and Theoretical Perspectives», *Die Welt des Islams* 52 (2012): 345; Hofmann, *Fascist Effect*, ob. cit., 39, 74.
- 145 Dan Stone, *Histories of the Holocaust* (Oxford: Oxford University Press, 2010), 264; Michael Wildt, *Hitler's Volksgemeinschaft and the Dynamics of Racial Exclusion* (Nueva York: Berghahn, 2012); Aristotle Kallis, *Genocide and Fascism: The Eliminationist Drive in Fascist Europe* (Londres: Routledge, 2008), 312.
- 146 Dylan Riley, *The Civic Foundations of Fascism in Europe: Italy, Spain, and Romania. 1870-1945* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2010), 5.
- 147 Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism Fascism-Populism* (1977; reimpr. Londres: Verso, 2011), 111, 142, 153; Slavoj Žižek, «Against the Populist Temptation», *Critical Inquiry* 32, n° 2 (2006): 556-559, 567.
- 148 Steven Levitsky y Lucan Way, *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War* (Nueva York: Cambridge University Press, 2010); Andreas Schedler, *The Politics of Uncertainty: Sustaining and Subverting Electoral Authoritarianism* (Oxford: Oxford University Press, 2013).
- 149 Véase Finchelstein, *The Ideological Origins of the Dirty War*, ob. cit., 28. Sobre fascismo y dictadura, véase también Paul Corner, «Italian Fascism: Whatever Happened to Dictatorship?», *Journal of Modern History* 74, n° 2 (2002): 325-351.
- 150 Agradezco a Andrew Arato por compartir sus ideas sobre este tema.
- 151 Esta forma temprana de posfascismo anticipa los casos europeos del Frente Nacional en Francia y el Movimiento Social Italiano y la Alleanza Nazionale en Italia, que más tarde pasarán de ser formas neofascistas a formaciones populistas más claramente posfascistas. Para los debates europeos sobre posfascismo, véanse Roger Griffin, «The “Post-fascism” of the Alleanza Nazionale: A Case Study in Ideological Morphology», *Journal of Political Ideologies* 1, n° 2 (1996): 123-145; Tamir Bar-On, *Where Have All the Fascists Gone?* (Aldershot: Ashgate, 2007), 137; Gian Enrico Rusconi, *Resistenza e postfascismo* (Bologna: Il Mulino, 1995); Michael Löwy y Francis Sitel, «Le Front national dans une perspective européenne», *Contretemps* (17 de octubre de 2016), [disponible en www.contretemps.eu](http://www.contretemps.eu); Enzo Traverso, *Les nouveaux visages du fascisme* (París: Textuel, 2017).

¿QUÉ ES EL POPULISMO EN LA HISTORIA?

- 1 Pierre Rosanvallon, *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza* (Buenos Aires: Manantial, 2007), 260-261.
- 2 Para un tratamiento de estas cuestiones, véanse Raanan Rein, «From Juan Perón to Hugo Chávez and Back: Populism Reconsidered», en *Shifting Frontiers of Citizenship*, Mario Sznajder, Luis Roniger y Carlos Forment (comps.) (Boston: Brill, 2012); Carlos de la Torre, *Populist Seduction in Latin America* (Athens: Ohio University Press, 2010); y los ensayos en Carlos de la Torre (comp.), *The Promise and Perils of Populism: Global Perspectives* (Lexington: University Press of Kentucky, 2015). Véanse también mis libros: *Transatlantic Fascism* (Durham, NC: Duke University Press, 2010); y *The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth Century Argentina* (Oxford: Oxford University Press, 2014).
- 3 Sobre este tópico, véase Federico Finchelstein y Fabián Bosoer, «Is Fascism Returning to Europe?», *The New York Times*, 18 de diciembre de 2013.
- 4 Véase Benjamin Moffitt, *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2016); Benjamin Moffitt, «Contemporary Populism and “The People” en the Asia-Pacific Region: Thaksin Shinawatra and Pauline Hanson», en De la Torre, *The Promise and Perils of Populism*, ob. cit.; Danielle Resnick, «Varieties of African Populism in Comparative Perspective», en De la Torre, *The Promise and Perils of Populism*, ob. cit.
- 5 Este capítulo profundiza mi investigación histórica sobre el populismo. Para mi trabajo reciente sobre el tema, véase en especial el capítulo 4 de mi libro *The Ideological Origins of the Dirty War*. Entre los historiadores, las excepciones importantes por su tratamiento histórico del populismo son Loris Zanatta, Raanan Rein, Alberto Spektorowski y Alan Knight. Véanse Loris Zanatta, *El populismo* (Buenos Aires: Katz Editores, 2014); Raanan Rein, «From Juan Perón to Hugo Chávez and Back: Populism Reconsidered», ob. cit.; Alberto Spektorowski, *The Origins of Argentina's Revolution of the Right* (Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2003); Alan Knight, «Populism and Neo-Populism in Latin America, Especially Mexico», *Journal of Latin American Studies* 30, n° 2 (1998): 240.
- 6 Véase el texto clásico de Isaiah Berlin, «Russian Populism», *Encounter* 15, n° 1 (1960): 13-28. Véase también Berlin, *The Power of Ideas* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2013), 127-129. Sobre populismo ruso, Franco Venturi, *Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia* (Nueva York: Knopf, 1966); Guy Hermet, *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique. XIXe-XXe siècle* (París: Fayard, 2001), 167-204. Para Estados Unidos, véase Michael Kazin, *The Populist Persuasion* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1995); Ritchie Savage, «A Comparison of “New Institutionalized” Populism in Venezuela and the USA», *Constellations* 21, n° 4 (2014).

- 7 Isaiah Berlin, «To Define Populism», *Government and Opposition* 3, n° 2 (1968): 175. Véase también Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (Buenos Aires: Paidós, 1962); Torcuato S. Di Tella, «Populismo y Reforma en América Latina», *Desarrollo Económico* 4, n° 16 (1965): 391-425; Gino Germani, Torcuato Di Tella y Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (México: Ediciones Era, 1973).
- 8 Berlin, «To Define Populism», ob. cit., 174, 177.
- 9 Véanse Zeev Sternhell, *The Anti-enlightenment Tradition*, David Meisel (trad.) (New Haven, CT: Yale University Press, 2009); Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile. 1890-1939* (Stanford, CA: Stanford University Press, 1999); Hermet, *Les populismes dans le monde*, ob. cit., 167-204.
- 10 Sobre peronismo y fascismo, véanse Paul H. Lewis, «Was Perón a Fascist? An Inquiry into the Nature of Fascism», *Journal of Politics* 42, n° 1 (1980): 242-256; Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo* (Buenos Aires: Sudamericana, 1987); Spektorowski, *The Origins of Argentina's Revolution of the Right*, ob. cit.
- 11 Sobre Wast, véanse David Rock, *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, its History and its Impact* (Berkeley: University of California Press), 137; Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946* (Buenos Aires: Sudamericana, 1999), 104-115.
- 12 Véase James W. McGuire, *Peronism without Perón: Unions, Parties, and Democracy in Argentina* (Stanford, CA: Stanford University Press, 1997), 52.
- 13 Robert Potash, «Las fuerzas armadas y la era de Perón», en *Los años peronistas (1943-1955)*, Juan Carlos Torre (comp.) (Buenos Aires: Sudamericana, 2002), 92-94. Sobre este tópico, véase también Leonardo Senkman, «Etnicidad e inmigración durante el primer peronismo», *E.I.A.L.* 3, n° 2 (1992).
- 14 Véase Juan Carlos Torre, introducción a *Los años peronistas (1943-1955)*, ob. cit.
- 15 Véase Raanan Rein, *In the Shadow of Perón* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2008), 2. Sobre peronismo, véanse también Juan Carlos Torre, «Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo», *Desarrollo Económico* 28, n° 112 (1989): 525-548; Torre (comp.), *Los años peronistas*, ob. cit.; Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1971); Tulio Halperin Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista* (Buenos Aires: Ariel, 1994); Mathew Karush y Oscar Chamosa (eds.), *The New Cultural History of Peronism* (Durham, NC: Duke University Press, 2010); Loris Zanatta, *Breve historia del peronismo clásico* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009).
- 16 Véase Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century. 1914-1991* (Londres: Michael Joseph, 1994).
- 17 Nuevas formas de populismo han aparecido en México últimamente, tras la desaparición del estado monopartidario. El ejemplo más importante es Andrés Manuel López Obrador. Véase Carlos Illades, «La izquierda populista mexicana», *Nexos*, 1 de septiembre de 2016. [Disponible en](#)

- www.nexos.com.mx. López Obrador también ha sido atacado con argumentos antipopulistas que sintomáticamente oponían el populismo al *statu quo* liberal mexicano, como si fueran las dos únicas opciones disponibles en la política mexicana. Véase Enrique Krauze, «López Obrador, el mesías tropical», *Letras Libres*, 30 de junio de 2006.
- 18 Véanse Steve Stein, «The Paths to Populism in Peru», en *Populism in Latin America*; Michael L. (comp.), *Conniff* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1999), 97-116; De la Torre, *Populist Seduction*, ob. cit., 15; Steve Stein, *Populism in Peru* (Madison: University of Wisconsin Press, 1980); Martin Bergel, «Populismo y cultura impresa: La clandestinidad literaria en los años de formación del Partido Aprista Peruano», *Ipotesi I* 17, n° 2 (2013); 135-146; Víctor Raúl Haya de la Torre, *Obras Escogidas* (Lima: Comisión del Centenario del Nacimiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, 1995), 2: 77, 92, 131.
- 19 Sobre bonapartismo, véase, por ejemplo, Domenico Losurdo, *Democrazia o bonapartismo. Trionfo e decadenza del suffragio universale* (Turín: Bollati Boringhieri, 1993). Sobre la relación entre el populismo temprano y el antisemitismo, véase el importante trabajo de Michele Battini, *Socialism of Fools: Capitalism and Modern Anti-Semitism* (Nueva York: Columbia University Press, 2016).
- 20 Véanse Thomas Skidmore, «Las dimensiones económicas del populismo en Argentina y Brasil», en *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, Carlos M. Vilas (comp.) (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994), 245, 257; Thomas Skidmore, *Politics in Brazil* (Nueva York: Oxford University Press, 1967), 74, 75, 132, 133; Francisco Weffort, «El populismo en la política brasileña», en *Populismo y Neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*, Maria M. Mackinnon y Mario A. Petrone (comps.) (Buenos Aires: Eudeba, 1998), 136-143.
- 21 Paradójicamente, la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) estaba profundamente inspirada en el modo en que Perón había accedido al poder, pasando de un origen dictatorial a ser elegido candidato en elecciones libres. Rojas quería crear su propio partido de «tercera vía» movilizandob trabajadores, burócratas y hasta ex seguidores de Gaitán, pero debió enfrentar la oposición de los dos partidos tradicionales (el liberal y el conservador), así como la del incipiente movimiento estudiantil, al que reprimió. Tras fracasar en sus planes de convertir su dictadura en una democracia populista, Rojas volvió a la política, ahora quizás a la manera del varguismo brasileño, con el partido ANAPO, y trató de atraer de nuevo a los ciudadanos que no se sentían representados por ninguno de los dos partidos. Se postuló a presidente en 1962. Volvió a hacerlo en 1970, cuando perdió en una elección muy reñida. Véase César Augusto Ayala Diago, *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional: los orígenes de la Alianza Nacional Popular, ANAPO: Colombia, 1953-1964* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1996); Herbert Braun, *The Assassination of Gaitán: Public Life and Urban Violence in Colombia* (Madison: University of Wisconsin Press, 1985), 37, 57, 92, 108-109, 121; Daniel Pécaut, «El populismo Gaitanista», en *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, Carlos M. Vilas (comp.) (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995),

- 501, 505, 515; John W. Green, *Gaitanismo, Left Liberalism, and Popular Mobilization in Colombia* (Gainesville: University Press of Florida, 2003); Enrique Peruzzotti, «Populismo y representación democrática», en *El retorno del pueblo: El populismo y nuevas democracias en América Latina*, Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti (comps.) (Quito: Flacso, 2008), 97-125.
- 22 Véase De la Torre, *Populist Seduction*, ob. cit., 28-79. Sobre peronismo e Ibarra, véase Loris Zanatta, *La internacional justicialista: Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón* (Buenos Aires: Sudamericana, 2013), 44, 295, 346. Sobre Gaitán y el peronismo, véase Zanatta, *La internacional justicialista*, ob. cit., 156, 161.
- 23 Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Buenos Aires: Alianza, 1994), 485.
- 24 Véase Laura Gotkowitz, *Revolution for our Rights: Indigenous Struggles for Land and Justice in Bolivia, 1880-1952* (Durham, NC: Duke University Press, 2007), 287, así como 15, 164-166, 172-173, 289; Víctor Paz Estenssoro, *Pensamiento Político de Paz Estenssoro: Compilación*, Ramiro Antelo León (comp.) (La Paz, Bolivia: Plural Editores, 2003), 107. Véanse también Loris Zanatta, «The Rise and Fall of the Third Position: Bolivia, Perón and the Cold War, 1943-1954», *Desarrollo Económico* 1 (2006): 76-84; Zanatta, *La internacional justicialista*, ob. cit., 30-32; Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, ob. cit., 440-444, 502-506; Herbert Klein, *Bolivia: The Evolution of a Multi-ethnic Society* (Nueva York: Oxford University Press, 1982), 219-220, 225-226, 244-245; Christopher Mitchell, *The Legacy of Populism in Bolivia. From the MNR to Military Rule* (Nueva York: Praeger, 1977).
- 25 Igual que el peronismo, Acción Democrática también fue derrocada por una dictadura militar antipopulista. Cuando Acción Democrática volvió al poder en 1959-1969, se corrió aún más hacia la derecha, pero siempre dentro de una posición antidictatorial. En realidad, Rómulo Betancourt era un gran opositor de las dictaduras militares de la región. Para Frédérique Langue, el populismo de Betancourt era mucho más moderado que el de otros ejemplos clásicos, en particular el peronismo. Frédérique Langue, «Rómulo Betancourt: Liderazgo democrático versus personalismo en tiempos de celebraciones», *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades* 21 (2009), 226-238. Sobre Betancourt y Acción Democrática, véanse también Steven Ellner, «El populismo en Venezuela, 1935-1948: Betancourt y Acción Democrática», en *La Democratización Fundamental*, Carlos M. Vilas (comp.), 419-434; Manuel Caballero, *Rómulo Betancourt, político de nación* (Caracas: Alfadil-FCE, 2004).
- 26 Véase mi exhaustivo análisis de estos tópicos en *Transatlantic Fascism y The Ideological Origins of the Dirty War*.
- 27 Véase Étienne Balibar, *We, the People of Europe? Reflections on Transnational Citizenship* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2004), 2.
- 28 Knight observa que «existe también una tendencia tautológica a achacar el populismo (o cualquier otra cosa) a “la crisis”, como si “la crisis” fuera una causa discernible cuando, en realidad, suele ser una descripción vaga de un manojo de fenómenos que piden ser desenmarañados. Desenmarañando a veces se revela que no era “la crisis” la que generaba el

populismo (o la movilización, la rebelión, etc.) sino más bien el populismo (o la movilización, la rebelión, etc.) el que generaba la crisis» («Populism and Neo-Populism», ob. cit., 233). Para una crítica de las nociones «historicistas» estáticas del populismo, véase también Francisco Panizza, introducción a *Populism and the Mirror of Democracy*, Francisco Panizza (comp.) (Londres: Verso, 2005), 3.

29 Knight, «Populism and Neo-Populism», ob. cit., 233.

30 Ibíd., 237.

31 En menor medida, algunos estudiosos del populismo latinoamericano minimizan la relevancia del populismo europeo.

32 Observaciones de Isaiah Berlin en la conferencia «Definir el populismo» en la London School of Economics, mayo de 1967, Isaiah Berlin Virtual Library, 5-6, [disponible en berlin.wolf.ox.ac.uk](http://berlin.wolf.ox.ac.uk) (consultado el 14 de octubre de 2014). Una versión editada de la conferencia se publicó en el influyente libro de Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.), *Populism: Its Meaning and National Characteristics* (Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1969). Sobre este debate, véase también María M. Mackinnon y Mario A. Petrone (eds.), *Populismo y Neopopulismo en América Latina* (Buenos Aires: Eudeba, 1998).

33 Véase Margaret Canovan, *The People* (Cambridge: Polity, 2005); Pierre Rosanvallon, *Democracy Past and Future* (Nueva York: Columbia University Press, 2006).

34 Rosanvallon, *La contrademocracia*, ob. cit., 257.

35 Ibíd.; Margaret Canovan, *Populism* (Londres: Junction, 1981), 12, 13, 15, 148, 169, 229-230, 294, 298. Para Canovan, el peronismo era una «dictadura populista». Más recientemente sostenía: «Fuera de Europa, en América Latina, los líderes populistas más o menos dictatoriales se han vuelto algo particularmente común» (Canovan, *The People*, ob. cit., 71). Da como ejemplos a Juan y Eva Perón y a Hugo Chávez. Véase también de Canovan «Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy», *Political Studies* 67, n° 3 (1999): 2-16; y «Populism for Political Theorists?», *Journal of Political Ideologies* 9, n° 3 (2004): 241-252.

36 Rosanvallon, *La contrademocracia*, ob. cit., 262, 263, 264

37 Para ellos, «dada su morfología limitada, el populismo aparece necesariamente ligado a otros conceptos o familias ideológicas que por lo general son mucho más relevantes que el populismo en sí mismo» (Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Populism», en *The Oxford Handbook of Political Ideologies*, Michael Freeden y Marc Stears [comps.] [Nueva York: Oxford University Press, 2013], 508-509). Véanse también Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2017), 5-6; Cas Mudde, *On Extremism and Democracy in Europe* (Londres: Routledge, 2016); Matthijs Rooduijn, «The Nucleus of Populism: In Search of the Lowest Common Denominator», *Government and Opposition* 49, n° 4 (2014); Pierre-André Taguieff, «Le Populisme et la science politique du mirage conceptuel aux vrais problèmes», *Vingtième Siècle: Revue D'histoire* 56, n° 1 (1997): 4-33. Una versión ampliada y actualizada del artículo de Taguieff puede encontrarse en su libro *L'Illusion populiste: De l'archaïque au médiatique* (París: Berg, 2002).

- 38 «Los populistas», afirma De la Torre, «no conciben a los ciudadanos como un cuerpo con una pluralidad de opiniones que deliberan en la esfera pública». Pero además agrega: «Sin embargo, los populistas no son completamente autoritarios porque sus políticas redistribuyen recursos y pueden potencialmente dar poder a los pobres» («The People, Democracy, and Authoritarianism in Rafael Correa's Ecuador», *Constellations* 21, n° 4 [2014], 463).
- 39 Carlos de la Torre, «Populism and the Politics of the Extraordinary in Latin America», *Journal of Political Ideologies* 21, n° 2 (2016): 131.
- 40 Véase Carlos de la Torre, «The Contested Meanings of Populist Revolutions in Latin America», en *Transformations of Populism in Europe and the Americas: History and Recent Tendencies*, John Abromeit, Bridget Maria Chesterton, Gary Marotta y York Norman (comps.) (Londres: Bloomsbury, 2016), 332.
- 41 Como observa De la Torre, «el empoderamiento del pueblo indígena se evidencia en los cambios simbólicos del paisaje político boliviano. Los rituales indígenas se realizan en el palacio presidencial, que antes era un centro de poder blanco. La inclusión cultural y simbólica de los indígenas va de la mano con la idea populista de que los rivales son enemigos. El espectro autoritario está presente en las comunidades pequeñas y a escala nacional. Por ejemplo, tras enterarse de los resultados de la elección presidencial de 2005, en el pequeño pueblo de Quilacollo, un líder indígena afirmaba: “En nuestra comunidad hubo un voto para Tuto Quiroga (el rival de Morales en la elección), vamos a investigar quién es ese votante, porque no podemos tolerar traiciones de nuestros propios compañeros”. Esta visión no democrática de los oponentes como enemigos caracteriza la concepción del mundo y los discursos del presidente y el vicepresidente» («The Contested Meanings», ob. cit., 338).
- Véase también Fernando Mayorga, «Movimientos Sociales y Participación Política en Bolivia», en *Ciudadanía y Legitimidad Democrática en América Latina*, Isidoro Cheresky (comp.) (Buenos Aires: Prometeo, 2011).
- 42 Véase Jan-Werner Müller, «Getting a Grip on Populism», *Dissent*, 23 de septiembre de 2011, disponible en www.dissentmagazine.org (consultado el 14 de octubre de 2014).
- 43 Véanse Paul Taggart, *Populism* (Buckingham: Open University Press, 2000); Paul Taggart, «Populism and the Pathologies of Representative Politics», en *Democracies and the Populist Challenge*, Yves Meny e Yves Surel (comps.) (Oxford: Palgrave, 2002); Benjamin Arditi, *La política en los bordes del liberalismo: diferencia, populismo, revolución, emancipación*, edición aumentada (Buenos Aires: Gedisa, 2014).
- 44 Jan-Werner Müller, «Populists and Technocrats in Europe's Fragmented Democracies», *World Politics Review*, 31 de marzo de 2016, disponible en www.worldpoliticsreview.com. Véase también Müller, *What Is Populism?* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2016), 102.
- 45 Slavoj Žižek, «Against the Populist Temptation», *Critical Inquiry* 32, n° 2 (2006): 551-574. Véase también Žižek, «Una aclaración con respecto al populismo», *Público*, 27 de abril de 2015, <http://blogs.publico.es/otrasmiradas/4501/una-aclaracion-con-respecto-al-populismo/>. Para una historia conceptual del totalitarismo, véanse Enzo Traverso, *El totalitarismo: Historia de un*

- debate* (Buenos Aires: Eudeba, 2001); y Simona Forti, *Il totalitarismo* (Roma-Bari: Laterza, 2005).
- 46 Para ejemplos de esta confusión, véase del estudioso genérico Pierre-André Taguieff, *La revanche du nationalisme: Néopopulistes et xénophobes à l'assaut de l'Europe* (París: PUF, 2015). También Andreas Pantazopoulos, «The National-Populist Illusion as a “Pathology” of Politics: The Greek Case and Beyond», *Telos Scope*, 25 de marzo de 2016, [disponible en www.telospress.com](http://www.telospress.com); Pierre-André Taguieff, «The Revolt against the Elites, or the New Populist Wave: An Interview», *Telos Scope*, 25 de junio de 2016, [disponible en www.telospress.com](http://www.telospress.com).
- 47 Alexandros Kioupkiolis, «Podemos: The Ambiguous Promises of Left-Wing Populism in Contemporary Spain», *Journal of Political Ideologies* 21, n° 2 (2016); Luis Ramiro y Raúl Gómez, «Radical-Left Populism during the Great Recession: Podemos and its Competition with the Established Radical Left», *Political Studies* (junio de 2016); Joaquín Valdivielso, «The Outraged People. Laclau, Mouffe and the Podemos Hypothesis», *Constellations* 24, n° 3 (2017): 296-309; Nicolás Damín, «Populismo entre Argentina y Europa: Sobre la transnacionalización de un concepto», *Revista Cuestiones de Sociología* 4, n° 2 (2015): 61; Iñigo Errejón Galván, «También en Europa: posibilidades populistas en la política europea y Española», *Viento Sur* 115, n° 3 (2011): 105, 109, 111, 113; Pablo Iglesias, *Una nueva transición* (Madrid: Akal, 2015); Jesús Jaén, «Un debate con el populismo», *Viento Sur*, 14 de julio de 2015, [disponible en vientosur.info](http://vientosur.info) Pablo Iglesias, «Guerra de trincheras y estrategia electoral», *Público*, 3 de mayo de 2015, [disponible en blogs.publico.es](http://blogs.publico.es).
- 48 Véase Giorgos Katsambekis, «Radical Left Populism in Contemporary Greece: Syriza's Trajectory from Minoritarian Opposition to Power», *Constellations* 23, n° 3 (2016): 391-403. Yannis Stavrakakis y Giorgos Katsambekis, «Left-Wing Populism in the European Periphery: The Case of Syriza», *Journal of Political Ideologies* 19, n° 2 (2014): 119-142; Giorgos Katsambekis «“The People” and Political Opposition in Post-democracy: Reflections on the Hollowing of Democracy in Greece and Europe», en *The State We're in: Reflecting of Democracy's Troubles*, Joanna Cook, Nicholas J. Long y Henrietta L. Moore (comps.) (Oxford: Berghahn, 2016): 144-166.
- 49 Véase Antonio Gramsci, *Il Risorgimento* (Roma: Editori Riuniti, 1979): 197-198.
- 50 Para un análisis del kirchnerismo, véase Beatriz Sarlo, *La audacia y el cálculo: Kirchner 2003-2010* (Buenos Aires: Sudamericana, 2011). Para el movimiento Cinco Estrellas, véase Roberto Biorcio y Paolo Natale, *Politica a 5 stelle. Idee, storia e strategie del movimento di Grillo* (Milán: Feltrinelli, 2013).
- 51 Para la idea propopulista de América Latina, véase Javier Lorca, «“Hay que latinoamericanizar Europa”: Entrevista a la politóloga Chantal Mouffe», *Página 12*, 21 de octubre de 2012.
- 52 Sobre Macri, véase Beatriz Sarlo, «Macri es un neopopulista de la felicidad», *La Nación*, 14 de octubre de 2016.
- 53 Véase Enzo Traverso, «La Fabrique de la haine xénophobie et racisme en Europe», *Contretemps* 9 (2011).

- 54 Véase Nadia Urbinati, «The Populist Phenomenon», *Raisons politiques* 51, n° 3 (2013): 137-154.
- 55 Urbinati sostiene que «los fenómenos populistas y plebiscitarios se incuban dentro de la diarquía democrática como un anhelo de superar la distancia entre la voluntad y la opinión y conseguir unanimidad y homogeneidad, una idealización que desde la antigüedad ha caracterizado a las comunidades democráticas» (*Democracy Disfigured: Opinion, Truth, and the People* [Cambridge: Harvard University Press, 2014], 27).
- 56 Véase Finchelstein, *Transatlantic Fascism*, ob. cit.
- 57 La historia reciente del populismo venezolano es una clara excepción a este patrón latinoamericano. Véase Federico Finchelstein, «Venezuela's Warning to America: Beware the Populist-turned-dictator», *The Washington Post*, 18 de septiembre de 2017, [disponible en www.washingtonpost.com](http://www.washingtonpost.com).
- 58 Ernesto Laclau, *On Populist Reason* (Londres: Verso, 2005), especialmente 68-77, 110, 117-121, 154, 156, 224. Véase también Ernesto Laclau, «Populism: What's in a Name», en *Populism and the Mirror of Democracy*, Francisco Panizza (comp.) (Londres: Verso, 2005), 32-49.
- 59 Andrew Arato, *Post Sovereign Constitutional Making: Learning and Legitimacy* (Oxford: Oxford University Press, 2016), 281-289; Urbinati, *Democracy Disfigured*, ob. cit.
- 60 Véase el excelente análisis sobre Laclau de Damín, «Populismo entre Argentina y Europa», ob. cit., 56.
- 61 Véase Yannis Stavrakakis, «The Return of “the People”», *Constellations* 21, n° 4 (2014).
- 62 Véase Jacques Rancière, «L'introuvable populisme», en *Qu'est-ce qu'un peuple?*, Alain Badiou, Pierre Bourdieu, Judith Butler, Georges Didi-Huberman, Sadri Khiari y Jacques Rancière (comps.) (París: La Fabrique, 2013), 137. Véase también Marco D'Eramo, «Populism and the New Oligarchy», *New Left Review* 58 (2013): 8; Ezequiel Adamovsky, «¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo?», *Revista Anfibia*, 19 de junio de 2015, [disponible en www.revistaanfibia.com](http://www.revistaanfibia.com).
- 63 Véase Jacques Rancière, *Hatred of Democracy* (Londres: Verso, 2006), 73, 79, 80.
- 64 Jean Comaroff, «Populism and Late Liberalism: A Special Affinity?», *Annals AAPSS*, 637 (2011): 100, 101, 103.
- 65 Véanse Étienne Balibar, «Our European Incapacity», *Open Democracy*, 16 de mayo de 2011, [disponible en www.opendemocracy.net](http://www.opendemocracy.net); Stavrakakis, «The Return of “The People”», ob. cit., 512-514. También Étienne Balibar, «Europe: l'impuissance des nations et la question “populiste”», *Actuel Marx* 2, n° 54 (2013): 2, 13-23. Sobre las reflexiones de Balibar acerca de Laclau, Étienne Balibar, *Equaliberty* (Durham: Duke University Press, 2014), 187-195.
- 66 Cristóbal Rovira Kaltwasser, «The Ambivalence of Populism: Threat and Corrective for Democracy», *Democratization* 19, n° 2 (2012): 185.
- 67 Véase Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Explicando el populismo», *Agenda Pública*, 30 de mayo de 2016, [disponible en agendapublica.es](http://agendapublica.es). Véase también Agnes Akkerman, Cas Mudde y Andrej Zaslove, «How Populist Are the People? Measuring Populist Attitudes in Voters», *Comparative Political Studies* 47, n° 9 (2014). Sobre el populismo como patología, Cas Mudde, «Populist

Radical Right Parties in Europe Today», en *Transformations of Populism in Europe and the Americas: History and Recent Tendencies*, John Abromeit, Bridget Maria Chesterton, Gary Marotta y York Norman (comps.) (Londres: Bloomsbury, 2016).

- 68 Cristóbal Rovira Kaltwasser sostiene que se podría apuntalar con datos empíricos la «definición mínima» de populismo de Cas Mudde, que Rovira Kaltwasser interpreta como «una ideología específica que concibe a la sociedad separada en dos campos antagónicos: el “pueblo puro” versus “la élite corrupta”» («The Ambivalence of Populism: Threat and Corrective for Democracy», *Democratization* 19, n° 2 [2012]: 185, 192-196, 200). Véase también Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Latin American Populism: Some Conceptual and Normative Lessons», *Constellations* 21, 4 (2014); y su «Explicando el populismo», ob. cit.
- 69 Para Mudde, como para muchos observadores, Trump era un fenómeno transitorio del principio de la temporada de primarias, y estaba más en sintonía con el conservadorismo norteamericano que con el populismo. Mudde notaba sin duda que había cierto sustento populista «bajo el apoyo» a Trump, pero insistía en la necesidad de excluir a Trump de los estudios sobre populismo. Véase Cas Mudde, «The Trump Phenomenon and the European Populist Radical Right», *The Washington Post*, 26 de agosto de 2015, [disponible en www.washingtonpost.com](http://www.washingtonpost.com); Cas Mudde, «The Power of Populism? Not Really!», *The Huffington Post*, 13 de febrero de 2016, [disponible en www.huffingtonpost.com](http://www.huffingtonpost.com).
- 70 Véase Dominick LaCapra, *History in Transit: Experience, Identity, Critical Theory* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2004), 156.
- 71 Carl Schmitt, *The Crisis of Parliamentary Democracy* (Cambridge, MA: MIT Press, 1994). Para una crítica de la lectura de Laclau y de su uso de Schmitt, véase Arato, *Post Sovereign Constitution Making*, 269-270, 281. Para un ejemplo de la recuperación, por parte de Laclau, de la teoría del mito político de Sorel en términos de la construcción de subjetividad política, véase Ernesto Laclau, *The Rhetorical Foundations of Society* (Nueva York: Verso, 2014).
- 72 Esta crítica no es válida para muchos investigadores que trabajan sobre América Latina. Entre los más sugestivos, quisiera mencionar los trabajos decisivos de Kurt Weyland, «Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics», *Comparative Politics* 34, n° 1 (2001): 1-22; y De la Torre, *Populist Seduction*, ob. cit.
- 73 Gino Germani, *Authoritarianism, Fascism and National Populism* (New Brunswick, NJ: Transaction Books, 1978).
- 74 *Ibíd.*, vii.
- 75 Véase Tulio Halperin Donghi, *Testimonio de un observador participante. Medio siglo de estudios latinoamericanos en un mundo cambiante* (Buenos Aires: Prometeo, 2014), 23.
- 76 Tulio Halperin Donghi, «Del fascismo al peronismo», *Contorno* 7-8, (1958).
- 77 Finchelstein, *The Ideological Origins of the Dirty War*, ob. cit., capítulo 4.
- 78 Sobre populismo y delegación, véase Olivier Dabene, «Un pari néo-populiste au Vénézuéla», *Critique internationale* 4 (1999): 38. Sobre la democracia delegativa, véase el influyente ensayo de Guillermo O'Donnell, «Delegative Democracy», *Journal of Democracy* 5, n° 1 (1994): 55-69.

- 79 Perón, citado en Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo*, ob. cit., 325.
- 80 Finchelstein, *The Ideological Origins of the Dirty War*, ob. cit. 90-91.
- 81 Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón* (Buenos Aires: Ariel, 1995), 30.
- 82 *Ibíd.*, 35.
- 83 Véase Ertug Tombus, «The Tragedy of the 2015 Turkish Elections», *Public Seminar*, 11 de noviembre de 2015, [disponible en www.publicseminar.org](http://www.publicseminar.org).
- 84 Benjamin Moffitt, *Global Rise of Populism*, 63, 81-83, 148-149; Moffitt, «Contemporary Populism», ob. cit., 293-311.
- 85 Hobsbawm, *The Age of Extremes*, ob. cit., 133, 135; Eric Hobsbawm, *How to Change the World: Marx and Marxism* (Londres: Little, 2011), 270-271.
- 86 Como observa Michael Kazin en *The Populist Persuasion*, esta migración de la retórica populista de la izquierda a la derecha tuvo lugar en el contexto de la naciente Guerra Fría y el New Deal, así como del terror rojo de los años 50 y 60. Éste era el contexto en el que la mayoría de los norteamericanos blancos «llegaron a verse a sí mismos como consumidores y contribuyentes de clase media y florecieron iglesias evangélicas tan conservadoras en sus ideas políticas como en su teología» (4). Kazin define el populismo como un «estilo de retórica política persistente pero cambiante» (5). Observa que el populismo tenía raíces en el siglo XIX, cuando había sido progresista, mientras que en la segunda mitad del siglo se había vuelto predominantemente de derecha. Queda bien claro que la «definición» de populismo de Kazin se limita casi exclusivamente a la historia norteamericana. Pero hay muchas confluencias entre el populismo norteamericano y otros procesos históricos populistas. Véase Michael Kazin, «Trump and American Populism», *Foreign Affairs*, 6 de octubre de 2016, [disponible en www.foreignaffairs.com](http://www.foreignaffairs.com); y las reveladoras discusiones recientes de Charles Postel, Gary Marotta y Ronald Formisano, en *Transformations of Populism in Europe and the Americas*, ob. cit. También Charles Postel, *The Populist Vision* (Nueva York: Oxford University Press, 2008), donde defiende la tesis de que el populismo es exclusivamente de izquierda.
- 87 En cuanto a Perot, Ronald Formisano sostiene que «aunque era un ex republicano conservador cuya carrera había aprovechado conexiones políticas, seducía en gran parte a independientes o a gente poco identificada con los partidos movida por la frustración y la ira contra los políticos profesionales y harta de la “política tradicional”. Perot ejercía una fuerte atracción sobre los norteamericanos de clase obrera y media que se sentían dejados de lado por la bonanza para millonarios de Reagan en los años 80 y amenazados por los recortes empresariales y las políticas (bipartidarias) elitistas del estilo del NAFTA. Antes de decretar que Perot es un conservador o un populista reaccionario, los historiadores deberían examinar el alcance de su apoyo, así como algunas de las reformas progresistas promovidas por muchos de sus partidarios» («Populist Movements in U.S. History: Progressive and Reactionary», en *Transformations of Populism in Europe and the Americas*, ob. cit., 144).
- 88 Formisano, «Populist Movements», ob. cit., 145. Véase también su libro *The Tea Party: A Brief History* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2012); y Vanessa Williamson, Theda Skocpol

- y John Coggin, «The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism», *Perspectives on Politics* 9, n° 1 (2011): 33, 34, 35.
- 89 Virginia Hale, «Le Pen: Trump's Win "Victory of the People Against the Elites"», Breitbart, 3 de noviembre de 2016, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com); «Far-Right Hopeful: French Election "Choice of Civilization" », Breitbart, 5 de febrero de 2017, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com). Véanse también Thomas D. Williams, «Italian Leftist Media in Meltdown Over Trump's Populist Victory», Breitbart, 9 de noviembre de 2016, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com); Chris Tomlinson, «European Populist Candidates to Benefit from "Trump Effect"», Breitbart, 9 de noviembre de 2016, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com); Donna Rachel Edmunds, «Emboldened by Trump's Success, Italian Populist Parties Circle Prime Minister Renzi», Breitbart, 10 de noviembre de 2016, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com).
- 90 Véase António Costa Pinto, «Donald Trump, com e sem populismo», *Público*, 3 de septiembre de 2016.
- 91 Andreas Kalyvas e Ira Katznelson, *Liberal Beginnings: Making a Republic for the Moderns* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008), 4-5, 14, 16, 93, 96, 98-99.
- 92 Andreas Kalyvas, «Popular Sovereignty, Democracy, and the Constituent Power», *Constellations* 12, n° 2 (2005): 224. Como sostiene Kalyvas, una postura similar sobre el potencial no democrático de la soberanía ha sido pensada por autores tan distintos entre sí como Hans Kelsen y Michel Foucault.
- 93 Jason Frank, *Constituent Moments: Enacting the People in Postrevolutionary America* (Durham, NC: Duke University Press, 2010), 5.
- 94 Pierre Bourdieu, «You said "popular"?, en *What Is a People?*, Alain Badiou, Pierre Bourdieu, Judith Butler, et al. (Nueva York: Columbia University Press, 2016), 32-48.
- 95 Sobre este tópico, véase Alain Badiou, «Twenty-Four Notes on the Uses of the Word "People" », en *Qu'est-ce qu'un peuple?*, Alain Badiou, Pierre Bourdieu, Judith Butler, Georges Didi-Huberman, Sadri Khiari y Jacques Rancière (comps.) (París: La Fabrique, 2013), 21-22.
- 96 Federico Finchelstein y Pablo Piccato, «Donald Trump May Be Showing Us the Future of Right-Wing Politics», *The Washington Post*, 27 de febrero de 2016.
- 97 Véase «Desde los balcones de la Casa de Gobierno despidiéndose de los trabajadores concentrados en la Plaza de Mayo: Octubre 17 de 1945», en Coronel Juan Perón, *El pueblo ya sabe de qué se trata: Discursos* (Buenos Aires: 1946), 186. Véase también Dirk Moses, Federico Finchelstein y Pablo Piccato, «Juan Perón Shows How Trump Could Destroy Our Democracy without Tearing it Down», *The Washington Post*, 22 de marzo de 2017.
- 98 Véase Tomás Eloy Martínez, *Las vidas del General* (Buenos Aires: Aguilar, 2004), 2.
- 99 Hans Vorländer, «The Good, the Bad, and the Ugly: Über das Verhältnis von Populismus und Demokratie-Eine Skizze», *Totalitarismus und Demokratie* 8, n° 2 (2011), 187-194.
- 100 Véase Fabián Bosoer y Federico Finchelstein, «Populism and Neoliberalism: The Dark Sides of the Moon», *Queries* 3 (2014). También Fabián Bosoer y Federico Finchelstein, «Russia Today, Argentina Tomorrow», *The New York Times*, 21 de octubre de 2014. Sobre populismo y

- tecnocracia, véanse Christopher Bickerton y Carlo Invernizzi Accetti, «Populism and Technocracy: Opposites or Complements?», *Critical Review Of International Social And Political Philosophy* 20, n° 2 (2017): 182-206; Müller, *What is Populism?*, ob. cit., 93-99. Para América Latina, véase Carlos de la Torre, «Technocratic Populism in Ecuador», *Journal of Democracy* 24, n° 3 (2013): 33-46. Sobre la noción de élite y el populismo actual, Hugo Drochon, «Between the Lions and the Foxes», *New Statesman*, 13-19 de enero de 2017.
- 101 Véanse Nancy Postero, «El pueblo boliviano, de composición plural: A Look at Plurinationalism in Bolivia», en De la Torre, *The Promise and Perils of Populism*, ob. cit., 398-423; Östen Wahlbeck, «True Finns and Non-True Finns: The Minority Rights Discourse of Populist Politics in Finland», *Journal of Intercultural Studies* 37, n° 6 (2016): 574-588.
- 102 Véase Étienne Balibar, «Brexit: A Dismantling Moment», *Open Democracy*, 14 de julio de 2016, [disponible en www.opendemocracy.net](http://www.opendemocracy.net). Sobre el populismo como movimiento de protestas, véase Hans Vorländer, Maik Herold y Steven Schäller, *PEGIDA: Entwicklung, Zusammensetzung und Deutung einer Empörungsbewegung* (Wiesbaden: Springer, 2016).
- 103 Véase Rancière, *Hatred of Democracy*, ob. cit., 96-97. También de Rancière, «Non, le peuple n'est pas une masse brutale et ignorante», *Libération*, 3 de enero de 2011.
- 104 El neoliberalismo representa un «permanente disciplinamiento de los principios y la política por medio de la lógica del mercado y un realineamiento regular de la estructura social en función de los imperativos funcionales del capitalismo de libre mercado». Véanse los siguientes trabajos de Wolfgang Streeck: «Small-State Nostalgia? The Currency Union, Germany, and Europe: A Reply to Jürgen Habermas», *Constellations* 21, n° 2 (2014): 214, 218; «Markets and Peoples», *New Left Review* 73 (2012): 64, 67; «L'egemonia tedesca che la Germania non vuole», *Il Mulino* 4 (2015): 608.
- 105 Finchelstein y Bosoer, «Is Fascism Returning?», ob. cit.; Andreas Kalyvas y Federico Finchelstein, «Fascism on Trial: Greece and Beyond», *Public Seminar*, 10 de octubre de 2014.
- 106 Véase Finchelstein y Bosoer, «Populism and Neoliberalism», ob. cit.
- 107 Véase, por ejemplo, Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Explaining the Emergence of Populism» en De la Torre, *The Promise and Perils of Populism*, ob. cit., 212-213.
- 108 Juan Domingo Perón, *El gobierno, el Estado y las organizaciones libres del pueblo. La comunidad organizada: trabajos, alocuciones y escritos del general Juan Domingo Perón que fundamentan la concepción justicialista de la comunidad* (Buenos Aires: Editorial de la Reconstrucción, 1975), 76; «La gira del arco iris», *La Nación*, 5 de abril de 1998.

3

EL POPULISMO ENTRE LA DEMOCRACIA Y LA DICTADURA

- 1 Véase, por ejemplo, Alain Rouquié, *A la sombra de las dictaduras: La democracia en América Latina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011), 114-15, 119-134, 251-259. María Victoria Crespo analiza el populismo y la dictadura en «Entre Escila y Caribdis: Las democracias constitucionales contemporáneas de América Latina» (ponencia presentada en la Reunión Académica de la Feria Internacional del Libro, Guadalajara, 4-5 de diciembre de 2014).
- 2 Para esta noción de dictadura moderna me he apoyado en el trabajo innovador de Andrew Arato, «Conceptual History of Dictatorship (and Its Rivals)», en *Critical Theory and Democracy*, E. Peruzzotti y M. Plot (comps.) (Londres: Routledge, 2013), 208-281. Véanse también Carl Schmitt, *Dictatorship* (Cambridge: Polity Press, 2013); Ernst Fraenkel, *The Dual State* (Oxford: Oxford University Press, 1941); Norberto Bobbio, *Democracy and Dictatorship* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1989).
- 3 Andrew Arato, «Dictatorship Before and After Totalitarianism», *Social Research*, n° 2 (2002), 473-503; Thomas Vormbaum, *Diritto e nazionalsocialismo. Due lezioni* (Macerata: EUM, 2013), 44-45. Véanse también Andrew Arato, «Good-bye to Dictatorship?», *Social Research* 67, n° 4 (2000): 926, 937; Andreas Kalyvas, «The Tyranny of Dictatorship: When the Greek Tyrant Met the Roman Dictator», *Political Theory* 35, n° 4 (2007); Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York: Meridian, 1959).
- 4 Véase Federico Finchelstein, *The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth Century Argentina* (Oxford: Oxford University Press, 2014), 1-12.
- 5 Para una discusión de la noción de *dictablanda*, véase también Paul Gillingham y Benjamin Smith (eds.), *Dictablanda. Politics, Work, and Culture in Mexico, 1938-1968* (Durham, NC: Duke University Press, 2014).
- 6 Véase Paul Corner, *The Fascist Party and Popular Opinion in Mussolini's Italy* (Oxford: Oxford University Press, 2012). También de Paul Corner, «Italian Fascism: Whatever Happened to Dictatorship?», *Journal of Modern History* 74 (2002): 325-351.
- 7 Sobre Borges, véase Federico Finchelstein, *El mito del fascismo: De Freud a Borges* (Buenos Aires: Capital intelectual, 2015). Véase también Gino Germani, *Authoritarianism, Fascism and National Populism* (New Brunswick, NJ: Transaction Books, 1978), vii. Sobre el contexto general del antifascismo europeo, Enzo Traverso, *Fire and Blood. The European Civil War 1914-1945* (Nueva York: Verso, 2016).
- 8 Eva Perón, «Discurso pronunciado el 22 de agosto de 1951, en la asamblea popular, que se constituyó en el Cabildo Abierto del Justicialismo en la Avenida 9 de Julio», en Eva Perón, *Mensajes y discursos* (Buenos Aires: Fundación pro Universidad de la Producción y del Trabajo - Fundación de Investigaciones Históricas Evita Perón, 1999), 333: 254.
- 9 Véase Schmitt, *Dictatorship*, ob. cit.
- 10 Sobre la reforma constitucional en América Latina, véanse Gabriel Negretto, *Making Constitutions: Presidents, Parties, and Institutional Choice in Latin America* (Cambridge:

- Cambridge University Press, 2013); Nicolás Figueroa García-Herreros, «Counter-hegemonic Constitutionalism: The Case of Colombia», *Constellations* 19, n° 2 (2012); Angélica M. Bernal, «The Meaning and Perils of Presidential Refounding in Latin America», *Constellations* 21, n° 4 (2014). Véase también Andrew Arato, *Post Sovereign Constitutional Making: Learning and Legitimacy* (Oxford: Oxford University Press, 2016), 289-298.
- 11 Fujimori terminó convocando a una reforma de la Constitución y a un nuevo proceso electoral para legitimar su poder, transformando su gobierno, luego del golpe, en un nuevo híbrido populista. En 1995 fue reelegido por un segundo período.
 - 12 Véase Danielle Resnick, «Varieties of African Populism in Comparative Perspective», en *The Promise and Perils of Populism: Global Perspectives*, Carlos de la Torre (comp.) (Lexington: University Press of Kentucky, 2015), 317-348.
 - 13 Nic Cheeseman y Miles Larmer, «Ethnopolitics in Africa: Opposition Mobilization in Diverse and Unequal Societies», *Democratization* 22, n° 1 (2015): 22-50.
 - 14 Resnick, «Varieties of African Populism», ob. cit., 317-348.
 - 15 David Roberts, *Fascist Interactions: Proposals for a New Approach to Fascism and Its Era, 1919-1945* (Nueva York: Berghahn Books, 2016), 6; António Costa Pinto y Aristotle Kallis (eds.), *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe* (Nueva York: Palgrave, 2014).
 - 16 Dani Filc, *The Political Right in Israel: Different Faces of Jewish Populism* (Nueva York: Routledge, 2010), 70-75; 103-123; Zeev Sternhell, «The Extreme Right Turned Israel into an Anachronism», *Haaretz*, 1 de abril de 2011; Gidi Weitz, «Signs of Fascism in Israel Reached New Peak during Gaza Op, Says Renowned Scholar», *Haaretz*, 13 de agosto de 2014; Ishaan Tharoor, «On Israeli Election Day, Netanyahu Warns of Arabs Voting “in Doves”», *The Washington Post*, 17 de marzo de 2015; «Livni: Netanyahu is Harmful to Israel, but He isn't an Enemy of Israel», *Jerusalem Post*, 19 de marzo de 2015; «Israel has been Infected by the Seeds of Fascism, Says Ex-prime Minister Ehud Barak», *Haaretz*, 20 de marzo de 2016; Zeev Sternhell, «The Leadership Must Stop Pandering», *Haaretz*, 7 de junio de 2016; Uri Ram, *The Globalization of Israel: McWorld in Tel-Aviv, Jihad in Jerusalem* (Nueva York: Routledge, 2008). A diferencia del partido neoliberal Likud, que combinaba al modo latinoamericano dimensiones exclusivistas y participativas, el populismo de Lieberman era más típico de los partidos populistas xenófobos europeos. Para Filc, Lieberman era un «claro ejemplo de populismo exclusivista» por su noción extrema de comunidad étnica homogénea, su antiliberalismo y su antipluralismo y su idea de un líder del pueblo vertical radicalmente opuesto a la «oligarquía», los magistrados y las minorías étnicas (*Political Right in Israel*, ob. cit., 103).
 - 17 *Ibíd.*, 74.
 - 18 Kurt Weyland, «Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: How Much Affinity?», *Third World Quarterly* 24, n° 6 (2003): 1102. Véase también de Weyland: «A Paradox of Success? Determinants of Political Support for President Fujimori», *International Studies Quarterly* 44, n° 3 (2000): 481-502; Kenneth Roberts, «Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America», *World Politics* 48 (1995): 82-116. Sobre Menem, véase también Marcos Novaro,

- «Menemismo, pragmatismo y romanticismo», en *La Historia Reciente: Argentina en Democracia*, Marcos Novaro y Vicente Palermo (comps.) (Buenos Aires: Edhasa, 2006), 199-221.
- 19 Kurt Weyland, «Neoliberal Populism in Latin America and Eastern Europe», *Comparative Politics* 31, n° 4 (1999): 379-401.
- 20 Nadia Urbinati, *Democracy Disfigured: Opinion, Truth, and the People* (Cambridge: Harvard University Press, 2014), 14; Angelo Ventrone, *Il Nemico Interno: Immagini, parole e simboli della lotta politica nell'Italia del Novecento* (Roma: Donzelli, 2005), 59, 312; Loris Zanatta, *El Populismo* (Buenos Aires: Katz Editores, 2014), 36, 43, 110, 250; Enzo Traverso, «Après le spectacle, la débacle», *Regards* (2011): 12, 43-47; Andrea Mammone, *Transnational Neofascism in France and Italy* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015), 245; Paul Ginsborg y Enrica Asquer (eds.), *Berlusconismo: Analisi di un sistema di potere* (Roma: Laterza, 2011); Nicola Tranfaglia, *Populismo: Un carattere originale nella storia d'Italia* (Roma: Castelvechi, 2014); Perry Anderson, *L'Italia dopo L'Italia* (Roma: Castelvechi, 2014); «Il populismo continental secondo Perry Anderson», *Il Manifesto*, 4 de marzo de 2015.
- 21 En 1999, cuando —en un típico ciclo de populismo-tecnocracia— una coalición de centroizquierda llamada «La Alianza» reemplazó al menemismo manteniendo su ideología económica neoliberal, sus principales asesores eran conocidos como el muy elitista «Grupo Sushi». Sin metáforas culinarias, en Italia el berlusconismo terminó reemplazado por una centroizquierda que dejó atrás el populismo neoliberal simplemente para adoptar el neoliberalismo tecnocrático.
- 22 Carlos Saúl Menem, *Discurso del presidente Dr. Carlos Saúl Menem desde los balcones de la Casa de Gobierno* (Buenos Aires: Secretaría de Prensa y Difusión, Presidencia de la Nación, República Argentina, 1989), 1-5.
- 23 Véase *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, vol. 2 (Buenos Aires: Congreso Nacional, 1989), 1070.
- 24 «El día que Cristina reclamó votar a favor de la privatización de YPF», *Clarín*, 4 de abril de 2012; «Personajes», *Noticias*, 15 de junio de 1996; «Cristina criticó a la izquierda por una movilización», *La Nación*, 28 de marzo de 2013; «Menem va por su reelección de senador con apoyo kirchnerista», *La Razón*, 23 de marzo de 2011.
- 25 Juan Domingo Perón, *Obras Completas* (Buenos Aires: Docencia, 1998), vol. 17, 215.
- 26 Juan Perón, «En la ciudad de Santa Fe: 1 de enero de 1946», en Perón, *Obras Completas*, ob. cit., 8:18.
- 27 Folleto «Dijo el Coronel Perón», Archivo Cedinci.
- 28 Juan Domingo Perón, «Aspiramos a una sociedad sin divisiones de clase: en el Cine Park, 12 de agosto de 1944», en Juan Perón, *El pueblo quiere saber de qué se trata* (Buenos Aires: 1944), 149.
- 29 Jorge Eliécer Gaitán, *Discurso-Programa del Doctor Jorge Eliécer Gaitán en la proclamación de su candidatura a la presidencia de la República* (Bogotá: 1945), 4-6, 8, 10, 12-13, 30-31.
- 30 Véase Rómulo Betancourt, *Selección de escritos políticos (1929-1981)* (Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, 2006), 121, 144, 147, 150, 153, 158-159, 162, 163, 169, 172, 175, 178, 191,

195, 214, 216.

- 31 Jorge Eliécer Gaitán, «Arenga a los venezolanos» (1946) y «Parte de Victoria» (1947), ambos en *Gaitán el orador*, Julio Roberto Galindo Hoyos (comp.) (Bogotá: D.C. Alvi Impresores, 2008), 151-153; 154-169.
- 32 Juan Domingo Perón, «Ante los ferroviarios», en *Obras Completas*, ob. cit., vol. 6, 406
- 33 Juan Domingo Perón, *Los Vendepatria. Las pruebas de una traición* (Buenos Aires: Liberación, 1958), 220, 228. Algunos años antes, Perón afirmaba que el movimiento peronista tenía «enemigos de afuera y enemigos de adentro: quien no lucha contra el enemigo ni por la causa del Pueblo, es un compañero; y quien lucha contra un compañero es un enemigo o un traidor» (Perón, *Obras Completas*, ob. cit., vol. 23:461).
- 34 Juan Perón, *Latinoamérica, ahora o nunca* (Montevideo: Diálogo, 1968), 52.
- 35 «Chávez: “Yo soy peronista de verdad”», *La Nación*, 6 de marzo de 2008; «Chávez en un acto en el conurbano», *Ámbito Financiero*, 4 de agosto de 2008; «Mesa: La frase “quien no es chavista no es venezolano” incita al odio», *El Universal*, 27 de junio de 2012.
- 36 Véase Andreas Kalyvas, *Democracy and the Politics of the Extraordinary: Max Weber, Carl Schmitt, Hannah Arendt* (Cambridge: Cambridge University Press 2008). Carlos de la Torre presenta esta interpretación del trabajo de Kalyvas sobre el populismo en «Populism and the Politics of the Extraordinary in Latin America», *Journal of Political Ideologies* 21, n° 2 (2016).
- 37 Véase Jorge Eliécer Gaitán, *Discurso-programa del doctor Jorge Eliécer Gaitán: En la proclamación de su candidatura a la presidencia de la república* (Bogotá: 1945), 5; Daniel Pécaut, *Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953* (Bogotá: Norma, 2001), 441. Véase también la discusión entre Herbert Braun, Rubén Darío Acevedo y Ricardo Arias en «La oratoria de Jorge Eliécer Gaitán», *Revista de Estudios Sociales* 44 (2012): 207-211.
- 38 Sobre la democracia delegativa, véase el influyente ensayo de Guillermo O'Donnell, «Delegative Democracy», *Journal of Democracy* 5, n° 1 (1994).
- 39 El discurso de Perón aparece citado en Raanan Rein, *In the Shadow of Perón* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2008), 107.
- 40 Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2017), 44, 64.
- 41 Jack, Montgomery, «France First», Breitbart, 7 de febrero de 2017, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com); «Le Pen se présente en candidate du “peuple”», *Le Figaro*, 4 de febrero de 2017, [disponible en www.lefigaro.fr](http://www.lefigaro.fr).
- 42 Agradezco a Natalia Mehlman Petrzela por sus comentarios sobre este tema. Véase también Rick Perlstein, *Before the Storm: Barry Goldwater and the Unmaking of the American Consensus* (Nueva York: Hill and Wang, 2001), 433-434.
- 43 Durante la campaña de 2016, Trump sugirió también que los activistas proarmas usaran sus armas contra ella o contra su candidato a la Suprema Corte si resultaba elegida presidente. Nick Corasaniti y Maggie Haberman, «Donald Trump Suggests “Second Amendment People” Could Act against Hillary Clinton», *The New York Times*, 9 de agosto de 2016; Alexander Burns y

- Maggie Haberman, «Trailing Hillary Clinton, Donald Trump Turns to Political Gymnastics», *The New York Times*, 1 de septiembre de 2016; Patrick Healy y Jonathan Martin, «Personal Attacks in the Forefront at Caustic Debate», *The New York Times*, 10 de octubre de 2016.
- 44 Perón, *Obras Completas*, ob. cit., 22:83.
- 45 Michael D. Shear, «Reading Between the Lines of Trump's Interview with *Times*», *The New York Times*, 24 de marzo de 2017; Rebecca Harrington, «TRUMP: "A Global Power Structure" Is Trying to Take Down My Campaign», *Business Insider*, 13 de octubre de 2016, [disponible en www.businessinsider.com](http://www.businessinsider.com); Perón, *Obras Completas*, ob. cit., vol. 11, 100 y vol. 17, 253.
- 46 Harrington, «TRUMP», ob. cit.; Juan Domingo Perón, *Política y estrategia (no ataco, critico)*, en Perón, *Obras Completas*, ob. cit., 11:100.
- 47 Véase Boris Fausto, *Getúlio Vargas: O poder e o sorriso* (São Paulo: Companhia das Letras, 2006), 196-199. Véase también la lectura irónica y convincente de Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Buenos Aires: Alianza, 1994), 470.
- 48 Eva Perón, *Mensajes y discursos*, ob. cit., 2:62. Eva Perón murió apenas seis meses después de la reelección de su esposo y luego de ser operada en el Hospital Presidente Perón de Avellaneda. Según Perón, se negó a dejar de trabajar por el pueblo hasta el final de su vida. Sobre la muerte de Eva Perón, véanse Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón* (Buenos Aires: Ariel, 1995), 162; Marysa Navarro, *Evita* (Buenos Aires: Edhasa, 2005), 333; Loris Zanatta, *Eva Perón: Una biografía política* (Soveria Mannelli: Rubbettino, 2009), 297.
- 49 Ernesto Laclau, «El legado de Nestor Kirchner», *Página 12*, 4 de noviembre de 2010. Véase también «"Scioli no es Cristina", dijo el filósofo Laclau», *La Voz del Interior*, 21 de septiembre de 2013.
- 50 Ignacio Ramonet, «Chávez en campaña», *Le Monde Diplomatique en Español*, agosto de 2012; «Sin Hugo Chávez, Venezuela enfrenta un futuro dividido», *La Nación*, 6 de marzo de 2013.
- 51 «Cristina Fernández crea la Secretaría del Pensamiento Nacional», *El País*, 5 de junio de 2014; «Venezuela inaugura un ministerio de la Felicidad», *Clarín*, 24 de octubre de 2013.
- 52 Beatriz Sarlo, *La audacia y el cálculo: Kirchner 2003-2010* (Buenos Aires: Sudamericana, 2011), 146, 153, 155. Sobre Laclau y la Argentina, véanse Nicolás Damín, «Populismo entre Argentina y Europa: Sobre la transnacionalización de un concepto», *Revista Cuestiones de Sociología* 4, n° 2 (2015); Omar Acha, «Del populismo marxista al posmarxista: La trayectoria de Ernesto Laclau en la izquierda nacional (1963-2013)», *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* 2, n° 3 (2013); Enrique Peruzzotti, «Conceptualizing Kirchnerismo», *Partecipazione e conflitto* 10, n° 1 (2017): 47-64.
- 53 Ricardo Forster, «El nombre del kirchnerismo», *Página 12*, 18 de mayo de 2014.
- 54 Ernesto Laclau, «Populism: What's in a Name», en *Populism and the Mirror of Democracy*, Francisco Panizza (comp.) (Londres: Verso, 2005), 40.
- 55 «La última entrevista de Ernesto Laclau», *La Nación*, 13 de abril de 2014; «Kirchner fue un populista a medias», *Clarín*, 29 de octubre de 2010; «Para Laclau, el estado argentino es hoy más democrático que en 2003», *Perfil*, 7 de noviembre de 2013.

- 56 «Fútbol gratis por diez años en TV abierta», *Página 12*, 21 de agosto de 2009.
- 57 Arato, *Post Sovereign Constitutional Making*, ob. cit., 269-270.
- 58 «Vamos a una polarización institucional», *Página 12*, 17 de mayo de 2010; «Hay que seguir su combate», *Página 12*, 7 de octubre de 2015. Como Laclau, Mouffe sostenía que los Kirchner se oponían a «una serie de intereses que estaban en contra de la democratización del país». Véase «Entrevista con la politóloga belga Chantal Mouffe», *Página 12*, 5 de septiembre de 2010; «Claroscuros de la razón populista», *Clarín*, 4 de abril de 2014; Fabián Bosoer, «Los debates y los combates abiertos», *Clarín*, 4 de abril de 2014.
- 59 Ernesto Laclau, «El legado de Nestor Kirchner», *Página 12*, 4 de noviembre de 2010.
- 60 Véase «Cristina rindió un homenaje a Laclau», *La Nación*, 15 de abril de 2014; Ernesto Laclau, *The Rhetorical Foundations of Society* (Nueva York: Verso, 2014).
- 61 «Hay que seguir su combate», *Página 12*, 7 de octubre de 2015.
- 62 «Plazas, puentes y calles reflejan el culto a Kirchner», *La Nación*, 6 de marzo de 2011; «Kirchner para todos: Se multiplican los lugares públicos con su nombre», *Clarín*, 2 de octubre de 2011.
- 63 «Woody Guthrie Wrote of his Contempt for his Landlord, Donald Trump's Father», *The New York Times*, 25 de enero de 2016.
- 64 Véase Michael Kazin, *The Populist Persuasion* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1995), 232, 233. Sobre Wallace, véase también Joseph Lowndes, «From Founding Violence to Political Hegemony: The Conservative Populism of George Wallace», en Panizza, *Populism and the Mirror*, ob. cit., 144-171.
- 65 Andrew Kaczynski y Jon Sarlin, «Trump in 1989 Central Park Five interview: “Maybe Hate Is What We Need”», *CNN*, 10 de octubre de 2016, [disponible en www.cnn.com](http://www.cnn.com); Roberto Gargarella, *Castigar al prójimo. Por una refundación democrática del derecho penal* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2016).
- 66 «“Tutti con Silvio”, il discorso integrale di Berlusconi», *Secolo d'Italia*, 23 de marzo de 2013, [disponible en www.secoloditalia.it](http://www.secoloditalia.it); «Il Pdl con le maschere di Silvio», *Galleria fotografica*, *Repubblica*, 14 de agosto de 2013, [disponible en www.repubblica.it](http://www.repubblica.it).
- 67 Perón, *Obras Completas*, ob. cit., 18: 215.
- 68 «Marine Le Pen dénonce les “totalitarismes” qui “menacent” la France», *Mediapart*, 5 de febrero de 2017, [disponible en www.mediapart.fr](http://www.mediapart.fr); Mark Landler, «Trump Under Fire for Invoking Nazis in Criticism of U.S. Intelligence», *The New York Times*, 11 de enero de 2017; «The Turkish President Has Just Called the Netherlands “Nazi Remnants” and “Fascists”», *Quartz*, 11 de marzo de 2017, [disponible en qz.com](http://qz.com).
- 69 George Wallace citado en John Judis, *The Populist Explosion* (Nueva York: Columbia Global Reports, 2016), 35; Juan Perón, «¿Por qué el gobierno argentino no es fascista?», en Perón, *Obras Completas*, ob. cit., 6: 571.
- 70 Véase Hugo Chávez Frías, *La democracia poderosa y el liderazgo* (Caracas: Ministerio para el Poder Popular para la Comunicación y la Información, 2008), 14; «Chávez ganó la reforma y lanzó ya su candidatura para el 2012», *Clarín*, 16 de febrero de 2009; «Chávez diz que vitória em

- referendo consolida socialismo na Venezuela», *Folha de S. Paulo*, 16 de febrero de 2009; «Chávez: “Si fuera gobernador de Miranda estaría todos los días en la calle”», *El Universal*, 28 de junio de 2012; «14 frases para la historia», *El País*, 5 de marzo de 2013.
- 71 Véase Juan Domingo Perón (Descartes), *Política y estrategia (no ataco, critico)* (Buenos Aires: 1951), 230. Véase también Finchelstein, *The Origins of the Dirty War*, ob. cit., 82.
- 72 Véase Pablo Piccato, Fabián Bosser y Federico Finchelstein, «In Trump’s America, the Independent Press Would Become the Enemy», *Open Democracy*, 1 de noviembre de 2016, disponible en www.opendemocracy.net.
- 73 Sobre la historia de los medios populistas de derecha, véase Nicole Hemmer, *Messengers of the Right: Conservative Media and the Transformation of American Politics* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2016).
- 74 «Trump Uses Policy Speech to Attack Media, Promises to Sue Accusers», Reuters, 23 de octubre de 2016, disponible en www.reuters.com.
- 75 Sarlo, *La audacia y el cálculo*, ob. cit., 71.
- 76 Véase Silvio Waisbord, *Vox Populista: Medios, periodismo, democracia* (Buenos Aires: Gedisa, 2013), 17, 28-29, 166, 187.
- 77 Jean Comaroff, «Populism and Late Liberalism: A Special Affinity?», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 637 (2011): 102.
- 78 Umberto Eco, «UR-Fascism», *New York Review of Books*, 22 de junio de 1995.
- 79 Para una mirada diferente que describe al populismo como formando parte de un proceso de cambio sustancial en virtud del nuevo paisaje mediático, véase Benjamin Moffit, *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2016), 3.
- 80 Véanse Fondo Documental Secretaría Técnica, Legajo 484, Mensajes Presidenciales, Clase dictada por el EXCMO. Señor Presidente de la Nación, General Juan Perón en la Escuela Superior Peronista, Julio 2, de 1953, 62/70, Archivo General de la Nación, Argentina (AGN); Fondo Documental Secretaría Técnica Legajo 484, Mensajes Presidenciales editados en libreto, Folleto, «No queremos hacer el proletariado campesino: Queremos hacer agricultores felices» Dijo Perón a los hombres del campo (Buenos Aires: Presidencia de la Nación, 1953) (11 de junio de 1953), 11, AGN.
- 81 «La navidad de Perón», *La Vanguardia*, 24 de diciembre de 1946.
- 82 Véase Finchelstein, *The Origins of the Dirty War*, ob. cit., 78-82.
- 83 Véase José Pedro Zúquete, «“Free the People”: The Search for “True Democracy” in Western Europe’s Far-Right Political Culture», en De la Torre, *Promise and Perils of Populism*, ob. cit., 236; Daniel Pécaut, «El populismo Gaitanista», en *La Democratización Fundamental. El populismo en América Latina*, Carlos M. Vilas (comp.) (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995), 501.
- 84 Perón, *Los Vendepatria*, ob. cit., 228.

- 85 Véase «Chávez agradeció estar vivo para sentir el rugir de las multitudes», *El Universal*, 14 de julio de 2012; «Chávez en campaña», *Le Monde diplomatique en español*, agosto de 2012; «Chávez lloró y le pidió a Dios: “No me lleses todavía”», *La Nación*, 6 de abril de 2012; «Chávez promete volver “con más vida” de Cuba», *El Mundo*, 5 de febrero de 2012.
- 86 De la Torre, «Politics of the Extraordinary», ob. cit.
- 87 «Chávez será velado siete días más», *Página 12*, 7 de marzo de 2013; «Maduro: Somos los apóstoles de Chávez», *El Universal*, 18 de marzo de 2013; «Maduro inscribió su candidatura rodeado de una multitud de chavistas», *Clarín*, 11 de marzo de 2013.
- 88 «Italy’s Silvio Berlusconi Changes his Party’s Tune-Literally», *Christian Science Monitor*, 30 de diciembre de 2009.
- 89 Comunicación privada con Ertug Tombus. Véanse también «Sólo hay que tenerle miedo a Dios... y un poquito a mí», *Clarín*, 7 de septiembre de 2012; Benjamin Moffitt, *Global Rise of Populism*, 63. Para el papel del clericalismo en el populismo de Europa central y del este, véase Andrea Pirro, «Populist Radical Right Parties in Central and Eastern Europe: The Different Context and Issues of the Prophets of the Patria», *Government and Opposition* 49, n° 4 (2014), 612, 613.
- 90 «Trump, as Nominee, Vows: “I Am Your Voice”», *The New York Times*, 22 de julio de 2016.
- 91 Cuando le preguntaron «¿Quién es Dios para usted?», Trump contestó: «Bueno, yo diría que Dios es lo máximo. ¿Ve esto? Estamos junto al océano Pacífico. ¿Cómo llegué a ser dueño de eso [un campo de golf]? Lo compré hace quince años. Hice uno de los mejores negocios de la historia. No hay hipotecas que pesen sobre él, como le certificaré y mostraré. Pude comprar esto y transformarlo en un gran negocio. Eso es lo que quiero hacer con el país. Hacer grandes negocios. Tenemos que hacerlo, tenemos que recuperar eso, pero Dios es lo máximo. Dios creó todo esto, y aquí está ante nosotros el océano Pacífico. Así que nadie ni nada, no hay nada como Dios» (Denver Nicks, «Here’s What Donald Trump Thinks about God», *Time*, septiembre de 2015, [disponible en time.com](#). Véanse también «Trump on God: “Hopefully I Won’t Have to Be Asking for Much Forgiveness”», *The Washington Post*, 8 de junio de 2016, [disponible en www.washingtonpost.com](#); «Trump Predicts Winning the Presidency Will Get Him into Heaven», *Politico*, 11 de agosto de 2016, [disponible en www.politico.com](#). Para las conexiones entre populismo y capitalismo en la historia norteamericana, véanse Bethany Moreton, *To Serve God and WalMart: The Making of Christian Free Enterprise* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009); Julia Ott, *When Wall Street Met Main Street: The Quest for Investor Democracy* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2011).
- 92 Chiara Bottici, «The Mass Psychology of Trumpism: Old and New Myths», *Public Seminar*, 17 de noviembre de 2016, [disponible en www.publicseminar.org](#). Véase el trabajo clave de Bottici sobre el mito político, *Philosophy of Political Myth* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007).
- 93 Judith Butler, «Reflections on Trump», Hot Spots, *Cultural Anthropology* website, 18 de enero de 2017, [disponible en culanth.org](#).
- 94 Agradezco a Aaron Jakes por este último punto.

- 95 Lahouari Addi, «De la permanence du populisme algérien», *Peuples méditerranéens* (1990): 37-46. Véase también su libro *L'impasse du populisme* (Alger: Entreprise nationale du livre, 1991); y más recientemente «Sociologie politique d'un populisme autoritaire», *Confluences Méditerranée* 2, n° 81 (2012): 27-40. También Olivier Roy, *The Failure of Political Islam* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1994), 10, 83; Kaveh L. Afrasiabi, «Islamic Populism», *Telos*, 20 de junio de 1995: 97-125; Vedi R. Hadiz, *Islamic Populism in Indonesia and the Middle East* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016).
- 96 Véase Fondo Documental Secretaría Técnica, Mensajes presidenciales Clase dictada por el EXCMO. Señor Presidente de la Nación, General Juan Perón en la Escuela Superior Peronista, Julio 2, de 1953, 61, 91, AGN; «La familia en el pensamiento vivo de Perón», *Mundo Peronista*, enero de 1952, 5. Véase también Silvia Sigal, «Intelectuales y peronismo», en *Los años peronistas, 1943-1955*, Juan Carlos Torre (comp.) (Buenos Aires: Sudamericana, 2002), 518.
- 97 Véase Cass Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Vox populi or vox masculini? Populism and Gender in Northern Europe and South America», *Patterns of Prejudice* 49, n° 1-2 (2015). Mudde y Rovira sostienen que «el hombre fuerte populista estereotípico tiene más posibilidades de resultar atractivo en sociedades con una cultura más tradicional y más machista, mientras que los emprendedores-populistas probablemente sean más atractivos en sociedades más capitalistas y materialistas». Véase Mudde y Kaltwasser, *Populism*, ob. cit., 77.
- 98 David Farehnthold, «Trump Recorded Having Extremely Lewd Conversation about Women in 2005», *The Washington Post*, 8 de octubre de 2016; «Tape Reveals Trump Boast about Groping Women», *The New York Times*, 8 de octubre de 2016; «Don't Just Listen to Donald Trump Boast about Sexual Assault: Listen to the Women Who've Accused Him», *Quartz*, 8 de octubre de 2016, [disponible en qz.com](#); «Biden Accuses Trump of "Sexual assault" », *Politico*, 8 de octubre de 2016.
- 99 Duterte dijo: «Como saben, estoy peleando con el embajador [del secretario de Estado norteamericano John Kerry]. Con su embajador gay, ese hijo de puta. Me tiene hart» («Philippines' Rodrigo Duterte Insults US Envoy with Homophobic Slur», *Guardian*, 10 de agosto de 2016, [disponible en www.theguardian.com](#)); «El Trump filipino: Duterte, el hombre fuerte que llega con recetas polémicas», *La Nación*, 5 de junio de 2016, [disponible en www.lanacion.com.ar](#) «Silvio Berlusconi: "My Passion for Women Is Better Than Being Gay"», *Telegraph*, 2 de noviembre de 2010; «Donald Trump Makes His Penis a Campaign Issue during Debate», 4 de marzo de 2016, *NBC News*, [disponible en www.nbcnews.com](#) «Duterte Tells Obama Not to Question Him about Killings», Associated Press, 5 de septiembre de 2016, [disponible en bigstory.ap.org](#) «Obama anula una reunión con Duterte porque le llamó "hijo de puta"», *El País*, 6 de septiembre de 2016.
- 100 «Philippines' Duterte Likens Himself to Hitler, Wants to Kill Millions of Drug Users», Reuters, 1 de octubre de 2016, [disponible en www.reuters.com](#).
- 101 Véase «Las mujeres y Chávez, un vínculo intenso», *La Nación*, 10 de marzo de 2013; «Chávez manda oposição venezuelana "tomar Viagra"», *Folha de S.Paulo*, 10 de diciembre de 2001; «"Vou

- descontaminar o Mercosul”, afirma Chávez na chegada», *Folha de S.Paulo*, 19 de enero de 2007.
- 102 Véase Carlos de la Torre, *Populist Seduction in Latin America* (Athens: Ohio University Press, 2010), 105, 107, 109. Sobre este tópico, véanse los ensayos incluidos en Karen Kampwirth (comp.), *Gender and Populism in Latin America* (University Park: The Pennsylvania State University Press, 2010).
- 103 Federico Finchelstein y Pablo Piccato, «A Belief System That Once Laid the Groundwork for Fascism», *The New York Times*, 10 de diciembre de 2015, [disponible en www.nytimes.com](http://www.nytimes.com).
- 104 Nicola Tranfaglia, «Trump e il populismo fascista», *Articolo 21*, 2 de marzo de 2016, [disponible en www.articolo21.org](http://www.articolo21.org); Entrevista a Carlos de la Torre: «El populismo de Le Pen es un fascismo disfrazado de democracia», *ABC*, 29 de junio de 2016, [disponible en www.abc.es](http://www.abc.es).

EPÍLOGO

- 1 «Le Pen: Trump’s Win “Victory of the People against the Elites”», Breitbart, 13 de noviembre de 2016, [disponible en www.breitbart.com](http://www.breitbart.com). Véase también, Fernando Scolnik, «La particular visión de Cristina Kirchner sobre el triunfo de Donald Trump», *La Izquierda Diario*, 11 de noviembre de 2016.
- 2 Véase Eva Perón, «Palabras pronunciadas el 29 de mayo de 1951, en el acto organizado por la colectividad japonesa residente en el país, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno», en Eva Perón, *Mensajes y discursos* (Buenos Aires: Fundación pro Universidad de la Producción y del Trabajo: Fundación de Investigaciones Históricas Evita Perón, 1999), 3: 244.
- 3 Véase Dylan Riley, *The Civic Foundations of Fascism in Europe: Italy, Spain, and Romania 1870-1945* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2010), para un análisis revelador y provocativo del fascismo y la sociedad civil.
- 4 *Ibíd.*, 212.
- 5 Legajo 20, Sala VII 2596, Carpeta recortes s/n, Archivo General de la Nación, Argentina, Archivo Uriburu.
- 6 Véase Juan Domingo Perón, «En la Bolsa de Comercio: 25 de agosto de 1944», en Coronel Juan Perón, *El pueblo quiere saber de qué se trata* (Buenos Aires: 1944).

ÍNDICE TEMÁTICO

Acción Democrática (Venezuela)

Addi, Lahouari

Adorno, Theodor

AFD (Alternativa para Alemania)

AKP (Partido de la Justicia y el Desarrollo, Turquía)

Alemania: fascismo en, *ver* nazismo

Historikerstreit

populismo de derecha en

Allardyce, Gilbert

Alleanza Nazionale (Italia)

Al-Qaeda

Amanecer Dorado (Grecia)

como movimiento neofascista

Ameal, João

Améry, Jean

ANEL (Griegos Independientes)

anticolonialismo

anticomunismo: e historiografía

ver también populismo; fascismo

antifascismo

antiimperialismo

antipolítica

antipopulismo

y antiperonismo

antisemitismo: en Austria

en Estados Unidos

en Europa del Este

en Italia

en la Argentina

en México

y nazismo

y populistas latinoamericanos

APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), *ver* aprismo

aprismo (Perú)

Arato, Andrew

acerca de la dictadura

crítica de Laclau

Arditi, Benjamin

Arendt, Hannah: acerca de la dictadura

acerca de la soberanía popular

acerca del fascismo y la ideología

Argelia: populismo en

Argentina: corporativismo en

fascismo cristianizado en

golpe de estado de 1943

Grupo de Oficiales Unidos (GOU)

Guerra Sucia

nacionalismo como fascismo

protopopulismo en

yrigoyenismo

ver también kirchnerismo; peronismo

Auschwitz

Australia

Austria: fascismo en

populismo en

Auténticos Finlandeses

Balibar, Étienne

Bannon, Steve

Barak, Ehud

Barrès, Maurice

Barroso, Gustavo

Begin, Menájem

Benjamin, Walter

Berlin, Isaiah

acerca de «Complejo de la Cenicienta»

Berlusconi, Silvio: acerca «la gente»

como líder populista

sexismo

y la prensa

y lo sagrado

Betancourt, Rómulo

Biden, Joseph

Birther Movement (movimiento negador la ciudadanía estadounidense de Barack Obama)

Blair, Tony

Bobbio, Norberto

Bolívar, Simón

Bolivia: falange boliviana

fascismo en

populismo clásico en

populismo de izquierda en

revolución de 1952

bolchevismo

Borges, Jorge Luis

acerca de la violencia nazi

como antifascista

Bosoer, Fabián

Bottici, Chiara

Boulanger, Georges

Brasil: camisas verdes

dictadura militar

integralismo

neofascismo en

populismo en

varguismo

Breitbart News Network

acerca de Trump como líder populista

Brower, Benjamin

Bucaram, Abdalá

Bulgaria

Burke, Edmund

Bush, George W.

Canovan, Margaret

Cárdenas, Lázaro

catolicismo: Iglesia

y fascismo

y regímenes populistas

caudillismo

Chávez, Hugo: acerca de Juan Perón

como líder populista de izquierda

idea del enemigo

influencia en América Latina

y autoritarismo

y elecciones

y «la gente»

y la prensa

y lo sagrado

Cheeseman, Nic

Chile

China

camisas azules

Cinco Estrellas (Italia)

Clarín (periódico)

Clinton, Hillary

CNN

Coggin, John

Collor de Mello, Fernando

Colombia

Alianza Popular Nacional (ANAPO)

fascismo en, *ver* Leopardos

gaitanismo

populismo neoliberal

Comaroff, Jean
Congreso Nacional Africano (Sudáfrica)
Conrad, Sebastian
Corner, Paul
Correa, Rafael
Costamagna, Carlo
Costa Pinto, António
Coughlin, Charles
Courtois, Stéphane
Croacia
Croce, Benedetto

De Felice, Renzo
 acerca de fascismo e historia
De la Torre, Carlos
dictadura: bonapartismo
 características modernas
 en Argelia
 en Bolivia
 en Brasil
 en Colombia
 en España
 en Europa de entreguerras
 en la Argentina
 en Perú
 en Portugal
 en Venezuela
tipos de

y antipopulismo

y violencia

Dinamarca

Di Tella, Torcuato

Dreyfus (el caso)

Duterte, Rodrigo

Ecuador: neoliberalismo en

populismo clásico

populismo neoclásico

Egipto

camisas azules

camisas verdes

Eley, Geoff

El Salvador

Erdogan, Recep Tayyip: acerca de enemigos como «fascistas»

como populista autoritario

Errejón, Iñigo

Eslovaquia

España: fascismo en

Guerra Civil Española

neofascismo en

populismo de izquierda en

Estados Unidos: excepcionalismo

populismo en

ver también Trump, Donald

eurocentrismo

Falange (España)

Farage, Nigel

fascismo: como anti-Ilustración

como ideología transnacional

como modernismo reaccionario

como movimiento

como régimen

como revolución

definiciones

e imperialismo

«genérico»

historiografía de

idea del enemigo

islámico

y anticomunismo

y antiliberalismo

y capitalismo

y catolicismo

y corporativismo

y dictadura

y estética

y figura del líder

y «la gente»

y masculinidad

y mito

y nacionalismo

y racismo

y totalitarismo

y violencia

Fernández de Kirchner, Cristina: acerca de Ernesto Laclau

como líder populista

como populista de izquierda

idea del enemigo

y lo sagrado

y menemismo

observaciones acerca de Donald Trump

Filc, Dani

Filipinas

Filippo, Virgilio

Fini, Gianfranco

Finlandia

FLN (Front de Libération Nationale, Argelia)

Formisano, Ronald

Forza Italia

Francia: boulangismo

fascismo en

neofascismo en

populismo de derecha en

revolución francesa

Franco, Francisco

Frank, Jason

Frente de Salvación Islámico (FIS)

Frente Nacional (Francia)

Freud, Sigmund

Friedländer, Saul

Fritzsche, Peter

Fujimori, Alberto: autogolpe
como neopopulista de derecha
Furet, François

Gagliardi, Alessio
Gaitán, Jorge Eliécer: como populista
idea del enemigo
idea del líder

Gandhi, Mahatma

Gargarella, Roberto

Garibaldi, Giuseppe

Gentile, Emilio

Germani, Gino
acerca de peronismo y fascismo

Goebbels, Joseph

Goldwater, Barry

Gotkowitz, Laura

Gramsci, Antonio

Gran Bretaña
referéndum Brexit

Gran Depresión

Grecia: neofascismo en
populismo de izquierda en

Griffin, Roger

Grillo, Beppe
acerca de Donald Trump

Guatemala

Guthrie, Woody

Habermas, Rebekka

Hadiz, Vedi R.

Halperin Donghi, Tulio

Hanson, Pauline

Haya de la Torre, Víctor Raúl

Herder, J. G.

Herrán Ávila, Luis

Hitler, Adolf: antisemitismo

 como líder fascista

 influencia global / legado

 puntos de vista sobre la violencia y el sacrificio

Hobbes, Thomas

Hobsbawm, Eric

Ho Chi Minh

Hofmann, Reto

Hofstadter, Richard

Holocausto

 negación de

 y violencia fascista

Horkheimer, Max

Hungría: fascismo en

 populismo en

Husayn, Ahmad

Iglesias, Pablo

Il popolo della Libertà (Italia)

India: fascismo en

populismo como el posfascismo en

Indonesia

Irán

Irak

Irlanda

Israel

populismo en

Italia: fascismo en

neofascismo en

populismo en, *ver* Berlusconi, Silvio; Movimiento 5 Estrellas; Grillo, Beppe

Ivanissevich, Oscar

Japón

Jobbik (Movimiento por una Hungría Mejor, partido político de Hungría)

Kallis, Aristotle

Kalyvas, Andreas

Kaplan, Chaim

Katsambekis, Giorgios

Katznelson, Ira

Kirchner, Néstor: como populista de izquierda

como símbolo populista

la muerte como sacrificio político

y menemismo

kirchnerismo: como movimiento

como populismo de izquierda

como teología política

y género/igualdad sexual

y la prensa

y menemismo

Knight, Alan

Ku Klux Klan

Kubrick, Stanley

LaCapra, Dominick

Laclau, Ernesto: acerca de kirchnerismo

críticos

influencia

papel en la política

teoría del populismo

Larmer, Miles

Le Pen, Jean-Marie

Le Pen, Marine: acerca de Donald Trump

como líder populista de derecha

Lenin, Vladimir

Leopardos (grupo fascista colombiano)

Levi, Primo

Lieberman, Avigdor

Liga del Norte (*Lega Nord* - partido político italiano)

Likud

Lindbergh, Charles

Livni, Tzipi

Long, Huey

López Obrador, Andrés Manuel

Lueger, Karl

Lugones, Leopoldo
sobre la dictadura autoritaria
Lula da Silva, Luiz Inácio

Macri, Mauricio
Madison, James
Maduro, Nicolás
acerca de Hugo Chávez
como líder populista de izquierda

Maeztu, Ramiro de

Mammone, Andrea

Mao Tse-Tung

Maradona, Diego Armando

Marat, Jean-Paul

Marruecos

Martínez Zuviría, Gustavo (pseud. Hugo Wast)

Marx, Karl

Mashriqi, Inayatullah Khan

May, Theresa

McCarthy, Joseph

Menem, Carlos: como populista
idea del enemigo
opiniones sobre género/sexualidad
sobre la austeridad y la soberanía popular
y neoliberalismo

Mengele, Josef

Merkel, Angela

México: cardenismo

fascismo en
protopopulismo en
revolución mexicana

MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario)

Moffit, Benjamin

Monedero, Juan Carlos

Montoneros

Morales, Evo

Moses, Dirk

Mosse, George

Mouffe, Chantal

Movimento Sociale Italiano

Movimento Thaksin (Tailandia)

Mudde, Cas

Müller, Jan-Werner

Mussolini, Benito: como figura fascista global

como líder fascista
e ideología fascista
en la política italiana contemporánea
idea de «Romaness»
y totalitarismo

Naranja mecánica, La (película)

Narodnik (prepopulismo ruso)

nacionalismo: y fascismo

y populismo

ver también populismo; xenofobia

nazismo: como el fascismo

idea de «la gente»
idea del enemigo
influencia en el peronismo
principio de liderazgo
neoliberalismo: austeridad
desafíos a la democracia
ver también populismo y neoliberalismo

Netanyahu, Benjamin

New Deal

New York Times, The (periódico)

Nietzsche, Friedrich

Nixon, Richard

Nolte, Ernst

acerca del fascismo y el marxismo

acerca del nazismo

Noruega

Obama, Barack

O'Duffy, Eoin

Orbán, Viktor

Paine, Thomas

Países Bajos

populismo de derecha en

Pakistán

Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP)

Partido de la Libertad (Austria)

Partido republicano

Pasetti, Mateo

Paxton, Robert

en las etapas del fascismo

Payne, Stanley

acerca del fascismo en América Latina

Paz Estenssoro, Víctor

Pegida (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente, Alemania)

Peña Nieto, Enrique

People's Party (Partido del Pueblo, Estados Unidos)

Pérez Jiménez, Marcos

Perón, Eva: acerca de Juan Perón como líder

muerte

sobre la legitimidad electoral

y kirchnerismo

y lo sagrado

Perón, Juan Domingo: acerca de «la gente»

como dictador

como figura paterna/divina

como líder populista

idea del enemigo

sobre la democracia orgánica

y el fascismo

peronismo: como movimiento

como religión cívica

eclecticismo ideológico

en teorías del populismo

influencia en América Latina

y autoritarismo

y democratización

y fascismo

y género/sexualidad

y la prensa

ver también Fernández de Kirchner, Cristina; kirchnerismo; Kirchner, Néstor; Menem, Carlos Saúl; Perón, Eva; Perón, Juan Domingo

Perot, Ross

Perú: camisas negras

fascismo en

populismo, *ver* aprismo

Peruzzotti, Enrique

Piccato, Pablo

Pinochet, Augusto

Podemos (España)

Polonia

Popolo d'Italia, Il (periódico)

populismo: antiinstitucionalismo

como fenómeno transnacional

como movimiento

como posfascismo

como régimen

como tercera vía / posición

definición «minimalista»

e idea del enemigo

en Europa contemporánea

etnopolulismo

figura del líder

islámico

populismo penal
tipos y características
y anticomunismo
y antielitismo
y antiglobalización
y antiliberalismo
y antipluralismo
y autoritarismo
y democratización
y dictadura
y género/sexualidad
y «la gente»
y legitimidad electoral
y los medios de comunicación
y modernización
y nacionalismo
y neoliberalismo
y polarización
y «productorismo»
y racismo
y transformismo
y xenofobia

Portugal

camisas azules

positivismo: en las teorías del populismo

prepopulismo: de la derecha

y fascismo

Primo de Rivera, José Antonio

protopopulismo

en Latinoamérica

Putin, Vladimir

Ram, Uri

Rancière, Jacques

Reagan, Ronald

Reale, Miguel

Rein, Raanan

Renan, Ernest

Resnick, Danielle

Riley, Dylan

Rojas Pinilla, Gustavo

Roosevelt, Franklin D.

Rosanvallon, Pierre

sobre el populismo como patología

Rovira Kaltwasser, Cristóbal

Rumania

Rusia

revolución soviética

Sarkozy, Nicolas

Sarlo, Beatriz

Sata, Michael

Schmitt, Carl

Senegal

Shinawatra, Thaksin

Silveyra de Oyuela, Eugenia

Sima, Horia

Skocpol, Theda

Snyder, Timothy

soberanía popular

 en fascismo

 en la república americana

 en populismo

 y neoliberalismo

Sorel, Georges

Stalin, Joseph

Stavrakakis, Yannis

Sternhell, Zeev

 sobre el partido Likud

Stone, Dan

Streeck, Wolfgang

Sudáfrica

Siria

Syriza (Grecia)

 verticalismo populista

Taggart, Paul

Tailandia

Taine, Hyppolite

Tea Party

teología política: en fascismo

 en populismo

Thatcher, Margaret

Tombus, Ertug

Traverso, Enzo

Triple A

Trump, Donald: campaña y elección

como líder populista de derecha

como protofascista

como un *outsider* político

culto de personalidad

discurso de la «carnicería norteamericana»

en análisis del populismo

idea de enemigo

impacto global

sobre género/sexualidad

y la ciudad de Nueva York

y la prensa

y ley y orden

Túnez

Turquía: populismo en

Ucrania

Urbinati, Nadia

acerca del populismo como democracia desfigurada

Uribe, Álvaro

Uriburu, José Félix

Ustasha

Vargas, Getúlio: como dictador

como populista

suicidio como sacrificio populista

Vasconcelos, José

acerca de Hitler y Mussolini

Velasco Alvarado, Juan

Velasco Ibarra, José María

Venezuela: populismo en

ver también Betancourt, Rómulo; Chávez, Hugo; Maduro, Nicolás

Ventrone, Angelo

Vida de los otros, La (película)

Vietnam

Villarroel, Gualberto

Villegas, Silvio

violencia: como poder y conocimiento

e idea del enemigo

rechazo populista de

sacrificial

y dictadura

ver también fascismo

Vörlander, Hans

Wade, Abdoulaye

Waisbord, Silvio

Wallace, George

Washington Post, The (periódico)

Weber, Max

Weyland, Kurt

Wilders, Geert

Wildt, Michael

Williamson, Vanessa

Yrigoyen, Hipólito

Zachariah, Benjamin

Zambia

Zimbabwe

Žižek, Slavoj

Zuma, Jacob



Con una frecuencia inédita en los últimos setenta años, los términos *fascismo* y *populismo* aparecen hoy repetidos en el discurso de políticos, periodistas, académicos y opinadores de toda laya como representaciones del mal absoluto encarnado en general en liderazgos demagógicos y autoritarios.

Sin demasiadas precisiones, y aparentemente definidos en cada caso a gusto o conveniencia de sus usuarios, nunca termina de quedar claro: ¿de qué hablamos cuando hablamos de fascismo y populismo? ¿Qué los asemeja y qué los diferencia? ¿Cuáles son sus conexiones en términos teóricos y cuáles en su decurso histórico? ¿En qué se basan quienes llaman “populista” o “fascista” tanto a Hugo Chávez como a Donald Trump?

A partir de un riguroso análisis teórico e histórico, Federico Finchelstein responde estas preguntas y presenta una mirada conceptualmente clara e historiográficamente precisa sobre los modos en que los fenómenos del fascismo y el populismo se manifiestan en la actualidad.

FEDERICO FINCHELSTEIN

(Buenos Aires, 1975) estudió Historia en la Universidad de Buenos Aires y obtuvo su doctorado en Cornell University en 2006. En la actualidad, se desempeña como profesor de Historia en The New School for Social Research y en Eugene Lang College, en la ciudad de Nueva York. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y volúmenes colectivos acerca del fascismo, el Holocausto, la historia de los judíos en América Latina y Europa, el populismo, la Guerra Fría, y la relación entre la historia y la teoría política. Entre sus libros se destacan *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*; *El canon del Holocausto*; *Fascismo trasatlántico*; *El mito del fascismo: de Freud a Borges* y *Orígenes ideológicos de la “guerra sucia”*. Escribe habitualmente columnas de opinión en medios como *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Guardian*, *Clarín*, *La Nación*, *Nexos* y *Folha de São Paulo*.



Federico Finchelstein

Orígenes ideológicos de la "guerra sucia"

Fascismo, populismo y dictadura en la Argentina del siglo XX



Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar

Finchelstein, Federico

Del fascismo al populismo en la historia / Federico

Finchelstein. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Taurus, 2018.

(Ensayo Histórico)

Libro digital, EPUB

Traducción de Alan Pauls

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-737-034-8

1. Ensayo Histórico. I. Pauls, Alan, trad. II. Título
CDD 907

Título original: *From Fascism to Populism in History*

© 2017, Federico Finchelstein

Diseño de cubierta: adaptación del arte original de Lia Tjandra,

© University of California Press

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-737-034-8

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Del fascismo al populismo en la historia

Dedicatoria

Prólogo

Introducción. Pensando el fascismo y el populismo en función del pasado

Los usos del fascismo y el populismo

El fascismo regresa

El trumpismo en la historia

El fascismo y el populismo en la historia

Mapeando el fascismo y el populismo

1. ¿Qué es el fascismo en la historia?

El fascismo y los historiadores

Del «consenso genérico» al giro transnacional

Fascismo transnacional

Fascismo y holocausto

Historia fascista de la violencia

¿Populismo fascista?

2. ¿Qué es el populismo en la historia?

El populismo global hoy: Europa, América Latina y más allá

Orígenes posfascistas del populismo moderno

El surgimiento del populismo moderno en América Latina

El populismo entre la historia y la teoría

¿Populismo contra pluralismo?

Explicando el populismo y el antipopulismo

El fascismo se vuelve populismo: del peronismo al trumpismo y más allá

Del pasado al presente

3. El populismo entre la democracia y la dictadura

Dictaduras e instituciones

Democracia, neopopulismo y neoliberalismo

El líder y el pueblo

La democracia en el nombre del padre

De la propaganda clásica al paisaje de los nuevos medios

Los dioses del populismo

¿Populismo islámico?

Populismo machista

Epílogo. El populismo recargado

Agradecimientos

Notas

Índice temático

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros títulos del autor

Créditos